

LA LIBERTAD TIENE UN PRECIO

# DAMA DE HUMO



LAURA SEBASTIAN

Laura Sebastian

DAMA  
DE  
HUMO

Traducción de **Elena Macian Masip**

montena

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@somosinfinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitoslibros

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para la abuela Carole: si alguna vez  
conocí a una reina rebelde, esa era ella.*

*Y para el abuelo Rich,  
por mantener vivas sus historias*





## Prólogo

Mi madre me dijo una vez que la paz era la única forma que Ástrea tenía de sobrevivir. Me aseguró que no necesitábamos grandes ejércitos, que no teníamos por qué obligar a nuestros niños a convertirse en guerreros. No buscábamos la guerra con el objetivo de conseguir más de lo que necesitábamos, como hacían otros países. Ella decía que Ástrea era suficiente.

Nunca imaginó que la guerra vendría a nosotros, buscada o no. Viviría lo justo para ver la pobre suerte que corría la paz frente a la salvaje avaricia y las espadas de hierro forjado de los kalovaxianos.

Mi madre fue la reina de la Paz, pero yo sé muy bien que la paz no es suficiente.

## Sola

Siento la dulzura del café especiado en la lengua: lleva una buena cucharada de miel, tal y como siempre lo pide Crescentia.

Estamos sentadas en el pabellón, como otras miles de veces, con humeantes tazas de porcelana en las manos para protegernos del frío aire vespertino. Durante un momento todo está igual que siempre: compartimos un cómodo silencio que flota en el aire oscuro que nos rodea. He echado de menos charlar con ella, pero también he echado de menos esto: el poder sentarnos juntas sin necesidad de llenar la quietud con conversaciones triviales.

Qué tontería. ¿Cómo voy a extrañar a Cress si la tengo sentada aquí delante?

Ella se ríe como si pudiera leerme la mente y deja la taza sobre el platillo con un repiqueteo que me hiela los huesos. Se inclina sobre la mesa recubierta de oro para sostener la mano que tengo libre entre las suyas.

—Oh, Thora —dice, entonando mi nombre falso como si de una melodía se tratase—. Yo también te he echado de menos. Pero la próxima vez no lo haré.

Antes de que me dé tiempo a comprender sus palabras, la luz cambia, el sol empieza a brillar más y más hasta que mi amiga queda totalmente iluminada. Cada horrible centímetro de su ser queda expuesto ante el resplandor: el cuello negro y carbonizado debido al Encatrio que hice que le sirvieran, el pelo blanco y quebradizo y los labios grises, como el sucedáneo de corona que yo solía lucir.

Las piezas encajan en mi mente y me siento abrumada por el miedo y la culpa. Recuerdo lo que le hice y recuerdo por qué. Recuerdo su rostro colmado de rabia al otro lado de los barrotes de mi celda; recuerdo que me dijo que aclamaría mi muerte. Recuerdo que los barrotes ardían donde ella los había tocado.

Intento apartar la mano, pero ella me la apresa con rapidez, y afila su sonrisa



de princesa de cuento, mostrando unos colmillos manchados de sangre y cenizas. Su piel me quema, está incluso más caliente que la de Blaise. Es fuego contra la mía; intento gritar, pero no emito ningún sonido. Dejo de notar mi propia mano y siento alivio un solo segundo, antes de bajar la vista y ver que se ha convertido en cenizas bajo los dedos de Cress, que se ha transformado en polvo. El fuego me trepa por un brazo y desciende por el otro; se me extiende por el pecho, el torso, las piernas y los pies. La cabeza arde al final, y lo último que veo es a Cress con su monstruosa sonrisa.

—Ya está. ¿No es mucho mejor ahora? Ya nadie te confundirá con una reina.

Me despierto empapada en sudor, con las sábanas de algodón mojadas y enredadas en las piernas. El estómago me da vueltas y tengo ganas de devolver, aunque no sé si he comido suficiente para ello; anoche solo cené un poco de pan. Me siento en la cama y me pongo una mano sobre el estómago para apaciguarlo, mientras parpadeo para que se me acostumbren los ojos a la oscuridad.

Tardo un momento en comprender que no estoy en mi cama, ni en mi alcoba, ni siquiera en el palacio. Este cuarto es mucho menor, y el lecho no es más que un pequeño catre con un fino colchón, unas sábanas harapientas y un edredón. El estómago me da un vuelco hacia un lado; se mueve de una forma que me provoca náuseas, pero entonces caigo en la cuenta de que no soy yo: es la habitación la que se balancea de lado a lado. Mi estómago solo replica el movimiento.

Los acontecimientos de los últimos dos días regresan a mi mente. La mazmorra, el juicio del káiser, Elpis, muerta a mis pies. Recuerdo que Søren vino a rescatarme, y que terminó siendo él el prisionero. Pero, tan pronto como me sobreviene ese pensamiento lo aparto. Hay muchas cosas por las que me siento culpable, y tomar a Søren como rehén no puede ser una de ellas.

Recuerdo que estoy en el *Humo*, en dirección a las ruinas de Anglamar para empezar a recuperar Ástrea. Estoy en mi camarote, a salvo y sola, mientras Søren está encadenado en el calabozo.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza entre las manos, pero el rostro de Cress aparece flotando en mi mente en cuanto lo hago, con sus mejillas sonrosadas, sus hoyuelos y sus enormes ojos grises, con el mismo aspecto que la primera vez que la vi. Se me encoge el corazón al pensar en la niña que era, y en la niña que era yo, siempre pegada a sus faldas porque ella era mi única salvación en aquella pesadilla en que se había convertido mi vida. Sin embargo, esa imagen de Cress

es de inmediato reemplazada por la de la última vez que la vi, con la mirada fría y colmada de odio y la piel de la garganta carbonizada y descascarillándose.

No debería haber sobrevivido al veneno. De no haberlo visto con mis propios ojos, jamás lo creería. Una parte de mí siente alivio porque siga viva, pero hay otra que jamás olvidará cómo me miró cuando prometió destruir Ástrea hasta sus mismísimos cimientos, cuando me dijo que le pediría al káiser que le dejase quedarse con mi cabeza tras mi ejecución.

Me dejo caer boca arriba y se oye un ruido sordo cuando me doy contra la delgada almohada. Estoy tan exhausta que me duele todo el cuerpo, pero mi mente es un remolino y no da muestras de querer calmarse. De todos modos, cierro los ojos con fuerza e intento apartar todos mis pensamientos sobre Cress, aunque sigue acechándome desde un segundo plano como una presencia fantasmal.

El camarote es demasiado silencioso, tanto que parece tener un sonido propio que oigo gracias a la ausencia de la respiración de mis Sombras, de sus ínfimos movimientos y de sus susurros. Es un silencio ensordecedor. Me pongo de lado, y luego me doy la vuelta para ponerme del otro. Me estremezco y me acurruco más bajo el edredón; siento el fuego del tacto de Cress de nuevo y me destapo de una patada. La manta cae al suelo, arrugada.

No conseguiré dormir. Salgo de la cama, busco la gruesa capa de lana que Veneno de Dragón dejó en mi camarote y me la echo sobre el camisón. Es demasiado grande para mí; me llega a los tobillos, como un saco sin forma, pero es calentita. Está deshilachada y la han remendado tantas veces que dudo que quede nada de la capa original, pero aun así la prefiero a los vestidos de fina seda que el káiser me obligaba a ponerme.

Como siempre, pensar en él hace que se me encienda una llama de furia en las entrañas que me convierte la sangre en lava y hace que me arda el cuerpo entero. Es una sensación que me asusta, pero al mismo tiempo me resulta placentera. Blaise me prometió que sería yo quien encendería el fuego que convierta al káiser en cenizas, y no creo que esta sensación se apague hasta que lo consiga.

## A salvo

Los pasillos del *Humo* están desiertos y silenciosos; no se ve ni un alma. El único sonido son unos ligeros pasos en la planta superior y el estruendo amortiguado de las olas al romper contra el casco. Doblo la esquina de un pasillo y luego de otro, buscando una forma de subir a cubierta, antes de darme cuenta de que estoy perdida sin remedio. Creí haberme hecho una idea firme del plano del barco cuando Veneno de Dragón me lo mostró ayer por la tarde, pero a estas horas parece un lugar totalmente distinto. Echo un vistazo detrás de mí, segura de atisbar el movimiento fugaz de una de mis Sombras, antes de recordar que no están aquí. Aquí no hay nadie más.

Durante diez años, la presencia de otros fue una carga perpetua sobre mis hombros, una carga que me asfixiaba. Ansiaba el día en el que por fin pudiera quitármelas de encima y estar sola; sin embargo, ahora hay una parte de mí que extraña su constante compañía. Con ellas, al menos, no me perdería.

Después de doblar unas cuantas esquinas más, por fin encuentro unas empinadas escaleras que llevan a cubierta. Los desvencijados escalones crujen mientras los subo despacio, aterrorizada porque alguien me oiga y venga a por mí. He de recordarme que ya no tengo que esconderme: soy libre de pasearme por donde me plazca.

Abro la puerta y la brisa marina me sopla en el rostro y me azota el cabello en todas direcciones. Me lo aliso con una mano para apartármelo de los ojos y con la otra me apretujo más contra la capa. Hasta que el aire fresco no me entra en los pulmones no me doy cuenta de lo enrarecido que estaba el del interior del barco.

Algunos miembros de la tripulación están trabajando; solo el personal mínimo

para que el *Humo* no naufrague o se desvíe de su curso en mitad de la noche. Sin embargo, todos están tan concentrados en su trabajo y tan fatigados que apenas reparan en mí.

Hace frío, especialmente con el viento tan feroz que sopla en mar abierto. Me cruzo de brazos mientras me dirijo a la proa de la embarcación.

Quizá todavía me esté acostumbrando a la soledad, pero creo que nunca me cansaré de esto: el cielo abierto a mi alrededor. Sin muros, sin límites; solo el aire, el mar y las estrellas. El firmamento está plagado de ellas; hay tantas que es difícil fijarse en una en particular. Artemisia me contó que los navegantes las usan para dirigir el barco, pero no entiendo cómo lo hacen. Hay demasiadas estrellas para que los guíen.

La proa no está tan desierta como esperaba. Hay una figura solitaria de pie junto a la barandilla, cerca de la punta, que observa el océano con los hombros caídos. Sé que es Blaise antes incluso de acercarme lo necesario para distinguir sus facciones: es la única persona que he conocido que puede encorvarse sin perder esa frenética energía que lo caracteriza.

Aliviada, acelero para llegar hasta él.

—Blaise —lo llamo, tocándole el brazo. El calor de su piel y el hecho de que esté despierto a estas horas me preocupan, hacen que mis pensamientos se desvíen en más direcciones todavía, pero me niego a permitirlo. Ahora no. Ahora solo necesito a mi más viejo amigo.

Se vuelve hacia mí, sorprendido, y sonrío, aunque de forma más vacilante de lo que acostumbra.

No hemos hablado desde que hemos subido a bordo esta tarde, y, para ser sincera, parte de mí temía este momento. Él debe de saber que he intercambiado nuestras tazas mientras veníamos hasta aquí para darle mi té, que él mismo había mezclado con una poción para dormir para mí. Debe de saber por qué lo he hecho, y no es una conversación que me apetezca tener ahora.

—¿No podías dormir? —me pregunta, y mira a nuestro alrededor antes de mirarme a mí. Abre la boca, pero la vuelve a cerrar. Se aclara la garganta y dice —: A veces no es fácil acostumbrarse a dormir en un barco. Entre el balanceo y el sonido de las olas...

—No es eso —lo interrumpo. Quiero contarle mi pesadilla, pero ya imagino cuál sería su respuesta: «Solo ha sido un sueño —diría—. No era real. Cress no está aquí y no puede hacerte daño.»

Y, por cierto que sea, no parezco capaz de creérmelo. Además, no quiero que Blaise sepa que Cress no abandona mis pensamientos, ni que me siento culpable

por lo que le hice. Para Blaise está muy claro: ella es el enemigo. No comprendería que me sienta culpable y, sin duda, tampoco esa nostalgia que se me ha enraizado en las entrañas. No sería capaz de entender lo mucho que la extraño, pese a todo lo sucedido.

—No te conté lo de Veneno de Dragón —admite al cabo de un instante, sin ser capaz de mirarme—. Tendría que haberte advertido. No debió de ser una sorpresa agradable conocer a una desconocida con el rostro de tu madre.

Me apoyo en la barandilla a su lado y ambos miramos cómo las olas lamen el casco del barco.

—Probablemente me lo habrías contado si no hubiese intercambiado nuestras tazas de té —puntualizo.

Se queda un momento en silencio; el único sonido que se oye es el del mar.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta en voz baja, como si no estuviese seguro de querer saber la respuesta.

Yo tampoco estoy segura de querer dársela, pero hay una parte de mí que sigue aferrada a la esperanza de que se eche a reír y me diga que me equivoco.

Respiro hondo antes de responder.

—Antes de que nos marchásemos de Ástrea, cuando Erik me explicó lo que eran los berserkers, también mencionó los síntomas —admito con calma. Blaise se pone tenso, pero no me mira ni me interrumpe, así que continúo—: Me dijo que a medida que el mal de la mina empeora, la piel se les calienta y empiezan a perder el control sobre sus dones. Me dijo que no duermen.

Blaise exhala de forma temblorosa.

—No es tan sencillo —responde en voz baja.

Sacudo la cabeza para aclararme, y luego me aparto de la barandilla y me cruzo de brazos.

—Tú fuiste bendecido —le digo—. Por eso sobreviviste a la mina, por eso has sobrevivido durante años después de abandonarla. No puedes tener... —No consigo pronunciarlo. «El mal de la mina.» Es solo un término, unas pocas palabras, todas ellas inofensivas por sí solas. Sin embargo, juntas son mucho más graves.

Anhelo que me diga que tengo razón, que por supuesto que no se trata del mal de la mina, que de ningún modo es mortal. Pero no contesta. Sigue paralizado, encorvado y con los codos apoyados en la barandilla, y se agarra las manos con fuerza.

—No lo sé, Theo —admite al fin—. No creo que... esté enfermo —dice, también incapaz de pronunciar «mal de la mina»—. Pero tampoco he sentido

nunca que haya sido bendecido.

La confesión es un susurro que se pierde en el aire nocturno, que nunca deberá ser pronunciado de nuevo. Me pregunto si es la primera vez que lo dice en voz alta. Le acaricio el hombro y lo obligo a mirarme, poniéndole la mano sobre la cicatriz de la mejilla, la marca que Glaidi le dejó junto con su don.

—He visto lo que eres capaz de hacer, Blaise —le recuerdo—. Glaidi te bendijo, estoy convencida. Tal vez tu poder sea distinto al de los otros Guardianes, pero no es... no es eso. Es algo más. Tiene que haber algo más.

Durante un segundo parece querer discutirlo, pero luego pone su mano sobre la mía y la deja ahí. Intento ignorar el calor de su piel.

—¿Por qué no podías dormir? —me pregunta.

No puedo hablarle de mi pesadilla, pero tampoco mentirle. Me decido por algo intermedio, por una verdad a medias.

—No puedo dormir sola —contesto, como si fuese así de simple. Ambos sabemos que no lo es.

Espero a que me juzgue, a que me diga que es ridículo y que no debería echar de menos que mis Sombras vigilaran cada uno de mis movimientos. Pero, por descontado, no lo hace. Sabe que no me refiero a eso.

—Yo me acostaré contigo —se ofrece, antes de darse cuenta de lo que acaba de decir. Está demasiado oscuro para saberlo, pero creo que se le han puesto las orejas coloradas—. Quiero decir... bueno, ya sabes lo que quiero decir. Puedo estar contigo, si eso ayuda.

Esbozo una tímida sonrisa.

—Creo que sí ayudará —respondo y, como no puedo resistirme, no me detengo ahí—. E incluso dormiría mejor si tú también lo intentases.

—Theo... —dice con un suspiro.

—Ya lo sé —contesto—. No es tan sencillo. Pero ojalá lo fuera.

Mientras Blaise y yo nos dirigimos a mi camarote, siento los ojos de la tripulación sobre nosotros. Me imagino la impresión que da que los dos vayamos paseando juntos a estas horas: al alba todos murmurarán que Blaise y yo somos amantes. Preferiría que la gente no comentase nada sobre mí, pero no estaría mal que ese rumor eclipsara el que circula sobre Søren y yo.

Este rumor sería mejor porque la tripulación apoyaría de mil amores un romance entre Blaise y yo, aunque sea solo porque es astreano. Y cuanto más apoyo tenga de la tripulación, mejor. No puedo evitar recordar lo despectiva que

Veneno de Dragón fue conmigo cuando subí a bordo. Me habló como si fuese una niña perdida en lugar de una reina. Su reina. Y me preocupa que vaya a peor.

Me obligo a no dejar que mis pensamientos vayan por ese camino. ¿Cuándo me he convertido en una persona tan manipuladora? Siento algo por Blaise y sé que él también siente algo por mí, pero eso ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. He ido directa a las intrigas, a ver cómo podía utilizarlo para mi beneficio en el terreno político. ¿Desde cuándo soy así?

Pienso igual que el káiser. Me estremezco al caer en la cuenta.

Blaise lo nota.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras abro la puerta del camarote y le hago un gesto para que entre.

Me vuelvo para mirarlo y aparto la voz del káiser de mi mente. No pienso en quién nos habrá visto entrar, ni en el qué dirán, ni en cómo puedo usar todo eso en mi beneficio. No pienso en la conversación que acabamos de tener. Solo pienso en nosotros, en que estamos juntos y a solas en una habitación.

—Gracias por quedarte conmigo —le digo, en lugar de responder a su pregunta.

Él sonríe un instante y aparta la vista.

—Eres tú quien me está haciendo un favor a mí. Me ha tocado compartir literas con Heron y ronca tanto que podría despertar al barco entero.

Me echo a reír.

—Me tumbaré en el suelo mientras duermes —ofrece.

—No —repongo, sorprendiéndome a mí misma.

Me mira con los ojos un poco más abiertos. Parece que nos vayamos a quedar aquí paralizados y envueltos en este silencio incómodo durante siglos, así que soy yo quien lo rompe. Doy un paso hacia él y le cojo la mano.

—Theo —dice, pero lo acallo con un dedo sobre sus labios, antes de que lo estropee todo con advertencias que no quiero oír.

—Solo... abrázame —le pido.

Suspira, y sé que va a decir que no, que debería mantener las distancias porque ya no soy su amiga de la infancia. Soy su reina, y eso lo complica todo. Así que juego mis cartas y utilizo un truco barato, uno al que sé que no podrá negarse.

—Me sentiré más segura, Blaise. Por favor.

Su mirada se suaviza y sé que ya lo he convencido. Sin decir una palabra, deajo caer la mano de sus labios y lo atraigo hacia mí, hacia la cama. Encajamos a la perfección; me rodea con los brazos y su cuerpo se acopla al mío. Incluso aquí, en el mar, huele al fuego de la chimenea y a especias. Huele a casa. Su piel está

ardiendo, pero intento no pensar en ello. En lugar de eso, siento cómo sus latidos resuenan en mi cuerpo y se acompañan con los míos, y dejo que me arrullen hasta que me quedo dormida.



## La familia

Cuando me despierto, Blaise ya no está. La habitación está helada sin él. En la almohada, junto a mi cabeza, me ha dejado una nota:

Esta mañana tenía turno de limpieza. Nos vemos esta noche.

Tuyo,

BLAISE

«Tuyo». Mientras intento alisar mi pelo encrespado y mis ropas arrugadas para tener un aspecto presentable, no dejo de dar vueltas a esa palabra. En otra vida habría bastado para que sintiese mariposas en el estómago, pero ahora me afecta de forma negativa. Tardo un rato en descubrir por qué: es la misma fórmula que usaba Søren al despedirse en sus cartas.

Intento no pensar demasiado en él. Está vivo y a salvo y eso es lo único que puedo hacer por él en este momento. Es más de lo que merece después de lo que hizo en Vecturia, después de mancharse tanto las manos de sangre que nunca volverán a estar del todo limpias.

«¿Y qué hay de tus manos?», susurra una voz en mi mente. Se parece a la de Cress.

Me pongo unas botas que me ha dado Veneno de Dragón. Son de un número más y hacen un ruido sordo cuando camino, pero no me puedo quejar, sobre todo teniendo en cuenta que, a diferencia de Blaise, no se me ha asignado ninguna tarea en el barco. Ayer, cuando Veneno de Dragón me lo enseñó, me explicó que todo el que iba a bordo tenía un trabajo diario para ganarse el pan. A Heron le han dado un turno diario en las cocinas y Artemisia tendrá que ocuparse de las

velas durante unas horas cada día. Incluso los niños se encargan de trabajos sencillos como servir el agua durante las comidas o hacer recados para la capitana.

Yo le pregunté qué podía hacer para ayudar, pero ella solo sonrió y me dio unos golpecitos condescendientes en la mano.

«Sois nuestra princesa. Eso es lo único que necesitamos de vos.»

«Soy vuestra reina», quise replicar, pero no conseguí que mis labios formasen las palabras.

Cuando salgo a cubierta, me sorprende al ver que un sol cegador brilla en lo alto del cielo. ¿Cuántas horas habré dormido? Debe de ser casi mediodía, y el barco es un hervidero de actividad. Busco algún rostro conocido en la concurrida cubierta, pero lo único que encuentro es un océano de extraños.

—Majestad —saluda un hombre, e inclina la cabeza mientras pasa por mi lado a toda prisa con un cubo de agua. Abro la boca para contestar, pero, antes de que lo haga, una mujer me hace una reverencia y repite la misma palabra.

Al cabo de un rato llego a la conclusión de que lo mejor es responder con una sonrisa y un asentimiento.

Cruzo la cubierta asintiendo, sonriendo y buscando a algún conocido, pero en cuanto encuentro un par de ojos que me resultan familiares desearía no haberlo hecho.

La madre de Elpis, Nadine, está bajo la vela principal, con un trapo en la mano para fregar la cubierta. Sin embargo, ahora está de pie, paralizada, con el trapo suspendido y goteando agua gris. Sus ojos están clavados en los míos, pero su rostro permanece inexpresivo. Se parece tanto a su hija que la primera vez que la vi me quedé de piedra. Tiene la misma cara redonda y los mismos ojos oscuros y hundidos.

Cuando anoche, tras visitar el barco junto a Veneno de Dragón, le conté lo que le había ocurrido a Elpis, dijo lo que tenía que decir, pese a que lo hizo entre lágrimas. Me dio las gracias por haber intentado salvar a su hija, por haber sido una amiga para ella y por haber jurado vengarme del káiser. Sin embargo, sus palabras sonaron vacías; hubiese preferido que me vituperara, que me acusara de haberla matado yo misma. Creo que oír a alguien dar voz a mis propios pensamientos de culpa habría sido un alivio.

Aparta la vista de mí y vuelve a concentrarse en la limpieza. Frota la cubierta con tanta fuerza que parece que quiera agujerearla.

—Theo —me llama una voz desde atrás, y agradezco tanto la distracción que tardo un instante en darme cuenta de que es Artemisia.

Está de pie contra la barandilla de la embarcación, vestida con un atuendo parecido al mío (unos pantalones marrones y una camiseta blanca de algodón) aunque a ella le queda mejor, como si fuese algo que lleva por elección propia y no porque no hay otra opción. Está de cara al agua con los brazos extendidos, pero me mira a mí. Lleva el pelo suelto alrededor de los hombros, una melena blanca, ondulada y despeinada cuyas puntas son de un llamativo azul cerúleo. Lleva la horquilla con Gemas de Agua que le robé a Crescentia prendida en el cabello, y las piedras azul oscuro brillan bajo la luz del sol. Sé que su pelo le hace sentir insegura, así que intento no quedarme mirándolo, aunque no es tarea fácil. De su cadera cuelga una daga envainada con la empuñadura dorada y afiligranada. Al principio pienso que tal vez sea la mía, pero no es posible. La he visto hace poco en mi camarote, escondida bajo la almohada.

Tardo un momento en comprender qué hace. Las Gemas de Agua de su pelo no brillan por el reflejo del sol, sino que resplandecen por sí mismas: las está utilizando. Presto atención a sus dedos y casi puedo ver cómo la magia fluye de las puntas, tan delicada como la neblina del océano.

—¿Qué haces? —le pregunto mientras me acerco, no sin recelo. Me gusta pensar que no tengo miedo de Artemisia, pero sería una necia si no se lo tuviera. Incluso sin magia es una criatura aterradora.

Esboza una sonrisa traviesa y pone los ojos en blanco.

—Mi madre cree que deberíamos ir más rápido, por si los kalovaxianos nos están siguiendo —explica.

—¿Y te ha pedido ayuda?

Artemisia se echa a reír.

—No, mi madre jamás le pediría ayuda a nadie, ni siquiera a mí —repite—. No, me lo ha ordenado.

Me apoyo en la barandilla a su lado.

—Pensaba que no obedecías órdenes de nadie.

Ella no contesta, solo se encoge de hombros.

Contemplo las olas azules, que se extienden en el vasto océano hasta allá donde alcanza la vista. Distingo los otros barcos de la flota de Veneno de Dragón, que van a la zaga del *Humo*.

—Y ¿qué haces exactamente? —le pregunto al cabo de unos segundos.

—Vuelvo las mareas a nuestro favor —aclara—. Para que vayan en nuestra dirección, y no en la contraria.

—Para eso debe de hacer falta bastante poder. ¿Seguro que puedes tú sola?

No se lo he preguntado con ánimo de ofender, pero Artemisia se irrita.

—No es tan difícil como parece. Consiste en empujar una masa natural de agua para que haga lo que quiere hacer de todos modos, solo cambias el rumbo. Le das la vuelta a la marea, literalmente. Y no es que esté cambiando la dirección de todo el mar Calódeo, solo la parte que rodea a nuestra flota.

—Si tú lo dices, te creo —le digo.

Se hace el silencio y la observo trabajar. Mueve las manos en el aire con gracia y la fina niebla marina de magia fluye desde las puntas de sus dedos.

De repente recuerdo que es mi prima, aunque no creo que eso vaya a dejar de asombrarme nunca. Ella y yo no podríamos ser más distintas, pero nuestras madres eran hermanas. Hermanas gemelas.

La primera vez que la vi, cambió su melena del azul y el blanco que le concede su Don de Agua a un marrón oscuro con tintes rojizos, igual que el mío. En aquel momento pensé que se estaba burlando de mí, o que intentaba hacerme sentir incómoda, pero ese debía de ser su color natural antes de que la magia la marcara. El mismo color caoba que el de su madre, el de la mía y el mío propio. Debió de saber que éramos primas desde el principio, pero nunca me lo dijo.

«La misma sangre corre por nuestras venas —pienso—. Y menuda sangre.»

—¿Nunca te ha parecido raro que seamos descendientes del dios del Fuego pero que a ti te eligiera la diosa del Agua? —le pregunto.

Me mira de reojo.

—No mucho —responde—. Ya sabes que no soy una persona muy espiritual. Quizá seamos descendientes de Houzzah o quizá eso sea solo un mito para reforzar la legitimidad del trono de nuestra familia. En cualquier caso, no creo que la magia tenga nada que ver con la sangre. Heron dice que Suta me vio en su templo y que, de todas las personas que había allí, me eligió y me bendijo con su don, pero creo que esa respuesta tampoco me gusta.

—Y ¿qué respuesta te gusta? —insisto.

No me contesta, sino que se concentra en el mar que se extiende ante ella y mueve las manos por el aire con la gracia de una bailarina.

—¿Por qué tienes tanta curiosidad por mi don? —pregunta.

Esta vez soy yo quien se encoge de hombros.

—Por ninguna razón en particular. Supongo que casi todo el mundo tiene curiosidad.

—No, la verdad es que no —contesta. Con el ceño fruncido, primero aparta las manos hacia la izquierda y luego las pone frente a ella—. La mayoría de la gente me alaba por haber sido bendecida. A veces lo dicen mientras me tocan el pelo. Odio eso. En cualquier caso, nadie me hace preguntas al respecto. Eso se

acercaría demasiado a hablar sobre la mina, y no quieren oír hablar de eso. Es mejor que piensen que es algo místico que existe más allá de las fronteras de su curiosidad.

—No creo que te sorprenda saber que pocas cosas existen más allá de las fronteras de mi curiosidad —repongo con desenfado, aunque sus palabras se me clavan como espinas.

Si Artemisia percibe mi desasosiego, lo ignora.

—Has dormido hasta muy tarde —dice.

Es una pulla, pero no es tan cortante como de costumbre. Ayer, después de que subiéramos a bordo del *Humo*, ocurrió lo mismo. Balbuceaba y movía las manos con nerviosismo, y nunca había visto a Artemisia hacer ninguna de las dos cosas. No hay ni rastro del sarcasmo y la mordacidad a los que me tiene acostumbrada. A la sombra de su madre parece menos ella misma.

—No tenía intención de quedarme dormida. He pasado casi toda la noche despierta y...

—Blaise me ha dicho que no te encontrabas bien —me interrumpe, pero su mirada arrogante me indica que su frase es un eufemismo y en realidad se refiere a algo totalmente distinto. Los rumores ya deben de haber empezado a circular.

Me arden las mejillas.

—Estoy bien —contesto, mientras busco el modo de cambiar de tema. Tras unos instantes, señalo con la cabeza la daga que lleva envainada en la cintura—. ¿Para qué es?

Ella baja las manos y el flujo de magia cesa. Acaricia la empuñadura de forma despreocupada, tal y como he visto a las mujeres de la corte jugar con sus joyas.

—Tenía intención de practicar un poco después de mi jornada —admite—. No he tenido muchas oportunidades de usarla después de encargarme de tus Sombras, así que estoy un poco oxidada.

—¿Tú fuiste quién las mató? —pregunto.

Ella resopla.

—¿Y quién si no? Heron dice que hacer daño a los demás va en contra de su don, y a Blaise no le gusta ensuciarse las manos a no ser que sea imprescindible. Probablemente lo habría hecho si se lo hubiese pedido, pero... —se calla.

—Pero a ti te gusta hacerlo —termino la frase por ella.

Le brillan los ojos y esboza una oscura sonrisa.

—Me siento bien al poder cobrarme algo —reconoce.

Abre la boca y me preparo para un comentario mordaz sobre cómo yo fui

incapaz de matar a Søren cuando tuve la oportunidad, pero no llega.

—Puedo enseñarte —afirma, para mi sorpresa—. A utilizar una daga, quiero decir.

Miro el arma que lleva en la cadera e intento imaginarme empuñándola, no como hice en el túnel con Søren, con manos temblorosas y dudas paralizantes, sino como alguien que sabe lo que hace. Recuerdo el aliento del káiser en mi cuello, su mano aferrándose a mi cadera y subiéndome por el muslo. En esos momentos me sentía indefensa, y no quiero volver a sentirme así jamás. Aparto el pensamiento de mi mente. Yo no soy una asesina.

—Después de lo de Ampelio... No creo que sea capaz —admito al fin, deseando que no fuese cierto.

—Creo que te sorprenderías de lo que eres capaz —repite Artemisia.

Antes de que le pueda responder, nos interrumpe el sonido de unas botas contra la cubierta de madera, unos pasos más fuertes y con más determinación que los de ninguna otra persona. Art debe de reconocer los andares, porque antes de volverse hacia su dueña parece encogerse en sí misma.

—Madre —dice, y vuelve a jugar con la empuñadura de la daga. Me doy cuenta entonces de que es un hábito nervioso, aunque ayer me habría echado a reír ante la idea de que alguien pudiera alterar así a Artemisia.

Recupero la compostura y me vuelvo también para mirarla.

—Veneno de Dragón —digo a modo de saludo.

Allí está, alta y erguida, ocupando más espacio del que se diría que necesita para su tamaño. Lleva el mismo atuendo que el resto de la tripulación, excepto por los zapatos. En lugar de unas voluminosas botas de trabajo, calza unas botas hasta la rodilla con un grueso tacón cuadrado. Al principio dudé que fuesen muy prácticas a bordo, pero ella no da jamás un traspiés, y le aportan unos centímetros de altura que supongo que la hacen parecer más imponente ante su tripulación.

Cuando su mirada se cruza con la mía me sonrío, pero no tiene la misma sonrisa que mi madre. Me mira como Cress miraría un poema que le cuesta traducir.

—Me alegro de ver que os lleváis bien —dice, pero no parece alegre en absoluto. Parece ligeramente molesta por algo, aunque quizá sea solo su forma de hablar.

—Por supuesto —respondo, esbozando una sonrisa—. Artemisia fue una ayuda inestimable para sacarme del palacio y asesinar al theyn. Jamás habríamos conseguido nada sin ella.

Artemisia no dice nada. Mira fijamente los tablones de madera que hay bajo las botas de su madre.

—Sí, es muy especial. Y, por supuesto, es la única hija que me queda, así que es particularmente inestimable para mí.

Hay un trasfondo en su tono de voz que hace que Art se estremezca. Tuvo un hermano. Me contó que estuvo en la mina con ella, que se volvió loco y que lo mató un guardia que ella asesinó después. Pero, antes de que pueda fijarme demasiado en cómo interactúan la una con la otra, Veneno de Dragón centra su atención en mí.

—Tenemos que hacer planes, Theo. Discutiremos al respecto en mi camarote.

Abro la boca para responder, pero Art se me adelanta.

—Majestad —la corrige en voz baja, aunque sigue sin mirarla.

—¿Cómo dices? —pregunta Veneno de Dragón, aunque, a juzgar por la tensión de su postura, la ha oído perfectamente.

Por fin, Artemisia levanta la vista para mirar a su madre a los ojos.

—Deberías llamarla «Majestad», sobre todo cuando los demás están presentes.

Veneno de Dragón esboza una sonrisa tan tensa como la cuerda de un arco a punto de disparar.

—Sí, claro, tienes toda la razón —repite, aunque sus palabras suenan forzadas. Se vuelve hacia mí e inclina ligeramente la cabeza—. Majestad, se requiere vuestra presencia en mi humilde camarote. ¿Mejor, Artemisia? —pregunta.

Esta no responde. Tiene la cara como un tomate y ha vuelto a bajar la mirada.

—Servirá —le contesto, para recuperar la atención de la pirata antes de que reduzca a su hija a un montón de polvo.

Veneno de Dragón me mira con el ceño fruncido y luego vuelve a mirar a Artemisia.

—Y te he encomendado que controles las mareas hasta mediodía. Queda una hora. ¿Te ves capaz?

El desafío en su voz es casi palpable. Art aprieta la mandíbula.

—Por supuesto, Capitana —responde, y vuelve a alzar las manos hacia el mar.

Sin pronunciar una palabra más, Veneno de Dragón se da la vuelta y me hace un gesto para que la siga. Miro a Artemisia y le sonrío para tranquilizarla, pero no creo que me vea. Parece perdida por primera vez desde que la conozco.

## El conflicto

En cuanto entramos en el camarote de Veneno de Dragón desearía haberle pedido a Art que me acompañase. Es egoísta por mi parte; era evidente que no veía la hora de que su madre se quitase de en medio. Sin embargo, lo deseo de todos modos. Los dos hombres que nos esperan allí son totalmente devotos de la pirata, y me siento como si acabase de caer en una trampa. No es la misma sensación que cuando estaba con el káiser y el theyn, como si fuese un cordero en la madriguera del león, como decía la kaiserina, pero no se le aleja mucho. En esta estancia no cuento con ningún aliado.

«La reina soy yo», me recuerdo, y me yergo. Soy mi propia aliada, y con eso bastará.

Los hombres se ponen de pie al verme, aunque esa muestra de deferencia bien podría ser para Veneno de Dragón.

Eriel, que es un poco mayor que ella y tiene una barba rojiza pero ni un solo pelo en la cabeza, lidera la flota de la capitana: el *Humo*, la *Niebla*, el *Polvo*, la *Neblina* y media docena de barcos más pequeños cuyos nombres no consigo recordar. Anoche me contó que hace unos años perdió el brazo izquierdo en una batalla. Lo ha sustituido por un pedazo de madera negra pulida con los dedos tallados, congelados en un puño cerrado. Esa pérdida habría significado la jubilación para la mayoría de los soldados, pero su destreza para la estrategia hace que Eriel tenga un valor incalculable pese a que ya no pueda luchar. El pequeño ejército de Veneno de Dragón ha resistido contra batallones kalovaxianos que los superaban tres veces en número, y es en gran medida gracias a su cuidadosa planificación junto a los capitanes de las otras embarcaciones.



A su lado está Anders, un noble elcourtiano de poca monta que huyó de su cómoda vida hace dos décadas, cuando era un adolescente en busca de aventuras. Ayer me contó que a duras penas sobrevivió a sus primeros años por su cuenta, puesto que no tenía habilidades para nada en concreto y sabía poco de dinero. No era el recurso interminable que una vez había creído que era, sino algo por lo que había que luchar; algo que incluso había que robar si era necesario. Así que fue robando de país a país y más tarde entrenó a otros para que lo hiciesen por él. Cuando eso le aburrió, decidió que quería ser pirata y a base de trueques e intercambios acabó en el navío de Veneno de Dragón.

—Podéis sentaros —dice la pirata antes de que yo pueda abrir la boca.

Quizá Artemisia tuviera razón al corregir a su madre por haberme llamado Theo. Tal vez Veneno de Dragón me esté desautorizando a propósito. Con estos dos no le costará mucho. Aunque se han comportado de forma perfectamente civilizada desde que subí a bordo, no me cabe ninguna duda de que no he cumplido con sus expectativas respecto a la idea que se habían hecho de la reina rebelde de Ástrea, fuera cual fuese.

Pero me han subestimado personas mucho más intimidantes, y por primera vez no tengo por qué empequeñecerme y pasar desapercibida. Me yergo todo lo alta que soy, pese a que soy diminuta al lado de Veneno de Dragón y sus botas de tacón cuadrado.

—Gracias por reuniros conmigo —les digo, asintiendo con la cabeza antes de volverme hacia la pirata, desafiándola a corregirme. Esbozo una dulce sonrisa—. Y gracias a ti, tía, por organizar este encuentro. Es hora que discutamos cuál debe ser nuestro siguiente paso. ¿Alguno de vosotros tendría la amabilidad de ir a buscar también a Blaise y a Heron?

Veneno de Dragón arruga la nariz de forma tan disimulada que se me habría pasado por alto de no haber estado atenta a su reacción. Tensa la mandíbula antes de obligar a sus labios a esbozar una sonrisa, un eco de la mía.

—No creo que sea necesario, Theo —repone—. He reunido a nuestras mentes más brillantes en cuestiones estratégicas y diplomáticas. —Señala a los dos hombres—. Blaise y Heron han hecho mucho por nuestra causa, pero son muchachos con poca experiencia en estos temas.

Sus implacables ojos oscuros se clavan en los míos y tengo que hacer acopio de valor para no apartar la vista. Al fin y al cabo, son los ojos de mi madre, y mirarlos me hace sentir como una niña. Pero no lo soy, y no puedo permitirme sentirme así, ni siquiera un instante. Hay demasiado en juego. Así que le aguanto la mirada y no me permito vacilar.

—Son mi consejo —insisto, con tono amable pero firme—. Confío en ellos.  
Veneno de Dragón ladea la cabeza.

—¿No confiáis en nosotros, Majestad? —pregunta con los ojos muy abiertos—. Queremos lo mejor para vos.

Los hombres murmuran, expresando su aprobación.

—Estoy convencida de ello —respondo, y les sonrío con ademán conciliador—. Pero hace tan poco tiempo que nos conocemos que no podéis saber aún qué es lo mejor para mí. Estoy segura de que lo sabréis pronto, pero estaréis de acuerdo conmigo en que no tenemos tiempo que perder.

—No, no lo tenemos —dice Veneno de Dragón—. Por eso tiene poco sentido ir a buscar a otras personas cuando el grupo que he reunido es más que capaz de...

La interrumpo con palabras afiladas como dagas.

—Si hubieseis ido a buscar a Blaise y a Heron cuando lo he pedido la primera vez en lugar de discutir por discutir, ya estarían de camino. ¿Queréis que sigamos perdiendo el tiempo mientras los kalovaxianos forman un batallón para eliminarnos de la faz de la tierra?

Se queda en silencio durante un instante tenso y largo, pero noto el resentimiento que irradia de ella. Le aguanto la mirada. Su furia aviva la mía; percibo con cierta distancia una quemazón sorda en las puntas de los dedos, pero no me atrevo a romper el contacto visual para mirarlas. Hay algo en esa sensación que me resulta familiar; me recuerda al estado de mi piel cuando me desperté de la pesadilla con Cress. Me cruzo de brazos y presiono los dedos contra las mangas de la túnica, con la esperanza de que si los ignoro dejarán de arderme.

Tras lo que me parece una eternidad, Veneno de Dragón se vuelve hacia Anders, aunque todos los músculos de su cuerpo parecen protestar.

—Ve a por los muchachos —ordena con voz contenida—. Y date prisa.

La mirada azul de Anders va de la una a la otra con incertidumbre. Finalmente, se inclina en una leve reverencia, primero a Veneno de Dragón, y luego a mí. Sale a toda prisa sin decir una palabra, dejándonos inmersas en un incómodo silencio.

Siento la melodía del triunfo y olvido el ardor de mis dedos.

—No os parecéis en nada a vuestra madre —me espeta Veneno de Dragón tras un instante.

Y así, sin más, la sensación de triunfo se esfuma. Sus palabras son como un puñetazo en el estómago, pero lo que más me duele es que tiene razón. Enfrentarme con hostilidad a quienes me antagonizan, retorcer sus palabras en su

contra e insistir con testarudez a hacer las cosas a mi manera no son las tácticas que usaba mi madre cuando era reina. Ella era encantadora, mediaba, buscaba el compromiso y daba todo lo que podía porque tenía mucho que dar.

Y entonces caigo en la cuenta y me estremezco de la cabeza a los pies, aunque intento reprimirlo.

No he manejado la situación como mi madre, sino como el káiser.

Pasan unos minutos de tensión hasta que Anders regresa con Blaise y Heron. Ambos entran en el espacio cada vez más abarrotado con una expresión confundida.

—Por fin —les espeta Veneno de Dragón mientras ellos se ponen junto a mí, cada uno a un lado, sin mediar palabra.

Deben de haber deducido lo que ha pasado, al menos en cierta medida. Deben de haberse dado cuenta de que esta reunión se ha convocado sin contar con ellos y de que Veneno de Dragón ha intentado dejarlos al margen. O quizá Blaise la esté fulminado con la mirada por una razón totalmente distinta. Heron, por su parte, no fulmina con la mirada a nadie. Su expresión es grave y solemne, pero distante. Ha estado así desde que subimos al barco, y me preocupa que la muerte de Elpis pese sobre su conciencia todavía más que sobre la mía. Al fin y al cabo, era él quien debía ir a buscarla después de que envenenase al theyn; le correspondía a él traerla al *Humo* sana y salva.

Le dedico a Veneno de Dragón una sonrisa luminosa.

—Ahora que ya estamos todos aquí, continuemos. Vamos rumbo a las ruinas de Anglamar para desde allí atacar la Mina de Fuego y liberar a los esclavos.

Eriel se aclara la garganta y me mira con una pizca de recelo.

—Yo no recomendaría ese proceder, Majestad —repone con voz áspera y un acento que no identifico y que hace que sus palabras suenen melódicas a la par que peligrosas—. En resumidas cuentas, enfrentarnos a los kalovaxianos con los pocos guerreros que tenemos sería muy poco inteligente. Nos destruirían sin despeinarse, fueran cuales fuesen nuestras estrategias. Simple y llanamente, nos superan en número.

—Era lo acordado antes de que yo aceptase vuestra asistencia —replico, mirando a Eriel y luego a Veneno de Dragón. Siento que mi cólera vuelve a despertarse.

—La clave es conseguir más fuerzas —interviene Anders. Sus años como ladrón y pirata no han borrado por completo el deje afectado de su

pronunciación.

Blaise resopla con desdén.

—¿Más fuerzas? ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? ¿Por qué no hizo eso Ampelio, para empezar? Nos habría ahorrado más de un problema. Ah, un momento, ¡claro que se nos había ocurrido! Ningún otro país está dispuesto a enfrentarse a los kalovaxianos.

—No, no por amor al prójimo, no me cabe duda. El resto del mundo teme demasiado al káiser para ayudarnos, así que tendremos que hacer que el riesgo merezca la pena —apunta Veneno de Dragón, con la mirada fija en mí—. Y diría que lo único que quieren de nosotros es algo que a Ampelio ni se le habría pasado por la cabeza intercambiar.

Se me seca la boca.

—¿Y qué es ese algo?

—Vos —responde con sencillez—. Para ser exactos, vuestra mano en matrimonio.

—Las reinas no se casan —interviene Heron, que está atónito. Menos mal que está aquí, porque yo no parezco capaz de mediar palabra.

—Querido, no finjamos que estamos en circunstancias normales —dice ella. Heron le saca más de una cabeza, pero se las arregla para que parezca que está hablando con un niño—. Theo puede dejar su orgullo a un lado por el bien de su país, o eso creo.

—No se trata de mi orgullo —contesto, intentando mantener la voz calma y esconder el pánico que siento—. A esos hombres no les importo, solo quieren un pedazo de Ástrea y de nuestra magia.

Veneno de Dragón se encoge de hombros, como si eso fuese una nimiedad.

—Si dejamos que los kalovaxianos la controlen mucho más tiempo ya no quedará ninguna magia. Es un sacrificio, pero es necesario.

—Para ti es fácil decirlo, no eres tú quien tiene que sacrificar nada —le espeto.

—No sabemos si es necesario —interviene Blaise antes de que Veneno de Dragón tenga tiempo de responder—. Hay otras opciones...

—¿Como cuáles? —pregunta con las cejas arqueadas.

—Todavía no hemos usado al prinz como moneda de cambio. Si lo intercambiamos por una de las minas...

—Por desgracia, nuestros servicios de inteligencia nos han informado de que como rehén no vale tanto como esperábamos —comenta Eriel—. El káiser no quiere recuperarlo. Lo considera una amenaza y un enemigo. Le hicimos un favor quitándole al prinz de encima. Ya está difundiendo el rumor de que se fue

con vos por voluntad propia, Majestad.

«Eso no se aleja mucho de la verdad», pienso.

—Entonces, no lo usemos como rehén —contesto, aunque parezco desesperada incluso para mis oídos—. El plan siempre fue utilizarlo para sembrar discordia entre su padre y el pueblo kalovaxiano. Asesinarlo y culpar a uno de los guardias del káiser debía causar el caos en la corte, pero no veo por qué no podemos darle la vuelta a la historia de su huida para obtener un resultado similar.

—El káiser se asegurará de que el resto de la corte lo considere un traidor —dice Blaise, aunque no intenta contradecirme, sino seguir mi línea de pensamiento y darme una oportunidad para resolver el problema.

—Pero la corte vio a Søren enfrentarse a su padre en el banquete —repongo—. Serían unos necios si creyeran en la palabra del káiser. Si hubiese una forma de incorporar otros susurros a todo el tumulto de murmuraciones podríamos darle la vuelta a la historia y hacerles pensar que el prinz no los abandonó. Incluso podríamos difundir que su padre lo desterró. Además, la corte me oyó acusar al káiser de asesinar a la kaiserina; deben de estar murmurando al respecto también. No será difícil ponerlos en su contra si disponemos de voces adecuadas que murmuren en los oídos adecuados.

Blaise asiente despacio y luego se dirige a Veneno de Dragón.

—¿Las tenemos? —pregunta.

—Tengo unos cuantos espías —admite con cautela—. Pero solo me pasan información a mí, no interfieren en la corte. Es la única razón por la que he conseguido que no sean descubiertos y que hayan durado tanto con vida.

No puedo evitar pensar en Elpis, que estaba a salvo hasta que yo la involucré. Veo cómo sacan a rastras salón del trono su cuerpo carbonizado e irreconocible. Oigo sus aullidos de dolor en sus últimos momentos. Trago saliva, odiándome a mí misma mientras digo lo que debo decir:

—El tiempo de estar a salvo ya pasó. Si no aprovechamos las oportunidades que se nos presentan lo único que conseguiremos será sobrevivir a duras penas. Deseo algo más que eso para Ástrea, y tú también deberías.

Veneno de Dragón aprieta la mandíbula.

—Está bien —acepta—. Empezaré a difundir vuestros «susurros», como vos los llamáis, pero seguimos sin tener las fuerzas suficientes para enfrentarnos a una batalla en la Mina de Fuego. Eriel me asegura que tardaremos cuatro días en llegar a Sta'Crivero.

Eriel, que ha estado escuchando atentamente la conversación sin dejar de balancearse sobre sus talones como un niño impaciente, parece sorprenderse de

oír su nombre, aunque no tarda en asentir.

—En Sta’Crivero nos reuniremos con el rey Etristo —continúa la capitana.

Tardo un segundo en comprender adónde se dirige la conversación.

—No me voy a casar con ese tal rey Etristo —respondo con dureza y pronunciando con lentitud las palabras, como si el asunto dependiera solo de que ella me oyese.

Pero Veneno de Dragón se echa a reír.

—Claro que no, querida. Etristo es demasiado viejo para ser un buen partido, por no hablar de que ya tiene una esposa. No, él ha tenido la amabilidad de prestarse como anfitrión para... una especie de acontecimiento. Los líderes de países de todo el mundo vendrán a conocerte y a ofrecer sus tropas a cambio de tu mano.

—No soy ninguna joya que se pueda vender al mayor postor —protesto, incapaz de no alzar la voz. Empiezo a sentir demasiado calor, igual que cuando me desperté de la pesadilla. Me brota el sudor de la frente, pero me lo seco. No sé por qué Veneno de Dragón quiere que en su camarote haga tanto calor, ni tampoco por qué soy yo la única que parece notarlo—. Soy una reina y tomaré mis propias decisiones.

La pirata aprieta los labios y me observa en silencio, pensativa.

—La decisión es vuestra, por descontado —dice al fin, con una tirante sonrisa y mirada calculadora—. Pero os insto a que lo toméis seriamente en consideración. Mientras tanto, continuaremos rumbo a Sta’Crivero. Como mínimo, nos refugiaremos en el caos de su puerto mientras trazamos otro plan.

Acepto pensar en ello, aunque la sola idea me provoca náuseas.

## La confesión

Cuando salgo a cubierta tras el encuentro con Veneno de Dragón, el aire fresco empieza a calmarme la piel. Me seco más sudor de las cejas y el labio superior, y echo un vistazo a Blaise y Heron, que están a mi lado. Ambos parecen estar perfectamente; la temperatura del camarote de la pirata no les ha afectado en absoluto. Quizá esté poniéndome enferma; después de todo lo sucedido no sería ninguna sorpresa. O tal vez el calor estuviese solo en mi imaginación, o fuese una reacción al estrés y la ira.

—Tiene que haber un plan mejor que el matrimonio —dice Blaise, interrumpiendo mis pensamientos.

Trago saliva.

—Tiene que haberlo —contesto, sin mirarlo a él ni a Heron, que está a mi izquierda.

Contemplo la actividad del barco, que está lleno de gente que va de un lado a otro para que el *Humo* navegue viento en popa hacia un futuro que, una vez más, me han quitado de las manos. Puede que Veneno de Dragón me haya hecho creer que tengo elección, pero no soy tan necia como para creermelo que será así de fácil.

—No me puedo creer que haya intentado arrinconarte a ti sola en una reunión —comenta Heron.

Yo resoplo.

—Pues yo sí puedo. Por los dioses, estoy harta de juegucitos —me lamento, negando con la cabeza—. Tuve que jugar a los del káiser durante diez años, y no escapé para acabar jugando a los de ella. —Me vuelvo y los miro—. Le he dicho a Veneno de Dragón que vosotros sois mi consejo. Hoy he decidido que la

presencia de Art no era lo más conveniente debido al efecto que su madre parece ejercer sobre ella, pero también está incluida. Sois las personas en quienes confío.

Blaise asiente, pero Heron se muestra inseguro, y su mirada se detiene sobre mí durante unos segundos más de la cuenta. No obstante, lo que quiere decirme no sale de su boca.

—Blaise, sé que tienes que volver al trabajo, pero ¿me acompañarías tú a almorzar, Heron?

Blaise me saluda con un gesto y vuelve a la proa del navío, donde estaba fregando la cubierta.

Heron asiente pero se muestra reacio, así que le doy el brazo y lo guío hacia el comedor.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

—Sí, claro —responde, pero su tono me hace sentir más segura que nunca de que no es así.

Es tarde para almorzar, por lo que el comedor está casi vacío. Las pocas personas que hay allí me observan coger mi ración de galletas marineras y carne seca. Estoy acostumbrada a que la gente me mire (los kalovaxianos también lo hacían), pero ahora no hay malicia tras el interés que despierto. Solo hay expectativas, lo que de algún modo es peor. Espero a que Heron llene su plato con un nudo en la garganta.

No nos cuesta encontrar una mesa vacía en una esquina, lejos de oídos atentos. Le doy un momento para comer en silencio. Mira la comida para no mirarme a mí. El Heron que yo conozco jamás me ignoraría; le parecería una falta de respeto. Sin embargo, no se trata de eso. Lo que pasa es que me tiene miedo. ¿Pensará que lo culpo por la muerte de Elpis?

Me aclaro la garganta. Tal vez si le cuento mi secreto se sentirá mejor respecto al suyo.

—Podría haber matado a Søren. Tuve ocasión de hacerlo —confieso. Él se queda quieto con la boca abierta y un pedazo de carne seca en la mano—. Antes de que se diese cuenta de lo que estaba pasando tenía la daga contra su espalda. No tenía forma de escapar. Yo lo sabía y él también. Incluso me dijo que lo hiciera. ¡Me lo pidió! Creo que quería que lo matase, que pensaba que así, de algún modo, estaríamos empatados. Pero no fui capaz.

Por fin me mira a los ojos, pero su expresión es inescrutable.

—No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Blaise —continúo—. Estoy segura de que Art y él dan por hecho que no tuve la oportunidad, pero sí la tuve.



Simplemente, no tuve la fortaleza necesaria para aprovecharla. Y me siento bien al compartirlo con otra persona. Me siento bien al contártelo.

Heron mastica despacio, con la mirada fija en el plato. Parte un pedazo de galleta, y luego parte ese pedazo en dos.

—Ya te hablé de Leonidas —dice en voz baja—. Nos conocimos en la mina de Aire cuando nos llevaron allí la primera vez. Nos hicimos amigos enseguida. Era una de las pocas cosas que hacían que aquello fuese soportable. Estuvo a mi lado cuando mataron a mi madre delante de mí; lo estuvo cuando mi hermana incumplió con demasiadas cuotas y se la llevaron a la submina. Y estuvo allí cuando trajeron su cuerpo. Y yo estuve a su lado cuando se llevaron a su hermano, y luego a su mejor amigo. Nos abrazamos, y lloramos, y, de algún modo, en aquella existencia horrible y espantosa, encontramos el amor. No fue una historia como la que los padres cuentan a sus hijos sobre romances y finales felices, pero fue amor. Era lo único que me hacía levantarme por las mañanas.

Aplasta un pedacito de galleta con el pulgar. Tiene los ojos entrecerrados y la mirada perdida.

—Los síntomas empezaron a aparecer poco a poco, pero los dos sabíamos lo que significaba —continúa—. Tenía la piel ardiendo, como si tuviese siempre fiebre, y dormía cada vez menos, hasta que dejó de dormir. Nunca hablábamos de ello, no de forma explícita, pero se lo escondimos a los guardias lo mejor que pudimos. Nos las arreglamos durante un tiempo, pero el mal de la mina no se puede esconder eternamente.

Así pues, el peso que carga sobre sus hombros no tiene que ver con Elpis. Me inclino hacia él.

—¿Lo mataron de inmediato? —pregunto, esperando que así fuese. Al menos así habría sido una muerte rápida y menos dolorosa. Una muerte piadosa, aunque sé muy bien que los kalovaxianos no conocen la piedad.

Sin embargo, Heron niega con la cabeza y traga saliva.

—Se lo llevaron, dijeron que para ejecutarlo. Pero ahora sabemos que quizá no fuese verdad.

Se me encoge el corazón. Es posible que lo mandasen a una batalla como berserker, pero hay destinos aún peores. También hacían experimentos; lo vi con mis propios ojos en las carnes de los tres últimos Guardianes de mi madre, a los que tuvieron encerrados en las mazmorras de palacio durante una década. Les sacaron sangre, les amputaron dedos y les rajaron la piel. Es posible que se lo hicieran también a Leonidas, pero jamás se lo contaré a Heron.

—Luché contra los guardias cuando se lo llevaron —continúa—. Incluso dejé

a uno de ellos inconsciente. Así que me metieron en la submina —confiesa, estremeciéndose—. Espero que jamás tengas que ver ese lugar, pero yo todavía tengo pesadillas con él. Había sangre seca en las paredes, y sabía que parte de ella debía ser de mi hermana, Imogen. Y el olor... a azufre y a podredumbre, tan penetrante que era imposible acostumbrarse a él. Cuando traían a otras personas, sus aullidos atravesaban los muros de la caverna, pero yo nunca grité. Me hice un ovillo y esperé la muerte.

»No me quedaba nada —admite. Se inclina sobre la mesa y toma mis manos entre las suyas, que son mucho más grandes. Luce una expresión extraña: no está triste ni horrorizado, como cabría esperar, sino iluminado, esperanzado por primera vez desde que lo conozco—. Y entonces fue cuando los dioses me bendijeron, cuando Ozam me ofreció su don. Pensé que ese regalo era para que pudiera vengarme, pero ¿y si me lo dio para que lo salvase?

—Crees que Leonidas podría estar vivo —digo.

—Es posible. —Me coge las manos con más fuerza—. Nunca sentí que estuviese muerto de verdad. Nunca me pareció real. Si hubiese muerto, lo habría sentido, lo sé.

Parte de mí quiere decirle que eso no es necesariamente cierto, que yo a veces sigo sin sentir que mi madre está muerta en realidad, pese a que la vi fallecer con mis propios ojos. Una sensación no es prueba de nada. Pero no soy capaz de apagar el ligero rayo de esperanza que ha hallado, aunque no quiero que ese mismo rayo lo destruya cuando no le lleve a nada.

—La mayoría de la gente que sufre el mal de la mina no sobrevive más que unas pocas semanas —puntualizo con cuidado.

—Lo sé —responde enseguida, y entonces me mira con solemnidad—. Pero ambos sabemos que es posible sobrevivir mucho más tiempo.

Niego con la cabeza. No me sorprende que Heron haya reparado en los síntomas que muestra Blaise (supongo que sospecha que sufre el mal de la mina), pero sigue teniendo la forma de un secreto, y no estoy dispuesta a hablar de ello con nadie, ni siquiera con él.

—Es posible, eso es lo único que digo —insiste. Me tiene agarrada las manos con tanta fuerza que ya no siento los dedos.

—Es posible —acepto con gentileza—. Pero no sé qué puedo hacer yo al respecto, Heron.

Se queda en silencio un instante; sé que está intentando decidir cuáles son las palabras adecuadas.

—Puede que Søren tenga información sobre el mal de la mina y los berserkers.

Sobre lo que podría haberle pasado.

Niego con la cabeza.

—Empleó berserkers, pero no creo que supiera mucho sobre ellos. Solo obedecía órdenes.

—Pero puede que sí —reitera, con una voz cada vez más desesperada.

Niego con la cabeza.

—No es buena idea que vaya a hablar con él —contesto—. Pero si tú le preguntas...

—Ya lo he intentado. No quiere hablar conmigo —me interrumpe. Me siento como si me hubieran tirado un jarro de agua fría. ¿Heron ha visitado a Søren? Él hace caso omiso de mi asombro y continúa—: uno de sus guardias me ha informado de que no ha pronunciado palabra desde que lo trajimos a bordo.

—Es un rehén y está prisionero —repongo—. Eso no suele hacer que las personas como Søren tengan ganas de charlar. Dudo que quiera hablar conmigo.

Heron me mira como si pudiese leer mis pensamientos más profundos.

—Contigo sí hablará —afirma—. Por favor. Sé que quizá no sirva de nada, que lo más probable es que Leo ya esté en el Después y que ahora mismo me esté diciendo que soy un estúpido, pero si no lo está... Si existe la más mínima oportunidad de que siga aquí, en algún lugar... Necesito saberlo. Y si alguien puede comprenderme, esa eres tú.

Mi madre jamás se aleja mucho de mis pensamientos, pero ahora es la única dueña de ellos, y no puedo evitar pensar en qué habría pasado si no hubiese sido testigo de su muerte, si no hubiese sentido cómo su mano soltaba la mía mientras la vida la abandonaba. Si hubiese una ínfima posibilidad de que siguiera con vida, ¿qué no haría yo para encontrarla?

La respuesta es sencilla: no hay nada que yo no haría.

—Iremos a verle esta noche —accedo.

Blaise tiene un turno nocturno, pero accede a quedarse conmigo hasta que me duerma. Aunque agradezco su compañía, no dejo de pensar en la conversación que he tenido con Heron. No quiero mentirle, pero tampoco soy capaz de confesarle que esta noche iremos a ver a Søren. No quiero saber lo que opina.

—Si cuando lleguemos a Sta'Crivero Veneno de Dragón sigue presionándote con todo este asunto del matrimonio, podemos marcharnos —sugiere. Está de espaldas a mí mientras me pongo el camisón—. Allí hay muchos otros barcos. Heron, Art, tú y yo, en unas cocinas.

No menciona a Søren, cosa que solo me reafirma en mi decisión de no contarle mi plan. Para él, el kalovaxiano es ahora un problema de Veneno de Dragón y nada más. No lo entendería. Solo se preguntaría si hay algo de verdad en los rumores que circulan sobre nuestra relación.

—No solo necesitamos a Veneno de Dragón por sus barcos —le recuerdo con un suspiro, mientras me pongo la prenda de algodón por la cabeza—. Y ella lo sabe. Ya te puedes dar la vuelta, estoy decente.

Me obedece, y me recorre el cuerpo con la mirada antes de detenerla sobre la mía. Esboza una media sonrisa.

—Tú nunca estás decente —me dice, provocándome otra a mí.

Entreveo otra fugaz imagen de esa vida más simple y feliz que podríamos haber tenido. Sin embargo, su sonrisa desaparece demasiado rápido, y volvemos a encontrarnos en el mundo en el que en realidad vivimos.

—Además, no estarás valorando en serio su propuesta... —añade.

—Pues claro que no —le espeto—. Pero no es tan fácil, no podemos marcharnos sin más, lo sabes. Cualquiera que nos ofrezca ayuda querrá algo a cambio. Todo el mundo quiere algo de mí.

No me doy cuenta de la certeza que hay tras mis palabras hasta que las pronuncio en voz alta, pero, una vez lo hago, son innegables.

Me tumbo bajo el edredón y me vuelvo hacia la pared contra la que está mi cama. Oigo que se quita las botas y el colchón se hunde cuando se mete en la cama conmigo.

Todavía siento el peso de la mentira que hay entre los dos, incluso cuando encaja su cuerpo con el mío. Pega el pecho a mi espalda, coloca las rodillas flexionadas tras las mías y apoya la frente en mi nuca. Me rodea la cintura con el brazo, vacilante. Tiene la piel caliente.

Huele a Ástrea, a especias, al fuego de la chimenea y a casa.

—Yo no quiero nada de ti. Solo tú —susurra, inseguro.

Le acaricio el brazo con las puntas de los dedos. Quiero responderle con palabras similares, pero se me quedan ancladas en la garganta.

## Las cadenas

Finjo dormir hasta que Blaise se va a trabajar, e intento ignorar los nervios que se me han alojado en las entrañas. Esta noche voy a ver a Søren, y aunque me gustaría que lo que más me preocupara fuese que me descubrieran, esa no es toda la verdad. La última vez que lo vi acababa de traicionarle y él me dijo que me amaba de todos modos. Pero no me ama. No puede amarme, no es posible. En cualquier caso, algo me dice que esta reunión no será más fácil que aquel encuentro.

«Hice lo que tenía que hacer», me repito, y, aunque quizá sea cierto, no aplaca el sentimiento de culpa que se me ha metido debajo de la piel.

Por suerte, no tengo que darle vueltas al asunto durante mucho rato. Heron llama a la puerta con tanta suavidad que casi no lo oigo. Ahuyento las palabras de Blaise de mi mente, aparto las mantas y salgo de la cama.

—Entra —le digo mientras me pongo las botas.

La puerta se abre y se vuelve a cerrar. Si no supiera quién es, habría pensado que era el viento.

—¿Le has contado a Blaise lo que vamos a hacer esta noche? —pregunta Heron, cuya imagen titila hasta aparecer por completo. Lleva el pendiente con la Gema de Aire que le robé a Crescentia prendido de la camiseta, justo encima del corazón, como una medalla. Tras el uso de su poder, la diminuta gema brilla un momento en la oscuridad. Ilumina la estancia lo suficiente para que yo vea el rostro de Heron, arrugado de preocupación y con una expresión de una sombría esperanza.

—¿Tú se lo habrías contado? —replico. Me ato los cordones de una bota, luego los de la otra y me pongo la capa por encima del camisón—. Los dos

sabemos que habría intentado convencerme de que no fuese. Nadie puede verme bajar allí.

Heron me tiende una mano para ayudarme a levantarme, y cuando se la cojo, nuestros dedos entrelazados empiezan a desaparecer. Siento un cosquilleo, como si se me hubiesen dormido. La sensación se me extiende por el brazo a medida que lo borra, igual que el de Heron. Pronto desaparecen también nuestros hombros, cabezas y piernas, hasta que la habitación parece estar desierta y mi cuerpo entero vibra.

—No puedo mantenerlo para los dos durante mucho tiempo, así que mejor que nos vayamos ya —dice.

Modifica la forma de cogerme de la mano, de modo que nuestros dedos quedan entrelazados. Tira de mí y deja que la puerta se cierre detrás de nosotros.

Me mantengo cerca de él mientras se apresura pasillo abajo, esquivando hábilmente a los miembros de la tripulación que pasan por nuestro lado. Un par de ellos deben de sentir nuestra presencia, pues miran a su alrededor, confundidos. Un destello de miedo se les extiende por el cuerpo, mientras imaginan fantasmas y se dicen que solo ha sido el viento.

Solo tengo una vaga idea de dónde tienen encerrado a Søren, pero Heron conoce bien el camino. Va doblando las esquinas de los pasillos y bajando por desvencijadas escaleras de caracol. Lo único que debo hacer es seguirlo e intentar no pensar demasiado en el kalovaxiano.

«Solo voy a hacerle algunas preguntas», me recuerdo. No vamos a hablar de que sugirió que Blaise padecía el mal de la mina, ni de cuando insinuó que lo que sentía por él era real.

No lo era. Quizá lo fuese en el pasado, pero eso era antes de que liderase a sus hombres hacia Vecturia para masacrar a miles de personas. Eso era antes de que supiera quién es en realidad. Pero sé que eso no es verdad, lo sé incluso mientras lo pienso. No, no lo amo, pero me importa. No quiero verlo encadenado. No quiero ser consciente de que he sido yo quien lo ha puesto ahí.

Al final del último pasillo, hay dos hombres guardando la puerta, con sendas lanzas rudimentarias y rostros soñolientos. Al verlos se me tensa todo el cuerpo, aunque ya debería haberlo imaginado. Veneno de Dragón jamás habría dejado a Søren sin vigilancia.

Heron nota mi miedo y me estrecha la mano antes de desenredar sus dedos de los míos y colocármelos sobre su antebrazo. Sigue caminando en dirección a ellos, así que doy por hecho que tiene un plan. Cuando sale de entre las sombras, hace que su invisibilidad se esfume y aparece ante los guardias,

sobresaltándolos.

Espero que mi invisibilidad también se evapore mientras un torrente de pobres excusas se me agolpa tras los labios, pero Heron la mantiene. Me agarro con fuerza a su brazo; el corazón me late desbocado.

—Buenas noches —saluda Heron, y hace un gesto con la cabeza a ambos hombres.

—¿Vienes a jugar un rato con él? —pregunta uno de ellos.

No sé a qué se refiere, pero Heron se limita a asentir.

—Solo serán diez minutos —responde.

Los dos guardias se apartan y le dejan pasar. Yo sigo pegada a él, intentando desentrañar el significado de sus palabras. «A jugar un rato con él». No puede querer decir lo que me imagino. No puede ser. Veneno de Dragón jamás lo permitiría... Sin embargo, en cuanto empiezo a formar esa frase en mi mente me doy cuenta de que sí, sí lo permitiría. Pero Heron me lo habría contado si lo supiese. Habría intentado detenerlo; estoy convencida.

Cuando la puerta se cierra tras nosotros y mis ojos se acostumbran a la tenue luz del calabozo, se me cae el alma a los pies.

Søren está desplomado contra la pared del fondo. El único lugar por donde entra aire fresco es una portilla del tamaño de mi mano que hay sobre su cabeza. Tiene unas esposas pesadas y oxidadas alrededor de las muñecas, y en la piel de alrededor se ve sangre seca y fresca. Lleva la misma ropa que la última vez que lo vi, aunque ahora está ensangrentada y hecha jirones. No se parece en nada al hombre que era hace un par de días: su pelo casi rapado es más rojo que rubio, y tiene la cara cubierta de cortes abiertos y moratones.

No levanta la cabeza al oírnos entrar, pero se estremece y se aparta.

En el suelo, cerca de él, hay un tablón de madera con un extremo recubierto de sangre.

Siento que la bilis me sube por la garganta. Me aparto de Heron, rompiendo así nuestra conexión. Me sobreviene una arcada; me doy la vuelta y vacío el estómago en una esquina.

Siento a Heron detrás de mí, que me toca el hombro con vacilación, pero lo aparto de un empujón.

—Lo sabías —le espeto en voz baja. Pese a que la ira y las náuseas hacen que me retuerza, no me olvido de que los guardias están al otro lado de la puerta.

Heron no aparta la vista, pero mi ira no lo acobarda. Deja que se estrelle contra él.

—Sí —admite. No parece el mismo Heron que conozco. Es como si lo

hubiesen partido en dos mitades serradas, lo suficientemente afiladas como para rasgar la piel.

Contengo las oleadas de náuseas que me sobrevienen y me pongo una mano sobre el estómago.

—¿Has participado? —pregunto, aunque no sé si quiero saber la respuesta.

—No —contesta, y suspiro de alivio—. Aunque era tentador.

—No me lo habías contado...

—Es lo mismo que te hicieron a ti, Theo —repite él.

«Pero Søren no fue», pienso, aunque sé que no es una buena defensa. Comprendo por qué lo han hecho, por qué hay tantas personas en este barco que quieren venir a pagar su ira y su dolor con la única persona responsable que hay a su alcance. Comprendo el deseo de vengarse de los kalovaxianos, de verdad, pero esto no está bien.

—¿Thor... Theodosia? —dice Søren con voz ronca y rota, apenas más fuerte que un susurro. Intenta levantar la cabeza, pero se estremece de dolor y la deja caer de nuevo.

Paso junto a Heron y corro hacia él. Me dejo caer de rodillas a su lado. En algunas ocasiones, lo he odiado tanto que he querido matarlo —casi lo hice—, pero esto es distinto. Sé que tiene las manos manchadas de sangre, sé que se ha cobrado muchas vidas, que ha llevado la guerra a las puertas de los inocentes. No lo he perdonado; tampoco lo he olvidado, ni creo que lo haga nunca. Quizá se lo merezca. Quizá es lo que le corresponde. Quizá sea lo justo.

Pero no quiero vivir en un mundo así.

Alargo una mano para tocarle la cara, pero se estremece.

—Theo —dice Heron, pero no sé si es una advertencia o un intento de disculpa.

—Arréglalo —le ordeno con voz temblorosa, sin mirarlo—. Usa tu don. Cúralo.

—No —se niega.

—No era una pregunta —le espeto, mirándolo—. Es una orden. De tu reina.

Heron se queda en silencio unos instantes.

—No —repite, pero ya no suena tan seguro como antes.

—Pues considéralo una negociación —le digo con los dientes apretados—. Si quieres respuestas me necesitas, y no pienso conseguírtelas hasta que no lo cures.

—Sabes lo que ha hecho, Theo —repite él—. Sabes lo que es.

—Lo sé —contesto—. Pero también sé que somos mejores que él. Tenemos



que serlo, si no, ¿de qué sirve la guerra que estamos luchando?

Él vacila de nuevo.

—Puedo curarlo, pero volverán a hacerle lo mismo.

—Los detendré —afirmo, aunque no sé cómo.

—La madre de Elpis parece encontrar consuelo cuando viene aquí. ¿Se lo quieres negar?

Siento que se me anegan los ojos en lágrimas, pero me apresuro a secármelas.

—Cúralo —repito—. O no conseguiré tus respuestas.

Heron exhala con fuerza y se agacha al otro lado de Søren. Toma su mano, rota e inmóvil, entre las suyas.

Cuando el poder curativo de Heron empieza a filtrarse en su cuerpo, Søren se obliga a abrir los ojos y nuestras miradas se encuentran. En la suya hay tanto dolor que me quedo sin aliento.

—Lo arreglaré, Søren, te lo prometo.

No debería hacer promesas que no tengo ni idea de cómo cumplir, pero las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

—No hay para tanto —comenta, e intenta sonreír—. Podría ser peor.

Con el tacto de Heron, la piel rota de las muñecas de Søren se cierra y se suaviza bajo las pesadas esposas; los moratones que le cubren la mayor parte de la piel se vuelven amarillos y terminan por desaparecer. Los huesos rotos de su rostro, el corte del labio, los ojos morados: todo se esfuma ante mis ojos como si hubiesen transcurrido semanas. Cuando Heron termina, Søren ya vuelve a parecer él. Sin embargo, no hay forma de curar por arte de magia el cansancio de su gesto, ni lo mucho que se le hunden los ojos en la piel cetrina, enmarcados por medialunas de color violeta oscuro.

—Quieres algo de mí —dice en voz baja, mientras intenta sentarse recto. Heron no ha sido minucioso con sus curas y todavía se estremece de dolor. Quizá tenga las costillas magulladas.

—No sabía que te estaban haciendo esto —le aseguro—. No tenía ni idea.

Søren me mira, al principio con incredulidad, pero luego su mirada se suaviza.

—Estamos en guerra —repone—. Es así como funciona. Y tu amigo tiene razón. Ambos sabemos que yo he hecho cosas peores.

Eso no puedo negarlo. Recuerdo que usó berserkers en la batalla de Vecturia. Recuerdo que, cuando perdió esa misma batalla, ordenó la retirada e hizo que destruyeran las reservas de comida de los vecturianos. ¿Cuántos de ellos se estarán muriendo de hambre ahora que el invierno empieza a adueñarse de sus tierras, a evitar que crezcan sus cultivos? Quizá esto sea una forma de justicia, la

única que personas como la madre de Elpis tienen a su alcance.

Casi consigo encontrarle un sentido, pero yo he estado en su lugar. Recuerdo que el káiser ordenaba que me pegasen siempre que otros astreanos le causaban problemas. Solo hace una semana que pagué por las muertes de los kalovaxianos en la batalla de Vecturia. Parece ser lo mismo, aunque sé que no lo es.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta Søren—. No has venido hasta aquí para compadecerte de mí.

«No me compadezco de ti —quiero decirle—. He estado en tu lugar, y sé que nadie se merece esto, ni siquiera tú, que tienes las manos empapadas de sangre.» Pero no puedo decirle nada de eso, no delante de Heron. Aprieto los labios en una fina línea y me yergo, poniendo un poco de distancia entre nosotros.

—¿Qué sabes sobre los berserkers? —le pregunto—. ¿Qué les sucede entre las minas y el campo de batalla?

Los ojos inyectados en sangre de Søren van desde Heron hasta mí.

—Los guardias de las minas aíslan a aquellos que muestran síntomas de locura. A veces la enfermedad ya les ha afectado demasiado y no se les puede usar en una batalla, o sus cuerpos están ya muy débiles. A esos se les ejecuta de inmediato. A veces, alguno muestra síntomas de tener un don, en lugar del mal de la mina. Se les separa de los demás.

—Para experimentar con ellos —señalo.

Søren asiente. Aparta la vista y traga saliva.

—No era algo en lo que me gustara pensar —reconoce, pero sus palabras suenan débiles.

—Leonidas no tenía ningún don —aclara Heron en voz baja—. Y cuando los guardias lo descubrieron ya deliraba. Ni siquiera podía mantenerse en pie por sí mismo. Conseguimos esconderlo durante mucho tiempo.

Søren no dice nada, solo niega con la cabeza.

—Lo matasteis, entonces —continúa Heron, y, con el dorso de la mano, se enjuga unas lágrimas de las mejillas que no me había dado cuenta de que tenía.

—Yo no lo maté —repite Søren—. Pero sí, supongo que es lo que debieron de hacer los guardias.

Sucede tan rápido que no me da tiempo a pensar mi reacción. Un segundo Heron está paralizado del asombro y al siguiente se está lanzando contra Søren, y yo estoy de pie entre los dos, protegiendo al segundo, pese a no estar del todo segura de que merezca mi protección.

Cojo a Heron de los hombros y, aunque él podría apartarme fácilmente, no lo hace. Su mirada es asesina, y muestra un odio del que no le creía capaz.

—Apártate, Theo —me ordena con los dientes apretados.

—No —me niego, pronunciando la palabra con cuidado para sonar más fuerte de lo que me siento—. No le servirá a nadie de nada.

—Eso no lo sabes, y a mí me gustaría comprobarlo.

—Tienes razón —dice Søren, y traga saliva—. No importa que no lo matase yo mismo; estuve presente mientras ocurría, no solo con él, sino con miles de otros. Y pienso ponerle fin.

Heron lo mira con desdén.

—Tú no puedes ponerle fin a nada, *prinkiti*. Estás encadenado en un barco lleno de gente que te odia.

Søren no sabe qué responder a eso, así que no lo hace. Tras unos instantes, Heron abre poco a poco los puños.

—Cuando tu gente llegó y lo destruyó todo, no quise saber nada más del resto del mundo. Lo único que deseaba era recuperar mi hogar —confiesa, y cada una de sus palabras es como un puñal—. Leonidas era diferente. Todavía quería viajar, incluso después del asedio. Me dijo que tenía que haber más gente como nosotros que como vosotros. Pensaba que el mundo estaba poblado sobre todo de personas buenas. Me pregunto si ahora diría lo mismo.

Se interrumpe con una carcajada hueca y carente de alegría.

—Probablemente sí, diría lo mismo —admite, negando con la cabeza—. Quizá incluso te habría perdonado. Era mejor persona que yo.

Søren no dice nada, pero Heron tampoco espera una respuesta. Le da la espalda y se dirige a la puerta.

—Theo, puedes venir conmigo o quedarte, pero si te quedas tendrás que dar muchas explicaciones cuando te encuentren.

Søren me mira pero enseguida aparta la vista; la deja fija en las piedras que hay frente a él. Parece tan perdido que dudo durante unos segundos.

Sé mejor que la mayoría de la gente el aspecto que tiene una persona que se ha rendido. Echo un vistazo al calabozo y veo varias maneras con las que podría acabar con su propia vida: podría aplastarse la cabeza contra el suelo de piedra, ahorcarse con las cadenas o cortarse las venas con el clavo que sobresale de la pared de madera. Y estoy segura de que él mismo encontraría otra docena más si se esforzase un poco. Dejar que lo haga podría ser incluso una forma de piedad.

Pero el mundo todavía no ha terminado con él, y yo tampoco.

—Volveré —le aseguro—. Te lo prometo.

Él asiente, aunque tiene la mirada perdida y la mandíbula apretada.

## Juntos

—¿Que has hecho qué? —pregunta Blaise, casi sin acordarse de bajar la voz.

Ahora que él, Heron y Artemisia están aquí, mi camarote parece más pequeño que nunca. Ni siquiera hay espacio para moverse. Artemisia y yo estamos sentadas en mi cama, Heron está encorvado, apoyado junto a la puerta y Blaise, sentado encima de la cómoda. Me doy cuenta de que le gustaría levantarse, pero no puede hacerlo sin pisar a Heron, y tampoco hay sitio para pasearse.

—No sabía lo que le estaban haciendo, aunque doy por hecho que vosotros tres sí —digo, con voz tranquila y firme. Miro a Artemisia y luego a Blaise. Heron no me mira (no lo ha hecho desde que dejamos a Søren en el calabozo) y la verdad es que yo tampoco tengo muchas ganas de mirarlo a él. Blaise agacha la cabeza, con la culpa escrita en la cara, pero Artemisia me sostiene la mirada con descaro.

—Sabíamos que si lo descubrías harías alguna estupidez. Y, cómo no, aquí estás, intentando hacer alguna estupidez —dice.

Sin la presencia de Veneno de Dragón es tan arisca como siempre, y me alegro de tenerla de vuelta, por mucho que me escuezan sus palabras.

—¿Qué dice de nosotros que lo dejemos allí encerrado? —les pregunto—. ¿Somos distintos de los kalovaxianos si nos comportamos igual que ellos? Yo he estado en su lugar; la diferencia es que a mí me trataban mejor. Al menos yo tenía una habitación. No estaba encadenada. Me daban ropa limpia y comida.

—Tú no hiciste nada para merecerte sus golpes —repone Blaise—. No comandaste ningún batallón ni acabaste con la vida de nadie. ¡Eras una niña!

Tiene razón en lo que ha dicho; no se lo puedo discutir.

—Søren es más valioso si está de nuestro lado —insisto.

—Tú lo has dicho, si está de nuestro lado —repite Artemisia.

—Antes de que yo lo traicionase, me dijo que estaba con nosotros —insisto—. Estaba dispuesto a enfrentarse a su padre y a ir a la guerra.

—Estaba dispuesto a que Ástrea uniese sus fuerzas a las de los kalovaxianos —me corrige Artemisia—. Y eso no va a pasar.

—Ni quiero que pase —replico.

—Sí que quieres —interviene Heron por primera vez. Su voz todavía suena cortante, pero su ira se ha disipado casi por completo. Solo queda el dolor, que es aún más difícil de soportar—. Quieres que nos unamos a él.

—¡Él quiere ser diferente! —digo—. Lo has visto con tus propios ojos, Heron. No me contesta, pero aprieta la mandíbula.

—Nosotros tenemos todo el poder —continúo—. Puede ayudarnos, y ni siquiera tenemos que ofrecerle nada a cambio, ni un armisticio ni nuestra piedad. Lo único que quiere es su alma, demostrarse a sí mismo que no es su padre. Y podemos aprovechar eso en nuestro beneficio.

—Theo... —empieza a decir Blaise, y suspira.

—No es una situación ideal —lo interrumpo—. Pero ahora mismo vamos rumbo a un país extranjero donde van a vender mi mano en matrimonio al mejor postor. Nada de esto es ideal.

Ninguno de los tres responde, y siento que el poder fluye a través de mí. «Estamos en el mismo bando», me recuerdo, aunque yo he pasado tanto tiempo sola en mi bando que a veces me resulta fácil olvidarlo.

—Mi madre no lo va a soltar —asegura Artemisia—. Luchará contra ti hagas lo que hagas, y tendrá mucho apoyo. No estoy diciendo que estés equivocada (aunque tampoco estoy diciendo que no lo estés), pero no puedes permitirte convertirla en una enemiga.

—Veneno de Dragón no es la mejor de las aliadas, lo sé —añade Blaise—. Pero ahora mismo es la mejor que tenemos. Tenemos que elegir bien qué batallas merece la pena luchar.

Recuerdo que yo pensaba lo mismo sobre el káiser, que tenía que decidir en qué merecía la pena luchar contra él y en qué no. Pronto aprendí que no tenía posibilidades de ganar ninguna batalla, así que ni siquiera lo intentaba. Pero ya no estoy bajo su yugo, ya no estoy indefensa, aunque ahora me sienta así. Pensar en Søren en ese calabozo, solo y apaleado, me pone enferma. Yo le he hecho eso; yo lo he metido ahí y ahora no puedo sacarlo.

—Está bien —convengo. Las palabras me saben amargas—. Pero mientras siga ahí encerrado, quiero que esté tan seguro como sea posible. Heron...

Me interrumpo. No tengo derecho a pedírselo, no después de lo que ha perdido, pero lo hago de todos modos, aunque no haya dicho las palabras en voz alta.

Heron traga saliva y me mira a los ojos.

—Iré a curarlo de vez en cuando —acepta—. Pero solo la peor parte. Si lo curo por completo levantaré sospechas.

Blaise y Heron salen de la habitación para ir a cumplir con sus respectivas obligaciones, pero Artemisia se queda sentada en mi cama, tirando de un hilo del edredón y mirándome con los ojos oscuros colmados de recelo. Parece tenerme miedo. Ella a mí. Es extraño, ya que suele ser al revés.

—No me has convocado para la reunión con mi madre —dice al cabo de un momento, afilando tanto cada consonante que podría cortar.

—Pensé que sería cruel pedirte que te pusieras de mi lado en lugar del de ella —respondo, pero es una media verdad y ella se da cuenta de inmediato.

Entorna los ojos y se levanta con brusquedad.

—No necesito compasión, y menos aún de ti —me espeta, en voz baja y peligrosa.

Sus palabras me hieren.

—No es compasión —contesto, pero no estoy segura de si eso es cierto o no. Sin embargo, Artemisia no quiere palabras amables, dulces y fáciles de escuchar. Quiere la incómoda y cruda verdad, y lo comprendo.

—En presencia de tu madre eres inútil. —La miro a los ojos mientras hablo—. Necesito gente que sea capaz de decirle que se equivoca, que luche contra ella y no se acobarde.

Se me queda mirando atónita durante un instante.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —replica.

—¿Crees que no quería que estuvieses en esa habitación? —pregunto—. Pues claro que sí. Te necesitaba. Blaise y Heron tienen sus puntos fuertes, pero Heron es un soñador con el corazón roto y Blaise tiene problemas para ver las cosas con perspectiva. Para él, el centro de su atención siempre soy yo, y no Ástrea. Necesitaba a alguien que dijera lo que había que decir, y ninguno de ellos dos es capaz. Pero cuando está tu madre, tú tampoco. Te conviertes en una sombra de ti misma, se te ponen ojos de corderito y no sabes hablar sin balbucear. Así no me sirves de nada.

Se queda inmóvil, con una expresión dura e inescrutable. Espero que lo niegue,

que discuta. Quiero que lo haga. Pero, en lugar de eso, exhala con fuerza y su ferocidad se desinfla como una vela cuando no hay viento.

—¿Qué pasó en la reunión? —pregunta.

Le cuento que su madre planea casarme con un gobernante extranjero y que ya ha ordenado que vayamos rumbo a Sta'Crivero, donde el rey está organizando una celebración. Le confieso que todavía no he aceptado nada.

—Eso ha sido inteligente.

—Las reinas no se casan —contesto.

Artemisia resopla.

—Pues esa es la única opción que tenemos si queremos hacernos con un ejército lo bastante grande —replica—. Pero conozco a mi madre, y estoy segura de que ella va a sacar algo más de este acuerdo. Al no haber aceptado el compromiso, todavía tienes algo que ella quiere y, por lo tanto, conservas cierto control sobre la situación.

No es lo que quería escuchar, pero casi nunca obtengo eso de Artemisia. Esa es precisamente la razón por la que la necesito a mi lado, tal y como está ahora.

—Pero no es el poder suficiente para liberar a Søren —aventuro.

—Ni por asomo —responde ella, hace una pausa y añade—: Pero quizá sea un comienzo.

Reflexiono sobre lo que ha dicho y luego le ordeno:

—No sé qué pasa entre tu madre y tú, pero contrólalo.

Artemisia vacila, pero luego asiente. Aparta la vista y se muerde el labio inferior.

—Te subestima, y eso es algo que puedes utilizar a tu favor, pero no seas tan tonta como para cometer el mismo error. No subestimes de qué es capaz.

## El fuego

Cress está al otro lado de los barrotes oxidados de la celda, agarrada a ellos con sus deditos blancos como huesos. Ahora solo me llega a la cintura, aunque parte de mí sabe que siempre ha sido un poco más alta, un poco mayor y un poco más sabia. Pero ya no lo es: ahora es una niña de carita redonda con el pelo rubio recogido en dos trenzas que le llegan por debajo de los hombros. Tiene los ojos muy abiertos y colmados de preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta, pronunciando las palabras kalovaxianas despacio y con claridad para que yo las entienda. Su manera de articularlas resuena en algún lugar de las profundidades de mi mente, un lugar que está fuera de mi alcance. Siento un dolor lejano y familiar en la boca del estómago, pero el alivio lo amortigua en cuanto la veo.

Pienso que podría ser Evavia, la diosa de la Seguridad, pero tampoco siento que sea un pensamiento propio. No del todo. Aunque no importa. Lo único que sé es que necesito ayuda, que me estaba ahogando y ha aparecido ella, un soplo de aire fresco que anhelaba desesperadamente.

Cress alarga una mano entre los barrotes y me coge de la muñeca con sus deditos. Me esfuerzo para no echarme a llorar de alivio.

Se le ensancha la sonrisa y me revela unos dientes con puntas afiladas. Me echo atrás, sobresaltada, para ponerme fuera de su alcance.

Una mancha gris empieza a crecerle en la garganta y se le extiende hasta que toda la piel del cuello se le queda negra y carbonizada. Intento dar otro paso atrás, pero me choco de espaldas contra las piedras frías y húmedas.

Cress vuelve a agarrarse a los barrotes, pero esta vez se derriten cuando los toca. Viene hacia mí con sus manitas extendidas: las palmas son de un vívido



color rojo y aparecen llamas en las puntas de sus dedos. Me agacho y me aprieto contra la pared, desesperada por huir de ella, pero no hay escapatoria. Ella también debe de haberse dado cuenta, porque se detiene justo delante de mí y se inclina para hablarme al oído.

—Nuestros corazones son hermanos, Thora —susurra, acercándose la mano ardiente al pecho—. ¿Quieres que veamos si se parecen?

Me despiertan mis propios gritos. Me doy la vuelta y entierro la cara en la almohada para amortiguarlos. Soy consciente de que a mi lado hay un espacio vacío, aunque la almohada siga estando caliente. Supongo que Blaise acaba de irse. Respiro hondo varias veces para tranquilizarme, cierro los ojos y los vuelvo a abrir de inmediato, ya que veo la grotesca sonrisa de Cress reflejada en mis párpados. Tengo las sábanas enredadas en las piernas; están empapadas en sudor, y tardo un rato en apartarlas. La trenza que me hice anoche para acostarme está enredada, y tengo mechones de pelo pegados a la frente y las mejillas.

Me pongo de pie sin dejar de temblar y cruzo el camarote hacia la jofaina. Vierto un poco de agua de la jarra que hay al lado y me mojo la cara y el cuello. Está helada, pero no consigue calmar el fantasma del fuego, que todavía noto arrastrándose sobre mi piel.

Me seco la cara con una toalla deshilachada y, cuando me vuelvo hacia la cama, apenas consigo reprimir un grito. Allí, contrastando con las sábanas blancas, hay dos huellas negras del tamaño de mis manos.

«Solo son sombras de la pesadilla, que me han perseguido hasta la vigilia», me digo. Parpadeo para ver si desaparecen, pero haga lo que haga siguen ahí.

Son un producto de mi imaginación, tienen que serlo, pero cuando alargo la mano para tocar una de ellas el algodón carbonizado se me deshace bajo los dedos y se convierte en cenizas.

Doy un paso atrás; mi mente es un torbellino de pánico y sigo negándomelo todo aunque no tenga sentido hacerlo. Pero ¿qué otra cosa tiene sentido? ¿Que eso lo haya hecho yo? ¿Que haya quemado mis sábanas? Giro las manos para observar las palmas: están de un vívido color rojo, aunque no me duelen. Solo siento un ligero cosquilleo que me baila sobre la piel. Parece magia: es la misma sensación que experimentaba en la corte cuando me acercaba demasiado a una Gema de Fuego.

Trago saliva para contener el pánico que me embarga. Mis pensamientos son demasiado atropellados y no consigo ordenarlos. Aprieto las palmas de las

manos contra el camisón, como si eso fuese a arreglar algo.

¿Qué me está pasando? Creí haber imaginado el calor que me sobrevino en el camarote de Veneno de Dragón, pero no puedo fingir haberme imaginado esto, no con las pruebas ante los ojos.

Siempre sentí afinidad por Houzzah, el dios del Fuego; siempre he sentido la atracción de las Gemas de Fuego. Pensé que era porque soy descendiente suya, pero eso no puede ser cierto. Si tengo su sangre, también la tienen Artemisia y Veneno de Dragón, y ellas no parecen sentir la llamada del dios. Veneno de Dragón no cree en ninguna divinidad y Artemisia fue bendecida por Suta, la diosa del Agua. No puede ser solo mi sangre. Esto es otra cosa, es algo peligroso.

Pienso en la última vez que vi a Cress en las mazmorras, después de que sobreviviera a una dosis de veneno que habría matado a un hombre dos veces más corpulento que ella. Sin embargo, a juzgar por su aspecto, la muerte le había dejado su huella en el cuerpo. ¿Cómo sobrevivió? ¿Cómo? Y no era eso lo único asombroso: estaba también su tacto abrasador. Eso también debería haber sido imposible, pero yo misma fui testigo de ello, noté el calor que emanaba de esos barrotes con mis propias manos. Estaban tan calientes como las mías hace solo un instante.

No sé cómo nada de ello es posible, pero no consigo aceptar la idea de que mi dios considerase apropiado salvar a una kalovaxiana, es más, bendecirla con su don, mientras miles de los suyos sucumbían a la locura en las minas.

Tengo que obligarme a respirar.

Todavía siento la mano de Cress sobre el pecho, justo encima del corazón. Todavía siento el fuego de su tacto mientras me convertía en cenizas. No puedo saberlo con certeza, pero juraría que se me han empezado a calentar las manos otra vez.

No lo pienso dos veces. Quito las sábanas de la cama, y las arrugo de forma que no se vean las huellas de las quemaduras. Salgo al pasillo, intentando apaciguar el temblor de mis manos. Poco después me encuentro a un miembro del turno nocturno de la tripulación que está fregando el suelo, un muchacho poco mayor que yo.

—Ma... Majestad —tartamudea.

—Buenas noches —lo saludo, y me las arreglo para sonreír con aire avergonzado, mientras un plan termina de formarse en mi mente—. Me temo que he... he sufrido un incidente con mi sangrado mensual.

Me mira desconcertado unos segundos y luego aparta la vista, con la cara

como un tomate.

—Oh, esto...

—¿Puedes pedirle a alguien que me traiga sábanas limpias? No hay prisa, pero sería estupendo si las tuviera mañana por la tarde.

—Oh... Sí, por supuesto —responde con cautela—. ¿Me... me llevo esas? —pregunta, y señala las sábanas con la cabeza. Parece aterrorizado, como si en lugar de ropa sucia fuesen un animal peligroso.

—No es necesario, yo misma las llevaré a la lavandería —contesto, y el muchacho se relaja, visiblemente aliviado.

Asiente y, por fortuna, no me hace más preguntas. Sin embargo, no voy a la lavandería. Llevo las sábanas estropeadas a la cocina, que está vacía, y las meto en los hornos. Observo cómo las llamas se adueñan de ellas y las queman hasta que no quedan más que cenizas. Al ver desaparecer las pruebas, casi me permito creer que todo ha sido producto de mi imaginación, pero sé que no ha sido así. Todavía siento el calor y el cosquilleo en las palmas de las manos. No me lo estoy imaginando; no estoy loca. No sé lo que soy. No sé qué hacer. No sé nada.

La idea de volver a mi camarote vacío y quedarme sola con mis pensamientos se me antoja insoportable. Por infantil que sea, quiero que alguien me abrace y me asegure que todo irá bien, aunque no me imagino hablando de esto con nadie. Blaise es la primera persona en quien pienso, pero ya debe de haber empezado a trabajar y no quiero molestarlo. Artemisia no está muy familiarizada con la empatía, y tampoco quiero recurrir a Heron después de todo lo que ha sucedido entre nosotros.

Hay otra opción, aunque sé que es una estupidez sin que Artemisia me lo diga. Sin embargo, mi mente ya busca mentiras y excusas para justificar mi presencia en el calabozo y, por estúpido que sea, es allí donde me llevan los pies.

## Søren

Me resulta difícil orientarme sola en los pasillos del barco, pero después de tomar el camino incorrecto varias veces me descubro en el estrecho pasillo que ya conozco, en dirección a una puerta flanqueada por los mismos guardias de anoche. Aunque dejaron pasar a Heron sin vacilar, cuando me ven a mí entornan los ojos. Sé que no será tan fácil.

—Majestad —murmuran ambos.

—He venido a ver al prisionero —afirmo, intentando que mi voz suene fría y distante, aunque no creo haberlo conseguido.

—No se permiten visitas —replica uno de los guardias con tanta seguridad que casi me lo creo, aunque he visto con mis propios ojos que no es cierto.

Trago saliva y me yergo un poco más.

—Yo no soy cualquier visita. Soy tu reina, y te ordeno que me dejes pasar.

Los guardias intercambian una mirada.

—Por vuestra propia seguridad, Majestad, no debéis... —interviene el otro guardia.

Pero en cuanto dice «debéis» en lugar de «podéis», sé que ya ha perdido la batalla.

—Está encadenado a la pared —respondo—. Supongo —añado enseguida.

—Sí, pero es un hombre peligroso —insiste el guardia.

—Afortunadamente, vosotros dos estáis aquí fuera en caso de que os necesite. En eso consiste vuestro trabajo, ¿no?

Los guardias se vuelven a mirar y luego se hacen a un lado, dudosos, y me abren la puerta. Entro al calabozo y de inmediato me golpea una oleada de aire enrarecido y el fuerte olor de la sangre. Søren está desplomado contra la pared

del fondo, igual que ayer, encadenado por los tobillos y las muñecas. Es como si Heron no lo hubiese curado: vuelve a tener la piel cubierta de moratones y cortes. Sin embargo, a diferencia de entonces, levanta la vista cuando me acerco y, aunque tiene la boca demasiado ensangrentada como para que pueda asegurarlo, creo que intenta sonreír.

—Has vuelto —dice, sus palabras apenas un susurro.

—Te dije que volvería —respondo, intentando infundirle algo de vitalidad, aunque mi réplica suena inexpresiva. Estoy a punto de preguntarle cómo está, pero es una pregunta tan ridícula que no consigo verbalizarla. Echo un vistazo a mi alrededor y detengo la mirada en el tablón de madera ensangrentado, en las cadenas que se le clavan en la piel y en una bandeja de comida que hay a su lado. Debe de ser su ración de la cena: unas pocas galletas marineras y carne seca. No la ha tocado.

—¿No has comido? —le pregunto, mirándolo.

Niega despacio con la cabeza, con la mirada todavía en guardia y recelosa. Tiene el ojo derecho morado e hinchado y un corte en el pómulo.

Doy un paso hacia él. Me acerco tanto que si quisiera atacarme quizá podría agarrarse al borde de mi camión. No le tengo miedo, pero no me atrevo a acercarme más.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —insisto.

Él piensa un momento en su respuesta.

—En ese maldito banquete, cuando volví de Vecturia —contesta con voz ronca—. Y no fui capaz de comer mucho, con todo lo que pasó.

«Todo lo que pasó». Creo que jamás podré olvidar ese vestido tan revelador que el káiser me obligó a lucir esa noche, ni la forma en la que me trató, como si fuese suya y pudiera exhibirme a placer. Ni de sus manos sobre mí, como una marca ardiente. Recuerdo que Søren no parecía encontrarse bien, aunque supongo que fue mucho más fácil verlo que soportarlo.

—Se supone que debes recibir tu ración de comida, igual que todos los demás —repongo—. Veneno de Dragón me prometió que te darían de comer.

Él aparta la vista.

—Me han traído mis raciones tres veces al día, sin falta. Me hacen beber agua a la fuerza, pero todavía no me han obligado a comer.

Sigue sin mirarme, así que me permito observarlo. En solo unos pocos días se le ha pegado la piel a los huesos; parece más un espectro que una persona. De repente, me pregunto qué pensaría su madre si lo viese ahora, pero aparto ese pensamiento de mi mente antes de que la kaiserina me avergüence desde la

tumba.

—¿Por qué no comes? —pregunto.

Levanta las rodillas y se hace un ovillo. Doy otro paso hacia él.

—Hace muchos años, mi padre hizo que el theyn me enseñase a ser un rehén —explica. Da la impresión de que hablar le cause dolor, pero continúa—: Mi padre dijo que teníamos muchos enemigos y que debía estar preparado. Lo primero que el theyn me enseñó fue a no aceptar la comida que me dieran.

No consigo contener un resoplido.

—¿Crees que la hemos envenenado?

Niega con la cabeza.

—Es una cuestión de control. Mientras me niegue a comer, sois vosotros los que aceptáis mis términos. No me queréis muerto, o ya me habríais matado. Eso significa que me necesitáis. Pero, en cuanto acepte vuestra comida, empezaré a depender de vosotros y perderé ese control. Es un juego mental; no mucho más sofisticado que uno de esos concursos para ver quién aparta antes la vista. — Hace una pausa—. En aquel entonces conseguí pasar tres días sin comer. Esta vez es más fácil, sobre todo porque siento demasiado dolor como para acordarme de tener hambre.

No lo dice en busca de mi compasión, ni de una disculpa, simplemente expone los hechos. Recorro la distancia que nos separa, recojo la bandeja y se la pongo delante.

—Necesito que comas, Søren —insisto, pero él no se mueve—. Yo no soy tu enemiga.

Se echa a reír, pero el sonido es débil.

—Amigos, enemigos... No creo que importe ya. Las cadenas pesan lo mismo, tenga la llave quien la tenga —responde.

—Sé un par de cosas sobre cadenas, aunque las mías fuesen siempre metafóricas —digo.

Tiene la cortesía de mostrarse avergonzado, y al fin me mira a los ojos.

—¿Es como pensabas que sería? ¿La libertad?

Debería ser una pregunta fácil, pero siento su azote en las entrañas; es como una daga deslizándose entre mis costillas. Solía soñar con el día en el que por fin abandonaría el palacio, cuando me encontraría bajo el cielo abierto sin estar rodeada de enemigos. Cuando pudiera respirar sin sentir ese peso en el pecho.

—Ya te lo contaré cuando la consiga —le contesto.

Veo un brillo en sus ojos.

—Esa mujer que hizo que me trajeran aquí abajo... La he visto un par de veces.

Los demás la respetan; supongo que es la capitana... La famosa Veneno de Dragón. ¿Es así?

Dudo, pero al final asiento.

—Sí. Es mi tía —admito—. La hermana gemela de mi madre.

El asombro se refleja en su rostro, tan claro como las palabras sobre el papel.

—¿Te has aliado con ella?

—Ese era el plan, pero... es más complicado de lo que pensaba —le confieso—. Quiero sacarte de aquí, pero ella no lo está poniendo fácil. Sin embargo, cuando consigas salir, necesitaré que estés fuerte. Necesito que comas. —Empujo la bandeja hacia él.

Me mira a los ojos unos instantes, y entonces estira las piernas y mira la bandeja.

—Empieza por el principio —me pide. Coge una galleta e intenta partirla por la mitad. Le cuesta más de lo que debería, pero al final lo consigue—. Y esta vez cuéntame la verdad.

Busco un eco de rencor en su réplica, pero no lo hay. De nuevo, solo ha expuesto los hechos.

Así que se lo cuento todo. Le hablo de cuando maté a Ampelio, que era la persona que siempre pensé que me rescataría. Le cuento que decidí salvarme a mí misma. Le cuento que apareció Blaise y que las cosas en Ástrea estaban mucho peor de lo que yo pensaba, que el káiser había matado a miles de personas. Le cuento que comprendí que no bastaba con salvarme a mí misma.

Y, aunque las palabras se me quedan ancladas en la garganta, me obligo a confesarle el plan que tracé con Blaise, que debía seducirlo para sacarle información y volverlo contra el káiser. Me obligo a reconocer que fui yo quien decidió matarlo para que los kalovaxianos se enfrentasen entre ellos e iniciaran una guerra civil.

Espero que se quede de piedra, que me mire como si no me conociera, pero ya está maquinando. Lo veo en su mirada distante, en el gesto de sus labios, apretados y torcidos hacia un lado.

—Si lo hubieses hecho quizá habría funcionado —admite.

—Lo sé.

Ninguno de los dos menciona aquel momento en los túneles subterráneos de palacio, cuando le puse la daga contra la espalda y él estaba tan castigado por la culpa, por todas las vidas que había segado en Vecturia, que me pidió que se la clavara. Ninguno de los dos menciona por qué no lo hice.

—¿Qué pasó con Erik?

¡Erik! No había vuelto a pensar en él desde la última vez que lo vi.

—Le dije que fuese a buscar a Hoa y huyera de palacio. Supongo que lo consiguió, porque si no el káiser la habría traído junto a Elpis. Espero que estén en un sitio agradable, dondequiera que sea —respondo.

Él asiente despacio y frunce el ceño.

—Es mi hermano —dice en voz baja, y me pregunto si es la primera vez que lo dice.

—Medio hermano —lo corrijo—. Por parte de padre.

—Y menudo padre —responde con la voz colmada de desdén—. Háblame de Veneno de Dragón.

Le cuento que intenta minar mi autoridad a cada oportunidad que se le presenta y que me trata como a una niña bienintencionada pero incompetente que es incapaz de gobernar mientras se comporta como mi devota tía, que solo quiere lo mejor para mí y para Ástrea.

—¿Y tú qué crees que quiere en realidad? —pregunta.

—No lo sé —admito—. Creo que sí quiere ayudar a Ástrea. Al fin y al cabo, es su país. Pero también quiere sacar algún beneficio. Blaise me contó que cobraba a las familias astreanas para llevarlas a salvo hasta otros países. Las ayudaba, pero sacaba provecho de ello. Y está intentando casarme con alguien de la realeza. Dijo que así conseguiríamos las tropas necesarias para recuperar Ástrea, pero estoy segura de que ella va a conseguir algo más a cambio de manipularme.

Søren sonrío con ironía.

—Pero no sabe lo difícil que eres de manipular.

—Creo que está empezando a darse cuenta.

Se come el último pedazo de carne seca y le ruge el estómago, que ya está pidiendo más.

—Empezaremos por aquí —dice—. Si partimos rumbo a Sta'Crivero hace cuatro días deberíamos llegar dentro de tres. Podemos aprovechar este tiempo para pensar una estrategia. Tengo algo de información sobre los demás gobernantes y me puedo hacer una idea de quién mandará a sus herederos para cortejarte.

—No tengo ningún deseo de que me cortejen —asevero, vacilante—. Pero, hipotéticamente, ¿habría opciones decentes entre ellos?

Se para a pensarlo un segundo.

—Depende de qué estés buscando.

—Lo ideal sería una forma de recuperar mi país sin cederle la soberanía al desconocido que gane la subasta —contesto.



Niega con la cabeza.

—Nadie se enfrentará a mi padre sin conseguir un beneficio personal a cambio.

—Temía que dijeras eso —respondo, apartando la bandeja. Echo un vistazo a la pequeña portilla, desde donde se cuele la luz del alba—. Voy a ir a desayunar, pero puedo volver en cuanto termine. Te traeré más comida, y tú puedes contarme más sobre los potenciales pretendientes.

Durante un instante me parece que va a protestar, pero asiente.

Empiezo a levantarme, pero antes de que lo consiga alarga un brazo y me agarra de la muñeca. Sus dedos ensangrentados la rodean por completo y la cogen con firmeza. Me quedo sin aliento, pese al ambiente del calabozo, las cadenas y la sangre. Me había olvidado de lo mucho que me afectaba que me tocara. Quiero apartarme, pero a la vez no quiero.

—*Yana Crebesti*, Theodosia —dice.

Siento las palabras en la garganta. «Confío en ti.» Después de todo lo que le he hecho —de todo lo que nos hemos hecho— no debería existir ninguna confianza entre nosotros. Pero aquí lo tengo, poniendo su fe en mí.

Miro la mano que rodea mi muñeca y luego lo miro a los ojos.

—Theo —lo corrijo—. Puedes llamarme Theo.

—Theo —repite antes de soltarme la muñeca.

Salgo a toda prisa del calabozo, mientras su voz reverbera en mi mente, incluso cuando me despido de los guardias e intento limpiarme la sangre de la muñeca antes de que la vean.

Lo oigo decir mi nombre una y otra vez; desearía que Artemisia estuviese aquí para sacarme de este ensimismamiento. Siempre pensé que lo que sentía por Søren no era mío en realidad, sino de Thora, la muchacha rota y doblegada que el káiser había creado de las ruinas de mí. Pensaba que la separación que mantenía entre ambas era suficiente para que no se cruzaran y que, al abandonar el palacio, la había abandonado también a ella.

Pero aquí estoy, a cientos de millas de distancia, y mis sentimientos por Søren son tan complicados y están tan enredados como la noche que me marché.

## La clase

No vuelvo con Søren justo después de desayunar. Sé que está hambriento y que necesita que le haga compañía alguien que no quiera darle una paliza, pero la idea de volver a estar a solas con él me paraliza. No es que no me fíe de mí misma; lo que ocurre es que la forma en que me mira resalta mis vulnerabilidades y hace resurgir trocitos de la persona que yo era en palacio. Estar con él me hace olvidar que soy una reina y que hay decenas de miles de personas que dependen de mí. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no ordenar a los guardias que me entreguen las llaves para sacarlo de ahí, sean cuales sean las consecuencias.

Así pues, cambio de rumbo: me dirijo a la popa del barco con una bandeja en las manos y busco una melena de pelo azul.

Es fácil dar con Artemisia en medio de todo el caos: su pelo brilla entre los diversos tonos negros y castaños de la mayoría de los astreanos. Está de pie en medio de un espacio abierto de la cubierta de popa con una espada en cada mano. Son más pequeñas que las que prefieren los kalovaxianos, aunque no tanto como para ser consideradas dagas. Van desde su codo a la punta de su dedo corazón, y tienen unas empuñaduras doradas con filigranas que resplandecen bajo la luz del sol.

No conozco a su contrincante, pero tendrá un par de años más que ella. Es mucho más alto, tiene la espalda ancha y unas facciones tan angulosas que me hacen pensar en cristales rotos. Mira a Artemisia concentrado, con ojos oscuros y un gesto serio en sus labios apretados, mientras los dos dan vueltas en círculos. Más que caminar, Artemisia baila; sus movimientos son tan gráciles como los de un gato. Incluso sonrío al muchacho, si es que a eso se le puede llamar sonrisa.

De repente se atacan el uno al otro y sus espadas chocan con un ruido metálico. Enseguida queda claro que no están a la misma altura, aunque el mejor de los dos no es quien parecería serlo a primera vista. Aunque el muchacho es dos veces más grande que Artemisia, y más fuerte, es torpe y lento, y ella es tan rápida que él falla la mayoría de las veces, malgastando la energía que precisa para seguirle el ritmo.

Ella se pavonea: hace una pirueta por aquí, un giro con un arco innecesario pero espectacular por allá. Para ella es más una actuación que una batalla, hasta que deja de serlo. Advierte el momento en el que el muchacho empieza a respirar entrecortadamente y a arrastrar los pies, y en ese momento dobla sus esfuerzos. Lo embiste una vez tras otra, aunque él para todos sus golpes. Sin embargo, eso parece ser lo que ella quiere: se aprovecha de esta distracción para hacerlo retroceder más y más, hasta que tropieza con un tablón que sobresale de la cubierta y cae de espaldas. Antes de que se dé cuenta de lo que sucede, se encuentra a Artemisia encima de él, con las espadas cruzadas sobre su cuello y una sonrisa triunfal.

No soy la única que los contempla. Docenas de personas han dejado de trabajar para observar el espectáculo boquiabiertos, y ahora la vitorean.

—Te diría que echaba de menos combatir contigo —dice el muchacho, al que su derrota parece divertirle más que molestarle—, pero no sería del todo cierto. Mañana me dolerá todo, ¿sabes?

Artemisia chasquea la lengua.

—Has perdido facultades en mi ausencia —le replica.

Retira las espadas, las envaina y le tiende una mano para ayudarlo a ponerse de pie. Él tiene el orgullo suficiente para ignorarla y se levanta él solo, con un gruñido. Retira sus espadas y las envaina.

—No esperaba que siguieses siendo tan buena a tu regreso —responde—. ¿De dónde sacaste tiempo para practicar en las minas?

Ella se encoge de hombros, aunque se le ensombrece el rostro.

—No pude practicar, pero acumulé mucha ira y eso compensa por los músculos desentrenados, al menos en parte.

Parece que el muchacho quiere responder, pero entonces me ve y pone unos ojos como platos.

—Ma... Majestad —tartamudea, y me hace una apresurada reverencia antes de que pueda decirle que no es necesario.

Artemisia se da la vuelta y me mira. Tiene las mejillas sonrosadas del esfuerzo.

—Ha sido impresionante —la elogio.

—Habría sido más divertido si mi contrincante hubiese tocado una espada durante el último año —repone, mientras fulmina a su compañero con la mirada, aunque sin mucho entusiasmo.

Él pone los ojos en blanco.

—Practicaré más —asegura—. Y cuando te gane desearás que no lo hubiese hecho.

Ella resopla.

—Como si pudieras ganarme algún día... Theo, este es Spiros.

—Encantada de conocerte —le digo—. Créeme, lo has hecho mucho mejor de lo que podría hacerlo yo.

—Que conste que me he ofrecido a ponerle remedio a eso —me recuerda ella, y entonces repara en mi bandeja—. ¿Vas a desayunar en tu camarote?

—No exactamente —respondo—. ¿Tienes un momento?

Asiente y se vuelve hacia Spiros.

—Nos vemos a la hora de cenar.

—Eso si para entonces puedo andar —contesta él.

Artemisia y yo no hablamos hasta que no estamos lejos de los demás. Cuando le confieso que he ido a visitar a Søren, no tarda ni un segundo en decirme que ha sido una estupidez.

—En cuanto los guardias cambien de turno irán a chivarse a mi madre, y ella encontrará el modo de utilizarlo contra ti —me advierte.

—Lo sé —admito—. Pero he tenido una idea.

Artemisia arquea una ceja oscura y aprieta los labios, esperando a que continúe.

—Con tu don puedes cambiar tu apariencia. ¿Podrías cambiar la mía?

Durante medio segundo parece sorprendida, pero entonces sonríe.

—Sí. Pero, a cambio, te voy a poner una espada en la mano y te voy a enseñar a utilizarla. ¿De acuerdo?

Empiezo a protestar otra vez, pero entonces recuerdo cómo luchaba hace unos minutos, poderosa, sin miedo y preparada para acabar con cualquier enemigo. Todavía no sé si yo seré capaz de hacer lo mismo, pero me gustaría descubrirlo.

—Hecho —respondo.

Ella asiente.

—Bueno, entonces ¿de quién es el rostro que quieres probarte?

Me resulta muy extraño llevar puesto el rostro de mi madre. «El rostro de

Veneno de Dragón», me recuerdo, aunque no siento que sea el suyo. Mientras Artemisia y yo nos dirigimos hacia los guardias, intento imitar la postura de la pirata. Art se las ha arreglado para cambiar el aspecto de mis ropas, pero no ha conseguido hacer nada con las botas. Espero poder compensar el hecho de que mido unos centímetros menos que ella poniendo la espalda bien recta.

Los guardias se yerguen al vernos.

—Capitana —saludan al unísono.

—He venido a ver al prisionero —respondo, con el mismo tono cortante de Veneno de Dragón.

—Por supuesto —accede uno de los guardias, y busca las llaves para abrir la puerta de inmediato.

—¿Hay algo de lo que queráis informarme? —pregunto, a sabiendas de que sí lo hay.

Los guardias no me decepcionan. Se interrumpen el uno al otro para informarme de mi propia visita, de cuánto tiempo me he quedado y de lo que han oído desde el otro lado de la puerta. Me apunto mentalmente que debo hablar más bajo, aunque esta vez no han oído nada demasiado comprometido, solo que estoy preocupada y que lo he convencido para que comiera.

—No habléis de esto con nadie, ¿entendido? —ordeno, y los miro a ambos con lo que espero que sea la misma intensidad que Veneno de Dragón.

Ambos asienten con frenesí y se hacen a un lado para dejarnos pasar.

Debería haber traído papel y pluma. No esperaba mucho de Søren, no más que unos nombres de países similares a Ástrea que estarían dispuestos a unirse a nosotros contra el káiser. Sin embargo, recita casi una docena de ellos, y Artemisia añade bastantes más. Resulta que criarse en un barco cuya tripulación proviene de todas las partes del mundo le ha proporcionado una visión muy particular sobre los distintos elementos de sus culturas en los que Søren no había reparado al visitar sus cortes.

Cada país parece tener una estructura diferente. Ninguno de ellos es un matriarcado, como Ástrea, aunque muchos tienen la misma estructura patriarcal que Kalovaxia, pese a que llaman a sus soberanos de distintas formas. Hay reyes, emperadores y potentados, aunque me parece que todos significan lo mismo, más o menos.

—Nunca he comprendido cómo se puede trazar la línea de parentesco a través de herederos hombres —admito después de que Søren me hable del príncipe

Talin de Etralia, cuya legitimidad como heredero es como mínimo cuestionable.

—Así funciona en la mayor parte del mundo —responde él.

Artemisia no tiene los mismos poderes curativos que Heron, pero se las ha arreglado para limpiarle las heridas con su don de agua para que no se le infecten. No obstante, sigue siendo algo temporal. Unas horas después de que nos vayamos ya le habrán vuelto a dar una paliza. Ese pensamiento me pesa en la conciencia, pero sé que Art tiene razón: no hay nada que pueda hacer para remediarlo. Por lo menos, no ahora.

—Sin embargo, los patriarcados son terriblemente falibles —replico—. Es muy fácil sembrar la duda sobre la paternidad de un heredero, mientras que es casi imposible si sigues la línea materna. Nadie puede asegurar quién era mi padre, pero la identidad de mi madre nunca ha sido cuestionada. Nadie pondría jamás en duda mi legitimidad como heredera al trono.

Artemisia carraspea y dice:

—A no ser que hubiera gemelas, claro.

Cuando Søren y yo nos volvemos para mirarla. Está sentada y apoyada en la pared de enfrente con los hombros caídos, pero entonces suspira y se pone recta.

—Circula por ahí una historia sobre el nacimiento de nuestras madres —me cuenta—. Dicen que ataron un lazo en el tobillo de la primogénita. No era un sistema muy fiable, pero no había ningún precedente, así que hicieron lo que pudieron. Pero, claro, los bebés no paran quietos y al cabo de una hora el lazo ya se había caído, así que la reina (nuestra abuela) eligió a una de ellas. Dijo que fue una elección al azar, que se basó en su intuición. Y así fue como se decidió el destino de nuestro país.

Lo cuenta de forma prosaica; es una historia que ha oído tantas veces que se ha convertido casi en un cuento mitológico, pero, aun así, me pone los pelos de punta. Søren me mira a los ojos y veo que él también está atando cabos. Casi es un alivio pensar que Veneno de Dragón tiene un objetivo más allá de sembrar el caos para hacerse con el control, pero si quiere mi corona tendrá que arrancarla de mi cadáver.

—Háblame otra vez de los bindorianos —le pido a Søren para cambiar de tema, aunque almaceno esta nueva información en el fondo de mi mente—. Me habías dicho que eran... ¿una qué?

—Una oligarquía religiosa —responde—. Gobiernan cinco sumos sacerdotes que son elegidos por pequeñas delegaciones de sacerdotes, una por cada subpaís. No obstante, la creencia popular es que cada sumo sacerdote es elegido por el mismísimo Dios.

—¿Dios? —pregunta Artemisia.

—Son monoteístas, sí —responde.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿No puedes decir que solo tienen un dios y ya está? No estás en la corte, no vas a impresionar a nadie con esos palabros.

Él se sonroja.

—Solo tienen un dios —se corrige—. Hay varios países mono... Que solo creen en un dios. En algunas religiones es bondadoso y benevolente y protege a su pueblo. En otras es vengativo y está dispuesto a castigarlos por cualquier indiscreción.

—¿Y cómo funciona? —pregunta Artemisia—. Si una olig... lo que sea religiosa se presenta para pedir la mano de Theo, ¿cómo funcionaría? ¿Tendría que casarse con uno de ellos?

Una ventaja de esta reunión informativa es que se trata de una verdadera clase sobre cómo mantener una expresión plácida mientras pronuncian palabras como «matrimonio», «marido» y «boda» como si tal cosa. Me recuerdo que es todo hipotético: no he accedido a nada y no lo pienso hacer, pero presentarse en la corte sta'criveriana a ciegas sería una estupidez.

—No lo creo —responde él—. Son todos célibes. Estarían interesados solo en Ástrea y en gobernar allí.

—En gobernar de forma parcial. E hipotéticamente —lo corrijo, aunque eso solo ya me horroriza—. Me da en la nariz que no estarían muy dispuestos a respetar nuestras creencias.

Søren duda un instante y luego niega con la cabeza.

—Visité Bindor hace algunos años y no tuve ni una conversación con ninguno de ellos en la que no intentasen convertirme.

—Estupendo —repongo, y exhalo—. Pues con ellos no, entonces.

Es lo mismo que he dicho sobre la mayoría de los herederos de los que me ha hablado Søren, y ni siquiera los que no he rechazado con rotundidad me han parecido opciones válidas. Sin embargo, me he dado cuenta de que Søren y Art empezaban a exasperarse, así que he dicho que los tomaría en consideración. El problema no son los potenciales pretendientes; lo sé, y ellos también deben de saberlo. El problema es que no me hago a la idea de tener que casarme con nadie, y menos aún con un desconocido con segundas intenciones. Si hubiese alguna otra opción, cualquiera que fuese, no dedicaría ni dos minutos a pensar en un posible matrimonio. Sin embargo, por terribles que parezcan todos ellos, no puedo negar que necesitamos más tropas, y el precio que hay que pagar por ellas

será alto.

—Volvamos a hablar del rey Etristo —propongo, pero Søren y Artemisia intercambian una mirada, hastiados. El rey Etristo es una especie de enigma, incluso para ellos. Søren lo ha conocido, pero tampoco puede decir mucho sobre él. Puedo contar las cosas que sé con tres dedos de una mano.

La primera es que tiene unos sesenta o setenta años. En esto, mis dos interlocutores no se ponen de acuerdo.

La segunda es que tiene varias hijas, pero solo un hijo legítimo, que tiene a su vez un heredero. El linaje real de los sta'criverianos está asegurado al menos dos generaciones más.

Y la tercera es que, desde que los kalovaxianos se lanzaran a la conquista de otros países hace casi un siglo, Sta'Crivero ha acogido refugiados de todos los lugares que han masacrado. Son una de las pocas naciones con la fuerza suficiente para que los kalovaxianos no vayan a por ellos.

—¿No sabéis nada más? —insisto, pero ambos niegan con la cabeza—. ¿Nada de él como persona? ¿Es amable o cruel? ¿Sabio o corto de entendederas?

Søren se encoge de hombros, pero Artemisia aprieta los labios.

—No sé nada más sobre el rey, pero sí sé que Sta'Crivero es un país rico. Hace siglos que no se involucran en ninguna guerra. No necesitan valorar las cosas útiles, así que valoran las hermosas.

Lo que implica con esas palabras es evidente.

—Yo no soy una cosa —protesto.

—Eso lo sabes tú y lo sé yo —dice Artemisia, y pone los ojos en blanco—. Pero ellos no. Y no se van a molestar en hacer la distinción.



## El ataque

Un sonido estridente interrumpe el sueño en el que estoy inmersa y me devuelve al mundo real. Siento que solo he dormido unos minutos, pese a que la suave luz del alba que penetra por el ojo de buey me indica que han pasado horas. Parpadeo para despejarme, me siento en la cama y entonces me doy cuenta de que algo no anda bien.

No es el mismo sonido que informa de un cambio de turno para la tripulación, de la hora de comer o de un anuncio de Veneno de Dragón. Eso se indica con un gong que suena una única vez. Ahora se oyen tres campanas diferentes que repican al unísono sin intención de detenerse.

Es una alarma.

Aparto la manta, me pongo de pie, me echo la capa por encima del camisón y meto los pies de golpe en mis botas demasiado grandes. El corazón me late desbocado y miles de pensamientos se me cruzan por la mente, aguzados por el sonido constante de la alarma.

«Los hombres del káiser me han encontrado.»

«Volverán a encadenarme.»

«Todo ha terminado.»

«He fracasado.»

Aparto todas esas preocupaciones y me dirijo a la puerta, decidida a descubrir qué está pasando, pero cuando la abro encuentro a Spiros al otro lado, con las espadas envainadas a los lados de sus caderas y el puño en alto, preparado para llamar.

—Ma... Majestad —tartamudea, mirando a todas partes menos a mí. Deja caer la mano.

—¿Qué sucede? —le pregunto. He de gritar para que me oiga por encima de las campanas.

—Hemos oído el rumor de que hay un barco mercante kalovaxiano unas millas hacia el este y la capitana ha decidido perseguirlo. Todo el mundo está manos a la obra preparándose para el ataque.

Todo mi cuerpo se relaja de alivio, tanto que he de agarrarme al marco de la puerta para mantenerme en pie. Somos nosotros quienes les están atacando a ellos, y no al revés.

—La capitana ha ordenado que debéis quedaros en vuestro camarote hasta que pase el peligro.

Me siento tan presionada por la orden como si llevase un corsé demasiado ajustado, aunque sé que es lo mejor. Yo no serviré de nada durante un ataque. La mejor forma de ayudar es quitarme de en medio.

—¿Y a ti te han encomendado que seas mi niñera? —replico en lugar de discutir.

Él frunce el ceño.

—Soy vuestro guardia, Majestad.

—Sí, ya he tenido guardias como tú en el pasado —le espeto, aunque me arrepiento de inmediato. Spiros no tiene la culpa de nada—. Esto ocurre a menudo, ¿verdad? —planteo.

Él asiente.

—Cada dos semanas, más o menos.

—¿Habrá bajas? ¿De los nuestros? —pregunto.

Vuelve a dudar.

—Suele haber un coste —responde con cautela.

«Ampelio pensaba que el precio era demasiado alto», recuerdo que Blaise dijo una vez sobre Veneno de Dragón y sus métodos.

Abro más la puerta.

—Pues será mejor que entres. Va a ser una mañana muy larga.

Spiros asiente y entra en mi camarote, aunque su rostro sigue ensombrecido.

—¿Cuánto suele durar? —pregunto.

—Unas pocas horas. A estas alturas, la capitana ya es bastante eficiente. Probablemente podríamos tomar el barco con los ojos vendados. Nos acercamos por un costado lo máximo que podemos y luego giramos el lado donde está el cañón hacia ellos. Se evita girar el barco demasiado rápido, porque si no les das más superficie donde disparar —explica—. Es mucho más difícil dañar la proa.

Asiento y espero a que continúe.

—A veces se rinden incluso antes de que disparemos. Ahora ya conocen la reputación de Veneno de Dragón, y corre el rumor de que tiene clemencia con los que se rinden, que los deja navegar hacia Esstena, Timmoree o algún otro pequeño país para que sigan viviendo, mientras juren que jamás volverán a Ástrea. Pero la capitana jamás ha tenido clemencia con los kalovaxianos.

—¿Y si no se rinden?

Spiros se encoge de hombros.

—Les disparamos hasta que lo hacen o hasta que el barco naufraga. Si se rinden, saqueamos el barco y luego lo hundimos con todas las Gemas del Espíritu que llevan a bordo.

Enmudece, pero estoy segura de que no ha terminado, así que no lo interrumpo.

—Antes pensaba que era un insulto a los dioses dejar que todas esas gemas terminasen en el fondo del mar, pero ahora creo que es lo mejor que podemos hacer. No podemos devolverlas a las minas y así, al menos, nadie puede abusar de ellas.

Tardo unos segundos en contestar, pero no soy capaz de morderme la lengua mucho rato.

—Me preocupan más los esclavos que se hunden con los barcos que se niegan a rendirse.

Mi réplica no le sorprende. Parece cansado. Ese argumento no es nuevo para él.

—Pagamos un precio muy alto —admite, aunque suena distante, perdido en sus propios pensamientos—. A veces parece merecer la pena y otras veces no.

Cuando disparamos el primer cañonazo, el *Humo* se estremece con tanta violencia que la vela apagada se cae del escritorio, pero Spiros no se sobresalta como yo. Apenas parece oírlo, aunque a mí me pitan los oídos. Se apoya en la puerta del camarote, como si esperase que yo fuera a salir corriendo disparada en cualquier momento.

—¿Cuántos años llevas con Veneno de Dragón? —le pregunto. Estoy sentada en el borde de la cama y siento que tengo que gritar para que se me oiga. Una vez el cañón empieza a disparar, lo hace de forma constante, aunque al menos el sonido parece venir de nuestro barco.

Él se encoge de hombros y se desliza por la puerta hasta que acaba sentado en el suelo, sujetándose bien con los brazos para prepararse para el siguiente

cañonazo.

—Desde antes del asedio —responde—. La verdad es que no recuerdo mucho de mi vida anterior, pero sé que mi padre entró a formar parte de la tripulación tras la muerte de mi madre. Antes vivíamos en Naphia —narra. Se trata de un pueblo astreano situado en la falda de la cordillera de Grulain.

—Naphia es precioso —afirmo—. Solo fui una vez, con mi madre, antes del asedio, pero los campos de lavanda habían florecido y me pareció hermoso.

Spiros vuelve a encogerse de hombros.

—Supongo. Volvimos hace unos años. Unos refugiados que estaban escondidos en las montañas habían contratado a Veneno de Dragón, y pasamos por Naphia de camino. Estaba... —Hace una pausa—. No quedaba nada. El pueblo estaba arrasado, lo habían quemado entero, y también los campos de lavanda. Solo quedaba tierra baldía, como si nadie hubiese puesto un pie allí antes de nosotros. Docenas de generaciones destruidas.

Siento una opresión en el pecho.

—Lo siento —le digo—. Sé lo que es perder tu hogar.

Él niega con la cabeza.

—Mi hogar es el *Humo*.

Se oye otro cañonazo y el barco tiembla. Me estremezco y me agarro bien de los lados hasta que se estabiliza.

—No me imagino cómo habrá sido crecer así. Siendo siempre atacado.

Él me mira con extrañeza, y entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—Bueno, no era así, en ningún caso —me corrijo—. Aquellos ataques eran... —me interrumpo para dejar sonar otro cañonazo— más silenciosos.

—No contraatacan —me informa tras unos segundos—. Somos los únicos que disparan. Debemos de haberlos cogido por sorpresa y ahora estarán corriendo de un lado a otro, asustados. Será un saqueo fácil.

Me cuesta imaginar a los kalovaxianos asustados y corriendo de un lado a otro. Según mi experiencia, siempre han sido guerreros estoicos y duros, siempre dos pasos por delante de sus enemigos, pero hay una razón por la que Veneno de Dragón ha conseguido eludirlos durante tanto tiempo. Pese a todo, la respeto.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto.

Él lo piensa un momento; sus ojos oscuros adoptan un cariz pensativo.

—Pronto ondearán la bandera blanca. Eso significa rendición.

—Ya sé lo que significa la bandera blanca —replico—. Los kalovaxianos lo usan de forma metafórica, aunque siempre se ha dicho que sus barcos no están equipados con una. Morir antes que rendirse, y todo eso.

Él se echa a reír.

—Eso son grandes palabras, pero solo son eso, palabras. Los kalovaxianos tienen instinto de supervivencia como todo el mundo. Ondearán sus camisetas interiores si es necesario.

Bien saben los dioses que he visto a muchos cortesanos kalovaxianos pisotearse los unos a los otros para salvar su orgullo y su reputación. Me puedo imaginar cómo se comportarán cuando sus vidas estén en juego. Pero, incluso mientras lo estoy pensando, me recuerdo en aquel túnel junto a Søren, apretando la daga contra su espalda. Lo recuerdo pidiéndome que se la clavara.

—Søren está a salvo en el calabozo, ¿no? —le pregunto a Spiros.

Él frunce el ceño.

—Tiene a sus guardias allí.

—¿Igual que yo te tengo a ti?

Él resopla.

—Los suyos no son tan amables como yo.

—¿Y cuando los kalovaxianos se rindan? ¿Qué pasará? —pregunto.

Spiros se vuelve a apoyar contra la puerta y se cruza de brazos.

—Nos detendremos a su lado y amarraremos nuestro barco al suyo. No hará falta que os diga que los kalovaxianos son taimados. Habrá hombres en el suelo aguardándonos con la esperanza de sorprendernos cuando subamos a bordo. Supongo que piensan que es una estratagema muy astuta, pero todos hacen lo mismo. Mandamos antes a los guerreros más fuertes ya preparados para luchar, y acabamos rápidamente con la resistencia que oponen. Ese suele ser mi trabajo.

—Pues parece un trabajo peligroso —repongo—. Sobre todo si tenemos en cuenta que Artemisia te ganó en el duelo sin despeinarse.

Spiros sonríe avergonzado y se frota la nuca.

—Un duelo no es lo mismo que una batalla. Art también lo sabe. En una batalla no hay gracia, no hace falta tener estilo. Solo has de ser más rápido y golpear más fuerte que tus contrincantes. Un duelo se parece más a una danza: respetas a tu oponente, lo comprendes. Tiene tanto que ver con una partida de ajedrez como con un deporte físico. Y esa es la parte en la que estoy más oxidado.

—¿Y luego? —insisto.

Él se encoge de hombros una vez más.

—Luego sube a bordo el resto de la tripulación. Cogemos lo que necesitamos: dinero, ropa, objetos de valor... La capitana intenta sonsacarles información, pero siguen temiendo más al káiser, incluso cuando tienen un cuchillo en el cuello.

Casi nunca dicen nada útil, y cuando lo hacen suele resultar falso.

—Así que los mata —concluyo. No es muy noble de su parte, pero conquistar países indefensos tampoco lo es.

—Dentro de poco todo habrá terminado —repite.

Asiento, pero apenas lo escucho. Una idea se me está formando en la mente; primero no es más que una chispa, pero poco a poco va tomando cuerpo. Tendré que actuar con rapidez, e implica desobedecer las órdenes de Veneno de Dragón, pero solo me permito dudar unos segundos antes de dedicarle a Spiros mi sonrisa más encantadora.

—Imagino que estar aquí encerrado conmigo es difícil para ti, Spiros, tan lejos de toda la acción.

Él frunce el ceño y levanta un único hombro para luego dejarlo caer.

—No me importa —responde, pero veo en sus ojos que miente.

—Al menos aquí abajo estás a salvo —comento.

En lugar de apaciguarlo, mi réplica solo lo pone más nervioso. Se aparta de la puerta y empieza a pasearse.

—Pronto terminará —repite.

Finjo estar pensando durante un momento y luego digo, con cautela:

—¿No sería memorable que yo fuese lo último que viesen esos kalovaxianos antes de morir?

Él se queda en silencio.

—Las órdenes de Veneno de Dragón eran muy claras: no podíais salir de vuestro camarote —contesta.

—Por descontado —repongo—. Mi tía no quiere que me suceda nada malo, lo comprendo. Pero una vez subamos a bordo ya no correré ningún peligro. Tú mismo lo has dicho.

Él vacila, y me doy cuenta de que mis palabras empiezan a hacer mella en él, por no hablar de sus propios deseos de formar parte de la acción, pero con eso no basta. Su lealtad a Veneno de Dragón es inquebrantable. Pruebo con otra táctica.

—Art me contó que cuando mata a los kalovaxianos, se cobra un poquito de lo que le arrebataron a ella —confieso con una vocecilla. Hace una mueca, discreta, pero la hace, así que continúo—: A mí también me gustaría cobrármelo, Spiros. Por favor.

—Si os lo permito —plantea con cautela—, no haríais ninguna estupidez, ¿verdad? Art dice que sois dada a las estupideces.

No puedo evitar echarme a reír, consciente de que Artemisia definiría lo que estoy a punto de hacer como una soberana estupidez.

—No, te lo prometo —le digo—. Pero tendremos que llevar al prinz Søren con nosotros.

—El prinz es un prisionero, ¡un prisionero kalovaxiano! —responde alarmado—. ¿Para qué lo íbamos a llevar para interrogar a sus compatriotas?

Le sonrío.

—Porque esos hombres respetan a Søren tanto como tú respetas a Veneno de Dragón. Y él estará de nuestro lado.

—No lo podéis garantizar —repone él, negando con la cabeza—. Es el enemigo. Veneno de Dragón sonsacará información a los kalovaxianos, como hace siempre.

—¿Información veraz? —pregunto, y él vacila—. Antes has dicho que muy poco de lo que dicen resulta ser cierto. Porque están hablando con el enemigo, no con alguien a quien creen un aliado. Como, por ejemplo, Søren. Está debilitado y desarmado, sus guardias podrán controlarlo sin problemas, incluso sin las cadenas.

—No pienso desobedecer las órdenes de mi capitana —contesta Spiros en voz baja, pero eso no es un no.

—No lo harás —lo tranquilizo—. Porque estarás obedeciendo las de tu reina. Irás a buscar a Heron. A él no le gusta la violencia, así que lo encontrarás en su camarote. Una vez lo encuentres, os reuniréis conmigo en el calabozo.

## Los rehenes

Cuando oigo los vítores que llegan desde cubierta —que, según Spiros, significan que ya es oficial que nos hemos hecho con el otro barco— tengo a Heron a un lado y a Søren y sus guardias al otro. No ha habido tiempo para que Heron curase todas las heridas de Søren, pero las más superficiales, al menos, han desaparecido. La única prueba evidente de que no es un invitado a bordo del *Humo* es una cojera que esconde tan bien que ni yo me daría cuenta si no me fijase. Llevo la daga envainada en la cadera, aunque se ve un poco ridícula encima del camisón gris. Me ha costado un poco convencer a los guardias de que lo dejasen salir sin cadenas, pero mi poder como reina ha sido de ayuda. No es un recurso al que vaya a poder recurrir siempre; eso me lo enseñó el káiser. Un título nunca viene mal, pero no garantiza el respeto de los demás. Eso depende de los actos.

—¿Te importaría informarme de qué tienes planeado? —susurra Søren mientras subimos las escaleras, con Heron, Spiros y los guardias unos pasos más atrás.

Dudo solo un segundo.

—Cuando Veneno de Dragón ordene que maten a los kalovaxianos, no puedes protestar.

Pese a la luz mortecina que hay bajo la cubierta del barco, lo veo empalidecer.

—Theo... —dice—. Entiendo que estamos en guerra, pero no puedes pedirme que sea testigo de algo así.

—Si quieres salir de ese calabozo, tienes que demostrar que estás de nuestro lado de forma inequívoca. —Echo un vistazo a los guardias antes de volverme de nuevo hacia Søren. Bajo la voz y añadido—: Por favor. *Yana Crebesti*.



Me mira a los ojos un instante, y luego baja la vista y asiente.

Respiro hondo para tranquilizarme, abro la puerta y salgo a la cubierta del *Humo*. Me sorprende que el barco no haya volcado, ya que hay muchísima gente congregada junto a la barandilla de babor. Todos miran hacia el barco kalovaxiano, del que solo atisbo el mástil y las banderas rojas caídas.

Søren se esfuerza por ver más allá de la multitud; a él le resulta más fácil. Un segundo después masculla una maldición entre dientes.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—El barco. Es el *Orgullo de Dragón*.

Ese nombre no significa nada para mí, pero él se ha puesto muy nervioso.

—Yo me entrené en el *Orgullo* —explica—, para aprender sobre las rutas de comercio.

—Conoces a algunos de sus hombres —deduzco.

Asiente con expresión tensa, pero no dice nada más.

—Eso significa que ellos también te conocen a ti —puntualizo—. Te será más fácil conseguir que hablen.

«Y más difícil verlos morir», pienso.

Spiros y los otros guardias se ponen delante de nosotros para abrir el camino hacia la pasarela, un grueso tablón de madera que lleva de nuestro barco al suyo. Se me pone el estómago del revés al verla e imagino de cuántas maneras distintas podría caerme. Spiros es el primero en cruzar. El tablón tiembla bajo sus pies con cada paso que da, aunque no parece reparar en ello. No es la primera vez que lo cruza, claro. Ni tampoco es la primera vez para Søren. Yo soy la única novata.

—Por si te ayuda —murmura—: no he visto a nadie caerse de una pasarela a no ser que lo empujasen.

—Gracias —contesto con indiferencia, y pongo un pie en el inestable tablón.

«He hecho cosas más difíciles que esta», me recuerdo mientras voy poniendo un pie delante del otro. Recuerdo que escapé de palacio, que nadé contra esa corriente helada y trepé por aquellas escarpadas rocas hasta terminar con las palmas de las manos y las plantas de los pies ensangrentadas. Intento no pensar en el tablón que se tambalea bajo mis pies, ni en lo alta que sería la caída hasta las agitadas y oscuras aguas. Dejo la mente en blanco hasta que mis pies llegan al suelo firme del barco kalovaxiano. Alargo una mano temblorosa hacia Spiros para que me ayude a bajar.

Pero, en cuanto mi mente se despeja, casi echo de menos la pasarela tambaleante, porque me encuentro de súbito frente a docenas de astreanos y

kalovaxianos que me miran fijamente, atónitos, alarmados y expectantes. Sin embargo, nadie dice ni una palabra. Sus miradas van desde mí hasta Veneno de Dragón; esperan para ver cómo reacciona ella. Encuentro entre la multitud a Blaise y Artemisia, que me observan boquiabiertos. La mayoría de la tripulación va armada y tiene sus cuchillos contra las pálidas gargantas de los kalovaxianos que hay arrodillados frente a ellos. No me da tiempo a contarlos, pero estimo que serán unos cincuenta, muchos de ellos heridos, y unos cuantos astreanos más. Por una vez, somos más que ellos.

—Theodosia —la voz de Veneno de Dragón interrumpe mis pensamientos. Su tono es de advertencia, pero subyace un matiz de confusión; no casa con la furia que despiden sus ojos. Pero eso es positivo: significa que por enfadada que esté por ver a Søren fuera del calabozo, está intentando disimularlo. Mostrar sus emociones la haría parecer vulnerable ante su tripulación y ante los kalovaxianos, y no puede permitirlo. Casi atisbo cómo funciona su mente: Søren ha salido del calabozo, sí, pero hay suficientes miembros de la tripulación armados como para que, en la práctica, siga siendo inofensivo. Ganará más dejando que yo haga la mía que enfrentándose a mí y colocándonos en dos bandos distintos. Sabe que, si tuvieran que decidir, parte de su tripulación elegiría seguir a una reina antes que a una capitana. No serían muchos, no bastarían para poner en marcha una verdadera revolución, pero serían demasiados para sus estándares.

Así que me sigue la corriente. Está de pie en la proa elevada del barco, con Eriel detrás. Arrodillado delante de ella hay un hombre kalovaxiano mayor y corpulento, que deduzco que será el capitán. A juzgar por el largo de su melena, han pasado muchos años desde la última vez que perdió una batalla. Y, ahora que ha sido derrotado, perderá algo más que su cabello. Lo sabe. Mientras que la mayoría de sus hombres miran a su alrededor, temerosos, él tiene la vista fija en el suelo con una expresión vacua: es un hombre que ya se ha rendido.

Al menos, hasta que Søren cruza la pasarela y se pone junto a mí.

—*Min Prinz* —dice el hombre con una voz ronca que enfatiza las palabras kalovaxianas. «Mi prinz».

—Capitán Rutgard —responde Søren, impasible. Lo miro de soslayo y veo que sus ojos son tan inexpresivos como su voz. Se diría que está hablando con un desconocido, aunque no sea así.

Veneno de Dragón se aclara la garganta. La mirada que dirige a Søren es tan penetrante como una daga.

—Debíais quedaros en el barco, querida —me advierte en astreano, y

comprendo que se dirige a mí, y no a él, por lo azucarada que se ha tornado su voz. Me habla como hablaría a un niño o a alguien que no pueda valerse por sí mismo.

Me maldigo por no haberme cambiado el camisón. Menuda pinta debo de tener con esta prenda gris y demasiado holgada, las botas demasiado grandes y el pelo suelto y despeinado. Debo de parecer un espectro, nada que ver con una reina. Mi impulso es empequeñecerme, pero lucho contra él y me yergo, levanto la barbilla y me obligo a hablar sin que me tiemble la voz.

—Spiros me aseguró que no era peligroso, y tenía razón —respondo también en astreano, ya que así los kalovaxianos no me entenderán. Observo poco a poco el barco, a las docenas de kalovaxianos arrodillados y acobardados ante las espadas que los astreanos presionan contra sus gargantas. No es una imagen a la que esté acostumbrada y la disfruto. Empiezo a pasearme por la cubierta, seguida a unos pasos de distancia por Søren y sus guardias, y estudio cada kalovaxiano junto al que paso. Un muchacho de unos quince años me mira con los ojos colmados de terror. Le aguanto la mirada hasta que agacha la cabeza.

—¿Qué noticias nos traen de Ástrea? —pregunto a Veneno de Dragón.

—Ninguna —admite entre dientes—. De momento.

—Pensé que quizá serían más comunicativos con su prinz —apunto, señalando a Søren con la mano.

Él tampoco entiende lo que digo, pero reconoce su título y frunce el ceño.

—Acabarán por decirnos lo que queremos saber —repone Veneno de Dragón con un gesto de desdén.

—¿De verdad? —replico—. Según tengo entendido, ese no suele ser el caso.

Veneno de Dragón mira a Spiros, que está detrás de mí, pero continúo antes de que pueda reprenderlo:

—Søren es su prinz; le contarán la verdad si los convence de que se vuelvan contra el káiser. Muchos de estos hombres lo conocen, o, por lo menos, han oído hablar de sus legendarias proezas en el campo de batalla. Quizá le sean más leales a él que a su padre.

Dirijo mi atención a Søren y, en kalovaxiano, le susurro:

—Necesitamos noticias de Ástrea y ellos se niegan hablar, así que los va a matar.

Su expresión se altera un instante, pero enseguida recobra su estoicidad.

—Es inteligente por su parte —comenta—. Es la razón por la que nadie ha podido describirla, ni a ella ni a su barco. Por eso nadie sabe quién es.

—Pero tampoco quedará nadie que pueda difundir el rumor de que te has

rebelado contra tu padre en una corte donde todavía cuentas con aliados —repongo.

Veo en su rostro que ha comprendido mi plan.

—Si consigues la información, podremos salvar a un par de ellos —continúo—. Convertirlos en espías.

Asiente y se dirige a Veneno de Dragón.

—Capitana —dice en astreano con dificultad. Es un intento admirable, pero no sabe decir nada más, así que cambia al kalovaxiano y continúa—: Si me permites ayudar, puedo demostrar mi lealtad.

Veneno de Dragón duda, y mira a la multitud que observa.

—No tardes —pide en kalovaxiano, y luego, en astreano, añade—: El final va a ser el mismo.

La tripulación astreana se echa a reír. Aunque Søren no sabe qué ha dicho exactamente, ha deducido lo suficiente. Respira hondo y mira a los kalovaxianos arrodillados. Tardo unos segundos en comprender que está buscando rostros conocidos. Al final encuentra uno.

Se agacha frente a un hombre de poco más de veinte años con una melena rubia que le llega a las clavículas. El hombre lo mira con ojos verdes y enfurecidos. Tiene los brazos atados a la espalda con una cuerda deshilachada, y un astreano que no reconozco lo vigila, sin retirarle el cuchillo del cuello.

—Mattin —dice Søren en voz grave y baja. Supongo que quiere tranquilizarlo, pero el hombre no está en absoluto tranquilo—. Ayúdame y ayúdate, Mattin.

Este se queda en silencio, con la mirada fija en los pies de su prinz.

—¿Quieres volver a ver a tu esposa? —pregunta Søren con un tono más cortante—. ¿Y a tu hija? ¿Cuántos años tiene ya? ¿Cuatro?

Eso atrae la atención de Mattin, que por fin levanta la vista, con la duda en los ojos. No obstante, sigue sin decir nada.

Søren se pone de pie.

—Está bien. No eres el único —dice, y empieza a apartarse del hombre, aunque despacio.

—Esperad —le ordena Mattin débilmente tras unos segundos—. Hablaré. Si me dejáis vivir, hablaré.

Søren me mira un segundo, con un brillo de incertidumbre en los ojos, pero enseguida se vuelve hacia el prisionero y asiente.

Los demás kalovaxianos empiezan a insultarlo; lo llaman traidor y otras palabras menos elegantes que no comprendo del todo. Sin embargo, no todos reaccionan así. Hay otros que siguen mirando al suelo, en silencio, pensativos.

## Mattin

Sacarle información a Mattin es más difícil de lo que Søren esperaba, y veo cómo se va exasperando a cada segundo que pasa. A mí también se me está acabando la paciencia, y Veneno de Dragón ni siquiera se molesta en disimular su irritación mientras se pasea por la cubierta delante de él. Hemos llevado abajo a los pocos miembros de la tripulación que estaban dispuestos a hablar, para poder corroborar luego la información que nos proporcionen, pero muchos otros kalovaxianos siguen aquí arrodillados ante sus captores astreanos, con las hojas de los cuchillos contra el cuello.

—¿Ha vuelto ya a Ástrea la partida de búsqueda del káiser? —pregunta Søren por lo que debe de ser la quinta vez.

Mattin se encoge de hombros de nuevo, tanto como puede, ya que sus muñecas siguen firmemente atadas a su espalda. Se ha prestado voluntario a esto, pero los insultos de sus compañeros deben de haber hecho que reconsidere su decisión.

Pavlos el astreano que vigilaba a Mattin, hunde un poco más su hoja en el cuello del prisionero, que se estremece.

—Como he dicho, no estaba enterado de los planes del káiser respecto a la bárbara de la princesa de Cenizas y el prinz secuestrado —repite Mattin con voz inexpresiva. Aunque no ha respondido a nada, se gana varios insultos de algunos kalovaxianos, que ignoran a los captores que intentan silenciarlos.

Veneno de Dragón hace una mueca y durante un momento pienso que se va a abalanzar sobre él, pero solo lo mira con los ojos entornados, como si fuese una ecuación que no consigue resolver. Hace un gesto a uno de los miembros de su tripulación y este, sin vacilar ni un segundo, desliza una daga por el cuello de uno de los prisioneros que gritan. La sangre mana de la herida y el cuerpo se

desploma sobre el suelo con un golpe sordo. Ni siquiera ha tenido tiempo de gritar, y yo tengo que morderme la lengua para no chillar del susto. Søren, en cambio, ni parpadea. No aparta la vista de Mattin.

Poco después, Veneno de Dragón se dirige a él.

—Estás resultando ser un interrogador bastante inútil, prinz Søren —dice en kalovaxiano, arrastrando las palabras para que todos los presentes la oigan.

Él niega con la cabeza y abre la boca para contestar, pero vuelve a cerrarla enseguida.

—De inútil nada —intervengo, mientras doy un paso al frente—. No ha respondido a tu pregunta, pero ha dicho mucho.

Veneno de Dragón ladea la cabeza.

—No sé qué habéis oído, pero...

—«La bárbara de la princesa de Cenizas y el prinz secuestrado» —repito—. Esa es la historia que han contado. Pero tú no eres nuestro prisionero, ¿no es así, Søren? No estás encadenado. Eres libre de ir por donde te plazca. Estás de nuestro lado por voluntad propia.

Søren me mira a los ojos. Hay un brillo en ellos que me indica que comprende adónde me dirijo.

—No me secuestraron, Mattin —miente, y apoya una mano en el hombro del muchacho. Él se la quita de encima.

—Entonces esta puta os debe de haber engañado. Habrá usado su magia pagana para hechizaros —le espeta, tan alto que todos pueden oírlo—. El prinz al que yo servía jamás habría traicionado a sus hermanos de no ser así.

Se empiezan a oír susurros por cubierta, pero tardo un momento en darme cuenta de que se refiere a mí. Søren hace una mueca al oír la palabra «puta», pero yo no sé si reírme o replicarle. Ninguna de las dos serviría de nada. Nada de lo que diga hará que Mattin piense que Søren es lo suficientemente digno de confianza para hablar. Tampoco hay nada que Veneno de Dragón pueda hacer, excepto torturarlo, aunque no estoy segura de que eso sirviera para doblegarlo. No, Søren es el único que puede conseguirlo, así que me quedo callada y dejo que lo haga.

—No hubo ningún hechizo —repone—. Solo una verdad que el miedo no me dejaba ver antes. Una verdad que creo que tú también sabes: mi padre es un cobarde y un tirano.

Mattin se queda en silencio un largo rato.

—El káiser ha ampliado nuestra influencia durante su reinado y ha abierto más rutas comerciales —dice.

—No, Mattin —responde Søren. Mira a la multitud congregada a nuestro alrededor y sube el volumen de la voz para que todos lo oigan—. Mi padre se ha acomodado en un trono y se ha dejado llevar por la pereza. Se conforma con darse festines y dejar que lo adoren como a un dios. Pero ¿qué clase de dios manda a sus hombres a luchar en batallas a las que él mismo teme? Hace más de dos décadas que no va a la guerra porque cree que su vida es más valiosa que la vuestra, pero yo no estoy de acuerdo con eso. Y tu mujer y tu hija tampoco lo estarían.

Mattin se endereza y se vuelve hacia Søren. Lo fulmina con la mirada.

—¿Creéis que vos seríais mejor? ¿Cómo, si ponéis a una puta astreana por delante de vuestro pueblo?

Antes de que pueda sentir de nuevo la punzada que me provoca esa palabra, Søren le da un puñetazo en un lado de la cara. Mattin se dobla hacia delante con la boca ensangrentada. Søren lo agarra de las muñecas atadas, lo endereza de nuevo y lo vuelve hacia mí.

—Pide disculpas —ordena, tirándole de los brazos hasta casi desencajárselos.

Mattin hace una mueca. Cuando su mirada se cruza con la mía, en ella no veo más que odio.

—No —se niega.

Søren aprieta los dientes y le tira de los brazos hasta que grita.

—Ella es la reina Theodosia, y si no te disculpas por haberle faltado al respeto, dejaré que sus hombres se encarguen de ti y luego le describiré a tu esposa cómo fueron tus últimos momentos, para que sepa lo patética que fue tu muerte.

Mattin gruñe y aparta la vista.

—Pido disculpas —dice entre dientes.

Søren parece tentado de sacarle algo más sincero, pero no sería muy productivo. Me aclaro la garganta y afirmo con frialdad:

—Acepto tus disculpas. Espero que llegues a entender que una mujer puede ostentar poder más allá de lo que tiene entre las piernas, aunque solo sea por el bien de tu hija.

Hace una mueca, pero Søren lo fuerza a mirarlo.

—Estoy intentando ayudarte, Mattin. Cuando iba a bordo del *Orgullo*, tú te quejabas más que nadie sobre el káiser. Subió los impuestos y tus padres tuvieron que trabajar todavía más en la granja para poder pagarlos. Me contaste que tu padre murió de tanto trabajar porque sus cinco hijos tuvieron que alistarse para luchar en las guerras del káiser. Cuando te comunicaron que tu hija había nacido, me dijiste que te alegrabas de que no fuera un niño, para que no...

¿Cuáles fueron tus palabras exactas? ¿Para que no muriera por el egoísmo de un viejo?

Mattin no contesta, pero veo que empieza a flaquear.

—Vos no seríais mejor —repite al final.

Søren me mira antes de volverse hacia el prisionero.

—Yo nunca quise ser káiser. Siempre lo dije abiertamente, también cuando formábamos parte de la misma tripulación. Lo que yo quería era un barco y el océano a mi alrededor, nada más. Y sigue siendo lo único que quiero ahora. Si pudiera salirme con la mía, no regresaría jamás a la corte, pero he liderado a hombres que murieron por culpa del egoísmo de mi padre, igual que tus hermanos e igual que tu padre. El káiser no estará satisfecho hasta que el mundo entero se haya convertido en tierra quemada... O hasta que alguien lo pare.

—Entonces ¿os vais a unir a ellos? ¿Ellos? —pregunta Mattin, mirándonos a Veneno de Dragón, a Pavlos y a mí—. Ellos quieren ver a todos los kalovaxianos muertos.

Søren duda al oír estas palabras y me mira. Me doy cuenta de que no es capaz de mentir, así que lo hago yo.

—Lo que queremos es recuperar Ástrea. Eso es todo. Uniremos nuestras fuerzas para eliminar al káiser, y a cambio de nuestra ayuda, Søren ha prometido llevarse a su pueblo de nuestro hogar.

En parte, esperaba que Veneno de Dragón (o alguno de los otros astreanos) se echase a reír o me contradijera, pero, por suerte, todo el mundo permanece en silencio. Søren asiente.

—Son tiempos desesperados —añade—. Quizá no seamos los aliados ideales, pero somos mucho más poderosos juntos que separados.

Mattin nos mira antes de suspirar y dejar caer los hombros.

—Ya os lo he dicho: no sé nada sobre los planes del káiser. Estoy demasiado lejos de la corte.

A Søren se le ensombrece el rostro, pero asiente.

—Pero puedes volver a casa —le digo—. Y asegurarte de que las mentiras del káiser no sean la única historia que llega a oídos de la gente. Hazles saber que Søren está vivo, que está bien, y que está luchando contra su padre.

—Si lo hago, ¿me dejaréis marchar? —pregunta, mientras mira a Veneno de Dragón con escepticismo.

—Sí —respondo antes de que lo haga ella. Sin embargo, sé que no es una promesa que esté en posición de mantener.

La capitana entorna los ojos.



—Pavlos, llévalo al calabozo —ordena con aspecto aburrido—. Compararemos lo que nos ha contado con lo que nos cuenten los demás y luego decidiremos cuál nos será más útil vivo.

Pavlos baja su cuchillo y da un paso adelante para coger a Mattin por el hombro y llevárselo, justo cuando Søren viene hacia mí con una mirada que advierto un instante antes de que el aullido del pirata corte el aire. Søren me tapa la vista, y lo único que acierto a ver es un resplandor plateado y a Pavlos, que se desploma en el suelo con un golpe sordo antes de que Mattin se abalance sobre Veneno de Dragón.

Los gritos de pánico de la tripulación resuenan en el aire, pero la pirata es más rápida de lo que pensaba y se aparta un segundo antes de que el kalovaxiano clave una daga en el mástil en el que ella estaba apoyada. Si hubiese tardado un segundo más se la habría clavado en la garganta.

Antes de que me dé tiempo a comprender lo que está pasando, o a pensar de dónde ha sacado Mattin la daga, Søren me arrebató la mía de la cadera y, sin dudarle un segundo, la lanza al aire. Se clava en la nuca de Mattin justo cuando se disponía a atacar de nuevo a Veneno de Dragón.

Muere enseguida; apenas emite un gorjeo. Se desploma en el suelo a los pies de la capitana.

Durante unos segundos nadie se mueve: ni Søren, ni yo, ni nadie de la tripulación astreana, ni siquiera los kalovaxianos, que continúan de rodillas. El único sonido son nuestras respiraciones entrecortadas y las olas que golpean el casco del barco. Todo ha sucedido muy rápido, pero, por lo que yo he visto, cuando Pavlos ha cogido a Mattin le ha dado la oportunidad de arrebatarse la daga de algún modo, cortó las cuerdas que lo amarraban y lo ha apuñalado antes de atacar a Veneno de Dragón, aunque Søren y yo estábamos más cerca. Søren le ha salvado la vida a la pirata, pese a tener muchas razones para no hacerlo.

Y una buena razón para ello.

## Honor

Después de eso, no hay forma de salvar a los demás kalovaxianos. Sus muertes son rápidas y sangrientas; ensucian toda la cubierta del *Orgullo*. Veneno de Dragón ordena a un puñado de miembros de su tripulación que se ocupen de los cadáveres. No le tiembla la voz; bien podría haberles ordenado que limpiaran cerveza derramada.

Hombres y mujeres hacen lo que les ordena sin dudar, y ella da permiso al resto de los presentes para retirarse. Anders vuelve a la cubierta y observa los cadáveres con una distante frialdad. Sin embargo, cuando ve a Pavlos se queda de piedra. Se abre paso entre la multitud hacia nosotros mientras estos se marchan y se pone junto a Veneno de Dragón, mucho más cerca de lo que me parece apropiado, con el ceño fruncido de preocupación. Ella también debe de sentirse incómoda por su proximidad, porque da un paso a un lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta.

Ella hace un gesto de impaciencia con la mano.

—Sí. —Hace una pausa y mira a Søren con los ojos entornados—. Uno de los rehenes me ha atacado, pero el *prinkiti* lo ha detenido. —Es evidente que le cuesta admitir su propia debilidad en la misma frase en la que elogia al prinz.

Pese a que este no comprende las palabras astreanas, parece adivinar lo que significan. Mira a Veneno de Dragón y asiente, pero tiene el sentido común de no intervenir.

—Te ha salvado él —dice Anders pausadamente; su incredulidad queda patente en cada palabra.

Veneno de Dragón se irrita al oírlo. Mira a Søren con una recién encontrada curiosidad.

—¿Por qué? —le pregunta en kalovaxiano.

Él se encoge de hombros.

—Lo que he dicho antes es cierto. Estoy de vuestro lado.

La capitana frunce el ceño. Todavía no se lo cree.

—Podemos utilizarlo —intervengo en astreano—. Su sentimiento de culpa es verdadero, y es lo que lo mueve. Nos sirve más como aliado que como prisionero.

Veneno de Dragón arruga la nariz, enfadada.

—Es uno de ellos. Jamás será un aliado —repone, y se vuelve hacia Anders—. Tengo que hablar con la familia de Pavlos lo antes posible. ¿Has conseguido sacar información de alguno de los rehenes que hemos llevado abajo?

Por un momento, pienso que Anders va a ignorar su pregunta e insistir más acerca de su intento de asesinato, pero al final asiente.

—No ha costado mucho hacerlos hablar, pero al final, la mayoría de lo que nos han dicho no coincidía con lo que decían los demás, como de costumbre.

—¿Y qué habéis conseguido corroborar? —inquire.

Anders nos mira a mí y a Søren, y luego vuelve a dirigir su atención hacia Veneno de Dragón.

—No sé si es inteligente que lo discutamos delante de según qué compañías, capitana —replica con cautela.

—El *prinkiti* quiere ayudar —dice en astreano—. Tal vez deberíamos dejar que descubra qué informaciones son ciertas. Al fin y al cabo, Theo y él conocen a los kalovaxianos mejor que nadie.

—El *prinkiti* soy yo, ¿no? —susurra Søren en kalovaxiano—. No me gusta nada ese sobrenombre.

—Pues me temo que no te librarás de él —respondo, también en susurros.

—¡Silencio! —nos espeta Veneno de Dragón—. ¿Cuál es la información, Anders?

Él sigue dudoso; mira a Søren con desconfianza.

—La historia que circula por el país es que la reina secuestró al *prinkiti* después de asesinar al theyn y escaparse. El káiser ofrece un millón de monedas de oro por su cabeza, pero cinco millones si se la devuelven viva.

Lo que implican esas palabras me hiela la sangre. Me prometo que yo misma me daré muerte antes de permitir que alguien me lleve ante el káiser con vida.

—Lo mismo nos dijeron a nosotros, más o menos. ¿Hay alguna recompensa por el *prinkiti*? —pregunta Veneno de Dragón.

Søren resopla, molesto.

—Diez millones por él —responde Anders—. Con la condición de que se lo devuelvan vivo e ileso. Si le falta un solo dedo del pie, no habrá recompensa.

—En realidad, el káiser no quiere recuperar a su hijo, pero el pueblo ama a su prinz, así que ha fabricado esta ilusión para mantenerlos de su lado, a la vez que se asegura de que el riesgo es demasiado grande como para tentar a los cazadores de recompensas —explico. Veneno de Dragón y Anders se vuelven para mirarme, sorprendidos de que haya hablado. Continúo—: Todo el mundo sabe que Søren es un guerrero. Es imposible que lo secuestraran sin pelear. Darán por hecho que estará herido, así que, por lo que a ellos respecta, es una causa perdida. Se centrarán en dar conmigo, que es precisamente lo que quiere el káiser.

La pirata arquea las cejas, pero asiente y se vuelve hacia Anders.

—¿Algún rumor sobre el lugar en el que más están buscando?

—Se dijo que escapó a un campo de refugiados de Timmoree —contesta él.

—Bien —dice Veneno de Dragón—. Eso está tres días al norte de Sta'Crivero, y me han garantizado que cuando lleguemos a la ciudad el rey Etristo protegerá a Theo con su propia vida.

—Hablar es fácil —apunto—. ¿Confías en él?

Ella se encoge de hombros.

—Confío en que lo mueve el dinero —responde—. Y confío que su parte de tu dote le reportará mucho más que cinco millones de monedas de oro.

No puedo discutir con esa lógica, aunque se me pone el estómago del revés al oír la palabra «dote». También era una costumbre en la corte kalovaxiana. Vendían a las muchachas junto a una montaña de oro que mostraba su valor. Ya me molestaba entonces, cuando eran chicas que ni siquiera conocía y que por principios no me caían bien. Sin embargo, ahora soy yo quien está en venta, para sacar un beneficio no solo para Ástrea, sino también para el rey Etristo e imagino que para Veneno de Dragón. Me siento como una cosa en lugar de una persona, tal y como siempre me sentía en presencia del káiser.

—¿Qué pasa con los rehenes? —le pregunto a Anders, en un intento de apartar esa sensación y de concentrarme en el presente—. ¿Están dispuestos a convertirse en nuestros espías?

—Están dispuestos a no ser ejecutados —contesta Anders con voz cortante, pero Veneno de Dragón ya está negando con la cabeza.

—No —sentencia—. Era un plan ridículo desde el primer momento, y lo que le ha ocurrido a Pavlos no ha hecho más que confirmarlo. No se puede confiar en ellos. Anders, da la orden.

La orden para matarlos. Miro a Søren, que no está comprendiendo nada de la conversación, pero que protestaría si así fuera.

—Eso no era lo acordado —replico, con la mirada fija en Veneno de Dragón—. Han hecho un trato a cambio de sus vidas.

—Un trato solo es tan honorable como la gente que lo hace —repite ella—. Y todos sabemos que los kalovaxianos no tienen honor.

—Voy a tener que aprender astreano enseguida —murmura Søren para sí mismo.

Yo lo ignoro.

—¿Y tú? ¿Tienes honor? —pregunto a Veneno de Dragón.

Me enseña los dientes en un gesto que podría pasar por una sonrisa, pero no lo es.

—No —niega—. Por eso he seguido viva durante todo este tiempo. Esos hombres no merecen el riesgo, así que morirán. Y por eso el *prinkiti* volverá al calabozo, por útil que penséis que es.

Miro a Søren. No lo obligué a venir aquí ni lo hice ver cómo su propia gente era masacrada solo para que lo encadenasen de nuevo. Las palabras de Artemisia resuenan en mi mente. «Al no haber aceptado el compromiso, todavía tienes algo que ella quiere y, por lo tanto, conservas cierto control sobre la situación.» Estoy mareada, pero sé lo que tengo que hacer.

—Søren no va a volver a ningún calabozo —le digo a Veneno de Dragón. Me trago todas mis dudas y la miro a los ojos. Está sorprendida—. No sé mucho del mundo más allá de Ástrea, y necesito de su asistencia para elegir al marido más conveniente cuando lleguemos a Sta'Crivero.

Veneno de Dragón me observa anonadada.

—Para eso ya me tenéis a mí, Theo, y a Anders. No hay necesidad de confiar en un *prinz* traidor.

—Confío en él —insisto—. Si quieres que acceda a esta estratagema tuya, lo quiero fuera del calabozo. Y que se le trate como a uno de mis consejeros.

Toma en consideración mis palabras con los labios apretados.

—Muy bien —accede al cabo de un momento, con voz peligrosamente baja—. Supongo que hoy ha demostrado cierta lealtad, aunque la lealtad de los hombres siempre me ha parecido frágil. Es vuestra responsabilidad, Theo, y la primera señal de traición lo pagará con su vida. ¿Entendido?

—A la primera señal de traición lo mataré yo misma —le aseguro.

Tiene una expresión avinagrada, pero asiente.

—¿Alguna otra noticia? —le pregunto a Anders.

Él se aclara la garganta. Tiene aspecto de preferir pisar sobre clavos oxidados que intervenir en nuestra conversación.

—Solo ha habido otro dato que hemos podido comprobar —admite—. Relativo al káiser.

Solo con pensar en él se me agarrota el cuerpo entero, aunque intento mantener una expresión distante e impertérrita. «Estoy a un océano de distancia», me recuerdo. No puede ponerme ni un dedo encima, ni siquiera por cinco millones de monedas de oro.

Es otra de las pocas palabras que Søren reconoce, y se pone tenso. Nos mira a mí y a Anders una y otra vez, con expresión recelosa.

—Tomó a una mujer como esposa tras vuestra huida. Un matrimonio precipitado, envuelto en desagradables rumores.

Me quedo sin aliento unos segundos.

—¿Quién? —consigo preguntar.

—La hija del theyn —responde Anders—. La señorita Crescentia.

## Confianza

Søren y yo caminamos en silencio por el pasillo que lleva a mi camarote. Apenas reparo en él. Mi mente es un remolino, y mis pensamientos se agolpan en una espiral hasta convertirse en una maraña sin sentido.

—Ha dicho «Crescentia» —comenta Søren al final, cuando ya casi estamos en mi habitación—. Y se te ha ido todo el color de la cara. ¿Acaso ella...? —se interrumpe.

—No está muerta —le informo, y su expresión se relaja. No le digo que la muerte habría sido un destino mejor.

—Me alegro —responde—. Cuando volví a la corte, mi padre había decidido toda mi vida por mí, Crescentia incluida. Estaba resentido con ella por eso, pero el problema nunca fue ella. Te importa de verdad, ¿no es así?

Pienso en Cress tal y como la vi la última vez, al otro lado de los barrotes de mi celda, con aquella mirada fría y salvaje, la piel chamuscada, el pelo blanco y aquel calor que ponía los barrotes al rojo vivo. La que una vez había sido mi amiga, mi hermana de corazón. Pero ya no.

«Un día, cuando sea la kaiserina, haré que tu país y tu pueblo ardan hasta desaparecer», me amenazó con aquella voz áspera y dolorida. Ahora ya lo es, y ya no hay nada que evite que cumpla su promesa.

—No la conozco —le digo a Søren—. Y ella no me conoce a mí.

Abro la puerta de mi camarote y me encuentro a Blaise, Artemisia y Heron, que me están esperando. En cuanto me ve, Blaise salta de mi cama, donde estaba sentado.

—¿Estás bien? —pregunta en astreano—. Estábamos debajo de cubierta con los otros interrogatorios, pero hemos oído que un rehén ha atacado a...

—Estamos bien —le aseguro, y cambio al kalovaxiano para que Søren también pueda comprender la conversación—. El rehén ha matado a Pavlos y ha intentado matar a Veneno de Dragón, pero Søren lo ha detenido.

Tres pares de ojos se clavan en él, que está de pie justo detrás de mí. Ninguno dice nada, pero oigo una docena de preguntas mudas.

—Le ha salvado la vida a Veneno de Dragón y ha demostrado que nos es leal —continúo.

Artemisia no se lo traga. Entorna los ojos, cosa que le confiere un aspecto tan aterrador como el de su madre.

—¿Y? —pregunta.

Aparto la vista.

—Y yo he señalado que su experiencia diplomática lo convierte en alguien valioso y necesario para mí, si debo acceder a casarme con alguno de los pretendientes que conoceré en Sta'Crivero —explico con voz débil.

Blaise tiene una expresión tan sombría como una nube de tormenta.

—Eres una reina. No te puedes casar con un desconocido.

—Habría sucedido de todos modos —repongo mientras me siento en el borde de la cama—. Veneno de Dragón habría insistido hasta que cediera, me habría presionado hasta arrinconarme, hasta que no tuviera otra opción. Y entonces habría dado la impresión de que me controlaba. —Me echo la manta sobre los hombros, pues estoy temblando—. En cambio, al ofrecerme yo, he accedido en mis propios términos.

Blaise emite un gruñido de desaprobación, pero no dice nada. Miro a Søren, que sigue al lado de la puerta. Las curas de Heron, aunque hayan sido superficiales, han bastado para que parezca un invitado en lugar de un prisionero, pero ahora que ya no hay público es evidente que sigue dolorido. Se apoya en la pierna derecha y hace una mueca cada vez que mueve un brazo.

—¿Y ese rehén no ha intentado ir a por ti? —pregunta Artemisia, desviando así mi atención de Søren.

No puedo evitar resoplar.

—No, Art, pero muchas gracias.

Ella pone los ojos en blanco.

—Solo me refiero a que es sorprendente, si tenemos en cuenta que el kalovaxiano que he interrogado yo me ha confesado que ofrecen una recompensa por ti.

—No me puedo imaginar qué se le estaría pasando por la cabeza. Supongo que debía de saber que no iba a sobrevivir, pero, si conseguía matar a Veneno de



Dragón, al menos moriría como un héroe. No creo que se haya acordado de la recompensa —contesto, aunque hay algo de mi explicación que no me convence.

—Mattin siempre tuvo fantasías heroicas, pero no la inteligencia para ver más allá de ellas —replica Søren, negando con la cabeza. Es una explicación plausible, pero es fácil darse cuenta de que miente, y enseguida veo la prueba: se le dilatan los agujeros de la nariz.

—Así que hay recompensas por las cabezas de los dos —repongo, dándole la espalda—. Y las fuerzas kalovaxianas nos están buscando en Timmoree. Y el káiser se ha casado con Crescentia. ¿Nos hemos enterado de algo más?

—¿Qué el káiser qué? —pregunta Søren, con el rostro retorcido de asco.

—Se casaron dos días después de que abandonásemos Ástrea, y a ella la coronaron el día después —confirma Blaise—. Todos los prisioneros interrogados han dicho lo mismo.

—Pero... Él estaba intentando que yo me comprometiera con ella en matrimonio —repite Søren, asqueado.

—Tú eres una causa perdida —le digo. Incluso yo tengo el estómago del revés, pero me trago mis sentimientos e intento mantener la cabeza fría—. El theyn empezaba a ser más popular entre el pueblo que el káiser. Probablemente, eso se acentuó tras su asesinato: se debió de convertir en un héroe nacional. Y esa popularidad seguramente se extendió a su hija. La gente habrá simpatizado con ella en la corte y esa simpatía se extenderá también al káiser, a quien no le viene nada mal.

—Por no hablar de que es una mujer hermosa —añade Søren—. Docenas de hombres querían pedir su mano. A mi padre le gusta quedarse con lo que todo el mundo quiere.

«Pero ya no es hermosa», quiero decir. Al menos, no de una forma que el káiser valoraría. Aunque quizá su poder le asuste. Quizá ese horror sea una forma de belleza, una belleza de la que él haya querido apropiarse. Sin embargo, no me permito decir eso en voz alta. Solo pensarlo me pone enferma.

—Pero ¿por qué haría ella algo así? —plantea Søren; el horror todavía impregna su voz.

«Por mí» pienso, aunque eso también me lo guardo para mí.

—A Cress la educaron para ser kaiserina —respondo—. Estoy segura de que habría preferido casarse contigo, pero eso ya no era una opción. Hizo lo que tenía que hacer para conseguir sus propósitos.

—No te puede dar pena —dice Art, aunque no sé si me está dando una orden o expresando incredulidad.

—Era mi amiga —replico. Es la primera vez que lo admito frente a ellos, pero ya debían de saberlo—. Y, como alguien que estuvo peligrosamente cerca de casarse con el káiser, claro que siento pena por ella.

—¿Que estuviste cerca de qué? —pregunta Blaise, incrédulo, con unos ojos que casi se le salen de las órbitas.

Hago una mueca. Me había olvidado que no había compartido esa información con mis Sombras.

—Si lo hubierais sabido, habrías insistido en sacarme de palacio demasiado rápido —contesto con serenidad—. Pero, conseguimos escapar antes de que pasase nada, aunque os lo ocultase.

No estoy faltando a la verdad, pero no puedo evitar pensar en aquel último banquete, en el aliento del káiser y su mano sobre mi cadera. Reprimo un escalofrío y miro a Søren. Creo que él también está rememorando aquella noche. Solo con que hubiésemos tardado un día más... No, me niego a pensar en ello. El káiser no volverá a tocarme jamás.

«Pero está tocando a Cress», me recuerdo. Ahora es su esposa, y aunque estoy segura de que ella misma quiso casarse con él, no creo que aceptara de muy buen grado lo que debió de pasar después.

Aparto ese pensamiento y me concentro en el presente, en lo que sí puedo controlar.

—Søren, tienes que dormir —le aconsejo antes de volverme hacia Heron. Aunque odio pedirle más, lo hago—: ¿Puedes terminar de curarlo? Por favor.

Heron frunce el ceño y abre la boca para responder, pero Søren se le adelanta.

—Estoy bien —declara, aunque se da cuenta de que no suena sincero—. Estaré bien —se corrige—. No hay heridas fatales, nada que no se pueda curar con tiempo y cuidados.

Heron exhala despacio y niega con la cabeza.

—Puedo curarlas —accede.

—No quiero aceptar nada más de ti —repite Søren—. Son unas costillas rotas y un esguince en el tobillo. He sufrido heridas peores. El resto del mundo se cura de lesiones así sin problemas y sin magia.

Durante un momento, Heron no dice nada, solo se lo queda mirando como si no estuviese seguro de a qué está jugando. Al final se encoge de hombros y afirma:

—Necesitarás ayuda con las vendas. Y ropa limpia, claro. La mía será demasiado grande, pero la de Blaise demasiado pequeña, así que te las tendrás que arreglar.

—Gracias —dice Søren asintiendo.

Art mira al kalovaxiano unos segundos, como si estuviese intentando decidir algo.

—Sé dónde mi madre guarda la ropa extra. Puedo robar un par de mudas mañana, y un par de botas.

—Gracias —repite Søren.

Blaise no lo mira, ni siquiera cuando le habla.

—Puedes dormir en mi litera. De todos modos, yo paso las noches aquí con Theo.

Me entran ganas de darle una bofetada por la forma en que lo dice, como si estuviese anunciando alguna clase de derecho sobre mí. Como un perro que orina en su árbol preferido. Abro la boca para protestar, pero Søren se me adelanta.

—¿Es eso razonable? —pregunta, preocupado. Mira a los demás con el ceño fruncido—. Quiero decir... después de lo que hemos hablado —añade mirándome.

Me muerdo el labio y miro a Blaise, que, poco a poco, está atando cabos, y luego a Artemisia y Heron. Recuerdo la conversación que tuve con Søren de camino al *Humo*. Me dijo que creía que Blaise era un berserker y yo le dije que se equivocaba, que no era posible, aunque en el fondo creía que podía tener razón. Heron lo ha deducido por sí mismo y me sorprendería que no fuese también el caso de Artemisia, pero no es algo que hayamos mencionado abiertamente en nuestro grupo.

—Te equivocas. Blaise no es peligroso —repongo al cabo de un momento, sin apartar la vista de él.

Parte de mí espera que Søren proteste, pero no lo hace. Artemisia no pregunta a qué nos referimos, pero con una sola mirada compruebo que no le ha costado nada entender qué es.

—Ha sido un día muy largo —concluyo tras unos instantes de incómodo silencio—. Heron, por favor, dale a Søren algo de ropa para dormir esta noche, y, Blaise, enséñale dónde está tu camarote. Artemisia, ve a ver si puedes engatusar a quien sea que esté trabajando en las cocinas para que te dé algunas galletas marineras y una jarra de agua. Mañana continuaremos con la discusión.

Tengo el tiempo justo de cambiarme el camisón y pasarme una toalla húmeda por la cara antes de que vuelva Blaise, que luce una expresión tensa. Debería ser

ilegible, pero lo conozco lo suficiente como para distinguir la ira que se le esconde en las comisuras de la boca. Es fácil saber qué la ha causado.

—No se lo he contado —le digo antes de que me acuse—. Ha visto berserkers de cerca; conoce los síntomas, los detecta antes que ninguno de nosotros.

Aprieta los labios todavía más, pero asiente.

—¿Y Heron y Artemisia también lo saben?

Me encojo de hombros.

—Heron lo ha mencionado. Artemisia no me ha dicho nada, pero parecía entender a qué se refería Søren y no parecía sorprendida.

—Entonces todo el mundo está al corriente.

Se ríe, pero sin ninguna alegría. Las paredes y el suelo del camarote empiezan de repente a tamborilear, como si estuviesen vivas; palpitan como un corazón errático, imagino que al mismo ritmo que palpita ahora el de Blaise. Al principio creo que me lo imagino, pero, cuando pongo una mano en la pared, el tamborileo se hace más fuerte y mis propios latidos se aceleran. Se me encoge el corazón al comprender que se trata del don de tierra de Blaise. Está conectado con la madera del barco y le afecta, aunque no lo hace a propósito. Él ni siquiera se da cuenta; me está mirando a mí.

Ahora ya se ha convertido en un sutil temblor, pero una vez provocó un terremoto. ¿Cuán fácil le resultaría romper el barco en mil pedazos?

Trago saliva, asustada, e intento mantener una voz calma y tranquilizadora.

—Blaise —digo, mirándolo a los ojos—. Ellos saben que no eres así. No te tienen miedo.

Pero, incluso mientras pronuncio esas palabras, sé que no son ciertas. Puede que yo conozca a Blaise mejor que nadie, pero en este momento me asusta. No Blaise, no él, necesariamente, sino de lo que es capaz. Lo que podría llegar a hacer sin ni siquiera pretenderlo. Me obligo a respirar y a hablar en voz baja. No quiero temerle, pero el pavor se adueña de mi ser de todos modos.

«Él jamás me haría daño», me recuerdo, pero el miedo no es algo que se pueda controlar con la lógica.

Blaise se contiene, cierra los ojos y respira hondo hasta que la habitación se queda quieta de nuevo. Pero ni siquiera entonces consigo relajarme. Oigo de nuevo la voz de Søren, recordándome que Blaise es peligroso. «No lo es», discuto conmigo misma. Aunque pierda los nervios de vez en cuando, siempre lo ha controlado lo suficiente como para detenerlo antes de que pasara nada grave. El mismo Blaise lo dijo: su don no parece una bendición, pero tampoco parece el mal de la mina.

Se muerde el labio inferior y duda unos instantes antes de que parte de la tensión abandone su cuerpo.

—Si Veneno de Dragón se entera no permitiré que me quede en el barco —dice al cabo de un momento, con voz tan baja que apenas lo oigo—. Si no ordena que me maten de inmediato, me desterrará.

—No permitiré que haga ninguna de las dos cosas —le aseguro.

Blaise niega con la cabeza.

—Acabas de utilizar lo único que tenías para negociar la libertad del *prinkiti* —me recuerda—. Mañana por la mañana todo el barco irá diciendo que estás enamorada de él.

Le doy la espalda y me pongo de cara a la cama, aunque sé que tiene razón. Acceder a conocer a mis pretendientes era el único as que tenía en la manga contra Veneno de Dragón, y ahora estoy completamente a su merced. Aparto las mantas, me deslizo entre las sábanas y lo miro, con cuidado de mantener una expresión inescrutable.

—No puedo controlar lo que dice la gente.

Espero que lo deje ahí, pero conozco a Blaise lo suficiente como para saber que no lo hará, así que la pregunta no me sorprende.

—¿Lo estás?

—No —respondo sin dejar que pase ni siquiera un segundo—. Pero tampoco me gusta que me trates como a un juguete en el que tallas tu nombre para que nadie más juegue con él.

—Yo no...

—Tú sí —lo interrumpo—. Le has dicho que pasábamos las noches juntos.

—Es la verdad.

—No es la intención con la que lo has dicho, y lo sabes —repongo.

Se queda en silencio unos instantes en medio del camarote, con una expresión herida y enojada.

—Has accedido a casarte con un extraño para salvarlo a él. A él. ¡A un kalovaxiano!

Se me encoge el corazón de nuevo, pero mantengo la voz calma.

—He accedido a casarme con un extraño por Ástrea, porque es nuestra mejor oportunidad para poder enfrentarnos a los kalovaxianos en una batalla —replico—. Pero no veía por qué no iba a sacar de ese acuerdo todo lo posible.

Blaise niega con la cabeza.

—Has puesto tus deseos por encima de los de tu pueblo, y eso es algo que no olvidarán.

Sus palabras son como una puñalada en las entrañas.

—Era lo correcto —respondo; mi voz es apenas más alta que un susurro—. Para Søren, sí, pero también para Ástrea. Era la única manera.

Me mira durante un largo momento, con ojos brillantes y sin pestañear.

—Seguid diciéndoos eso, Majestad.

Sin pronunciar otra palabra, se da la vuelta, sale por la puerta y me deja sola.

—Tú desataste a Mattin —le digo a Søren a la mañana siguiente, mientras desayunamos en el camarote que comparte con Heron. Los demás están trabajando, pero él y yo no tenemos tareas asignadas, así que estoy intentando enseñarle algo de astreano antes de que llegemos mañana a Sta'Crivero.

Levanta la vista del pergamino que le he dado, donde he escrito los sonidos que forman nuestro idioma traducidos a la fonética kalovaxiana.

—No sé a qué te refieres —miento, pero se le vuelven a dilatar los agujeros de la nariz y aparta la vista para volverla a concentrar en el pergamino.

—Fue inteligente por tu parte —afirmo—. Y funcionó. Eres libre, más o menos. Al menos ya no estás encadenado. Pero Pavlos está muerto, y también los demás rehenes que intentamos convertir en espías.

Al principio no responde, aunque su rostro empalidece cuando menciono a los demás kalovaxianos. Niega con la cabeza.

—Si yo hubiese desatado a Mattin habría sido un riesgo calculado —dice al fin, sin apartar los ojos del pergamino—. Habría elegido al peor espadachín del *Orgullo*, pero a alguien con un historial plagado de estupideces en el nombre de la valentía. Habría sabido que, si lo desataba, le estaría dando a entender que estaba de su lado y, al cubrirte, me habría asegurado de que esa protección también te llegara a ti. Habría sabido que le quitaría el arma a Pavlos y que lo atacaría antes a él, pero, al ser Mattin un guerrero tan mediocre, habría esperado que las heridas no fuesen fatales. Habría estado seguro de poder quitarte la daga y detenerlo antes de que matase a Veneno de Dragón.

Aunque describe la escena como si fuese una hipótesis, sabe que sé que es esa la verdad.

—Mataste a un miembro de la tripulación de Veneno de Dragón para demostrar que podía confiar en ti —concluyo despacio—. ¿Te das cuenta de lo retorcido que es eso? ¿Por qué se supone que debería dar crédito a lo que esperabas que pasase? Te equivocaste y un hombre ha muerto por un riesgo que jamás accedió a tomar.

Él no responde. Se queda mirando al suelo, y la vergüenza le tiñe las mejillas

de rojo.

—Has sacrificado a un tercero para mejorar tu situación —continúo—. Es lo que haría tu padre.

—Lo sé —reconoce, aunque le cuesta—. Cuando estaba en esa cubierta, trazando ese plan, era su voz la que oía.

La confesión se queda suspendida en el aire que nos separa. Ninguno de los dos sabe qué decir.

—Yo también la oigo a veces —admito tras lo que se me antoja una eternidad—. Siempre que me enfrento a Veneno de Dragón, o cuando utilizo la palabra «reina» como un arma para conseguir mis propósitos. La oí cuando convencí a Spiros para que te dejase salir del calabozo.

Søren suelta una carcajada sin alegría.

—La diferencia es que mi padre me habría dejado morir en ese calabozo sin pensarlo un segundo.

Niego con la cabeza.

—No si sacarte de él le hubiese proporcionado una ventaja táctica, aunque las consecuencias hiriesen a las personas que dependían de su ayuda —respondo—. Liberarte ha sido lo correcto, lo sé, pero no es la razón por la que lo he hecho. Eso es lo que me asusta.

Søren vacila.

—Se pueden decir muchas cosas terribles sobre mi padre. De hecho, ya hemos dicho la mayoría. La idea de parecerme en algo a él basta para que quiera arrancarme la piel de los huesos, pero no se puede negar que gana sus batallas. Es un monstruo, pero quizá nuestra única esperanza para derrotarlo sea comprenderlo.

Sus palabras me tranquilizan, probablemente más de lo que debieran. Sigo odiando la idea de parecerme lo más remotamente al káiser, y no sé si eso cambiará algún día, por mucho que Søren intente justificarlo. Sin embargo, dice mucho de alguien que vea tu parte más oscura y te acepte de todos modos.

## Etristo

El *Humo* se acerca a la orilla sta' criveriana todo lo posible sin riesgo de encallar. La mayoría de la tripulación permanecerá en el barco durante nuestra estancia, pero Veneno de Dragón y yo debemos quedarnos en palacio, en calidad de invitadas del rey Etristo. No puedo negar que estoy deseando volver a dormir en tierra firme, sin violentos balanceos ni los olores mohosos del mar, y sin preocuparme de tener que enfrentarnos a alguna tormenta.

Søren, Blaise, Artemisia y Heron, como miembros de mi consejo, tienen permiso para dormir en palacio, igual que el consejo de Veneno de Dragón. Sin embargo, esa no será su identidad cuando lleguemos. Allí será la princesa Kallistrade, mi querida tía, que abandonó la clandestinidad cuando me escapé y me ha estado ayudando desde entonces. Esa es la historia que la capitana ha contado al rey Etristo en su correspondencia para que su identidad como pirata siguiera siendo secreta. Debemos acordarnos de llamarla solo «tía» o «princesa», y nunca «capitana».

Pese a esta directriz, no se me ha pasado por alto el hecho de que eso me da un cierto poder sobre ella. Con una sola palabra podría revelar su identidad como la pirata más buscada y cambiar su destino para siempre.

Mi consejo y yo nos apretujamos en un pequeño barco de remos que sigue al de Veneno de Dragón, Anders y Eriel.

—Al primer signo de problemas te sacaremos de allí de inmediato —me asegura Blaise mientras Heron y Søren reman hacia la orilla. Él también se ha ofrecido, pero ellos dos son visiblemente más fuertes y al final les ha cedido la tarea a regañadientes.

—Estamos en guerra —le recuerdo—. Los problemas son inevitables y estoy



preparada para lidiar con los que se me presenten.

—Huir es la última opción —añade Artemisia—. No pasa nada porque nos comportemos como si Theo fuese de cristal; es más, nos conviene mantener esa ilusión cuando llegemos a la corte de Etristo. Pero no lo es. Y por mucho que nos cueste admitirlo, necesitamos al rey. Necesitamos su ayuda mucho más de lo que él necesita nada de nosotros, y deberíais haceros a la idea de que él también lo sabe. —Se vuelve hacia mí—. Eres dulce, dócil y tonta.

Me echo atrás.

—¿Perdona?

Ella sonrío.

—Otro papel que debes representar. Eso se te da muy bien.

Me siento tentada de mirar a Søren, que está demasiado ocupado remando para hablar, pero que sin duda puede oír cada palabra.

—Deja que piensen que eres corta de entendederas —continúa Artemisia—. El rey, su corte, tus pretendientes... Si creen que eres idiota te subestimarán. Deja que lo hagan.

Trago saliva y asiento. La idea de volver a fingir ser alguien que no soy me exaspera, pero sé que tiene razón.

Sta'Crivero es un país de arena. Observo el horizonte mientras nos acercamos a la orilla, pero no hay mucho que ver. Las dunas suben y bajan a lo lejos como si fuesen olas, sin que de ellas sobresalgan árboles o follaje de ningún tipo. No parece la clase de lugar donde nada pueda sobrevivir.

Cuando el bote recalca en la playa, atisbo un ligero movimiento en el horizonte. Veo que se acerca una hilera de carruajes blancos, aunque los rayos del sol difuminan sus formas.

Una vez Blaise me ha ayudado a bajar del bote y poner pie en la costa sta'criveriana, lo primero en lo que reparo es el calor. La temperatura ya era alta en el barco, pero el agua que nos rodeaba, de algún modo, refrescaba un poco el ambiente. Sin embargo, en tierra firme no hay alivio posible. El sol brilla tanto que tengo que entrecerrar los ojos y llevarme una mano a la frente para poder ver.

Los carruajes se detienen a bastante distancia y se separan hasta formar un semicírculo. Ahora que están más cerca, descubro que tienen los techos abiertos, y que solo están cubiertos por unos toldos de tela blanca. En cada uno de ellos viaja un puñado de hombres y mujeres, vestidos con ropajes amplios y también

blancos.

—El rey y su comitiva —me informa Søren, que se pone a mi lado.

—¿Tiene el blanco algún significado en su cultura? —pregunto, mientras me paso la mano por la frente para secar las gotas de sudor.

—No —responde Artemisia, que aparece a mi otro lado—. Desvía los rayos de sol para que no pasen tanto calor fuera de palacio. Cuando estén dentro lucirán más colores.

Comprendo el atractivo de esos ropajes más ligeros. Mi vestido violeta oscuro está hecho de seda vaporosa y no tiene mangas, pero ya estoy sudando bajo el calor del sol, que brilla en lo alto del cielo. Pese a que Heron ha reparado los desgarros y Artemisia ha usado su don de agua para limpiarlo, todavía me recuerda a la última vez que me lo puse, cuando estuve en las mazmorras. Art y Heron han hecho un buen trabajo para arreglarlo: tiene el mismo aspecto que el día que Cress me lo regaló. De algún modo me resulta injusto, puesto que yo he cambiado mucho desde entonces.

—No se mueven —apunto mientras observo a los sta'criverianos, que me observan a su vez.

—Se espera que seamos nosotros quienes vayamos —interviene Veneno de Dragón, que viene desde su barco junto a Anders y Eriel. Parece incómoda en su vestido, que es de seda negra y lleva un cuello tan alto que parece que la esté estrangulando—. Etristo quiere recordarnos quién tiene el poder.

No parece muy contenta con ese gesto, pero se ha resignado. Artemisia se echa atrás cuando su madre nos alcanza para que pueda entrelazar su brazo con el mío y caminemos al mismo paso.

—De hablar me encargo yo —dice, sin molestarse en disfrazar la orden de pregunta—. Sonreíd, asentid y que vuestras respuestas sean cortas y encantadoras. Podéis hacerlo, ¿no?

Resisto el impulso de retirar el brazo de golpe, pero soy consciente de que todo el mundo nos está observando. Lo que me acaba de decir no es muy distinto de lo que me ha dicho antes Artemisia, pero parece algo muy diferente. Artemisia me ha sugerido que me comporte como si fuese estúpida, mientras que Veneno de Dragón me trata como si lo fuera de verdad.

—Por supuesto, tía —respondo con una sonrisa azucarada. Al fin y al cabo, no hay ninguna razón por la que lo de hacerme la tonta no se pueda extender también a mi tía. Que me subestime también ella; sin duda, acabará por ser conveniente.

Mientras nos acercamos, observo mejor a los sta'criverianos. Aunque visten

ropas similares, todos ellos son extraordinariamente distintos entre ellos. A diferencia de los kalovaxianos, que tienen el cabello rubio y la piel clara, o los astreanos, que tenemos la piel tostada y el cabello de distintos tonos castaños y negros, ellos lucen toda una variedad de colores de piel, desde el negro más oscuro al color de la arena que nos rodea. ¡Y el pelo! Aunque casi todos lo llevan tapado por sombreros que los protegen de los rayos del sol, los pocos mechones que se ven son de todos los colores imaginables: un profundo negro azulado, rubio platino, rojo fuego, y todos los tonos intermedios.

Reparo en que los caballos que tiran de los carruajes llevan joyas entretejidas en sus crines y sus colas que resplandecen bajo la luz del sol. Lo primero que pienso es que son Gemas del Espíritu para que galopen más rápido, pero luego me doy cuenta de que no. Son de demasiados colores diferentes, y ninguna tiene el color claro característico de las gemas de Aire. Son joyas, sin más.

Recuerdo lo que Artemisia me contó de los sta'criverianos: no necesitan cosas útiles, así que valoran las hermosas.

Cuando estamos a medio camino, Veneno de Dragón se detiene. Yo la imito, y lo mismo hacen los demás, que nos siguen.

—Tampoco queremos parecer demasiado ansiosas, ¿no? —me dice—. Que recorran ellos lo que falta.

Asiento, aunque no estoy segura de que tenga razón. Durante unos momentos incómodos, los sta'criverianos siguen impasibles en sus carruajes, observándonos como si fuésemos un grupo de bestias extrañas que han traído para que las contemplen. Algunos de ellos se llevan telescopios dorados a los ojos para vernos mejor. Bajo sus miradas expectantes y el sol abrasador sudo todavía más a través del vestido, y me propongo dejar de hacerlo. Sin duda, no es la primera impresión que quiero que el rey Etristo se lleve de mí.

Abro la boca para sugerirle a Veneno de Dragón que renunciemos al poco orgullo que nos queda y vayamos hasta ellos, pero entonces la atención de los sta'criverianos se desvía a algo que tiene lugar en un lado, fuera de mi campo de visión.

—Por fin —murmura ella entre dientes.

Cuatro hombres vestidos de blanco se dirigen hacia nosotros, cargando una enorme caja envuelta en tela. Se mueven rápido, y la caja se balancea entre ellos encima de unas barras de metal. Se desplazan con tanta facilidad entre las dunas que doy por hecho que lo hacen con frecuencia.

El resto de los sta'criverianos se apresuran a seguirlos.

Cuando están a unos tres metros de distancia, los hombres se detienen

exactamente al mismo tiempo y depositan su carga en el suelo. Es impresionante: no creo que haya habido ni medio segundo de diferencia entre los momentos en los que las cuatro esquinas tocan la arena.

Durante un largo momento, no sucede nada. Veneno de Dragón y los sta'criverianos reunidos alrededor de la caja la observan expectantes, así que yo hago lo mismo. Finalmente, la tela blanca se abre en el centro de uno de los lados y una mano de piel cobriza y curtida emerge y termina de apartarla. Luego aparece un bastón de lapislázuli tallado. Se oye un gruñido de esfuerzo y emerge una figura encorvada vestida del mismo color blanco que todos los demás. La única diferencia es la corona que le rodea la cabeza calva y llena de manchas, un círculo de florituras doradas y joyas de tantos colores que soy incapaz de nombrarlos todos.

Parece un hombre corriente; de no ser por la corona, no lo habría mirado más de una vez entre una multitud. Envuelto en blanco y encorvado sobre el resplandeciente bastón, casi me recuerda a uno de los sacerdotes de las minas de antes del asedio. Tanto Søren como Artemisia se equivocaban con su edad: tendrá por lo menos ochenta años, quizá incluso noventa, y a juzgar por su laboriosa respiración y por el dolor que parece causarle cada paso que da, no me sorprendería que falleciera en el recorrido de tres metros que nos separa. Los sta'criverianos que lo transportaban parecen pensar lo mismo, pues lo siguen de cerca como si se fuese a caer en cualquier momento. Deben de ser su guardia personal, además de los encargados de transportarle.

Resollando, les hace un gesto con la mano para que se alejen y da los últimos pasos solo, hasta que llega frente a nosotras. Encorvado como está, apenas me llega al hombro, y Veneno de Dragón se ve todavía más alta a su lado con sus botas de tacón.

—Alteza —saluda la pirata en astreano, e inclina la cabeza—. Es un placer conocerlos en persona. Tenéis buen aspecto.

El rey resuella de nuevo, aunque diría que en realidad es un resoplido de incredulidad. Mira a Veneno de Dragón apenas un segundo.

—Nunca tuve el honor de conocer a vuestra hermana, aunque me han dicho que erais gemelas —responde.

Veneno de Dragón vacila apenas un segundo, pero es tiempo suficiente para que su incomodidad quede patente.

—Sí, Alteza. Soy la princesa Kallistrade. Como Veneno de Dragón os contó en sus cartas, hace poco decidí salir de la clandestinidad para proteger a mi sobrina, la reina Theodosia Eirene Houzzara de Ástrea.

Me señala. Me resulta extraño oír mi nombre completo de sus labios, como si me envolviese con una capa que no sabe si algún día podré lucir con orgullo.

—Es una pena que no haya venido a tierra firme —contesta el rey Etristo—. Me hubiese gustado conocer a ese escurridizo pirata.

—Entonces no sería tan escurridizo, Alteza —replicó ella con una sonrisa.

El rey carraspea, molesto, antes de volverse por fin hacia mí. Sus ojos acuosos me recorren de la cabeza a los pies. Me obligo a mantenerme erguida y orgullosa.

—Reina Theodosia —dice al cabo de un momento, con voz ronca y tan baja que casi se desvanece en el aire. Pese a que el gesto le cuesta un gran esfuerzo, intenta hacer una inclinación de cabeza.

—Rey Etristo —digo a mi vez, y le hago una reverencia. Puesto que parece comprender astreano, me decido por usar mi idioma—. Me siento muy agradecida por vuestra generosa hospitalidad y vuestro interés por mi situación.

—Habéis pasado por muy duras experiencias, según me han contado —contesta. Su astreano es pasable, pero torpe, demasiado tosco para que pase por un hablante nativo—. Nos alegra ayudaros contra esas bestias kalovaxianas, aunque he visto que habéis traído a una de ellas entre nosotros. Peculiar, sin duda.

Su mirada se dirige detrás de mí, al lugar donde Søren está de pie junto a Heron, Blaise y Artemisia. El rey lo mira de la misma forma que me ha mirado a mí, como si estuviese intentando decidir cuánto podría valer para él. No se molesta en echar ni un vistazo a mis otros consejeros. Imagino que, al no descender de ningún linaje que los avale, no cree que valgan nada.

—El mejor aliado es aquel que comprende al enemigo, ¿no creéis? —repongo, mirando al rey con la misma sonrisa amable que no había lucido desde que abandoné Ástrea, esa que parece untada en miel—. ¿Quién comprendería al káiser mejor que su propio hijo?

—Hum —responde el rey Etristo, aunque su mirada se detiene en Søren y aprieta los labios.

—Ha demostrado su lealtad —interviene Veneno de Dragón, llamando así la atención del rey—. Y si esa lealtad flaquea en algún momento, nos desharemos de él de inmediato. ¿No es así, Theodosia?

Sería tonta si no reparase en su tono de voz, en su sonrisa condescendiente, en esa forma en la que mira al rey Etristo, como diciendo: «Los niños, niños son; qué le vamos a hacer». Tengo ganas de replicarle, pero me muerdo la lengua. Que el rey piense que soy una niña tonta. Que lo piense ella también.

—Por supuesto, tía —respondo.

El rey Etristo gruñe, vuelve a mirar a Søren y dice en kalovaxiano:

—La última vez que os vi, prinz Søren, respondíais ante otro soberano. Claro que no sois el primer hombre en dejarse influir por una cara bonita.

Me preocupa que Søren diga algo de lo que todos nos arrepintamos, pero el rey no le da la oportunidad de contestar, porque continúa en astreano:

—Y qué bonita es esa cara, querida —me alaba y se lleva mi mano a los labios secos—. Es una pena que una muchacha como vos esté sola en este mundo, pero para eso estamos aquí, ¿no? —pregunta, mirando detrás de él. Parece ser una pregunta retórica, pero la multitud murmura a modo de acuerdo—. El resto de nuestros honorables invitados llegarán mañana, y todos os alojaréis en palacio conmigo.

Sin decir otra palabra, deja caer mi mano y nos da la espalda. Renquea hacia su carruaje y se sube. En cuanto la tela blanca lo cubre, lo levantan en el aire y a nosotros nos llevan a un carruaje vacío tirado por dos caballos enjorjados. Cuando nos acomodamos dentro, el conductor tira de las riendas y empezamos con una sacudida nuestro viaje a través de la arena.

## Sta'Crivero

Los muros que rodean la capital de Sta'Crivero son tan altos que no consigo discernir dónde terminan y dónde empieza el cielo. Durante el viaje, que dura una hora, apenas hemos visto más que arena. Las dunas se extendían en todas direcciones, ondeando sobre el terreno como si fuesen las olas del mar. Solo en dos ocasiones he oteado en la distancia señales de pueblos que no albergarían más de cincuenta personas.

«Ocho de cada diez sta'criverianos viven en la capital —me dijo Søren durante nuestra lección—. Las condiciones de vida fuera de ella son terribles: veranos abrasadores con pocas opciones de encontrar comida y agua, y los inviernos no son mucho mejor.»

«¿Y por qué esos dos de cada diez se quedan fuera de la capital?», pregunté yo. Artemisia se encogió de hombros.

«Es su hogar», repuso ella.

Ahora, al ver los muros desde el exterior, me pregunto si habrá algún otro motivo. La ciudad no parece muy abierta, y sé que los muros suelen construirse por una razón principal: para mantener a la gente fuera de ellos.

Sin embargo, a nosotros sí se nos permite entrar. Nos paramos frente a unos portones ornamentados que se abren con un chirrido por la acción de un complicado juego de cuerdas y poleas. Es un proceso lento, pero cuando revelan la capital poco a poco, ahogo un grito.

La capital de Ástrea, tal y como perdura en los recuerdos de mi niñez, es el lugar más hermoso del mundo, pero incluso yo debo admitir que la de Sta'Crivero no tiene nada que envidiarle.

Durante el trayecto, mis ojos se han ido acostumbrando a la luz cegadora del

sol, pero el esplendor de la ciudad hace que vuelvan a dolerme. No importa adónde mire, todo es de oro pulido o de vivos colores, una belleza cegadora tan sobrecogedora que es casi chabacana.

Docenas de torres altas y delgadas se erigen sobre las calles como las hojas doradas de la hierba cortada; son tan delicadas que me preocupa que una ligera brisa las desmorone. No hay dos de un mismo color. De lo más alto de todas ellas cuelga una bandera que no ondea, pues casi no hay viento. Más cerca del suelo hay hileras de casas y tiendas con tejados planos y grandes ventanales. Cada pared pintada es una obra de arte. En una se ven dos figuras humanas que bailan, vestidas con vivos colores; en otra, el cielo nocturno plagado de estrellas que parecen brillar de verdad. Otras son más sencillas, con las superficies pintadas con remolinos de color.

Incluso las carreteras merecerían estar expuestas en algún lugar: cada baldosa es blanca y resplandeciente, sin ni siquiera una marca visible, pese a la cantidad de carruajes y personas que las pisotean.

—¡Tienen magia! —exclamo, porque no encuentro otra explicación—. Pensaba que Ástrea era el único país que tenía.

Veneno de Dragón se ríe, burlona.

—No es magia —repone, negando con la cabeza.

—Pero las calles están limpiísimas —discuto—, y el aire es más fresco. Y ¿cómo se van a mantener esas torres solas, sin caerse?

—Teníais razón. No existe otro país con magia además de Ástrea, no como la vuestra, excepto por las gemas que compran al káiser —explica Anders—. Pero, como carecen de ella, se han esforzado por replicar sus efectos con los avances de la ciencia y la... —hace una pausa mientras intenta recordar el término en astreano. Tras unos segundos se rinde— «tecnología» —concluye. No sé qué idioma es ese, pero no hay duda de que no es astreano—. Las calles están limpias porque están revestidas de una sustancia que repele las marcas y las manchas. El aire es más fresco porque construyeron la capital sobre un arroyo subterráneo —continúa—. Y las torres aguantan en lo alto porque las levantaron acorde a una serie de especificaciones que concibió un equipo de matemáticos.

—Ciencia y tecnología —repito despacio, practicando esa extraña palabra. Al menos, la ciencia es un concepto que me resulta familiar: es el estudio de materias orgánicas, química, medicinas, plantas y animales, aunque me da la sensación de que esta clase de ciencia es algo totalmente distinto a lo que yo conozco. Y no tengo ni idea de qué quiere decir con «tecnología», pero me da demasiada vergüenza preguntarlo. Tengo la impresión de que es algo que debería



saber. Comportarme como si fuese tonta es una cosa, pero soy consciente de lo poco que sé sobre el mundo más allá de Ástrea. Artemisia y Søren me habrán preparado para los pretendientes, pero no me han preparado para esto.

No me parecía posible que el palacio pudiera ser más exquisito que el resto de la ciudad, pero lo es. En lugar de las torres que se extienden individualmente por toda la capital, aquí se congrega un grupo de al menos dos docenas de ellas de varias alturas y colores, cada una de ellas con un tejado cónico coronado por su propia bandera. La más alta está en el centro, pintada de un vivo color rojo, y la corona una bandera de un blanco impoluto con un sol naranja.

No me hace falta preguntarle a nadie para entender que las banderas son los emblemas de las distintas familias que viven en esas torres, y que la más grande debe de pertenecer, por lo tanto, a la familia real.

—Es realmente impresionante —le susurro a Blaise. Nuestra última discusión sigue en algún lugar de mi mente, aunque ninguno de los dos ha vuelto a decir nada al respecto. Tampoco creo que ninguno de los dos quiera hablar de ello. Sin embargo, por mucho que lo intente, no consigo olvidar el temblor de la madera cuando Blaise perdió los estribos, como si el barco entero fuese a romperse hasta que de él no quedasen más que astillas.

—Es muy... puntiagudo —responde, encogiéndose de hombros—. Prefiero nuestro hogar.

«Hogar». ¿Qué fue lo que le dije a Blaise antes de marcharnos? «Solo son paredes y suelos y techos.» Y quizá sea cierto, pero ahora que lo ha mencionado, no puedo evitar sentir una punzada de dolor al recordar mi palacio, no tal y como era la última vez que estuve allí, con el jardín quemado, las vidrieras sucias y agrietadas y el káiser sentado en el trono de mi madre, sino antes del asedio. El palacio sta'criveriano es mucho más grande, pero Blaise tiene razón: yo también prefiero el nuestro, con sus salones circulares, sus techos abovedados, el oro, los mosaicos y las vidrieras de colores que había allá donde miraras. Sta'Crivero es hermoso, pero no se podrá comparar jamás con el recuerdo del hogar que tanto anhelo.

Cuando los siete bajamos del carruaje, nos escolta por el arco de entrada a palacio un cuarteto de guardias vestidos de un uniforme azul cerúleo con charreteras doradas. En la entrada destaca una gran escalera de caracol embaldosada con una miríada de colores y una barandilla dorada. Cuando levanto la vista, veo que las escaleras en espiral llegan tan alto que no acierto a

ver dónde terminan.

—Vosotros debéis de ser nuestros invitados astreanos —nos llama una voz femenina que reverbera en el amplio espacio. Miro a mi alrededor, pero me resulta imposible saber de dónde viene. Por fin, mis ojos se detienen sobre una mujer que sale de detrás de la escalera, vestida con una túnica de algodón drapada de color melocotón con un grueso lazo amarillo a modo de cinturón. Tendrá quizá cinco años más que yo, tiene la piel de color bronce y una melena ondulada de color castaño oscuro que le cae hasta los hombros. Tiene un rostro amable, pero ya he aprendido a no dejarme llevar por las apariencias.

Sonríe mostrando dos hileras de dientes blancos y resplandecientes.

—Me llamo Nesrina. El rey Etristo me ha pedido que os muestre vuestras habitaciones para que podáis acomodaros antes de cenar. Sabemos que el palacio puede ser un poco complicado para los recién llegados.

Nesrina suelta una risita que parece planeada, y me pregunto cuántas veces se habrá encargado de hacer esta misma visita guiada.

Veneno de Dragón se aclara la garganta.

—Soy la princesa Kallistrade —se presenta, aunque no consigue decir «princesa» sin hacer una mueca—. Estos son Anders y Eriel —los presenta, señalándolos; ambos asienten en señal de reconocimiento—. Artemisia, Blaise, Heron, el prinz Søren... y, por supuesto, mi sobrina, la reina Theodosia.

Nesrina asiente cada vez que Veneno de Dragón señala a uno de nosotros, pero cuando es mi turno, se agacha en una grácil reverencia con algunas florituras adicionales.

—Majestad —dice a modo de saludo—. Venid conmigo, si gustáis. Iremos a la planta superior.

Vuelvo a mirar a la escalera de caracol, que parece interminable. Solo de pensar en subir todos esos escalones me duelen las piernas. De repente, la perspectiva de dormir con el balanceo del barco no me parece tan desagradable como esta mañana.

—¿Cuánto hay que subir? —pregunto, con la esperanza de no resultar maleducada. Lo último que quiero es que mis anfitriones se sientan insultados.

Nesrina se ríe y niega con la cabeza.

—No os preocupéis, Majestad. Disponemos de un elevador, ¡no somos unos salvajes!

Se vuelve y nos hace un gesto para que la sigamos. Parezco ser la única que no sabe qué es un elevador, y no quiero que mi ingenuidad quede patente preguntándolo. La sigo con recelo hasta que se detiene frente a una gran jaula de

latón en la base de la escalera, enclavada en el centro de la espiral. Dentro hay una lujosa moqueta roja y un hombre sin camiseta, con la piel del mismo color que los barrotes que hay detrás de él. Está de pie y en posición de firmes, y tiene la espalda ancha y los brazos más robustos que he visto jamás. Creo que cada uno de ellos es más grueso que mi cintura.

Nesrina entra en la jaula y nos indica con la mano que la sigamos, pero yo me quedo atrás, pensando todas las formas en las que esto podría salir mal. Es una trampa. El rey Etristo se ha creído que soy tan tonta que entraré por mi propio pie en una jaula para que me entregue al káiser y él se lleve los cinco millones de monedas de oro. Sé que se supone que debo hacerme la tonta, pero estoy segura de que no tanto.

Søren se queda a mi lado.

—Los elevadores son la forma más rápida de llegar a la cima de las torres —susurra—. Ese hombre gira la manivela para ir elevando la jaula poco a poco.

Lo miro de reojo, incapaz de evitar que la incredulidad asome a mi rostro.

—Nos vamos a matar —digo.

Él se encoge de hombros.

—Los sta'criverianos los usan desde hace décadas; han vendido el diseño a otros países por todo el mundo. Nosotros incluso lo adaptamos para usarlo en las minas de Ástrea. No ha habido ninguna muerte. Dicen que tienes más posibilidades de caerte si vas por las escaleras.

Aunque sigo teniendo el estómago del revés, entro en la jaula tras los demás. Cuando la puerta se cierra con un sonido metálico, se me tensa todo el cuerpo. Me obligo a respirar hondo, pero sé que no me va a resultar fácil hasta que no salga de este artilugio. Cuando los ocho estamos dentro y dejamos espacio suficiente para el operario del elevador, apenas queda espacio para mover los brazos.

—A la planta veinticinco, Argos, por favor —ordena Nesrina. Está tan tranquila, como si hiciera esto todos los días. Y seguramente sea así.

Argos, el operario del elevador, asiente, agarra la amplia manivela y empieza a girarla. Se le marcan los músculos del esfuerzo.

—Al empezar da una sacudida —me susurra Søren un segundo antes de que la note. Me asusto pese a su advertencia y doy un brinco. Me agarro allá donde puedo, que resulta ser el brazo de Søren y el hombro de Artemisia. Esta da un tirón para quitarse mi mano de encima, y al principio pienso que Søren está haciendo lo mismo, pero al cabo de un segundo me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos. El elevador está tan abarrotado que nadie lo ve, pero

siento la necesidad de apartarla. Y, aunque sé que debería hacerlo, no lo consigo.

Al principio nos elevamos despacio, pero el artilugio aumenta gradualmente su velocidad hasta que ascendemos a un ritmo nada desdeñable. Es mucho más rápido que si hubiésemos subido por las escaleras, que pasan por delante de nosotros en un borrón de colores. Pese a que es más fácil de lo que esperaba, no consigo relajarme. Siento que tengo los hombros casi pegados a las orejas, y aprieto la mano de Søren como si estuviese intentando romperla.

Tiene mérito, porque no la aparta, y no puedo evitar pensar en la última vez que nos dimos la mano, en las oscuras mazmorras debajo del palacio astreano, cuando corríamos por los pasillos mientras los guardias kalovaxianos y sus perros se nos acercaban más a cada segundo que pasaba. No quiero pensar en todo aquello, pero supongo que es preferible a imaginar lo que ocurriría si se rompiera la manivela y la jaula se precipitara al vacío.

—La última vez que vine —dice Søren en voz baja, aunque supongo que todos los presentes lo oyen—, mi padre me había mandado en una misión diplomática para intentar ganarnos el favor de los sta'criverianos como aliados. Era la primera vez que subía en un elevador y creo que estuve a punto de desmayarme, lo que no contribuyó precisamente a la imagen de fortaleza que mi padre quería proyectar. Por descontado, los sta'criverianos no tenían ningún interés en sellar una alianza, como yo descubriría después. Pero quisieron asegurarse de que yo, y también mi padre, comprendiéramos lo poderosos que eran, y que sería un error considerarlos enemigos, aun cuando no fuesen nuestros aliados.

—Es cierto —interviene Nesrina, que se vuelve para mirarnos—. Los kalovaxianos jamás se atreverían a invadir Sta'Crivero. Y precisamente por eso es el lugar más seguro para vos, Majestad.

—Me siento muy agradecida —respondo con mi sonrisa más dulce, como si me acabase de hacer un regalo en lugar de tener un gesto básico de cortesía humana—. Jamás olvidaré la amabilidad que me habéis mostrado.

Sin embargo, cuando el elevador llega a su destino con una sacudida tan violenta que se me pone el estómago del revés, no puedo evitar preguntarme cuánto me costará la amabilidad de Sta'Crivero.

## El palacio

Nesrina nos acompaña por un largo pasillo, y pasamos junto a media docena de puertas antes de detenernos en la última. Gira el pomo dorado y de cristal y la abre.

—Esta es para la reina —anuncia, inclinando la cabeza—. Esperamos que esté a vuestro gusto.

Cuando entro, la habitación me engulle. Es muy espaciosa, con techos altos y abovedados que tienen nubes y querubines pintados, y tan grande que creo que solo cruzar de un extremo a otro me costaría un cierto esfuerzo. En el centro está la cama más grande que he visto nunca —una familia de seis personas podría dormir allí cómodamente—. Luce un cubrecama de satén coral intenso y un despliegue de cojines la tapa casi por completo. Por encima hay un largo dosel de seda a juego, que baila al compás de la brisa que entra por las ventanas alineadas en tres de las paredes. Penetra también la luz del sol de media tarde, que hace que las baldosas de lapislázuli brillen bajo mis pies.

En una esquina hay un grupo de sillones y una mesita de mosaico sobre la que descansa una jarra de agua y cuatro vasos. Al otro lado de la habitación hay un ropero con incrustaciones de hueso en las puertas y pomos de marfil. También dispone de un escritorio y una silla, una mesa con una jofaina de agua y una cesta de esponjas y un jabón en forma de pájaros tallado con tanto realismo que no me sorprendería que saliesen volando por la ventana. Junto a la jofaina hay un gran tocador con más pájaros tallados en el marco de caoba del espejo.

Incluso al káiser le parecería excesiva la ostentación de esta habitación. Sin duda, yo me siento fuera de lugar, como un gato callejero al que han arrojado en medio de un baile. Aunque el palacio de Ástrea era opulento, no era nada

comparado con esto. Intento disimular mi incomodidad.

—¿Traerán más camas para mis consejeros? —pregunto a Nesrina.

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No me habéis entendido: esta es vuestra habitación. Ellos estarán cerca, en este mismo pasillo, pero el palacio sta'criveriano es sin duda lo suficientemente grande como para que dispongáis de vuestro propio espacio, Majestad.

Las palabras me irritan. Estoy en un palacio desconocido, en un país extraño, y lo último que quiero es estar sola en una habitación de estas dimensiones. Siento que podría perderme dentro y que nadie sería capaz de encontrarme.

—No hay guardias en la puerta —interviene Blaise, que parece tan alarmado como yo—. El rey Etristo ha garantizado la seguridad de la reina, pero sin guardias...

—En Sta'Crivero no se toleran delitos de ninguna clase —interrumpe Nesrina con una sonrisa paciente—. Incluso los pequeños hurtos se castigan con la muerte desde hace ya muchas décadas. Como resultado, hemos eliminado el crimen por completo. Os puedo asegurar que no existe un lugar más seguro que este palacio.

—No creo que al káiser le importen vuestras leyes ni las vidas de los asesinos que podría enviar a por la reina —replica Blaise.

La sonrisa de Nesrina titubea solo durante un instante.

—Puedo transmitir vuestra preocupación al rey Etristo, por descontado —se ofrece.

—No hay ninguna necesidad de molestar al rey con los miedos infundados de un muchacho —interviene Veneno de Dragón, mirando a Blaise con severidad—. Para que un asesino llegase a la habitación de Theo, tendría que sortear a los guardias de las puertas de palacio y también al operario del elevador. Según tengo entendido, es el mismo grado de seguridad de que dispone el mismo rey.

Nesrina asiente.

—El rey jamás dispondría para la reina Theodosia menos seguridad de la que él mismo requiere —repone—. Aquí, con nosotros, está en buenas manos.

Blaise parece dispuesto a discutir, pero lo detengo tocándole el brazo. Puede que sea mi imaginación, pero tiene la piel incluso más caliente que de costumbre.

Solo me doy cuenta de que he hecho mal cuando la sonrisa de Nesrina se esfuma por completo. Mira fijamente la mano que descansa sobre el brazo de Blaise. Casi puedo ver el cambio que se produce en sus pensamientos.

Aparto la mano, pero el daño ya está hecho. En el *Humo* no pasaba nada si

tocaba a Blaise (o a Heron, o a quien fuese), pero ahora ya no estamos allí. Mis actos serán vigilados muy de cerca y eso es algo que debo recordar. Es difícil no sentirme como si estuviese de vuelta en el palacio astreano, donde tenía que tener siempre presente cómo me veían los demás.

—La habitación está bien tal y como está —le digo a Nesrina—. Por favor, transmítele al rey Etristo mi agradecimiento.

Blaise está que echa humo, pero no se pronuncia.

Nesrina asiente. Vuelve a dibujarse una sonrisa, pero esta vez es más tensa en las comisuras.

—Os dejaré para que podáis refrescaros mientras enseño a los demás sus habitaciones.

Blaise me mira a los ojos mientras salen; su rostro emana preocupación. Le sonrío para tranquilizarlo, pero no parece afectar mucho a su estado de ánimo.

Los observo alejarse por el pasillo hacia las otras habitaciones de invitados antes de cerrar la puerta y respirar de alivio. Al menos en estas paredes no hay agujeros, no hay espías que me vigilen en mis propios aposentos. Eso ya es una mejora.

Paseo por la habitación, examinando los elegantes muebles y la decoración. Acaricio el armario lacado y el lujoso dosel de seda que hay por encima de la cama. Me siento un poco como una canica que rueda en un espacio demasiado grande, pero no puedo negar la sobrecogedora belleza de la sala.

Artemisia me dijo que los sta'criverianos valoran las cosas bonitas, así que no debería estar tan sorprendida, pero lo estoy. Los cortesanos kalovaxianos apenas dejaron superficies sin bañar de oro o engalanar de algún modo, pero aquí reina una clase diferente de belleza, es más efímera, sin una fuerza o un propósito detrás. Es bello en pos de la belleza, como una flor de seda sin vida ni perfume.

Sin pensar lo que hago, me dejo caer boca abajo sobre la montaña de cojines y el cubrecama de satén, sin quitarme el vestido ni los zapatos.

Tras una semana en un catre estrecho con un colchón tan fino, esta cama es como estar en una nube. No quiero levantarme nunca más. Tiene que haber un modo de salvar a Ástrea desde aquí.

Sin embargo, antes de que tenga demasiado tiempo para relajarme, se oye un golpe seco en la puerta. Me incorporo de un brinco y me aliso el vestido para intentar parecer presentable. No consigo levantarme del todo de la cama, pero me siento en el borde, cruzo los tobillos de forma delicada y coloco las manos sobre el regazo, como recuerdo que solía sentarse la kaiserina Anke.

—Adelante —digo, mientras intento ignorar la punzada que me causa el

recuerdo de la difunta.

Esperaba que fuese una mujer para ayudarme a vestirme, pero cuando la puerta se abre es un pequeño ejército quien entra. Deben de ser más de diez personas, pero todas revolotean a mi alrededor tan rápido que me resulta difícil contarlas bien. Dos mujeres cruzan la habitación hacia el armario mientras otras tres se instalan al lado del tocador, donde empiezan a colocar varios tarros, polvos y pinceles que sacan de las cestas que cargan. El resto sigue revoloteando de un lado para otro. Un par de ellas me rodean y empiezan a pasarme los dedos por el cabello enredado, a medirme la cintura, el pecho y los brazos con una cinta y a inclinarme la cara hacia la luz, mirándome con ademán crítico pero sin mediar palabra.

—Reina Theodosia —dice por fin una mujer, que se detiene ante mí y me hace una reverencia. Lleva el cabello plateado recogido en un austero moño que de poco sirve para suavizar las arrugas que luce en la frente, los ojos y la boca. Tiene unos agudos ojos marrón oscuro que me recorren desde la cabeza hasta las botas. Cuanto más me mira, más arruga la nariz—. Me llamo Marial y seré la jefa de vuestro personal mientras estéis con nosotros.

—Es un placer conocerte, Marial —respondo.

No mueve ni los labios apretados ni los ojos entornados, y ni siquiera se molesta en contestar.

—Esta noche cenaréis con el rey y su familia. Primero, un baño, y luego intentaremos hacer algo con vuestro cabello. Tengo entendido que habéis traído las ropas adecuadas vos misma, ¿no es así?

No permito que mi sonrisa titubee.

—Tuve que abandonar Ástrea de forma bastante precipitada para evitar mi propia ejecución —le explico—. Por desgracia, no tuve tiempo de coger nada más que el vestido que llevaba puesto. Este mismo.

Sonríe con los labios tan apretados que su gesto apenas se puede considerar una sonrisa.

—Sí, bueno, previmos la necesidad de prepararnos para estas circunstancias. —Señala el armario, de donde las mujeres que me tomaron medidas están sacando varios vestidos drapeados y atacándolos con aguja e hilo. Sus hábiles dedos se mueven más rápido de lo que podría haber imaginado—. Tendremos varias opciones listas para cuando salgáis del baño. Venid.

Chasquea los dedos y aparecen otras dos mujeres, una a cada lado, que me ayudan a ponerme de pie y a quitarme el vestido, mientras una tercera gira un pomo que hay junto a la bañera. Al cabo de un momento, se oye un gorjeo y



empieza a salir agua a borbotones de un tubo curvado que apunta a la bañera.

Me resulta difícil no quedarme mirándolo maravillada, sobre todo cuando el agua empieza a despedir vapor. ¿De dónde sale? En Ástrea, el agua hirviendo se traía en cubos, así que cuando la bañera estaba llena ya se había enfriado. Los kalovaxianos usaban Gemas de Fuego para mantenerla caliente, pero el káiser nunca confió en mí lo suficiente como para que dejar que me acercase a ellas, aunque tampoco las habría usado. Eso me recuerda a las marcas carbonizadas de mis sábanas, así que aparto el pensamiento de inmediato. Fingir que nunca ha ocurrido es asombrosamente fácil. La mayoría del tiempo permanece en el fondo de mi mente como un extraño sueño que solo pareció filtrarse en la realidad. Es imposible que pasase de verdad. No obstante, yo sé lo que vi y lo que toqué con mis propias manos.

Quiero preguntar qué clase de magia tienen los sta'criverianos para invocar el agua de la nada, pero recuerdo lo que Anders me ha contado antes: carecen de magia, pero lo compensan con ciencia y tecnología. Me da en la nariz que preguntar a Marial solo me acarrearía más miradas críticas e impacientes, así que me trago la curiosidad y decido preguntárselo luego a otra persona.

Las mujeres me desnudan. Una parte remota de mí sabe que debería sentirme incómoda al desnudarme delante de desconocidos, pero supongo que acabaron con mi sentido del pudor hace mucho tiempo.

Cuando por fin me meto en la bañera, el agua caliente me abraza y siento que quiero hundirme hasta el fondo y quedarme allí para siempre, envuelta en el calor. Sin embargo, esa sensación no dura mucho: en cuanto tengo el pelo mojado, tres mujeres se lanzan contra él, peinando los enredos y los nudos que se me han hecho durante la semana que he pasado a bordo del *Humo*. Cuando terminan siento que tengo todo el cuero cabelludo irritado, pero mi melena cuelga mojada como en una pesada sábana, por fin lisa. Pero aún no han terminado conmigo. Luego pasan al cuerpo: me frotan cada centímetro de piel con esponjas ásperas y tiesas y con jabón, hasta que el agua se queda oscura y mugrienta. Me ayudan a salir de la bañera y me envuelven con una toalla, para luego aplicarme aceites para calmar la piel que acaban de raspar. Al final, estoy lisa y brillante como una perla y huelo a jazmín y a pomelo.

Marial, que estaba inspeccionando el trabajo de las costureras, se acerca revoloteando con las manos juntas delante de ella y la frente todavía más arrugada. Aprieta los labios y me observa con ademán crítico. Quizá no me quede pudor, pero siento la necesidad de apretarme más la toalla cuando me mira.

—Mejor —resuelve—. Pero todavía hay mucho que hacer. Venid.

La sigo hacia la zona del armario. He de apresurarme para seguirle el ritmo.

—¿Quién más vendrá a esta cena? —pregunto, intentando que mi voz suene imponente, aunque Marial me aterroriza.

—Ya os lo he dicho —responde despacio, con un suspiro de impaciencia, aunque ni siquiera me mira. Toda su atención se dirige a examinar las puntadas de las costureras en un vestido azul zafiro con un corpiño de pedrería. Una de ellas hace un nudo y corta el hilo, tras lo cual Marial coge el vestido y me lo trae—. El rey y su familia.

—¿Qué hay de mis consejeros?

Resopla con desdén mientras me ayuda a ponerme el pesado vestido, colocando los finos tirantes por encima de mis hombros. Las cicatrices de la parte superior de mi espalda quedan totalmente a la vista; sobresalen de la seda del vestido como serpientes rojas y blancas. Nadie emite ningún sonido, pero siento sus miradas sobre mí, lo que de algún modo es todavía peor.

—Su presencia no es necesaria en un acontecimiento de estas características —expone en tono cortante—. Pero el prinz kalovaxiano sí ha sido invitado —añade tras hacer una pausa.

Me sentiría mejor si Blaise, Artemisia y Heron pudieran acompañarme, pero al menos tendré a Søren.

—¿Y mi tía? —digo, aunque no estoy segura de qué respuesta prefiero.

—Ha dejado muy claro que se requiere su presencia allá donde se requiera la vuestra —contesta Marial, sin hacer ningún esfuerzo por disimular su desdén. Me ata la espalda del vestido de forma tan ajustada que casi no puedo respirar, así que mucho menos mantener una conversación.

## Castidad

La decoración del comedor real es, de algún modo, todavía más recargada que la de mis aposentos. Tres de las cuatro paredes están recubiertas de frescos de querubines acostados en mullidas nubes de tonos pastel, sobre las que comen uvas o beben de cálices de oro. La cuarta pared no es una pared en realidad: la mitad superior está abierta al exterior, y tiene unas cortinas violeta que están apartadas para mostrar el sol, que se pone en la distancia. Del techo cuelga una lámpara de araña, pero en lugar de cristales, cuelgan pedacitos azules y verdes de vidrio marino que se reflejan en la habitación. La larga mesa de roble tallado tiene un borde de pan de oro y siete sillas a juego.

Seis de esas sillas ya están ocupadas. El rey Etristo está sentado en un extremo, encorvado, y la ornamentada corona se le desliza torpemente por la frente. Los demás se ponen de pie cuando entro en el salón. A un lado de Etristo hay un hombre de unos treinta años que supongo que es su hijo, Avaric, y en el otro una mujer que tendrá pocos años más que yo, rubia y de piel clara como una kalovaxiana pero con un rostro más amable y redondeado. Luce un embarazo muy avanzado. A la derecha de Avaric hay una mujer con la piel del color de la miel y una melena negra recogida en unas elaboradas trenzas enrolladas. Veneno de Dragón está junto a la mujer rubia y Søren, entre la de la melena negra y un asiento vacío al otro extremo de la mesa, que supongo que es para mí. Me complace ver que también Søren y Veneno de Dragón van vestidos con los trajes incómodos pero ornamentados que parecen gustar a los sta'criverianos. Incluso han conseguido que la pirata se ponga un vestido de satén negro sin ninguna correa.

Me dirijo al asiento vacío, aunque es difícil recorrer esa distancia con los

zapatos de tacón que me ha dado Marial, por corta que sea. Quizá sería más fácil si no me preocupase tanto tropezar con el dobladillo de mi pesado vestido recubierto de gemas, pero me veo obligada a dar pasitos cortos y cuidadosos, y siento que pasa una eternidad hasta que llego a mi asiento, entre Søren y mi tía.

—Espero que no hayáis tenido que esperarme demasiado —comento al sentarme. Con este vestido, hablar es tan difícil como caminar, pero descubro que lo consigo si respiro de forma superficial.

Los demás vuelven a sentarse en cuanto lo hago yo.

—En absoluto, querida —responde el rey Etristo en astreano—. Es un honor esperar a una belleza como la vuestra.

Para los sta'criverianos no soy más que una cosa bonita con un vestido brillante, una inversión que esperan que les reporte grandes beneficios, si la teoría de Artemisia sobre el precio que van a pagar por mí es correcta. Soy una herramienta que creen que pueden usar, y Art tenía razón cuando me dijo que lo mejor era dejar que lo pensarán. Por ahora.

Así que me dibujo una sonrisa en la cara. No me resulta nada sincera, pero dudo que nadie preste la atención suficiente como para darse cuenta. Es «bonita» y con eso bastará.

—Me siento muy agradecida por vuestra hospitalidad, rey Etristo —digo—. Jamás esperé tal amabilidad por parte de desconocidos.

—Ayer éramos desconocidos, querida —contesta, alzando su copa de vino dorada para brindar. Me apresuro a hacer lo propio, aunque estamos demasiado lejos para que nuestras copas siquiera se rocen—. Hoy somos amigos. —Da un trago antes de volverla a dejar sobre la mesa y yo lo imito, ya que no hacerlo se entendería como un insulto. El vino es más oscuro que el que bebíamos en Ástrea, y sabe más a especias que a frutas. Me quema la garganta al tragar.

El rey Etristo tose antes de volver a hablar:

—Todos los sta'criverianos hablan astreano, por supuesto, además de algunas otras lenguas. Propongo que hoy nos ciñamos a la vuestra, ya que parece ser la más común entre nosotros.

Echo un vistazo a Søren, que no ha entendido ni una palabra de lo que se ha dicho. Mantiene la mirada al frente y una expresión inescrutable.

—Me gustaría presentaros a mi hijo —continúa Etristo, mientras señala primero a su derecha—. Estos son Avaric y su esposa, Amiza —los presenta, señalando primero a su hijo y después a la mujer con el cabello trenzado. Luego señala a su izquierda—. Y esta es mi esposa, Lilia.

Me esfuerzo para disimular la sorpresa. Había dado por hecho que la mujer

rubia era una de sus hijas, aunque no se parezcan en nada. El rey Etristo tiene al menos ochenta años y Lilia es casi de mi edad. Debe de ser su segunda esposa, o la tercera o la cuarta. La criatura que lleva en el vientre no puede ser suya.

—Es un placer conocerlos —declaro, y sonrío a los tres—. Tenéis más hijos, ¿no es así? —le pregunto al rey.

Él mueve la mano con ademán despectivo.

—Todas mis hijas se fueron de casa cuando eran más jóvenes que vos —explica—. Les ha ido de maravilla: garantizaron alianzas y contratos de comercio con otros países de todo el mundo. Nos escribimos de vez en cuando, pero visitarnos es... difícil.

Asiento y emito lo que espero sea un sonido que muestre empatía, aunque siento poca compasión por un hombre que ha vendido a sus hijas a países extranjeros para que su propia vida sea más fácil. Yo misma he sido una extranjera en una corte extranjera, y aunque sé que la mía fue una experiencia diferente, todavía recuerdo cómo me sentía rodeada de rostros desconocidos, sin ser capaz de comunicarme y echando de menos a mi familia.

—Bien, dejémonos de ceremonias —dice el rey Etristo, y da dos palmadas—. Estoy hambriento.

Al oír su llamada, los sirvientes entran por una puerta lateral, cada uno con un gran plato de oro. Los aromas que emanan de ellos no se parecen a nada que yo haya experimentado, y no estoy muy segura de cómo describirlos. Son especiados, sí, pero también con cierto dulzor, y algo más que no acierto a distinguir. Cuando uno de los sirvientes me pone uno delante se me hace la boca agua al ver la comida: un abanico de verduras hermosamente dispuestas, arroz aliñado del color de la noche y un tipo de carne sellada.

—Poco a poco —me advierte Søren con un susurro—. Cuesta un poco acostumbrarse a la comida sta'criveriana.

Le sonrío a modo de agradecimiento, pero tras tantos días a base de galletas marineras y carne seca, me cuesta mucho seguir su consejo. Me apetece devorar el plato tan rápido como sea posible, pero me obligo a comer despacio y a saborear cada especia y textura. Sin embargo, no debo de comer con la suficiente lentitud, puesto que Avaric me observa con atención y se inclina hacia delante, con la mirada brillante y curiosa.

—¿Os hacían pasar hambre en Ástrea? —me pregunta.

Me trago el pedazo de pescado que me acabo de meter en la boca.

—No, nunca —contesto—. En palacio comía lo mismo que los demás cortesanos kalovaxianos, aunque mis consejeros pasaron años en las minas,

haciendo extenuantes labores físicas con raciones muy pobres. Y tengo entendido que en los últimos meses la situación ha empeorado todavía más.

—Claro, claro —repite Avaric, intentando sin éxito mostrar compasión—. Pero... bien... vuestra tía nos contó muchas historias acerca de vuestro sufrimiento a manos del káiser.

Compro un poco de tiempo limpiándome con una servilleta, mientras lucho contra el impulso de fulminar a Veneno de Dragón con la mirada.

—Fue una década muy difícil —comento despacio, con la esperanza de que el tema se quede ahí.

Pero Avaric no entiende la indirecta.

—¿Os pegaban? —pregunta—. Debe de haber sido espantoso. ¿Con qué frecuencia?

—Sí —respondo, mientras la ira me sube por el pecho. Me siento más consciente que nunca de mis cicatrices, que están al aire, en lo crueles y bárbaras que resultan entre toda la belleza sta'criveriana. Desearía que el vestido tuviera mangas o algo parecido, alguna forma de taparlas, de esconder la historia que cuenta mi carne. Me siento como cuando me desperté de la pesadilla y vi las sábanas quemadas, como si el fuego presionara contra mi piel desde el interior, desesperado por filtrarse. «No es real», me digo, como si pudiese convencerme a mí misma. Me obligo a respirar a través de la ira; imagino hielo en mis venas.

A esta gente no le importo. Solo les importa lo que me pasó, como si fuese alguna historia enfermiza escrita para asombrarles, horrorizarles y entretenerles. Me agarro de los reposabrazos de la silla con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos, aunque al menos me distrae del cosquilleo que se me ha despertado en los brazos y las manos. Intento mantener una expresión suave, agacho la cabeza y miro al príncipe a través de las pestañas.

—Lo siento —me disculpo, dejando que la sombra de las lágrimas me tiña la voz—. Todavía es muy difícil hablar de ello. Pero sucedía con tanta frecuencia que creo que tendré cicatrices para siempre, tanto físicas como mentales —admito con un suspiro triste—. Pero sobreviví, en gran parte gracias a mis consejeros y a mi tía. —Le dedico una sonrisa triste a Veneno de Dragón que no la conmueve en absoluto. Ve a través de ella con claridad, pese a que los sta'criverianos no lo hagan.

—Es espantoso —interviene Lilia, mientras toca el collar de perlas que le rodea el pálido cuello. Su astreamo no es tan fluido como el de los demás; pronuncia las consonantes de forma demasiado cortante—. No soy capaz de imaginar lo terrible que debe de haber sido. —Hace una breve pausa—. ¿Qué

utilizaban? —pregunta en voz baja—. ¿Un látigo? ¿Una vara?

Aprieto los dientes y le agunto la mirada unos segundos antes de responder.

—Lo que tuvieran a mano. Aunque diría que el látigo era el preferido del káiser.

Siento una chispa de satisfacción cuando baja la vista y vuelve a comer sin pronunciar otra palabra.

—Y, por descontado —continúa Avaric—, vuestra tía también nos contó lo que ese monstruo os obligó a hacer... ¿Cómo se llamaba el hombre que murió?

—Ampelio —responde Veneno de Dragón sin vacilar, con voz firme—. El Guardián Ampelio.

Me agarro a la silla todavía con más fuerza, tanta que temo romperle los reposabrazos, pero no parezco capaz de relajar las manos. No puedo hablar sobre Ampelio; no puedo darles ese pedazo de mi corazón, no importa lo que ellos me den a mí. Lo que ocurrió queda entre él y yo; incluso a Blaise le he contado lo sucedido solo a grandes rasgos. No puedo explotar lo que hice para entretener a esta gente.

Siento algo cálido encima de mi mano izquierda. Me vuelvo y veo los dedos pálidos y callosos de Søren cubriendo los míos, aunque sigue con la mirada clavada en la comida. No comprende casi nada de la conversación, pero ha oído el nombre de Ampelio y supongo que habrá adivinado el resto. Al fin y al cabo, él estaba allí cuando hundí la espada en su espalda, y quizá entonces no entendió qué clase de tortura supuso para mí, y quizá todavía no sepa que Ampelio era mi padre, pero vio con sus propios ojos lo terrible que fue.

—El káiser dejó muy claro que era o su vida o la mía —contesto, esforzándome por no alzar la voz—. Pero, por inevitable que fuera, no creo que jamás pueda perdonármelo.

La mesa se queda muda unos momentos, aunque es un silencio tenso que indica que lo peor está por llegar. Me entretengo con la cena, con la esperanza de estar equivocada y de que cambien de tema.

—El káiser es la encarnación de un demonio —dice al fin el rey Etristo—. Sin duda, tras lo que os hizo, pasará la eternidad sufriendo en el inframundo. —Hace una pausa, pero el silencio todavía pesa, sé que todavía no ha terminado. Me mira como si estuviese midiendo todo mi cuerpo—. ¿Seguís siendo...? —Vacila. Está intentando recordar la palabra. No debe de saber cómo se dice en astreano, porque cambia al kalovaxiano—. ¿Virgen?

Me quedo paralizada a medio bocado y me obligo a tragar pese a que estoy bastante segura de que lo devolveré en cualquier momento. Søren se pone tenso;

ha entendido esa palabra y debe de haber deducido el contexto.

—¿Me estáis preguntando si me violó? —pregunto poco a poco en astreano, aguantando la mirada del rey Etristo. Avaric, Amiza y Lilia se estremecen al oírme y bajan la vista, pero Etristo ni se inmuta.

—Sí —contesta al cabo de un instante—. Supongo que sí, aunque también nos han llegado rumores sobre vuestra relación con el prinz Søren que han despertado mi curiosidad.

Søren parece más confundido todavía tras oír su nombre. Miro al rey a los ojos un instante más y luego aparto la vista para mirarlo a él.

—El rey Etristo se pregunta si vuestro padre me violó o vos me desflorasteis —le explico en kalovaxiano, sin molestarme en bajar la voz.

Søren se sonroja, pero creo que es más por ira que por vergüenza.

—No —le replica al rey Etristo en un cortante astreano. Debe de ser una de las pocas palabras que ha aprendido.

El rey Etristo levanta las manos como si lo estuvieran atacando.

—Os pido disculpas si os ha ofendido mi pregunta —dice, aunque no suena en absoluto avergonzado—. Pero comprenderéis que debo preguntároslo si recorreremos este camino para encontraros un marido. La mayoría de los hombres de alta cuna jamás aceptarían a una mujer mancillada como esposa.

Frunzo el ceño. No sé muy bien cómo proceder ante esa lógica. Decido empezar por la peor parte.

—¿Se me consideraría mancillada también si hubiese sido una violación?

El rey Etristo esboza una tensa sonrisa y se encoge de hombros.

—Es lo que es —responde—. Los hombres se casan con mujeres castas, y aceptan a las que no lo son en calidad de amantes. Dudo que esto os sorprenda. Tengo entendido que en la corte kalovaxiana tienen la misma costumbre.

—Sí —admito—. Pero no creo que os hayáis tomado nada de lo que he dicho como un elogio de su comportamiento.

El rey Etristo se sonroja al oír mis palabras.

—No hay necesidad de ofenderse, querida —repone—. Si lo que decís es cierto, no tenéis nada que temer. Al fin y al cabo, mis propias esposas, tanto las que ya no están entre nosotros como la que sí, se sometieron a un examen antes de que nos casásemos para garantizar que su virtud seguía intacta. Mis hijas también lo hicieron antes de sus bodas, así como Amiza, ¿no es así? —pregunta.

—Es lo que dicta la tradición —responde Amiza, pero no me mira. Mantiene los ojos fijos en el plato.

—Es un examen muy simple y fácil de soportar —añade el rey, y mueve la



mano con impaciencia.

Me obligo a esbozar una dulce sonrisa.

—¿Os sometisteis también vos a ese examen, Alteza? —digo—. Tendría sentido. Si los hombres de alta cuna solo deben casarse con mujeres castas, no me cabe duda de que, entonces, las mujeres de alta cuna solo deberían casarse con hombres castos.

—Theodosia —me reprende Veneno de Dragón por lo bajo, con una expresión tensa y contrariada.

Estoy tentada de evidenciar su hipocresía al ponerse del lado del rey. A fin de cuentas, ella difícilmente puede llamarse virgen tras haber tenido dos hijos. Pero me muerdo la lengua y sonrío inocentemente al rey.

—Lo siento, Alteza —me disculpo, aleteando las pestañas—. Es que se me antoja una costumbre muy extraña para un lugar tan civilizado. Hay una razón por la que no disteis con la palabra «virginidad» en astreano. Ese concepto no existe.

La mesa entera se queda en silencio un instante.

—Bien, no estamos en Ástrea —replica el rey Etristo—. Los pretendientes empezarán a llegar mañana, así que nuestra esperanza es que os sometáis al examen antes de conocerlos.

No sé lo que implica ese «examen», pero no me hace falta saberlo. Aunque, sea lo que sea, demostraría que nadie me ha tocado en ese sentido, no debería tener que demostrarlo. No debería importar. Sé que se supone que debo ser dulce, maleable y modesta para conservar el favor de los sta'criverianos, pero esta no es una línea que piense cruzar, ni siquiera por mi país.

—A no ser que los pretendientes pasen por un examen similar antes de conocerme a mí, no lo haré —respondo—. Casarse conmigo reportará a estos hombres riquezas incalculables cuando recuperemos Ástrea. Si desean renunciar a esas ganancias porque les preocupa demasiado la tradición, que así sea. Estoy segura de que habrá muchos otros que prefieran el dinero.

## El juego

Veneno de Dragón consigue morderse la lengua durante el resto de esa cena tensa y silenciosa, e incluso durante el viaje en elevador hasta nuestra planta. Tiene los labios apretados todo el tiempo y mira al frente. Sin embargo, cuando estamos en el pasillo y, además de nosotras, solo queda Søren, me agarra del brazo y me da la vuelta para ponerme de cara a ella, clavándome las uñas en la suave piel de la cara interior del brazo.

—Mañana pediréis disculpas al rey Etristo y consentiréis en haceros cualquier examen que consideren necesario.

Søren se interpone entre nosotras.

—Si no la sueltas —le dice en kalovaxiano y en voz baja—, seré yo quien retire tu mano por ti, y será una experiencia poco placentera para ambos, pero sin duda más dolorosa para ti.

Veneno de Dragón aprieta los dientes y se lo queda mirando unos instantes, como preguntándose si el honor de él le permitiría hacer daño a una mujer. Tiene el sentido común de no arriesgarse y me suelta.

—Pediréis disculpas por ese arrebato —repite, sin quitarme la vista de encima.

—Por supuesto, tía —respondo al fin, con la voz más suave y aguda—. Estoy segura de que el rey Etristo comprenderá que me sentí muy alarmada ante la perspectiva de que otra persona me manoseara tras los abusos sufridos a manos del káiser. Y estoy segura de que estará de acuerdo con que lo mejor será esperar a que esté más recuperada. Si el marido que elija insiste en que me someta a ese examen, lo complaceré antes de la boda.

Me mira con los ojos entornados.

—Estáis jugando a un juego muy peligroso —me advierte.

Me cuesta reprimir una carcajada.  
—He jugado a otros peores.

Blaise, Heron y Artemisia me están esperando en mi habitación. Supongo que era de esperar. ¿Cómo no iban a querer saber lo que ha sucedido en la cena? Y no me queda otro remedio que contárselo, por mucho que me mortifique pensarlo.

Pero antes necesito quitarme este instrumento de tortura al que llaman vestido.  
—Échame una mano, Art, por favor —le pido, mientras cojo un camisón del armario y me pongo detrás del biombo pintado—. Y será mejor que traigas también la daga.

Artemisia me corta el vestido en el que la costurera prácticamente me ha cosido, aunque lo hace con menos gracia que ella y piedrecitas de cristal se desperdigán por todo el suelo y suenan como una tormenta vacía.

Me pongo el camisón por encima de la cabeza y disfruto de respirar hondo varias veces. Aunque solo he llevado el vestido unas pocas horas, me había olvidado de lo agradable que es llenarse los pulmones de aire en lugar de inhalar de forma superficial de aquí y de allá. Quizá por eso Amiza y Lilia estuvieron tan calladas durante la cena. No podían respirar, así que ni mucho menos hablar.

—Bueno —digo mientras salgo de detrás del biombo. Soy consciente de que debo de tener un aspecto ridículo, con este camisón ancho de algodón y la cara totalmente pintada y lacada, pero tengo asuntos más urgentes de los que ocuparme. Me uno a los demás en la zona de los sillones y elijo el que hay junto a Blaise—. Tendremos que hablar en kalovaxiano para que Søren nos entienda. ¿Está todo el mundo de acuerdo?

Los demás gruñen, pero acaban por acceder. No se lo puedo reprochar. Hablar kalovaxiano me hace sentir como si estuviese en la corte del káiser.

—Pero tenemos que seguir enseñándote astreano. Como mínimo, nos ahorrará mucho tiempo —le digo a Søren.

Él asiente.

—Me siento idiota, pero empiezo a entender algunas cosas, o eso creo. Poco a poco.

—¿Qué ha pasado esta noche? —me pregunta Blaise en kalovaxiano—. Hemos intentado ir contigo, pero no nos lo han permitido.

—Los sta'criverianos valoran su exclusividad —explica Søren—. Me ha sorprendido que me invitasen a mí, aunque supongo que les ha resultado

divertido que no entendiese ni una palabra de lo que decían.

Les hablo de la familia real y de su interés por cómo me trataba el káiser, y que parecían no solo fascinados sino también embelesados con los detalles sobre mi cautiverio y mis castigos.

—Es como si no me vieran como una persona, sino como un objeto de coleccionista muy difícil de encontrar que además viene con una historia incorporada —gruño.

—Los sta'criverianos de la capital suelen llevar vidas fáciles y placenteras —dice Søren—. Sobre todo la familia real. Supongo que tu desgracia les parece emocionante porque no acaban de concebir que pueda ser real. Es como si fueses un personaje de una obra de teatro.

Frunzo el ceño, pero continúa antes de que yo pueda contestar:

—¿De qué discutíais al final? —pregunta, aunque parece inquieto—. He entendido algunas palabras, pero... bueno, parecía importante.

Parte de mí no quiere responder, sobre todo porque tendré que explicar a Blaise, Heron y Artemisia lo que significa la virginidad, pero Søren tiene razón. Es importante. Esa discusión no ha terminado todavía y no puedo volver a ocultarles cosas.

Así que explico el conflicto de la forma más sencilla que puedo, aunque siento que me arden las mejillas mientras lo hago. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no estremecerme cuando les hablo del examen que ha propuesto el rey. Aunque no me ha dado los detalles, es bastante fácil deducir en qué consiste.

—Es una práctica bastante común —dice Søren cuando termino. Se ha puesto un poco pálido—. Pero has hecho bien en negarte.

Artemisia asiente, pero tiene el ceño fruncido.

—Así, cuando accedas, será todavía más significativo.

Me la quedo mirando fijamente con la boca abierta.

—No pienso acceder a eso —replico—. Pensaba que si alguien lo iba a entender, esa serías tú... —me interrumpo. Artemisia me contó la agresión que vivió en las minas a modo de confidencia, pese a que Heron también estaba presente. Pero dudo que quiera que lo sepan todos—. Tú también eres una mujer —resuelvo—. ¿Dejarías que te examinasen como si fueses una especie de experimento?

—No —responde, y se encoge de hombros—. Pero, claro, yo no quiero casarme.

—¡Y yo tampoco! —exclamo, en voz más alta de la que pretendía.

Artemisia sigue imperturbable ante mi arrebató, apenas si arquea las cejas.

—Vale. Pues yo no necesito casarme para usar el ejército de otro país para recuperar mi trono. ¿Mejor? —pregunta.

Pongo los ojos en blanco, pero no consigo responder.

—Bueno, es un problema para más adelante —afirmo.

—Se nos empiezan a acumular —interviene Heron, en voz baja, inseguro con las palabras kalovaxianas, que seguramente ha oído más a menudo de lo que las ha pronunciado.

—Ya lo sé —contesto, frotándome las sienes—. Y el rey Etristo ha dicho que los pretendientes llegarán mañana, así que estoy segura de que hay más problemas por llegar.

Sobre nosotros cae un pesado silencio que parece oprimirnos. Mañana llegarán los pretendientes que intentarán comprarme, a mí y a mi país, y me exhibirán como si fuese uno de los recuerdos de guerra del theyn. La conversación de la cena de esta noche será repetida decenas de veces, con cada uno de ellos, supongo, con cada rey y emperador que me hostigue para sacarme detalles sobre mi sufrimiento, para examinarme como a un cerdo al que van a sacrificar para un festín.

—Pronto —dice Artemisia con un suspiro, y se levanta—. Pero esta noche no.

Cruza la habitación hacia un armarito en el que apenas había reparado. Lo abre con un rápido movimiento de muñeca y revela tres estanterías de botellas de vino. Saca una al azar y la trae, mientras la descorcha con ayuda de su daga.

—Hemos escapado de Ástrea —nos recuerda, mientras sirve el vino en los vasos para el agua que hay sobre la mesa—. Estamos a salvo en el hermoso palacio de Sta'Crivero y la rebelión está viva gracias a nosotros. Eso es motivo de celebración, ¿no creéis?

El optimismo de Artemisia es inesperado, pero bienvenido, así que sonrío cuando me pasa un vaso. Les da uno también a los demás, incluso a Søren, que parece sorprendido por el gesto.

—Por Ástrea —brinda Artemisia, levantando la botella—. Por lo que un día fue, y por lo que volverá a ser. Y por todo lo que sacrificamos por ello.

Y así, sin más, la afilada punta de las palabras de Artemisia se me clava en la piel. «Ya he sacrificado bastante por Ástrea —quiero decir—. No puedo darle nada más.» Pero eso no es cierto, y ambas lo sabemos. Si es necesario, no hay nada que no daría para salvar a mi país.

Ni mi voluntad.

Ni mi cuerpo.

Ni mi vida.

«No será necesario», me digo, pero en el fondo sé que bien podría serlo. Un mundo justo no pediría nada más de mí, pero no vivimos en un mundo justo.

Brindamos, nosotros con las copas y Art con la botella, y bebemos.

—¿Es que no vamos a comentar nada sobre lo absurdo que es este sitio? —pregunta Heron, sorprendiéndome. Desde que sacamos a Søren del calabozo ha estado callado casi todo el tiempo, pero parece que está intentando poner de su parte—. Todo está bañado en oro, joyas y colores. Ese vestido que llevabas puesto debía de costar lo suficiente para alimentar una familia astreana entera durante un año, Theo.

No puedo evitar echarme a reír. Me arrellano en el sillón y bebo otro trago de vino. Es oscuro y especiado y diferente de lo que estoy acostumbrada a beber, como el de la cena, pero poco a poco empieza a gustarme.

—Has tenido suerte de no haber tenido que ponértelo. Era asfixiante y pesaba más que un montón de ladrillos. Y ¿qué me decís de ese artilugio? —añado—. El... ¿cómo se llamaba? ¿Subidor?

—El elevador —me corrige Søren, y reprime una carcajada—. Los hombres que lo manejan... Ese es su único trabajo. Y la mayoría de la gente no tiene la fuerza suficiente para llevarlo a cabo, así que les pagan muy bien.

—¿Y nunca se ponen camiseta? —pregunta Heron—. No tengo ninguna queja, pero es... un uniforme muy extraño.

—Al parecer, las camisetas les dificultan la tarea —explica Søren.

—Vaya excusa —repone Artemisia con un resoplido—. He oído historias sobre aventuras entre los operarios y las mujeres nobles de aquí. Es bastante común. Supongo que es una de las ventajas del trabajo.

—Al menos hasta que se entera el marido —añade Søren con una carcajada—. Es lo que ocurrió cuando vine de visita hace un par de años. Un noble estaba furioso y pidió que ejecutaran al operario del elevador, pero el rey tuvo que negarse porque resulta que un operario es más valioso que un noble.

—Dentro de unos años las torres estarán abarrotadas de niños anchos como armarios que se niegan a ponerse camiseta —repongo con una sonrisilla.

Los demás estallan en carcajadas al imaginárselo, y las risas duran demasiado. En cuanto nos calmamos, un par de nosotros se miran a los ojos y empiezan otra vez.

Es fantástico poder reírse con esta libertad, los cinco juntos; permitir que todas las preocupaciones que hay fuera de esta habitación quede olvidado durante un rato, e incluso algunas de las que están dentro de ella. Heron y Søren no se hablan el uno al otro directamente, pero ya no me preocupa que el primero

intente pegarle otra vez al segundo, y supongo que es lo mejor que puedo esperar, teniendo en cuenta todo lo sucedido.

Cuando acabamos la primera botella, pienso en dar por terminada la noche y mandar a los demás a sus habitaciones, pero no consigo hacerlo. No quiero estar sola. No quiero dejar de reír. En cuanto lo haga, tendré que asumir la realidad que me traerá el día de mañana, y todavía no quiero pensar en ello.

Me levanto del sillón para coger otra botella, esta vez de un vino más ligero, y se la paso a Artemisia para que la descorche.

Brindamos por los operarios de los elevadores.

Brindamos por los dioses.

Brindamos por aquellos que hemos perdido.

Brindamos por nosotros.

Brindamos por el pasado.

Brindamos por el futuro.

Cuando las primeras luces del alba empiezan a filtrarse por las ventanas apenas estoy consciente. Estoy despatarrada en la cama flanqueada por Artemisia y Heron, que roncan bastante alto. Blaise está tirado a los pies de la cama, peleándose con las largas piernas de Heron para tener espacio suficiente. No duerme, sino que mira al techo con la mirada vidriosa y distante, pero es lo más cerca que lo he visto de dormir desde que le di el té drogado. Y Søren está dormido en el sofá, con uno de los cojines decorativos encima de la cara para aislarse de la luz y el sonido.

Mi último pensamiento antes de dejar que mi mente se sumerja en la oscuridad es una pregunta: ¿será algún día de verdad uno de nosotros?

## Los pretendientes

Tengo todo el cuerpo entumecido menos la cabeza, que me palpita, un dolor diez veces intensificado por la brillante luz del sol que cae sobre los escalones de palacio. Tengo la boca tan seca como la arena, y aunque Marial y su equipo se han vuelto a encargarse de cepillarme, abrillantarme y pintarme, me siento como si llevase la noche de ayer escrita en la frente. No tengo la cabeza clara, pero creo que, de algún modo, eso es bueno: estoy demasiado exhausta para acordarme de ponerme nerviosa.

Los pretendientes llegan en una larga procesión de carruajes entoldados que serpentea por las calles de piedra blanca.

—No os preocupéis, querida —dice el rey Etristo desde su asiento al lado del mío. No ha interpretado bien mi expresión—. Son muchos, pero esto será solo una breve presentación. El acontecimiento al completo durará una hora, o dos, como mucho.

Una hora o dos. Reprimo un gemido. No concibo quedarme aquí sentada más de unos minutos, pese a que las sillas que han sacado para la familia real y para mí son cómodas y acolchadas y estamos a la sombra de unas hojas de palma. Entre el calor del sol, el dolor de cabeza y el vestido que se me clava en las costillas, siento que estoy a punto de desmayarme.

Sin embargo, sonrío al rey Etristo, espero que con naturalidad. Su actitud hacia mí se ha enfriado desde mi arrebatado de anoche, aunque ha sido educado en todo momento. Cuando le he pedido disculpas por lo dicho, las ha aceptado con una tensa sonrisa.

—Fantástico —respondo—. Estoy muy emocionada por conocerlos a todos. Muchas gracias por organizar todo esto por mí.



El comentario me parece excesivo, pero el rey Etristo me devuelve la sonrisa y me da unos golpecitos en la mano. Tiene la piel de la palma arrugada y húmeda.

—Es un placer ayudaros, querida, después de todo lo que os ha ocurrido.

Me apoyo en el respaldo de la silla y echo un vistazo a Søren, que está justo detrás, de pie y un poco más al lado. Los demás están más atrás, entre la multitud de sta'criverianos que se han congregado para el recibimiento. También Veneno de Dragón, para su desagrado. Sin embargo, Søren está bien a la vista, aunque no tengo claro si es para mostrarlo como un aliado o como un trofeo. Como el rey Etristo sigue hablando en astreano sin molestarse en traducir, me cuesta pensar que lo vea como algo más que un elemento de decoración.

Traduzco lo que ha dicho el rey y Søren asiente, pero su rostro está más pálido de lo habitual y tiene unas sombras oscuras bajo los ojos. Yo tenía las mismas esta mañana, antes de que me las borrarán con polvos y pintura.

—Anoche sentí que hablaba astreano con fluidez, pero hoy no me acuerdo ni de una palabra —me dice.

Me río, aunque hace que me duela aún más la cabeza.

—No sé qué era lo que empezaste a hablar anoche, pero astreano seguro que no —contesto—. No hacías más que hablar sobre *amineti*, pero aparte de eso no oí otra palabra en mi idioma.

Se sonroja.

—Supongo que esa es una de las únicas que recuerdo —admite.

Yo también noto que me ruborizo al recordar la noche que le enseñé aquella palabra, en la que le hice una demostración con más *amineti* (besos) de los que pude contar.

—Bueno, ahora estás sobrio —apunto—. ¿Me podrías dar información sobre los pretendientes a medida que lleguen? —Bajo la voz y echo un vistazo al rey Etristo, que está enfrascado en una conversación con su hijo—. Tengo la sensación de que en las presentaciones oficiales todo será mucho más prometedor que en la realidad, tanto por su parte como por la mía.

Él asiente, aunque arruga el entrecejo. Me vuelvo hacia el rey Etristo, que deja de hablar con su hijo para prestarme atención.

—Después de las presentaciones me gustaría visitar el campo de refugiados —le digo.

Él me mira como si le acabase de proponer que nos sumergiésemos en lava.

—¿Qué razón podríais tener para querer hacer tal cosa?

Me cuesta horrores mantener la sonrisa.

—Habéis sido muy amable al aceptar a mis compatriotas a lo largo de los años,

así como a todos aquellos que venían de otros países conquistados. Me gustaría ver a personas de Ástrea, y creo que a ellos les ayudaría verme a mí, saber que estoy intentando llevarnos de vuelta a casa.

Una vez más, el rey Etristo me da unos golpecitos en la mano y me sonrío como si fuese un cachorrito travieso.

—Sois la bondad personificada, querida, pero el campo de refugiados no es lugar para una muchacha como vos.

Abro la boca para discutir, pero vuelvo a cerrarla de inmediato. Después de lo sucedido anoche he de ir con más cuidado que nunca, aunque la tentación de apartarle la mano de un manotazo es casi irresistible.

¿Qué quiere decir con «una muchacha como vos»? ¿Puede acaso considerarme una muchacha al mismo tiempo que planea mi matrimonio con hombres que, si los datos de Søren son correctos, son en su mayoría mucho, mucho mayores que yo? Los kalovaxianos consideraban que los niños llegaban a la edad adulta a los quince años, aunque al menos eran coherentes. En Sta'Crivero me infantilizan y me sexualizan a la vez, y no sé muy bien cómo tomármelo.

La hilera de carruajes avanza serpenteando hasta que el primero se detiene delante de palacio. Me yergo en la silla tras descubrirme encorvada, en un gesto muy poco regio. Parece que por fin empezamos.

Dos hombres salen a toda prisa desde su lugar al lado del rey Etristo y se dirigen para dar la bienvenida a los recién llegados. Uno desenrolla una fina alfombra que extiende desde los escalones de nuestro estrado hasta los que salen del carruaje, y el otro abre la puerta con una pronunciada reverencia que adorna con varias florituras poco prácticas.

Pasan unos segundos de tensión hasta que un hombre emerge de la puerta del carruaje. Se salta los escalones y aterriza directamente sobre la alfombra. Es alto, más incluso que Søren, y tiene la espalda ancha, la piel marrón oscuro y el pelo negro muy corto. Ya le clarea por la frente, aunque no tendrá más de veinticinco años. Tiene un rostro severo y anguloso, y una boca que parece permanentemente curvada hacia abajo. Sus cejas son gruesas y sus ojos, intensos y de color marrón oscuro.

Recorre la alfombra roja y sube las escaleras del estrado con una mano sobre la cadera, donde imagino que normalmente llevará una espada envainada. Deben de haberle pedido que hoy no la lleve: acercarse al rey con armas está prohibido por la ley sta'criveriana.

Cuando el hombre se acerca, Søren emite un sonido que me indica que lo ha reconocido.

—Es el archiduque Etmond de Haptania —me susurra con la voz teñida de asombro—. Es el hermano del rey, pero todo el mundo sabe que este es estéril. Etmond es el siguiente en la línea de sucesión. Es una de las mejores mentes militares que he conocido en la vida. Ha cambiado el curso de batallas en las que lo superaban diez veces en número.

Søren parece estar ya medio enamorado de Etmond, pero hay algo en ese hombre que no consigo descifrar. Parece que le cueste mirar a la gente a los ojos; no lo hace ni siquiera cuando se me acerca y se inclina en una rígida reverencia.

—Archiduque Etmond, os presento a la afamada belleza de Ástrea, la reina Theodosia —dice el rey Etristo.

La mirada del archiduque se dirige rápidamente a Søren. Entorna los ojos antes de mirarme a mí.

—Reina Theodosia —dice, cogiendo la mano que le ofrezco. Se inclina de nuevo y me besa los nudillos, rascándome la piel con su grueso bigote—. Vuestra belleza es sin duda legendaria. Es un honor conoceros.

Habla como si hubiese memorizado lo que debe decir. Lo pronuncia en tono inexpresivo, sin mirarme del todo a los ojos.

—También es un honor para mí conoceros, archiduque Etmond —respondo—. Me complace mucho que hayáis venido desde tan lejos.

Frunce el ceño.

—Haptania está solo a un día de viaje, Majestad —repone—. No he tenido que venir desde muy lejos. —Parece darse cuenta de lo que acaba de decir, porque se yergue y se aclara la garganta—. Lo que quería decir es que todo viaje que acarree la oportunidad de conoceros podría considerarse corto, y que habría viajado durante mucho más tiempo de haber sido necesario.

Guían al archiduque hasta el interior del palacio, mientras su comitiva de cortesanos haptanianos lo siguen como patitos a su mamá.

—No creo que le haya gustado mucho —susurro a Søren.

Él se ríe.

—Yo no me lo tomaría de forma personal. Su mente no funciona como la tuya o la mía. Él comprende gráficos, números y diagramas (es un as en el ajedrez), pero la gente le cuesta más.

Esbozo una sonrisilla.

—Me parece que deberías casarte tú con él —le digo—. Pareces haberte quedado prendado de sus encantos.

Søren se encoge de hombros.

—Es brillante, aunque, en lo personal, no creo que fuese un buen marido para nadie, incluidos tú y yo.

Suspiro.

—Bueno, no estamos mirando la situación desde lo personal, ¿no?

—Espera —me aconseja Søren, mientras señala con la cabeza el siguiente carruaje, que se detiene frente al palacio—. Estoy seguro de que llegarán opciones peores.

Me resulta difícil mantener los ojos abiertos a medida que van pasando las presentaciones, sobre todo porque muchos de estos hombres me parecen idénticos. No me imagino casándome con ninguno de ellos.

El rey Wendell de Grania, por ejemplo, tiene cincuenta años y cuenta ya con tres esposas y con lo que según Søren es el harén más grande del mundo. Es de corta estatura, con una calva incipiente, el pelo ya gris y la piel como leche rancia. Cuando se inclina para besarme los nudillos con los labios mojados, su mirada lechosa hace que me entren ganas de darme un baño de inmediato, aunque he de conformarme con limpiarme el dorso de la mano discretamente en el vestido. Søren me dice, no sin pesar, que Grania tiene un gran ejército.

¡Hay muchísimos reyes! Del siguiente carruaje salen diez, que discuten todo el tiempo los unos con los otros. Hacen una corta pausa para presentarse, aunque luego no recuerdo ni uno de sus nombres, que se me mezclan los unos con los otros. Todos tienen el rostro curtido y necesitan un buen afeitado. Cuando desaparecen en el interior de palacio, los cortesanos *sta'criverianos* evitan cruzarse con ellos.

—Esstena es una nación de clanes —me explica Søren cuando se han marchado—. Cada uno de esos hombres es un rey menor que intenta tomar el control de todo el país. Llevan siglos en guerra. No me cabe duda de que piensan que si uno de ellos consigue casarse contigo podrá llamarse a sí mismo alto rey.

—Me cuesta imaginar que tengan mucho interés en recuperar Ástrea si ya tienen tanto con lo que lidiar en su territorio —murmuro. Otra causa perdida. El archiduque me empieza a parecer muy atractivo.

El siguiente es el príncipe Talin de Etralia, al que acompaña su padre, el zar Reymer o, como según Søren se le conoce, Reymer el Bello. Debió de serlo un día; incluso ahora, pese a que tendrá más de cuarenta años, es muy apuesto. Su hijo, el mismo del que Søren me dijo que se rumoreaba que era ilegítimo, lo es mucho menos. Ahora, cuando los miro a los dos juntos, entiendo por qué: el zar tiene el pelo oscuro y una ancha espalda, la mandíbula cuadrada y los pómulos

marcados, mientras que el príncipe Talin es flacucho y menudo, con el pelo del color de la paja y un rostro redondeado y sin forma. Se queda atrás con la mirada fija en el suelo mientras su padre se encarga de las presentaciones y me besa la mano.

—Es un niño —le digo a Søren cuando se han ido—. ¿Cuántos años tiene? ¿Diez?

—Creo que once —responde él, mientras intenta reprimir las carcajadas—. No te preocupes, no creo que te presionen para consumir el matrimonio en unos cuantos años.

Contengo una arcada.

—No —sentencio.

El siguiente es otro príncipe, esta vez, de Brakka. El príncipe Tyrannius parece demasiado viejo para seguir siendo un príncipe. Tendrá unos cincuenta años, el pelo ya de color gris y una piel morena maltratada por el tiempo. Según Søren, el problema es precisamente ese.

—Su padre no renuncia al trono. Tiene más de noventa años y apenas se levanta ya de la cama, pero no suelta la corona. Los rumores dicen que Tyrannius está planeando un golpe, e imagino que tú eres parte de ese plan.

Resoplo de forma dramática y observo cómo Tyrannius intercambia los cumplidos de rigor con el rey Etristo.

—Es de una mala educación espantosa que todos ellos intenten utilizarme para sus propios fines mientras yo intento hacer exactamente lo mismo con ellos.

Cuando llega el siguiente carruaje y se abre su puerta, me veo obligada a ahogar un grito. Tras toda esa ristra de hombres, la mujer que sale es un impacto más que bienvenido hasta que recuerdo que ella también ha venido a competir por mi mano. Nunca me he sentido atraída por las mujeres de ese modo, aunque aprecio que es hermosa, fuerte, con la piel dorada y una larga melena castaña enrollada en elaboradas trenzas. Incluso Søren parece haberse quedado prendido de ella.

—Es la emperatriz Giosetta de Doraz —me susurra mientras ella se acerca. Parece tan sorprendido como yo—. Pensé que no vendría.

Tengo muchas preguntas, pero antes de que me dé tiempo a hacerlas ella se me acerca, me besa la mano y me dedica las presentaciones y cumplidos habituales. ¿Acaso el rey Etristo les envió lo que debían recitar en sus invitaciones? Después, se dirige a saludar a nuestro anfitrión.

—¿Una emperatriz es como una reina? —le digo a Søren.

—Doraz no es un matriarcado, aunque tampoco es un patriarcado. Los padres

de Giosetta no gobernaban. El último emperador la eligió cuando era una niña pequeña y la adoptó. La educó para ser la emperatriz, igual que ella elegirá y educará a su sucesor.

Aprieto los labios.

—Eso es bastante sensato, ¿no? —opino—. Elegir un gobernante, en lugar de dejar que dependa del linaje. ¿Qué querrá de mí?

Él se encoge de hombros.

—En Doraz, el matrimonio no está limitado entre hombres y mujeres...

—En Ástrea tampoco lo estaba —repongo.

—En este caso concreto, no estoy seguro de cuál sería el protocolo. Es probable que esté abierto a discusión; quizá puedas conseguir que acceda a que seáis cosoberanas.

—Sin duda, eso sería preferible a lo demás —asevero.

Él se encoge de hombros.

—Estoy segura de que querrá un pedazo de Ástrea de todos modos. Por afamada que todos digan que es tu belleza, no habrían venido aquí solo por eso.

El siguiente es Bindor, y uno de los altos sacerdotes que Søren mencionó. Es más joven de lo que esperaba, con unos brazos y piernas que parecen más largos de lo que deberían y una cabeza afeitada de color bronce que brilla a la luz del sol de la tarde. Me mira con los nervios escritos claramente en el rostro.

—Su Santidad el Alto Sacerdote Batistius se crio en un monasterio —murmura Søren—. Y en la capital de Bindor las mujeres están estrictamente prohibidas. Es muy probable que no recuerde haber visto ninguna antes.

Cuando se me acerca, tan inseguro, he de contener la risa. A diferencia de los demás, no me besa la mano, solo se inclina.

—Que Dios os sonría, reina Theodosia —me dice con voz temblorosa.

—También a vos —contesto, lo que creo que es una respuesta adecuada. Asiente rápidamente y se vuelve hacia el rey Etristo.

—Sigue siendo un no —susurro a Søren—. Y mejor que consigamos que vuelva a su casa en cuanto podamos. Algo me dice que Sta'Crivero podría bastar para matarlo.

Casi me hundo de alivio al darme cuenta de que ya ha llegado el último carruaje.

Sale un hombre vestido con un traje de chaqueta y pantalón que combina con el violeta de su vehículo a la perfección. Debe de tener unos treinta años. Su piel es pálida como la leche y lleva el pelo oscuro peinado con tanto gel que tiene aspecto de ser duro al tacto. Se mueve con un aire experimentado que me resulta

extraño, aunque tardo unos segundos en discernir por qué: se comporta como un hombre que ha tenido que aprender a ser poderoso, y no como uno para el que el poder fue un derecho de nacimiento. Durante nuestras lecciones en el barco, Søren y Artemisia me dijeron que en algunos países eran los mismos ciudadanos quienes elegían a sus líderes, y apostaría a que este es uno de ellos.

—El canciller Marzen de Oriana —murmura Søren, confirmando así mi suposición. Los cancilleres llegan al poder mediante votación, y por lo tanto pueden ascender desde cualquier parte—. Y esa es su hermana, *Salla* Coltania.

Coltania sigue a su hermano de cerca. Lleva un vestido del mismo violeta que abraza su figura. Es más joven que él, pero mayor que yo. Tendrá unos veinticinco años. Su mirada es aguda y severa, y sus labios pintados dibujan una permanente línea recta.

Abro la boca para preguntarle a Søren qué significa *Salla*, pero el canciller me mira antes de que me dé tiempo. Tiene esa clase de sonrisa contagiosa que provoca otra en los demás. Incluso antes de que abra la boca, percibo una capacidad de persuasión intrínseca en él. Supongo que es un rasgo útil si tienes que convencer a la gente para que te vote.

—Nuestros vecinos del oeste, querida —explica el rey Etristo—. De hecho, solían estar bajo nuestro dominio hasta que, hace unos siglos, exigieron gobernarse ellos mismos. —Se vuelve hacia el canciller—. Según tengo entendido, Marzen, muchos de vuestros compatriotas podrían estar echando de menos nuestro viejo país unificado, tras todo el estrés de las elecciones.

Aunque su tono de voz es desenfadado, no hay forma de esconder la mordacidad de las palabras del rey. La sonrisa del canciller se congela, pero no titubea.

—No creo que ese sea el caso, a no ser que multiplicase sus impuestos por cuatro y decretase una cuota para todas las importaciones y exportaciones, como hizo vuestro abuelo —replica.

Ambos hombres se quedan en silencio, y casi espero que el rey salte de su silla pese a sus débiles huesos y ataque al canciller, pero tras unos instantes se echa a reír, emitiendo un sonido alto y sibilante. El canciller se le une y yo tambiénuerzo una carcajada, aunque no estoy muy segura de dónde está la gracia.

—Este tiene sentido del humor —me dice el rey—. Y mucho encanto, por eso casi la mitad de la gente de su país lo votó en las elecciones —añade, poniendo énfasis en «casi».

La puñalada es inconfundible, pero, de nuevo, el canciller sigue sonriendo como si todo el país lo observase.

—Mi casa es vuestra casa, Marzen —declara el rey, y alarga una mano para estrechar la del canciller—. Me encargaré de que alguien os explique cómo funciona el baño. Sé que es un concepto desconocido en Oriana.

—Ah, pero estoy muy emocionado por probar algo de ese vino sta'criveriano del que tanto he oído hablar —replica el canciller en el mismo tono—. ¿Es cierto que también se puede usar para limpiar las alfombras? ¡Qué maravilla, que un mismo producto tenga tantos usos!

Ambos hombres vuelven a reír y a darse un apretón de manos, pero tan fuerte que se les ponen los nudillos blancos.

Cuando Marzen entra en palacio, me inclino hacia Søren y susurro:

—Creo que me he quedado dormida y me he perdido la parte en la que comparaban el tamaño de sus...

—Ya lo habéis visto, querida —me interrumpe el rey, reclamando mi atención—. Os he encontrado unos pretendientes nada desdeñables. ¿Qué pensáis por el momento?

Pienso bien mis palabras antes de contestar.

—Todos son maravillosos, no hay duda —resuelvo con una sonrisa—. Y me complace mucho que hayan dejado sus hogares para venir a conocerme.

—Podréis conocer mejor a algunos de ellos durante la cena de esta noche —dice.

Sin esperar respuesta, hace un gesto con la mano y un grupo de sirvientes se apresura a levantarlo de su silla e instalarlo en un transporte similar al que utilizó cuando nos conocimos en el desierto. Lo llevan al interior a cuestras, seguidos por los sta'criverianos que se habían congregado.

—¿Qué piensas? —me pregunta Søren mientras nos levantamos.

Creo que mi expresión es mucho más elocuente de lo que serían mis palabras, porque reprime una carcajada. Me mira durante unos instantes.

—Por mucho que me gustaría volver a mi habitación y dormir para calmar este dolor de cabeza infernal, tienes pinta de tener otros planes.

—Quería visitar el campo de refugiados —admito—. Pero el rey Etristo se ha negado. Ha dicho que no era un lugar adecuado para una muchacha como yo.

—Me da en la nariz que eso no ha bastado para disuadirte —responde.

Sonrío.

—Avisa a los demás. Nos vamos dentro de una hora.



## A hurtadillas

Marial no parece muy sorprendida cuando le digo que me siento mal y que me gustaría descansar, lo que me hace pensar que, después de anoche, se me nota en la cara que no me encuentro bien. Y eso significa que los pretendientes que se han pasado la mañana diciéndome lo guapa que estaba mentían.

Marial y el resto de mis sirvientas me ayudan a quitarme el asfixiante vestido, me deshacen el complicado peinado y me dejan bien arropada en la cama con otro diáfano camisón. Cuando la puerta se cierra tras ellas, espero unos instantes para asegurarme de que no vuelve nadie, aparto el cubrecama de satén y salgo de la cama. Me preocupa quedarme dormida si permanezco dentro un segundo más, y, por cómoda que sea, no puedo hacer eso.

Mi armario está tan repleto que apenas puedo mover las perchas, y casi todos los vestidos están adornados y son muy pesados, con capas y capas de tela. Tienen tantos ganchos, botones y lazos que jamás podría ponerme ninguno yo sola. Tras buscar durante unos minutos, consigo encontrar uno que podría, quizá, describirse como sencillo, si bien solo según la moda sta'criveriana. Es de seda verde botella y de manga corta, con un corpiño un poco más holgado que el de las otras prendas que me he puesto. La falda tiene forma de campana y es una cascada de gasa, con la cintura y el dobladillo ribeteados con pequeñas joyas. Sin embargo, pese a todos los adornos, sigue siendo lo más ligero y sencillo que hay en el ropero. Tendrá que servir.

Me cuesta horrores cerrar los corchetes que hay por toda la espalda del vestido sin asistencia, y, por un instante, estoy a punto de pedir ayuda a una de mis Sombras. Sin embargo, enseguida recuerdo que estoy en un palacio distinto, sin agujeros en las paredes.

Justo cuando termino de cerrar el último corchete oigo un golpecito en la puerta. Artemisia entra sin esperar a que conteste. Se ha vuelto a poner la túnica y las mallas del *Humo*, y lleva el pelo azul cerúleo recogido en un moño despeinado en la parte alta de la cabeza. Cuando me ve, arquea tanto las cejas que casi se le juntan con la raíz del pelo. Me mira de arriba abajo.

—Vamos a un campo de refugiados —observa pausadamente—. No a un baile. Siento que me arden las mejillas.

—Si eres capaz de encontrar algo menos ostentoso ahí dentro, me cambiaré encantada —la reto, señalando el ropero.

—Hum... —repone, con lo que no sé si es un resoplido o una risita. Es difícil de decir—. Es como si el rey no quisiera que te escapases de palacio para ir a visitar el campo. ¿No te has traído la ropa del *Humo*?

—Pues no se me ocurrió —admito—. Hasta el vestido violeta que me puse cuando llegamos habría sido mejor, pero creo que lo mandaron a la lavandería cuando llegué. O a quemar, quizá —añado al recordar el desprecio con el que las sirvientas de Marial cogieron aquel vestido remendado y deshilachado, que había soportado mucho más de lo que estaba hecho para soportar.

—Ya me encargaré de conseguirte algo para el futuro, pero esta vez...

Se interrumpe cuando la puerta se vuelve a abrir y entran Blaise, Søren y Heron, vestidos con las ropas sencillas del *Humo* y largas capas.

—Mira, perfecto —dice Artemisia antes de que les dé tiempo a saludar. Va hacia Heron y le quita la capa. Él está perplejo, es evidente, pero la deja hacer.

—Me irá enorme —le comento cuando me la pasa. A Heron le llegaba hasta las rodillas y medirá medio metro más que yo. Además, tiene la espalda dos veces más ancha.

—Así el vestido quedará cubierto del todo —contesta.

Me la pongo y me echo a reír cuando veo que arrastro el borde.

—Ten cuidado al caminar —advierte con una sonrisa—. Aunque dudo que sea peor que intentar mantener el equilibrio en esos zapatos de tacón que te están haciendo llevar.

En eso tiene razón. Levanto un poco la tela de la capa y doy unos pasos para probar. Supongo que no es tan difícil. Podré arreglármelas.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunto.

Resulta que el plan —si es que se le puede llamar así— es salir del palacio y coger unos caballos del establo que hay junto a la puerta principal. Es un poco

menos clandestino de lo habitual, y cuando caminamos por la colorida ciudad, que a estas horas de la tarde es un frenesí de actividad, no puedo evitar sentirme desnuda, pese a lo mucho que sudo bajo la capa demasiado grande de Heron.

—No estamos en Ástrea. Aquí no eres prisionera —comenta Blaise al percibir mi incomodidad.

—El rey Etristo no quiere que vaya al campo de refugiados —le recuerdo.

—No se enterará —responde, meneando una bolsa de terciopelo llena de monedas. Es la misma que ha usado para sobornar al operario del ascensor para que nos llevase a la planta baja—. El dinero soluciona la mayoría de los problemas, según he podido comprobar.

—Y supongo que no vas a contarme de dónde has sacado tanto y tan rápido tras nuestra llegada, ¿no?

Blaise se encoge de hombros y me dedica una sonrisa que me recuerda a la que solía esbozar durante los años anteriores al asedio. Aquí está de mejor humor; hacía mucho tiempo que no lo veía tan feliz. Tampoco puedo culparlo por ello: es mucho más fácil ser feliz cuando no tienes todo el tiempo un hacha que pende sobre tu cuello. Quizá Sta'Crivero no sea ideal, soy la primera en admitirlo, pero es infinitamente preferible a la corte del káiser.

Blaise parece estar pensando lo mismo. Mira la ciudad con una expresión peculiar en el rostro, entre el asombro y el miedo.

—Tiene su aquel, ¿verdad? —opina en voz baja—. Con todos estos colores, el arte, la gente feliz... Entiendo el atractivo.

Asiento y miro a mi alrededor.

—Pero tenías razón. No es nuestro hogar —repongo.

Blaise se queda en silencio unos segundos.

—Tú eres mi hogar —dice al fin; su voz es apenas más alta que un susurro—. El lugar en el que estemos es intrascendente.

Siento que una sonrisa asoma a mis labios, y me siento tentada de darle la mano, pero en presencia de los demás me contengo. No es solo por Søren —en los tres días que lleva fuera del calabozo no me ha dicho nada remotamente romántico—, sino también por los otros. Somos un equipo. Debemos serlo si queremos salvar a Ástrea. Si Blaise y yo formásemos el nuestro, nuestra unión se empañaría.

De todos modos, me permito rozarle el dorso de la mano con el de la mía mientras caminamos, y el calor de su piel me hace temblar.

Blaise tenía razón. En cuanto unas pocas monedas cambian de manos, los mozos del establo nos traen cuatro caballos. Son altos, gráciles e intimidantes, y los colores de sus pelajes van desde un marrón claro y rojizo al negro del cielo nocturno. Me vuelve a sorprender el hecho de que incluso los caballos sta'criverianos estén adornados con joyas y lazos trenzados en sus crines y sus colas, como si fuesen a algún tipo de fiesta.

En otra vida, habría aprendido a montar a caballo, incluso podría haber sido una buena amazona, como lo era mi madre. Pero en esta no sé por dónde empezar. Tengo vagos recuerdos de Ampelio llevándome en su caballo en las inmediaciones de palacio, pero no es lo mismo.

Blaise, Artemisia y Søren montan en sus corceles y Heron me coloca sobre la silla del que vamos a compartir. Me he sentido aliviada cuando se ha ofrecido, porque al menos con él no tendré que preocuparme de dónde poner las manos, de lo cerca que estemos sentados o del calor de su piel. Y con él me sentiré mucho más segura que con Artemisia, porque estoy segura de que ella aprovechará cada oportunidad que se le presente para galopar, saltar y presumir.

Heron sube delante de mí y yo lo abrazo por la cintura, mientras intento no mirar al suelo. Los caballos ya parecían grandes cuando estaba de pie junto a ellos, pero estar sentada en su lomo es otra historia. Me siento como si estuviese muy arriba, y las posibilidades de que me caiga son... Bueno, es mejor no pensarlo. Mantengo la mirada fija en la espalda de Heron y finjo estar en tierra firme.

Pero en cuanto partimos, fingir es imposible. Noto cada paso que da el corcel hasta en los huesos, así que me agarro a él con más fuerza, segura de que voy a salir despedida en cualquier momento. El viento cálido y seco me azota el pelo mientras cruzamos el desierto que rodea la capital, y siento las punzadas de los granos de arena en la piel. Me las arreglo para taparme la cara con la capa sin caerme. No sé cómo lo estarán haciendo los demás, ya que no pueden cubrirse sin taparse la vista, que sin duda necesitan.

De algún modo, el tiempo va pasando y no me caigo. No creo que me acostumbre jamás a este trote y al viento, pero al final se convierte en algo casi tranquilizador por lo predecible que es. El viaje se alarga ante nosotros, pero, antes de que me dé cuenta, Heron detiene el caballo.

Baja al suelo de un salto y alarga los brazos para ayudarme.

—El *prinkiti* dice que será más fácil entrar en el campo si vamos a pie.

Me aferro a él y dejo que me ayude a bajar. Miro en la distancia con los ojos entornados y distingo otro muro, pero es muy diferente del que rodea la capital.

Aquel es alto, dorado y regio, una promesa de lo que nos aguarda dentro, pero, mientras que este es casi igual de alto, es un montón espeluznante de piedras desiguales y toscas que no parecen haber limpiado nunca. No hay ninguna puerta majestuosa y ornamentada, sino una pequeña de madera en una esquina que podría pasar desapercibida con facilidad.

Comprendo entonces que el muro de la capital se levantó para mantener a la gente fuera, mientras que este se construyó para mantenerlos dentro.

## El campo

Los dos guardias apostados a cada lado de la puerta no dudan en indicarnos que pasemos con un gesto, lo que se me antoja extraño. Entonces comprendo que las espadas que llevan envainadas a sus caderas no son para aquellos que intentan entrar en el campo.

—Vienen visitas a menudo —dice Heron, respondiendo así a la pregunta que no he formulado—. Anoche me hice invisible y estuve paseando por palacio, y oí que algunas personas lo comentaban. Los refugiados son mano de obra barata, así que la gente los contrata cuando tienen algún trabajo. Son tareas que nadie más quiere: albañilería, costura de ropa barata, limpieza de establos... Y no les pagan casi nada por ello, solo porque pueden.

El horror me envuelve el corazón; siento que me lo oprime.

Sin embargo, cuando llegamos al otro lado de la puerta, casi se me sale por la boca. Tras el resplandor ornamentado de la capital, con sus vívidos colores y sus elegantes capiteles, la decrepitud del campo de refugiados parece todavía más terrible. Las calles están sucias, son estrechas y están abarrotadas de chabolas que no tendrán más que una habitación. Los tejados de paja parecen a punto de desmoronarse y las puertas de madera están mohosas y cuelgan de las bisagras. El olor a suciedad y podredumbre colma el aire y lo hace denso y pesado. Estoy tentada de taparme la nariz y la boca con la capa de Heron, pero me contengo, preocupada por cómo lo interpretaría la gente que vive aquí.

¡Y la gente! Las calles están abarrotadas de hombres, mujeres y niños. Asoman también por las puertas, vestidos con harapos sucios que no les cubren mucho más de lo imprescindible. Un par de niños que no tendrán más de cinco años van totalmente desnudos y cubiertos de mugre. Llevan el pelo apelmazado y muy

corto, o completamente afeitado, incluso las mujeres. «Mano de obra barata», ha dicho antes Heron, y es evidente. Solo se ven dedos encallecidos y piel curtida y quemada por el sol, demasiado tirante sobre los músculos y los huesos.

La forma en que me miran me hace sentir vacía, hasta que ya no siento nada, ni siquiera el suelo que piso. Tienen ojos hambrientos, recelosos y asustados, como si no estuviesen seguros de si he venido a alimentarles o a escupirles.

—Deberíamos haber traído comida —comento, más para mí misma que para los demás.

No me responden, y reparo en que están tan consternados como yo. No esperaba encontrar aquí la opulencia del palacio, pero tampoco me esperaba esto. No obstante, enseguida me doy cuenta de lo ingenua que he sido. Hay una razón por la que siguen estando en un campo de refugiados diez o más años después de haber llegado. Hay una razón por la que no los han trasladado a la capital o a los pueblos que la rodean. Los consideran menos que a los demás.

Me suelto del brazo de Heron y doy un paso al frente, vacilante, mientras busco a mi alrededor a algún astreano. Sin embargo, es asombrosamente difícil discernir qué aspecto tienen debajo de toda la suciedad. Me aclaro la garganta, con la esperanza de que no me tiemble la voz.

—Queremos hablar con alguien que esté al mando —digo en astreano, intentando emular a mi madre. Ella tenía una forma de hablar que parecía que pudiese oírse a más de un kilómetro, aunque ni siquiera levantase la voz.

Se oyen unos susurros, suaves murmullos que no comprendo, aunque algunas palabras parecen astreanas. Al final, un hombre da un paso al frente. Contará casi cincuenta años, y tiene el rostro demacrado y la cabeza afeitada. Bajo la mugre, su piel parece similar a la mía, aunque un poco más oscura.

—También hablas astreano —responde en la misma lengua, pero suena más brusca, parecido a como la habla Heron—. ¿Qué quieres de nosotros?

Aunque me habla a mí, su mirada desconfiada no hace más que dirigirse detrás de mí. Los demás no son tan sutiles: miran detrás de mí con una intensidad que podría describirse como odio. Se me cae el alma a los pies cuando me doy la vuelta para ver qué están mirando.

Me doy cuenta de inmediato de que traer a Søren ha sido un error. ¿Cómo van a pensar que soy una amiga si vengo acompañada del enemigo? Pero ahora es demasiado tarde.

Me vuelvo hacia el hombre y me yergo, desplegando toda mi altura.

—Soy Theodosia Eirene Houzzara —le digo—, la reina de Ástrea. Quiero... —me interrumpo; confundida de repente. ¿Qué quiero? Pensaba que quería ver el

campo de refugiados, hablar con otros astreanos que no estuviesen esclavizados por el káiser. Quería hablar con aquellos que habían tenido la suerte de escapar, pero «suerte» no me parece ya la palabra más adecuada—. Quiero ayudar —resuelvo, aunque me tiembla la voz al pronunciar la última palabra.

El hombre se me queda mirando unos incómodos e interminables segundos, y luego echa la cabeza hacia atrás y prorrumpe en carcajadas, mostrando una boca con más huecos que dientes. El sonido es ronco y tras unos segundos se convierte en una tos seca.

—¡La reina de Ástrea! —repite, negando con la cabeza—. Pero si eres casi una niña.

Intento pensar en una réplica, pero no se me ocurre ninguna. Al fin y al cabo, tiene razón. En Ástrea, a los dieciséis años todavía te consideraban un niño, aunque no puedo decir que me sienta como tal. En otra vida, lo sería, pero dejé de sentir que era una niña en el preciso instante en el que el theyn le cortó el cuello a mi madre.

Pero, en lugar de responder eso, me encojo de hombros.

—Tal vez —concedo—. Pero mi madre está muerta, así que el título recae sobre mí. ¿Quién eres tú?

No me contesta de inmediato, sino que me mira de una forma que he aprendido a reconocer.

—Os recuerdo, Theodosia Eirene Houzzara —dice—. Eráis un bebé en brazos de vuestra madre cuando vino a visitar mi pueblo hará unos catorce años, con el pulgar en la boca y unos ojos testarudos y desafiantes que retaban a cualquiera a que os dijera que os lo sacaseis.

—Ya no me chupo el pulgar —repongo—. Pero verás que sigo siendo testaruda y desafiante.

Él se echa a reír de nuevo, pero sé que esta vez no se burla de mí.

—Supongo que así es, si habéis venido de tan lejos —acepta—. Lo último que supe es que os tenían prisionera y eráis el juguete del káiser. Os preguntaría cómo conseguisteis escapar, pero me temo que sería una larga historia.

—Quizá algún día pueda contártela de principio a fin —contesto—. Pero, por ahora, bastará decir que hui tras matar al theyn y que me las arreglé para llevarme al prinz heredero como rehén. —Señalo a Søren, que está detrás de mí.

No me siento bien al adjudicarme todo el mérito. Fue Elpis quien mató al theyn; yo solo le dije que lo hiciera. Y Søren no supo que era mi rehén hasta que ya nos habíamos marchado; no es que consiguiese capturarlo yo sola. Además, no habría tenido éxito sin Blaise, Artemisia y Heron. Sin embargo, eso no es lo



que este hombre quiere oír, ni lo que necesita oír. Ha de verme como a alguien formidable e imponente, y así seré.

Señala a Søren con la cabeza.

—¿Lo llamáis «rehén»? —pregunta el hombre.

Me encojo de hombros.

—El káiser es un hombre malvado. Dudo que ninguno de los presentes me discuta esa afirmación, ni siquiera su hijo. Resultó que el prinz era más valioso de nuestro lado que encadenado.

El hombre carraspea de una forma que no estoy segura de cómo interpretar, pero su mirada sigue siendo recelosa.

—No me parece justo que tú me conozcas y yo no te conozca a ti —le reprocho.

Me mira unos segundos y entonces escupe en el suelo, no tan cerca de mí como para que se entienda como un insulto, pero la falta de respeto es evidente. No soy su reina. Solo soy una chica con un nombre muy largo.

—Soy Sandrin —se presenta al final—. De Ástrea. De Nevarin, para ser exactos.

Heron se aclara la garganta.

—Yo me crie a pocos kilómetros de Nevarin —cuenta—. En Vestra.

Sandrin esboza una sonrisa en la que faltan varios dientes.

—Conocí a una muchacha de Vestra —recuerda—. Creo que me habría casado con ella si no hubiesen llegado los kalovaxianos.

—Cuántas cosas habría hecho yo si los kalovaxianos no hubiesen llegado —responde Heron.

Sandrin asiente, así como muchas de las personas que hay a su alrededor.

—¿Quién eres? —pregunta.

—Heron —contesta, antes de señalar a Blaise Artemisia y de presentarlos—. Estuvimos en las minas durante años —explica, suscitando murmullos y gritos ahogados entre la multitud—. Hasta que un hombre llamado Ampelio nos rescató. Nos enseñó a utilizar nuestros dones, y nos dijo que si algo le pasaba debíamos ir en busca de la reina, rescatarla y seguirla.

—Hicimos lo que Ampelio nos pidió —interviene Artemisia, con la voz más débil que de costumbre. Creo que es la primera vez que la oigo pronunciar su nombre—. Y ella nos ha traído hasta aquí.

—Sois Guardianes —observa Sandrin, cuyos ojos se han iluminado al comprenderlo.

Temo que Blaise lo niegue, pero ladea la cabeza y afirma:

—Sí, somos Guardianes. Y ella es nuestra reina.

Sandrin nos mira de uno en uno durante unos segundos, evaluándonos. Tras lo que parece un siglo, asiente.

—Pues vamos —dice con voz cansada—. Os presentaré a los demás.

## Los Ancianos

Sandrin nos guía por las calles retorcidas y cubiertas de mugre. Atisbo figuras espectrales y asustadizas que asoman por las puertas a nuestro paso, hasta que llegamos a una casa al final de una de las callejuelas. Es muy parecida a las demás: el tejado de paja está medio derrumbado y las paredes no son más que un montón de pedruscos amontonados que supongo que sobraron de otras construcciones. La puerta de madera es demasiado pequeña para el marco que tiene y deja huecos a los lados. Apenas puede llamársele «puerta», ya que no creo que mantenga mucho en el exterior.

Cuando se abre, aparece una mujer con un vestido andrajoso que se ha roto y remendado tantas veces que cuesta imaginar cuál debió de ser su aspecto original. Tiene la piel de un profundo marrón rojizo y lleva el pelo trenzado a ras del cuero cabelludo, de forma que se ven filas de piel entre la docena de trenzas. Me cuesta adivinar su edad, aunque si tuviera que aventurar una diría que tendrá unos cincuenta años. Tiene el rostro anguloso y los ojos pequeños y entornados de una persona que ha visto tantos horrores que ya no espera nada de la vida.

—Tallah —dice Sandrin antes de acercarse a ella y soltar una perorata de palabras que apenas entiendo, aunque algunos trozos de su conversación suenan a astreano, como «visitante», «ayudar», «reina» o «niña». Otras suenan familiares: hay una palabra que podría significar «traidor», pero está demasiado modificada y adornada como para que esté segura de ello. Sin embargo, no entiendo casi nada de lo que dice.

—Son cinco idiomas —afirma Søren, que está a mi lado—. He oído astreano, gorakí y kotano. Y creo que también tiavano y lyriano.

—Seis —lo corrige Artemisia con suficiencia—. Te has saltado el yoxí. Y creo

que también he oído manadolio, pero se parece tanto al kotano que cuesta distinguirlos cuando lo mezclan todo así.

—Todos esos países fueron conquistados por Kalovaxia —observo—. Son todos los países de los que habrían venido refugiados.

No puedo evitar pensar en lo mucho que a Cress le habría gustado oír esto. Siempre tuvo buen oído para las lenguas; era capaz de aprender un idioma de forma autodidacta en cuestión de meses. Diseccionar y analizar uno formado por una miríada de lenguas distintas habría sido para ella como ir a una fiesta.

Aparto a Cress de mi mente y me concentro en Sandrin y en la mujer. ¿Tallah? ¿Era ese su nombre o era una palabra en otro idioma que no he entendido? Están enfrascados en una conversación en susurros, aunque cada pocos segundos echan un vistazo hacia nosotros.

—Solo entiendo el astreano —admito—. ¿Alguien sabe qué están diciendo?

—Hum... —dice Artemisia entre dientes—. No entiendo mucho de la mayoría de esos idiomas, pero creo que están debatiéndose entre confiar en nosotros o robar la comida y los objetos de valor que llevemos encima y echarnos.

—Muy alentador —murmuro entre dientes—. ¿Hemos traído comida?

—Solo el almuerzo —responde Heron—. Pero puedo esperar un par de horas para comer.

Mi estómago ruge en señal de protesta, pero lo ignoro y asiento.

—Yo también.

Los demás también están de acuerdo, aunque sabemos que no bastará. Un almuerzo para cinco no será suficiente para alimentar a las miles de personas que viven aquí.

Doy un paso hacia Sandrin y la mujer.

—Solo hemos traído un poco de comida, pero es para vosotros —le informo en astreano. Ambos dejan de discutir y me miran—. Los únicos objetos de valor que tenemos son algunas monedas y mi vestido, aunque espero que no me lo quitéis. Sería difícil explicarle al rey Etristo su desaparición. Si se entera de que he venido no me permitirá regresar y me gustaría volver y traer más comida.

Ambos me miran un largo rato, tanto que me incomoda, y al final la mujer suspira irritada y le vuelve a decir algo a Sandrin. No entiendo casi nada, pero vuelvo a escuchar «niña» en astreano. Abro la boca para protestar, pero ella entra de nuevo en su casa y nos hace un gesto para que la sigamos.

La casa de la mujer solo tiene una habitación que es cuatro veces más pequeña

que mis aposentos de palacio. En una esquina hay una pequeña chimenea; en el suelo, cuatro colchones harapientos, y poco más. Sin embargo, hay otras seis personas apretujadas en ese espacio tan reducido, tres hombres y tres mujeres, todos ellos con ropas andrajosas y el pelo trenzado o rapado. Ninguno de ellos lleva zapatos, aunque el suelo no está mucho más limpio que en las calles.

La mujer me hace un gesto y dice:

—Reina Theodosia de Ástrea, venid a ser nuestra salvadora. —Su astreano no está mal, pero tiene mucho acento.

Los demás sueltan unas risitas, pero intento que no me molesten. ¿Acaso puedo reprocharles que me vean como una niña inocente y demasiado ambiciosa? Puede que eso ni siquiera se aleje mucho de la realidad.

—El rey Etristo me ha invitado a quedarme en palacio —les explico—. Espera encontrarme un marido con ejércitos que nos ayuden a derrotar a los kalovaxianos y a recuperar nuestro hogar.

Se vuelven a reír, aunque la carcajada más escandalosa es la de Sandrin.

—Las reinas no se casan —dice—. ¿Habéis estado tanto tiempo entre los bárbaros que os habéis olvidado?

Siento que me arden las mejillas.

—Algunas tradiciones no son fáciles de conservar en tiempos de guerra —repongo, tras elegir mis palabras con cuidado.

Y no importa lo ciertas que sean; Sandrin resopla con desdén de todos modos.

—Se podría decir que ante las dificultades es todavía más importante conservarlas.

La irritación me eriza la piel. Yo tampoco quiero casarme, y sin duda no he accedido a hacerlo porque sea fácil.

—Si tienes algún ejército escondido por aquí lo aceptaré de mil amores, pero dudo que sea el caso. Y si tienes otra sugerencia, adelante, por favor, me encantaría escucharla.

Eso, al menos, parece acallarlos. Incluso Sandrin parece un poco acobardado. Por desgracia, nadie tiene ninguna propuesta.

—Me enteré de la existencia de este campo de refugiados y supongo que pensé que aquí encontraría a astreanos felices, a los afortunados que escaparon de la tiranía del káiser.

—La tiranía está en todas partes —responde Sandrin en voz baja—. Ese concepto no pertenece a los kalovaxianos.

—Eso es muy filosófico.

Él se encoge de hombros.

—Yo también lo era antes —admite, y su voz se hace débil y anhelante—. La gente viajaba cientos de kilómetros para oírme hablar sobre filosofía.

—¡Eres Sandrin el Sabio! —exclama Heron de repente—. Mi madre te escuchó hablar una vez. Dijo que los dioses habían bañado tu mente en oro.

Sandrin carraspea.

—No fue ella la única —declara—. Ahora soy Sandrin, el Anciano de Ástrea. —Señala a la gente que se ha reunido tras él—. Y estos son mis compañeros Ancianos, uno de cada país. Mantenemos la paz y hacemos lo que está en nuestra mano para que la vida aquí sea más fácil.

—No creo que sea un trabajo sencillo —reconozco.

—No lo es —dice otro hombre, con la piel pálida y el pelo rapado del color del cobre.

Miro a mis amigos, que parecen sentirse igual que yo: afectados, como si el mundo se hubiese dado la vuelta bajo sus pies, y tan culpables que los remordimientos podrían asfixiarnos. «No es culpa nuestra —me recuerdo—, sino del káiser.» Pero, de todos modos, debería haberlo sabido. Debería haber hecho algo. Blaise me mira a los ojos y asiente; entre nosotros fluyen mil palabras sin que debamos decir ninguna en voz alta.

Me vuelvo hacia los Ancianos.

—¿Cómo podemos ayudarlos? —pregunto.

La ayuda que precisan en el campo es bastante sencilla. En primer lugar necesitan comida, y nuestro frugal almuerzo no es más que una gota en un océano. Los sta'criverianos les llevan raciones cada semana, sobras de la capital, pero a menudo la comida llega ya en mal estado. Podemos volver con más, coger algo de las cocinas de palacio que siga estando fresco, pero seguirán siendo poco más que gotas. Jamás bastará para cubrir sus huesos de carne, ni para que el rugido constante de sus estómagos se acalle. Pero será un principio, hasta que se nos ocurra otra solución.

También necesitan ropa nueva, jabón y agua limpia: más cosas que solo podemos traer en pequeñas cantidades. Sin embargo, hay un lago en las inmediaciones, así que Blaise, Heron y Søren hacen media docena de viajes con los caballos para llenar todos los contenedores improvisados que los Ancianos encuentran. De este modo, los refugiados tendrán bastante agua para al menos unos días.

Mientras ellos están fuera, Artemisia y yo reparamos uno de los tejados, un

procedimiento desconocido para mí pero para el que ella parece bastante ducha. Trepa en la esquina de una casa, tan ágil como un gato, y me pide que le vaya pasando puñados de paja del suelo. Se nota que a Art le complace mandarme de aquí para allá, pero ya sé que no debo tomármelo como algo personal. Poco después, estamos sumidas en una cómoda conversación que atrae a los vecinos, que estaban escondidos desde nuestra llegada.

Los niños son los más valientes, como suelen ser los niños. Son pequeños y espectrales, pero su determinación me sorprende. Hay un grupito cuyos miembros se desafían los unos a los otros a acercarse más, como si Artemisia y yo fuésemos peligrosas. Los más pequeños ni siquiera esperan a que los reten: se tambalean sobre sus pies sucios y descalzos y nos miran con unos ojos enormes que ocupan la mayor parte de sus caras.

Al principio, ella está demasiado enfrascada en los tejados de paja como para reparar en ellos, pero yo no.

—Hola —saludo a uno de los chiquillos, que no tendrá más de cuatro años. Tiene los brazos y las piernas huesudos pero una barriga muy redonda. Con su piel dorada y su pelo negro, me recuerda a Erik, y me pregunto si también será de Goraki, o si lo serán sus padres, al menos.

No me contesta, pero sigue mirándome con ojos solemnes y los puños apretados a los lados del cuerpo. Dejo en el suelo el puñado de paja que tengo en la mano y rebusco en la capa de Heron con la esperanza de encontrar algo en los bolsillos, un pedacito de galleta, un caramelo o una moneda, pero lo único que hay es una hebra de hilo y bolas de polvo. No obstante, al sacarme las manos de los bolsillos oigo un tintineo y recuerdo el vestido que llevo debajo, que está adornado con joyas.

Me levanto la capa y cojo el dobladillo ribeteado con diamantes. Cada piedra es del tamaño de la uña de mi pulgar. Doy un fuerte tirón, arranco una y se la tiendo.

La mira como si fuese un arma, y eso me parte el corazón. Es demasiado pequeño para haber conocido ya tanta crueldad. Sin embargo, tras observarla unos segundos, parece comprender que no le hará daño. La coge, rozándome con sus dedos ásperos y mugrientos. Cuando la levanta, resplandece a la luz del sol y proyecta arcoíris que bailan en el suelo. Y entonces, antes de que me dé tiempo a detenerlo, se la mete en la boca.

—¡No! —exclamo.

Parece darse cuenta de que no es comestible sin probar su teoría; se la escupe en la mano y se seca la saliva en su rudimentaria túnica. Me mira y esboza una

ancha sonrisa de dientes amarillos y rotos, antes de correr hacia una mujer que debe de ser su madre. Le sonrío y ella, tras abrazar a su hijo un segundo, me devuelve la sonrisa y asiente una única vez.

Después de eso, la timidez que pudiesen albergar los demás niños desaparece por completo. Todos ellos se congregan a mi alrededor, con sus manos sucias y sus rostros anhelantes, y pronuncian palabras que apenas entiendo.

—Uf, un momento —exclamo, aunque no puedo evitar reírme. Me las arreglo para hacerme un poco de espacio entre ellos y yo y arranco más joyas del dobladillo del vestido, que voy regalando a cada uno de los niños.

—Ya puedes ir pensando en qué explicación le vas a dar a tu doncella cuando vea ese vestido —me advierte Artemisia, que asoma la cabeza desde el tejado con una expresión divertida que no parece en absoluto propia de ella. Sin embargo, se pone seria al mirar a los niños—. Los sta'criverianos creen que los refugiados están malditos —dice, con la voz colmada de aversión—. Como si la desgracia fuese contagiosa.

—Es la mayor tontería que he oído en la vida —respondo.

—Pues sí. Pero la gente es capaz de creer cualquier cosa que les haga pensar que tienen más control sobre el mundo del que en realidad tienen. Pásame un poco más de paja y así termino. Luego podrás volver con tu legión de admiradores.

Le tiendo otro puñado y me vuelvo hacia los niños. No tengo nada más que darles, pero no parece importarles. Alargan las manos para agarrarse a la capa de Heron o a mis manos, a cualquier cosa que alcancen para llamar mi atención. Me río, y me vuelvo hacia uno, y luego otro, y otro, y otro. No entiendo casi nada de lo que dicen, pero no importa. Solo quieren que los escuchen, y yo lo hago encantada.

—Es una pena que sean demasiado pequeños para empuñar un arma —comenta Artemisia antes de saltar desde el techo. Aterriza junto a mí con suavidad—. Unos años más y podrían ser el principio de un ejército devoto y feroz.

Sé que no lo dice con mala intención, pero sus palabras me reconcomen. La idea de que estos niños crezcan para luchar en una guerra, para sentir la sangre de otros sobre su piel o conocer el mordisco de una espada... No quiero eso para ellos. Ni a mi servicio ni al de nadie más.



## Marial

Durante el trayecto de vuelta no hablamos, pero no es un silencio incómodo. Creo que todos estamos demasiado cansados y hambrientos para charlar, pero, además, sé que mis pensamientos siguen en el campo de refugiados. Estoy segura de que el resto se siente igual que yo. Incluso Søren tiene el rostro pálido y demacrado, aunque una parte de mí tiene ganas de abofetearlo. ¿Cómo puede estar tan horrorizado por cómo los sta'criverianos tratan a esta pobre gente cuando es culpa de los kalovaxianos que tuviesen que buscar asilo? Él no tiene la culpa, lo sé, pero a veces es fácil que se me pase por alto.

Cuando llegamos a la ciudad devolvemos los caballos al establo y nos deslizamos por las concurridas calles con toda la discreción posible. El sol ya ha empezado a descender —hemos estado fuera más tiempo del que pretendíamos— y rezo a todos los dioses que nos puedan haber seguido por el mar Calódeo para que nadie haya reparado en nuestra ausencia.

¿Y si no ha sido así?

Nada me gustaría más que contarle al rey Etristo dónde he estado y lo vil que me parece por la forma en la que ha tratado a los refugiados que acudieron a su país para estar a salvo. Quiero decirle que creo que es un monstruo y que si no les manda comida y agua limpia de inmediato me marcharé, y al cuerno con el matrimonio. Pero sé muy bien que no puedo hacer eso. Por mucho que odie admitirlo, necesito su ayuda para salvar a Ástrea, para darle a esa gente un hogar al que regresar.

Pero en cuanto vuelva a sentarme en mi trono me aseguraré de que sepa exactamente lo que pienso de él.

Hasta que no llegamos al elevador que nos lleva hasta nuestra planta nadie

rompe el silencio. Es Heron quien lo hace.

—Puedo robar comida en los próximos días si hago uso de mi don —susurra, mirando con recelo al operario, que no parece estar escuchándonos—. Si lo hago poco a poco podré reunir más que de una sola vez. Luego volveremos, o ya volveré yo. No tienes por qué...

—Yo también iré —lo interrumpo—. Si alguien quiere quedarse atrás, es libre de hacerlo, pero después de lo que hemos visto hoy no creo que sea el caso.

Los demás no contestan, y me lo tomo como un sí.

Cuando entro con sigilo en mi habitación, pienso por un dichoso segundo que nadie ha reparado en mi ausencia. Todo sigue tal y como lo dejé: la cama deshecha, el camisón tirado en el suelo y la puerta del armario abierta. Pero Marial está sentada en la silla que hay junto a la chimenea, tan quieta que no reparo en ella hasta que se pone de pie.

—Muchacha tonta —me espeta en voz baja y con una expresión furiosa.

Doy un paso hacia la puerta, pero no tengo adónde ir. No puedo escapar de esta situación.

—Ya me siento mejor —resuelvo—. Pensé que un paseo me sentaría bien.

Me mira con incredulidad, con una ceja arqueada a la perfección.

—¿Un paseo? —repite con sequedad—. Claro y por eso oléis a alcantarilla y estáis cubierta de mugre de la cabeza a los pies.

No consigo dar con una respuesta con la rapidez suficiente.

—Después de lo bien que os hemos tratado, de todas las cosas bonitas que os hemos dado, ¿decidís pagárnoslo con mentiras y yendo a espaldas del rey? —pregunta, en voz baja y amenazante.

Algo en mí se rompe, y antes de que pueda detenerlas, las palabras salen precipitadamente de mis labios.

—Vuestras cosas bonitas me dan igual. Estoy agradecida por la generosidad que el rey me ha mostrado al acogirme, pero estoy aquí por mi pueblo. Por los que están encadenados en Ástrea y los que están encerrados muriéndose de hambre en lo que tenéis las agallas de llamar «campo de refugiados». Refugio significa seguridad, y lo que he visto hoy no tiene nada que ver con eso.

Marial retrocede, y entonces me doy cuenta de que he hablado demasiado.

—¿Habéis ido al campo? —pregunta en voz baja y titubeante. Aunque siempre me ha parecido una mujer temible, ahora es ella quien por primera vez parece tener miedo.

Quiero negarlo, pero ahora ya no puedo. Me reprendo por haber dejado que se me escapase.

—Le pedí al rey que me llevase —respondo, tras decidir que si no puedo borrar lo que he dicho, mejor que me ciña a ello—. Pero se negó. Me dijo que no era un lugar adecuado para una muchacha como yo, y tenía razón. No es un lugar adecuado para nadie.

Marial niega con la cabeza.

—¡Están malditos! —dice—. Nos hemos apiadado ya bastante de ellos, pero no nos pondremos en riesgo por unos desconocidos. Ahora nos habéis traído su suciedad y su mala suerte.

Lo recita como si fuese una frase que ha oído tantas veces que se la ha aprendido de memoria.

—Si crees eso, la tonta eres tú —le espeto—. Puedes contárselo al rey si quieres, pero me parece que eso te causaría más problemas a ti que a mí. Al fin y al cabo, me fui bajo tu vigilancia. Y estoy segura de que le costará mucho menos conseguir otra doncella que otra reina desplazada que casar para sacar beneficios.

Las palabras no parecen propias de mí, y cuando Marial da un paso tambaleante hacia atrás, como si la hubiese golpeado, siento una punzada de culpa en la boca del estómago. Me recuerdo lo que ha dicho sobre los refugiados, y que encontraría la manera de evitar que volviese al campo si no la detuviera, pero esa lógica no me hace sentir mejor. Una vez más, no puedo evitar oír al káiser en mi mente, dirigiendo mis actos. Quiero pedirle disculpas, pero no consigo pronunciar las palabras.

Nos quedamos mirando la una a la otra un incómodo e interminable momento. Su expresión es inescrutable. Justo cuando el silencio empieza a hacerse insoportable, habla:

—Necesitáis un baño —observa—. Mejor que las muchachas no os vean así, no serviría de nada. Yo misma os lo prepararé.

## Encantadora

En el elevador, cuando Veneno de Dragón y yo nos dirigimos a la cena con algunos pretendientes, cometo el error de bostezar. No puedo evitarlo: después de la noche de ayer y de las horas que he pasado en el campo trabajando bajo el sol, me asombra ser capaz de tenerme en pie. Sin embargo, ella no puede saber nada de todo eso, y cuando me ve bostezar entorna los ojos.

—Esta noche es importante. —Pronuncia cada palabra despacio, como si le estuviese hablando a una niña pequeña. Va ataviada con otro vestido negro, esta vez entallado y con perlas negras bordadas. Contrasta a la perfección con el mío, de gasa y volantes. En Ástrea el blanco es el color del duelo, pero Marial me ha dicho sin rodeos que en Sta’Crivero simboliza la virginidad. No es muy sutil, pero en los sta’criverianos nada parece serlo.

—Ya sé que es importante —contesto—. Pero me disculparás si me lo tomo con calma. Habrá muchas más noches como esta en los próximos días si debo conocer a todos los pretendientes.

—Los tres primeros serán nuestras mejores opciones —repone.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Veneno de Dragón se encoge de hombros.

—Todos los países del mundo fueron invitados a venir a pedir vuestra mano, excepto Elcourt, cuya alianza con Kalovaxia es demasiado sólida. Etristo recibe una suma de cada pretendiente, así que no tenía demasiada motivación para reservar un puesto en la lista solo a aquellos que tienen la fortaleza suficiente para enfrentarse a los kalovaxianos. Muchos de estos países son demasiado débiles para ayudarnos, aunque supongo que su presencia servirá para haceros

parecer más deseable. —Hace una pausa para que asimile esa información, aunque lo cierto es que no me sorprende—. Haptania, Oriana y Etralia son los países más poderosos del mundo, después de Sta'Crivero —continúa—. Cualquiera de esos tres tiene las fuerzas necesarias para recuperar Ástrea. Los demás quizá podrían tenerlas, pero es probable que solo sirvan para posponer nuestra inevitable derrota.

—Si Sta'Crivero es el país más poderoso del mundo, ¿por qué no nos ayudan directamente?

Veneno de Dragón me sonrío como si fuese una mascota que acaba de hacer un truco gracioso.

—Porque así no ganan nada. No quieren la magia de Ástrea. Ya has visto cómo viven, ¿de qué les serviría? Quieren dinero, y es más fácil conseguirlo de otro modo, sin derramar tanta sangre.

Me trago mi propia frustración. Nadie parece entender que los astreanos se están muriendo en las minas, ¡muriendo! Lo único que les preocupa es el dinero, y las gemas, y su propia seguridad. Si todo el mundo dejase su egoísmo a un lado, podríamos pisotear a los kalovaxianos con tanta facilidad como a una hormiga, con riesgos y un esfuerzo mínimos. Pero ahí no hay dinero, así que nadie se molesta en hacerlo.

Esperaba que la cena tuviese lugar en el mismo salón que anoche, pero nos llevan a un gran pabellón al aire libre sin mesas, solo con algunos sillones y sofás y mesitas repletas de platos dorados con aperitivos que se pueden comer con los dedos y copas de un vino de un profundo color rojo.

Somos las últimas en llegar. El rey Etristo está sentado en una silla con un alto respaldo, con los frágiles hombros encorvados en lo que parece ser su postura habitual y un sirviente que le sostiene una copa de vino al lado. Los tres pretendientes están en distintos lugares de la sala, charlando con miembros de sus comitivas. Reconozco a la hermana del canciller Marzen —Søren la llamó *Salla* Coltania— y al padre del príncipe Talin, el zar Reymer.

Cuando reparan en mí todos se levantan, excepto el rey Etristo, que se queda sentado. Sin embargo, no me lo tomo como una falta de respeto. No creo que pudiese levantarse él solo ni aunque quisiera.

—Ya os dijo que la espera merecería la pena, ¿no os parece? —dice el rey a los pretendientes con una carcajada. Coge la copa de vino y le da un buen trago antes de tendérsela de nuevo al sirviente sin mirarlo siquiera.

—Espero no haberos hecho esperar demasiado —me disculpo, y me doy cuenta de que Søren no está. Se ha requerido su presencia en los demás actos oficiales, pero comprendo por qué lo han dejado fuera de este. El rey Etristo ya mencionó los rumores que corrían sobre nosotros; lo último que quiere es que ensombrezcan la noche de hoy, sobre todo después de que me haya negado a hacerme el examen de pureza. De repente, este vestido blanco parece un ardid todavía más obvio.

—En absoluto, en absoluto. Pensé que sería mejor para todos que os conocierais en un ambiente más cómodo, sin cenas demasiado copiosas. Una noche sencilla de conversaciones. ¿Qué tal suena eso?

«Suena a que será de todo menos cómoda y sencilla.»

—Suena maravilloso, Alteza —respondo con lo que espero que sea una sonrisa cortés—. Muchas gracias.

Inclina la cabeza y vuelve a alargar una mano hacia la copa de vino.

Mientras contemplo el pabellón, siento el peso de las miradas de los pretendientes y sus invitados sobre los hombros. El canciller Marzen y su hermana son los que están más cerca, así que me dirijo a él en primer lugar. Veneno de Dragón me sigue como si fuese mi sombra.

—Buenas noches, canciller —lo saludo, tendiéndole la mano. Él se pone de pie y se inclina para besármela con una elegante floritura, antes de soltármela y señalar a su hermana. Esta noche luce la brillante melena negra recogida en un moño trenzado en lo alto de la cabeza. Lleva los labios pintados de un color bermellón y los ojos delineados con kohl. Parece el tipo de mujer que podría darte un mordisco con la misma facilidad que regalarte una sonrisa.

—Reina Theodosia, permitid que os presente a mi hermana, Coltania —dice en un astreano correcto pero forzado.

La boca roja de la mujer se curva en un frío gesto parecido a una sonrisa.

—Es un placer —dice—. He oído hablar mucho de vos. —Su astreano es más rudimentario que el de su hermano, pero no tengo problemas para entenderla.

—Estoy en desventaja, entonces —respondo con desenfado—. Pero es un placer conoceros también a vos. Esta es mi tía, la princesa Kallistrade —añado señalando a Veneno de Dragón. Por malévolo que parezca, encuentro un cierto placer al ver que hace una pequeña mueca al oír su título formal.

Veneno de Dragón y yo nos sentamos mientras el canciller nos llena una copa de vino a cada una.

—¿Qué os parece Sta'Crivero? —me pregunta mientras me pasa la copa.

Pensar en beber después de anoche hace que me entren ganas de vomitar, pero

me obligo a dar un pequeño sorbo.

—Es hermoso —contesto sin pensármelo mucho. En realidad, apenas importa. Una respuesta superficial es lo que se espera para una pregunta superficial.

—Es muy resplandeciente —afirma Coltania, aunque en sus labios no parece un cumplido.

El canciller Marzen resopla.

—Los sta'criverianos son excesivos y... —se interrumpe y dice algo a su hermana en otra lengua, que supongo que es orianí.

—Horteras —termina ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Horteras —repite el canciller Marzen con una risita—. Esa es la palabra.

—Disculpad por la interrupción —dice una voz profunda mientras una sombra se cierne sobre mí. Levanto la vista y veo al zar Reymer junto al príncipe Talin, que se refugia a su lado como si estuviese intentando desvanecerse en el aire—. Majestad, ¿podríamos robar un momento de vuestra atención?

Miro al canciller y a su hermana, que asienten, pese a que ambos parecen querer protestar.

—Hablaremos pronto, Majestad —dice el canciller con una sonrisa que solo podría describir como empalagosa.

—No puedo esperar —le contesto, y luego cojo la mano que me ofrece el zar Reymer, dejo que me ayude a levantarme y que me lleve —a mí y a Veneno de Dragón— a otra esquina del salón.

El resto de la noche va pasando con lentitud. Me llevan de un pretendiente a otro y, pese a lo confuso que es, hago lo posible por mantener conversaciones agradables para que me encuentren encantadora, algo que me resulta más fácil de lo que esperaba.

Pronto resulta evidente que Marzen cree que la unión de nuestros países es inevitable. A lo largo de la noche, a medida que hablo con él y con su hermana, me doy cuenta de que hablan como si su propuesta ya hubiese sido extendida y aceptada, algo que no me gusta. Ha habido ya muchas cosas en mi vida que han sucedido sin mi consentimiento. Sentir que aquí y ahora tampoco tengo el control me provoca una opresión en el pecho, alrededor del corazón y los pulmones. Supongo que él cree que su arrogancia es encantadora, sobre todo cuando la combina con su carisma y su empalagosa sonrisa, pero me provoca tanto rechazo que Veneno de Dragón acaba por pellizcarme en un brazo.

—Sonreíd —susurra, mientras se inclina hacia mí para fingir que me está

arreglando el peinado—. Parece que os hayáis tragado una rana.

Por repulsivo que sea Marzen, prefiero su compañía y la de su hermana a la del zar Reymer y el príncipe Talin. Tengo la sensación de que este último y yo podríamos llevarnos bastante bien si su padre no estuviera presente, pero no parece que vayamos a tener la oportunidad. El zar merodea en cada conversación como si fuese el sol; nos ciega y nos desorienta a ambos con sus bonitas sonrisas y su exceso de confianza. Empiezo a sentir pena por el príncipe. Pese a que debe de estar acostumbrado a la presencia de su padre, languidece a su lado, como un joven árbol condenado a crecer débil a la sombra de un gran roble.

Y si bien su padre lo intimida, yo lo aterrorizo sin remedio. Durante nuestra conversación, su mirada recorre toda la habitación como si estuviese buscando una vía de escape, y hace todo lo que está en su mano para evitar que se cruce con la mía.

Si estuviésemos solos, lo tranquilizaría diciéndole que yo tampoco tengo ningún deseo de casarme con él, pero me temo que si tal cosa llegara a oídos del rey Etristo acabaría con su paciencia definitivamente.

Diría que el archiduque Etmond es el más agradable de todos, aunque tampoco se puede decir que tenga mucho mérito. Pasamos casi todo nuestro tiempo juntos sumidos en un incómodo silencio que, en realidad, agradezco. Me da un momento de paz en lo que ha sido un día muy caótico. Sin embargo, en algunos momentos me sorprende, como cuando me pregunta, no sin timidez, cómo escapé del palacio astreano. Parece incluso estar interesado en la respuesta.

Así que le cuento la historia. Me sorprende al recordar que no hace ni dos semanas que ocurrió, aunque me siento como si hubiese sido en otra vida. Me salto las partes sobre Søren, ahora que soy consciente de lo que los demás podrían pensar sobre nuestra relación, pero le cuento lo demás.

Me escucha con los ojos muy abiertos y llenos de asombro, así que aprovecho la oportunidad para quitarme los guantes blancos de satén que Marial me ha hecho llevar y le muestro las pequeñas cicatrices de las palmas, las que me han dejado las heridas que sufrí al trepar por las rocas. Heron lo ha intentado, pero no ha conseguido curarme del todo. Pensaba que eran feas, pero la forma en que el archiduque las mira me hace pensar que hay algo hermoso en ellas. Sin duda, las prefiero a las cicatrices de mi espalda, aunque supongo que ahora significan lo mismo: pasé por un infierno y sobreviví para contarlo.

Por desgracia, el tiempo que paso con el archiduque es demasiado corto. El zar y el canciller parecen darse cuenta de que es fácil aprovecharse de él —en situaciones sociales, si bien no en el campo de batalla— y cada vez que me dirijo



a hablar con él, solo pasan unos minutos hasta que uno de ellos aparece y me pide que hablemos a solas. La tercera vez que ocurre estoy a punto de negarme, pero la presencia de Veneno de Dragón a mi lado es un claro recordatorio de que no estaría bien visto.

«Haced por gustarles», me ha dicho en el elevador, pero parece que en este ámbito no va a haber problemas. Les gusto sin tener que esforzarme. Les gusto porque, cuando me miran, ven magia y dinero y eso basta para embelesarles. El archiduque es el único que me mira como si me viera de verdad, aunque no hay ningún romanticismo en ello. Imagino que es la misma forma en la que mira a los soldados que comanda: con respeto.

Y entonces me doy cuenta, como si de una bofetada se tratase: es la única persona que he conocido en Sta'Crivero que me mira de esa forma. Todos los demás me tratan como si fuese una frágil muñeca que hay que mantener en una alta estantería, una muñeca con la que se puede jugar de vez en cuando y que hay que proteger a toda costa, pero a la que nunca respetarán como a una igual.

## Goraki

A medida que la noche se alarga, los brazos y las piernas empiezan a pesarme y mantener los ojos abiertos me cuesta cada vez más esfuerzo, pese a que he tenido cuidado de dar solo pequeños sorbitos de vino. Me siento como una bola de lana con la que está jugando un grupo de gatos y a la que van desenrollando más a cada momento que pasa. El encanto que haya podido desprender en las horas anteriores se ha ido debilitando, y no soy la única que se da cuenta de ello.

—Espabilad —me dice Veneno de Dragón entre dientes mientras me lleva de nuevo junto al zar Reymer y al príncipe Talin.

—Si el zar me vuelve a hablar de sus caballos de competición me quedaré dormida —le advierto.

—Que ni se os ocurra —me espeta—. Sonreiréis, y asentiréis, y le diréis que es fascinante y entonces haréis lo que sea para conseguir que ese hijo suyo diga más de dos palabras seguidas. ¿He de recordaros que Ástrea está en juego?

Sus palabras me avergüenzan. Aunque nada me gustaría más que arrancar mi brazo del suyo y salir corriendo a tanta velocidad como me permitieran mis cansadas piernas, sé que tiene razón. No sé si puedo considerar a Veneno de Dragón como a una verdadera aliada, pero tampoco es mi enemiga. Estamos en el mismo bando: el de Ástrea.

—Está bien —le digo, y ajusto mi sonrisa para que sea más ancha y muestre más los dientes, aunque hace que me duelan las mejillas.

Sin embargo, antes de que lleguemos a donde están el zar y el príncipe, las puertas de latón se abren con un repiqueteo que sobresalta a todo el mundo. La entrada está al otro lado del pabellón y hay una docena de macetas en medio, así que no puedo ver quién ha llegado. Es probable que sea otro pretendiente,

aunque pensar en que venga alguien más a quien impresionar con mis encantos hace que emita un gemido silencioso. Por suerte, la única que se da cuenta es Veneno de Dragón, que me dedica una mirada severa.

El rey Etristo, que se estaba echando una cabezadita en su sillón, se despierta de golpe y mira a la entrada con ojos cansados pero recelosos.

—¿Qué es esto? —pregunta en tono exigente, mientras estira el cuello para ver a qué se debe la interrupción—. ¡Es una cena privada! ¿Quién eres?

—Os pido disculpas —responde una voz. Hay algo en ella que despierta mis recuerdos, pero no consigo ubicarla. Frunzo el ceño y doy un paso al frente, tirando de Veneno de Dragón, aunque sigo sin poder ver quién es. Veo una tela violeta con brocados de oro, pelo negro, pero no consigo distinguir su rostro—. Sé que llegamos con retraso, pero me dijeron que aquí estabais recibiendo a algunos pretendientes.

Resulta que sí es otro candidato, pero estoy segura de que conozco esa voz; esa bravuconería que disimula la inseguridad, esa capa tan gruesa de encanto que hace que no repares en las dudas que se esconden debajo. Conozco esa voz.

Suelto a Veneno de Dragón y me dirijo a la entrada, sorteando las macetas, hasta que por fin puedo ver bien al intruso.

—Erik —digo; el nombre suena apenas más alto que una exhalación.

Durante un momento, lo único que consigo hacer es mirarlo y parpadear, mientras espero que desaparezca ante mis ojos. Al fin y al cabo, no debe de ser más que una ilusión creada por mi mente exhausta y aburrida, porque Erik no puede estar aquí, no puede haberse presentado para cortejarme. Sin embargo, no desaparece. Está erguido frente a la puerta de entrada, vestido con unas ropas tan extrañas que casi lo hacen irreconocible. Solo lo había visto con su atuendo de kalovaxiano: pantalones ajustados, túnicas y sofocantes chaquetas de terciopelo; pero ahora lleva una túnica brocada con largas y amplias mangas que le llega por los tobillos. Lleva un estampado de intrincados dibujos de animales y árboles que parecen pintados a mano, y una gruesa faja anudada a la cintura. Su melena, antaño larga y enmarañada, está peinada con gel hacia atrás y recogida en un moño a la altura de la nuca.

Pero cuando detiene la mirada sobre mí y me sonrío, se transforma de repente en el mismo Erik que recuerdo.

Se agacha en una gran reverencia.

—Reina Theodosia.

No es la primera vez que me llama por mi nombre. También lo hizo en el jardín, después de que le sugiriera que fuese en busca de su madre, Hoa, y

escapase de la capital. Es evidente que me hizo caso.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mientras me pongo a su lado. Quiero abrazarlo, pero sé que no debo, teniendo en cuenta quiénes nos acompañan ahora.

—Creía que era obvio —contesta—. He venido a competir por vuestra mano. —Aunque lo dice de forma desenfadada, veo la duda que hay tras sus ojos, la incomodidad que descansa bajo esa apariencia pulcra y confiada. Si lo miras desde el ángulo correcto, la ilusión que ha conjurado se desvanece y no queda más que un muchacho que juega a los disfraces y recita unas frases que le han dado.

—Señor —gruñe el rey Etristo desde su sillón—. ¿Quién sois exactamente?

—Oh, pero ¿dónde están mis modales? —responde Erik. Se vuelve hacia el rey, hace otra reverencia y se saca un sobre del bolsillo de la túnica—. Acabo de llegar de Goraki.

El rey Etristo resopla, pero coge el sobre.

—Goraki está en ruinas —dice mientras lo abre y recorre el pedazo de pergamino con la mirada—. Mandamos una invitación como una mera formalidad, pero todo el mundo sabe que allí no hay soberanos desde que los kalovaxianos mataron al último emperador y a sus hijos.

—Eso es lo que todo el mundo pensaba —lo corrige Erik, mientras coge distraídamente una de las copas de vino tinto que lleva un sirviente. Me pregunto si alguien más lo estará mirando con la atención suficiente para ver que la copa le tiembla un poco en la mano, que el líquido oscuro se mueve como la superficie de un estanque bajo la que nada un banco de peces—. Imaginad su sorpresa cuando la hija más joven del último emperador regresó tras estar en manos de los kalovaxianos durante dos décadas. E imaginad la sorpresa de su hijo cuando ella abdicó en él.

Hace una pausa, pero nadie dice nada.

—Ese hijo soy yo —añade—. Por si no había quedado claro.

—Os felicito —dice el rey secamente—. Pero sigue siendo un hecho que Goraki es una tierra baldía sin tropas ni dinero. Estáis jugando con nuestro tiempo.

Erik se encoge de hombros, pero su mirada recorre toda la sala.

—Hemos traído la suma que requeríais, Alteza —anuncia, mirando de nuevo al rey—. Se la entregué a vuestro hijo, cuando me dio la bienvenida con las mismas preguntas que vos formuláis ahora. La contó él mismo antes de permitirme entrar a palacio. Tengo tanto derecho a estar aquí como cualquier otro

pretendiente.

El rey Etristo arquea una de sus gruesas cejas grises.

—¿Y cuánto dinero ha quedado en vuestras arcas tras ese gasto, emperador?

Erik arruga los labios.

—Lo suficiente —contesta, pero no se extiende más. Se vuelve hacia mí y me ofrece el brazo—. ¿Podría robar un minuto de vuestro tiempo, reina Theodosia?

He de esforzarme al máximo para que, cuando acepto, no se me noten demasiado las ganas que tengo de decir que sí. Sin embargo, la emoción queda eclipsada cuando Veneno de Dragón nos sigue hasta una esquina apartada del pabellón. Las miradas de los demás pretendientes nos siguen, pero ninguna de ellas es tan oscura como la del rey.

—Me alegro de volver a verte, Erik —le digo, mientras echo un vistazo a Veneno de Dragón, que está un paso más atrás. No hace ningún esfuerzo para esconder su desaprobación. Me vuelvo hacia él de nuevo—. ¿O debería llamaros «emperador»?

—Puedes llamarme Erik si yo puedo llamarte Theodosia —responde con una sonrisa sombría—. Todo este asunto de los títulos es agotador, ¿verdad?

—Solo cuando estamos entre amigos —repongo—. Llámame Theo.

—Vaya, pues yo no puedo acortar más Erik sin sonar ridículo —comenta con un suspiro dramático.

Cuando llegamos a los sofás que hay en la esquina, suelto el brazo de Erik y me dejo caer en uno de ellos.

—Si ya hemos terminado con los comentarios ingeniosos, ¿quieres decirme a qué has venido en realidad?

La bravuconería de Erik se esfuma cuando se sienta frente a mí y se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas. Mira a Veneno de Dragón, que se sienta a mi lado.

—¿Se puede confiar en ella?

No es una pregunta fácil, pero no creo que tenga que decir nada que mi tía no pueda oír. Además, si cree que confío en ella me será más fácil esconderle otros secretos.

Asiento.

—¿Cómo está Søren? —pregunta en voz baja—. Supongo que no está acostumbrado a estar prisionero. —Aunque habla con tono indiferente, percibo que tras sus palabras hay una preocupación real. A fin de cuentas, son hermanos, además de amigos.

—En realidad fue un prisionero excepcional —explico, mientras me apoyo en

los lujosos cojines.

—¿Fue? —pregunta él con los ojos muy abiertos. Su máscara de indiferencia desaparece todavía más—. ¿No estará...?

—Ya no está prisionero —aclaro. Veo cómo el alivio asoma a su rostro—. Aquí tiene su propia habitación, y no lleva cadenas. No le recomendaría que intentase escapar, pero tampoco creo que quiera.

Si las noticias sobre Søren sorprenden a Erik, lo disimula.

—Vecturia lo cambió —dice—. Nos cambió a muchos, pero creo que a Søren todavía más. La mayoría de los kalovaxianos no consideraban a los astreanos personas, solo veían armas. Cuando dio la orden... —Se interrumpe al ver que me estremezco. No puedo evitarlo. No quiero saber qué pasó después. No quiero oír detalles de los horribles asesinatos que sufrió mi pueblo. No quiero saber lo mal que Søren se sintió cuando dio la orden de matar a cientos de astreanos y miles de vecturianos inocentes que solo protegían su hogar.

—Y ¿cómo te sentiste tú, Erik cuando observaste a hombres y mujeres astreanos obligados a destruirse para protegerte? —le pregunto. Mi voz es como la yesca que espera a ser prendida.

Él tarda un poco en contestar.

—Me alegro de que por fin podamos hablar con franqueza, Theo —dice al fin, en voz baja—. Después de haber pasado tantos años con los kalovaxianos, no me resulta fácil ser honesto, pero lo intentaré. —Respira hondo—. Cuando sucedió lo de Vecturia, creo que yo ya me había insensibilizado ante el dolor de los demás. Tenía nueve años cuando nos fuimos de Goraki, cuando vi cómo mi hogar ardía hasta sus cimientos. E incluso antes de aquello, vi cómo los kalovaxianos trataban a mi pueblo del mismo modo que tratan ahora a sus esclavos astreanos. El káiser pegaba a mi madre delante de mí, y cuando intentó rebelarse contra él me hizo mirar mientras un hombre le cosía la boca. Que estaba insensibilizado no es una buena respuesta, pero es la verdad. Siento lo que pasó, lo siento de verdad, y haré todo lo que esté en mi poder para que no vuelva a ocurrir.

Estoy tan asombrada que enmudezco, pero Veneno de Dragón, no.

—¿Y qué poder es ese? —le pregunta—. El rey Etristo tiene razón. En Goraki ya no queda nada. No tenéis más sedas caras que vender, ni más bienes, según tengo entendido. Tampoco es posible que tengáis un gran ejército. Se estima que menos de dos mil gorakíes sobrevivieron a la invasión kalovaxiana. ¿Es esa cifra incorrecta?

Erik no se arredra ante la mirada de Veneno de Dragón; debo reconocerle el

mérito.

—No los he contado yo mismo —responde—. Pero sí, esa estimación parece cercana a la realidad.

—Entonces ¿cómo pensáis hacerlo? —insiste ella.

Sin embargo, Erik no tiene una respuesta.

—Somos más fuertes juntos —dice mirándome a mí—. Nuestros países unidos contra los kalovaxianos son más fuertes de lo que seríamos por separado.

—Sí —respondo con una sonrisa triste—. Pero sigue sin ser suficiente.

## La Phirena

Cuando llego a mi habitación, hago sonar la campanilla para que venga Marial, que llega unos instantes después. Me dirige una mirada de advertencia mientras me ayuda a ponerme el camión, como si sospechase que estoy rompiendo las reglas otra vez. Le dedico una sonrisa inocente a modo de respuesta, pero no creo que la engañe. Tras lo que me parece una eternidad, por fin me hace una rígida reverencia y se marcha. Espero unos minutos y salgo al pasillo, donde me encuentro con Erik, que me está esperando. Está apoyado en la pared de enfrente de mi puerta de brazos cruzados. Todavía luce esa túnica brocada de la cena, aunque ahora tiene un aspecto un poco más desaliñado. Se ha soltado el pelo, que le llega a los hombros.

—Terriblemente directo por tu parte, Theo —me saluda con una sonrisilla—. Mira que pedirle a tu pretendiente que se encuentre contigo en tu habitación...

—Fuera de ella —lo corrijo—. He pensado que te gustaría ver a Søren.

La sonrisa chulesca desaparece de su rostro.

—Gracias —responde, pero en su voz hay un matiz de miedo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, mientras lo guío por el pasillo en dirección a los aposentos de Søren.

—Siento que ha pasado una vida entera desde la última vez que lo vi, aunque solo hayan sido un par de semanas. Quizá yo sea una persona totalmente distinta —admite.

—A mí todavía me pareces tú mismo —contesto—. Además, él también está un poco cambiado.

—Eso me preocupa todavía más —admite—. Lo conozco desde el día en que nació. No me gusta la idea de habernos convertido en dos desconocidos.



Recuerdo el día que Blaise apareció de la nada en aquel banquete, hace meses: era la primera vez que lo veía en una década. Entonces era un desconocido para mí, pese a que antaño habíamos sido amigos íntimos.

—Eso se puede arreglar con facilidad —lo tranquilizo, estrechándole el brazo—. Pero hay que empezar por algún sitio.

Delante de la puerta de Søren hay un guardia que ni siquiera intenta esconder su desaprobación por mi visita nocturna.

—El emperador ha venido a visitar al prinz Søren —le explico con una dulce sonrisa—. Se criaron juntos.

El guardia gruñe con aire escéptico, pero se hace a un lado para que podamos pasar. Levanto la mano y llamo.

—Adelante —dice Søren, cuya voz suena amortiguada tras la puerta.

Abro y entro primero. Está tumbado en la cama con un libro de cubiertas de cuero en las manos. Al verme, lo deja a un lado y se sienta, confundido y con el ceño fruncido.

—¿Theo? ¿Qué haces...? —se interrumpe cuando Erik aparece tras de mí. Su expresión cambia de la confusión a la perplejidad. Se pone de pie—. ¿Erik? — Su voz es dubitativa, como si se lo estuviese imaginando.

Erik sonríe con timidez y se frota la nuca.

—Hola, Søren.

—¿Qué haces aquí? —pregunta el kalovaxiano, y da un paso hacia nosotros. No espera a que le responda: le da a Erik un abrazo tan fuerte que podría incluso quebrarle los huesos. Tras un momento, se aparta y lo observa—. Y ¿qué llevas puesto?

Erik se ríe.

—Es una larga historia —contesta, pero se la cuenta de todos modos.

Cuando hago ademán de marcharme para que se pongan al día, Erik me sigue hasta la puerta.

—Mi madre quiere hablar contigo —me dice.

—¿Hoa está aquí? —pregunto, sorprendida—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Se encoge de hombros. Parece incómodo.

—Pensé que quizá el rey Etristo querría conocerla... a la concubina que escapó del káiser. No quería someterla a ese tipo de atención antes de lo necesario.

Pienso en la forma en la que el rey Etristo y su familia me trataron durante la

cena, en mi primera noche aquí.

—Hay gente que disfruta de regodearse en la desgracia de los demás — respondo.

—La mayoría, según he podido comprobar. Parece ser un rasgo propio del ser humano. —Duda durante un momento—. Le hemos quitado los puntos, así que ahora puede hablar. Pero ha pasado tanto tiempo que a veces cuesta entenderla. Y sigue un poco... —Se interrumpe y niega con la cabeza.

—Pasar diez años bajo el yugo del káiser fue una pesadilla que no consigo describir con exactitud —afirmo—. No me imagino cómo pudo soportarlo durante veinte.

Cuando abro la puerta de mis aposentos, Hoa me está esperando allí. Está apoyada con delicadeza en el borde de la silla junto a la chimenea vacía decorada con mosaicos, que imagino que solo tiene una función ornamental. Tiene la espalda recta como una tabla y las manos colocadas primorosamente sobre la falda. Lleva, como Erik, una larga túnica brocada, pero la suya es de color melocotón claro y la combina con una faja de seda roja anudada a la cintura. Las amplias mangas parecen haber engullido sus delgados brazos, y solo las manos pálidas como huesos están visibles. Lleva el pelo negro decorado con hilos de plata, aunque ahora lo luce suelto sobre los hombros en lugar de recogido en el rígido moño con el que siempre la vi. Ya no lleva puntos en los labios, pero los agujeros siguen estando ahí, tres arriba y tres abajo. Dudo se cierren del todo algún día.

Debe de oírme entrar, pero no levanta la vista. Tiene la mirada fija en la chimenea, como si esperase que se encendiese un fuego en cualquier momento.

—Hoa —la saludo con cautela. Aunque sé que está delante de mí de verdad, parece tan efímera que casi espero que desaparezca si la asusto.

Pero no lo hace, sino que se vuelve para mirarme. Aunque todavía no habrá cumplido los cuarenta, parece mucho mayor, como si le hubiesen arrancado una docena de vidas. La kaiserina tenía esa misma mirada antes de morir. Supongo que es lo que el káiser hace a las mujeres: las consume.

Es su sonrisa lo que hace que me derrumbe, porque jamás la había visto antes. No creo que fuese capaz de sonreír cuando los puntos le cerraban la boca, y aunque lo hubiese sido, no tenía muchas razones para hacerlo. Es una pena, porque su sonrisa es tan luminosa que podría despejar el cielo en una tormenta.

—Mi *Phirena*... —murmura al ponerse de pie.

Es una palabra extraña, pero apenas la oigo. Me quedo paralizada, incluso cuando se me acerca y pone las manos a cada lado de mi rostro. Me besa en una mejilla y después en la otra.

Reparo en que pensé que jamás volvería a verla. En mi mente es un espíritu, ya está muerta y enterrada. Pero no, no es así: está aquí, es de carne y hueso, y no sé qué decirle.

—Odio este idioma —confiesa en kalovaxiano—. Me sabe a barro y a muerte, pero es el único que hablamos las dos, ¿verdad?

—No deberías haber venido —digo—. Deberías haberte ido muy lejos, a un lugar donde el káiser no pueda encontrarte.

Arquea las cejas, delgadas como dos hilos.

—Si es lo bastante seguro para ti, también lo es para mí.

—¿Y si no es seguro para mí? —pregunto—. El káiser ha ofrecido una tentadora recompensa por mí, viva o muerta. El rey Etristo me ha prometido que aquí estoy a salvo, pero no soy tan tonta como para creer que esa promesa es una garantía. Deberías marcharte a otro sitio, adonde al káiser no se le ocurra buscar.

Hoa enmudece unos segundos.

—El miedo da poder a los monstruos —dice al fin—. No le tengo miedo; no tiene ese poder sobre mí. Ya no, mi *Phirena*.

Frunzo el ceño. Es la segunda vez que pronuncia esa palabra extraña. Erik me ha dicho que a veces costaba entenderla. Quizá no lo he oído bien.

—*Phirena* —repito, intentando entenderla.

—Es lo que siempre te llamé en mi mente —explica—. Me olvido de que nunca me oíste. Tuvimos muchas conversaciones durante aquellos años, pero tú nunca pudiste oír ninguna.

Me conduce hasta los sillones y se sienta en el sofá. Tira de mí para que haga lo mismo.

—En Goraki se cuenta una leyenda sobre un pájaro de fuego —continúa—. La *Phirena*, que nunca muere. Primero está hecha de brasas, y resplandece, nueva y brillante, antes de que las llamas aparezcan. La *Phirena* arde y brilla durante muchos años, pero no hay fuego que arda para siempre. Al final se extingue, convirtiéndose en un pájaro de humo, tenue y oscuro. Se queda así durante un tiempo, a veces incluso siglos, pero siempre llega el día en el que un rescoldo de él se prende y su vida vuelve a comenzar.

—¿Es un pájaro de verdad? —pregunto.

Ella se ríe.

—Eso no lo sé —admite—. Es un cuento que contamos a los niños para que se

entretengan. «Ve a buscar a la *Phirena* mientras hablamos de cosas de mayores. Si la encuentras podrás pedir un deseo.» También es una forma de justificar el mal tiempo, o una mala cosecha. Se dice que la *Phirena* se ha convertido en humo, pero que pronto volverá a llamear y que la suerte de Goraki cambiará con ella. A veces, la gente asegura haberla visto, pero creo que la mayoría no lo consideran más que un mito.

Hace una pausa y me observa, pensativa.

—De todos modos, tú me recordabas a esa leyenda, con esos ojos tan brillantes, tu corona de cenizas y tu madre, la reina de Fuego. Todo el mundo te llamaba señorita Thora, pero para mí siempre fuiste la dama de humo. Sabía que era cuestión de tiempo que tus rescoldos prendieran de nuevo, que volvieras a arder con el resplandor suficiente para escapar de él.

Siento un nudo en la garganta y el escozor de las lágrimas.

—A veces sentía que te odiaba —admito—. Quería que hicieras algo, que me ayudaras, que me salvaras. No creo que me diese cuenta de que eras tan prisionera como yo. Y hasta que Erik no me lo dijo, no supe que el káiser... —me interrumpo. Soy incapaz de decirlo, pero ella entiende a qué me refiero.

—Que compartí su lecho —dice, y niega con la cabeza—. No, eso no suena correcto. Suena a que yo tuve elección, aunque supongo que tú entiendes lo que quiere decir eso mejor que los demás.

—No me tocó —le aseguro—. No de ese modo.

Ella exhala despacio.

—Siempre me sentiré agradecida por eso —reconoce—. Me atormentaba el día en que eso sucediera. Me gusta pensar que, de algún modo, lo habría evitado, que habría encontrado la forma de sacarte de allí antes de que pasara, pero no sé si eso es verdad. Para nosotras no había escapatoria, no hasta que tú misma te labraste el camino.

Coloca una mano sobre la mía y me la estrecha. Sus dedos no son más que huesos, como los de la kaiserina, pero están cálidos. Está viva y yo también lo estoy, y a veces la kaiserina tiene razón y con eso basta.

—Estoy orgullosa de ti, mi *Phirena*. Quizá seas lo bastante valiente... Y lo bastante insensata para triunfar.

## Pícnic

La palabra «pícnic» no significa lo mismo en Sta'Crivero que en Ástrea. En mi país, un pícnic era sinónimo de una manta a la sombra de un árbol, una cesta con comida para picar y una jarra de zumo de frutas; era sinónimo de pasar el día retozando bajo el sol.

Sin embargo, en Sta'Crivero es tan complicado como todo lo demás. La única diferencia con un banquete tradicional es que un pícnic se celebra en el exterior. Han dispuesto una pesada mesa bañada en oro con lujosas sillas encima de una duna de arena, en el exterior de los muros de la capital. Una amplia tela protege a los comensales de los implacables rayos del sol, y dos sirvientes que hay cerca de nosotros mueven grandes abanicos de tela para que la temperatura sea soportable. Los platos y utensilios son también dorados y están decorados con joyas. La comida consiste en un menú de cinco platos que incluye un pavo entero, lo que resulta excesivo, teniendo en cuenta que solo somos cuatro, tres de nosotros mujeres vestidas con los apretados corsés de los atuendos sta'criverianos. Apenas nos dejan respirar, así que ni mucho menos comer.

El canciller Marzen ha dispuesto este encuentro privado conmigo, aunque me pregunto cuánto habrá pagado al rey Etristo por ello. Si no fuese por la presencia de Veneno de Dragón y de *Salla* Coltania en calidad de carabinas me sentiría como una cortesana cuya compañía puede alquilarse por horas.

—Estáis despampanante con ese color, reina Theodosia —me halaga el canciller mientras me llena la copa de agua con limón, pese a que solo le he dado unos cuantos sorbitos.

Echo un vistazo al vestido que Marial ha elegido para el día de hoy, que es de gasa azul pálido. Este nunca ha sido mi color. Cress solía decir que yo estaba

hecha de fuego y ella, de hielo, por la forma en que nos vestíamos: yo con colores cálidos y ella, con fríos.

—Gracias —es lo único que se me ocurre.

Veneno de Dragón me da un codazo más fuerte de lo necesario y señala con la cabeza al canciller, que aguarda expectante.

—Oh —exclamo al darme cuenta de lo que se me ha olvidado—. Vos también estáis muy apuesto, canciller Marzen.

Pero, por supuesto, el comentario es demasiado tardío y poco entusiasta y no parece sincero. Sin embargo, no creo que importe: el canciller ya está encantado de sobra con su propia compañía. Apenas me necesita a mí.

Se aclara la garganta y mira a mi tía y a su hermana antes de volver su atención de nuevo hacia mí y de bajar la voz.

—Espero con ganas la oportunidad de conoceros mejor —añade, con un tono de voz que hace que el comentario se deslice sobre mi piel como si de grasa se tratara.

—Y yo a vos —respondo en un tono de voz neutral—. ¿No es ese el propósito de estas reuniones, canciller? ¿Que nos conozcamos mejor?

—Por descontado —interviene Coltania con una sonrisa cegadora, toda dientes blancos y labios rojos. Recorre distraídamente el borde del plato dorado con los dedos, que lucen una manicura perfecta—. ¿Sabéis? Marzen y yo no teníamos todo esto cuando éramos pequeños.

—Coltania —dice el canciller, con la voz cargada de advertencia.

Pero ella se echa a reír y le da a su hermano un codazo juguetón.

—Vamos, si el pueblo te eligió a ti es porque se identificaban contigo —le espeta antes de volverse hacia mí—. Nos criamos en una granja, si es que se le puede llamar así. Había animales, sí, pero la mayoría eran demasiado viejos o estaban demasiado enfermos como para servir de mucho.

—Lo siento —contesto, porque me parece lo único que puedo decir.

Ella se encoge de hombros.

—Era la única vida que conocíamos —continúa—. Era lo normal. Mi madre murió al dar a luz a un tercer bastardo, y eso resultó ser lo mejor que podía pasarnos.

—Coltania —repite el canciller con un tono más cortante.

Pero ella lo ignora.

—Él no lo cuenta así en sus sentidos discursos, pero es la verdad —prosigue—. Tras su muerte, Marzen y yo, que debíamos de tener nueve y diez años, respectivamente, nos marchamos de aquella choza y nos fuimos a la ciudad a

probar suerte. Marzen siempre ha irradiado carisma. Se las arregló para conseguir puestos de aprendiz, por encima de muchachos mucho más cualificados. Primero fue con un herrero, ¿verdad? —pregunta—. Llegabas a casa sudado y perdido de carbón.

El canciller asiente, aunque su mirada parece distante.

—Y luego con un platero —añade.

—Ninguno de esos dos oficios se te daba muy bien —opina ella con una carcajada—. Pero hiciste amigos. Eso sí que se le ha dado siempre bien —nos dice a Veneno de Dragón y a mí—. Pero a mí no. No suelo caer bien a la gente.

—No les gustas —coincide Marzen, pero con amabilidad—. Dices lo que piensas y eso los hace sentirse incómodos.

Coltania reflexiona y luego se encoge de hombros.

—Bueno —exclama—. A mí tampoco me gusta la mayoría de la gente precisamente porque no dicen lo que piensan. Pero no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata? —interviene Veneno de Dragón con tono aburrido.

Coltania sonrío de nuevo, pero esta vez hay un matiz de dureza y ferocidad. Ni siquiera mira a Veneno de Dragón, toda su atención está centrada en mí.

—A los demás gobernantes que han venido se lo dieron todo —responde—. Sus coronas son un derecho de nacimiento, no se las han ganado. Ninguno de ellos ha sufrido como nosotros, así que nadie puede comprenderos a vos tan bien como nosotros.

No me aparto ante la intensidad de sus ojos, aunque es lo que quiero hacer. Su mirada desprende una suerte de avidez, como si quisiera tragármeme entera si eso le asegurase que jamás volvería a pasar hambre. Debería asustarme, pero no es así. Reconozco esa mirada. Estoy segura de que ha sido también la mía más veces de las que puedo contar.

—Somos como hermanas, ¿no creéis? —pregunta.

Si tenemos en cuenta que no hemos hablado más de cinco minutos en total, la palabra «hermanas» se me antoja un poco excesiva, pero respeto su táctica. Ella no puede saber que esa palabra me eriza la piel, que me recuerda a la última chica que me llamó hermana.

Me obligo a no pensar en Cress, no aquí, ni ahora. No puedo echarla de menos, ni tampoco sentirme culpable. No me cabe duda de que, dondequiera que esté, ella no me echa de menos a mí.

—¿Qué significa vuestro título, *Salla* Coltania? —le pregunto para cambiar de tema—. He oído que los demás lo usan, pero me temo que no sé de dónde viene.

Ella sonrío.

—Solo es una forma de dirigirse a mí, como «señorita» o «doña» —explica.  
—Es algo más que eso —se ríe Veneno de Dragón—. Es una forma honorífica orianí. Significa que es una experta en su campo.  
—Oh —repongo, sorprendida—. No lo sabía, *Salla* Coltania.  
Ella niega con la cabeza. Se ha sonrojado.  
—Es una estúpida formalidad.  
—Y ¿en qué campo sois experta?  
—En la ciencia —responde el canciller Marzen—. Estudió con las mejores mentes del mundo para aprenderlo todo sobre biología, química y otras cosas que no sé ni pronunciar. —Su sonrisa de falsa modestia es tan encantadora y medida como todo lo demás en él.  
—He de admitir que no sé mucho sobre ciencia —reconozco mientras me inclino hacia delante.  
—Es bastante aburrido —se ríe el canciller—. Ha ahuyentado a todos sus pretendientes con sus charlas sobre componentes químicos. Es toda una habilidad.  
—Una de la que hago uso a propósito —replica ella, pero con una sonrisa más cálida—. Nosotras las mujeres debemos tener nuestras armas en este mundo, ya sean las mentes, los puños, las artimañas o las lágrimas.  
Mi propia sonrisa parece ahora más sincera. Levanto mi copa de vino.  
—No podría estar más de acuerdo —digo.

—Él no me gusta —le confieso a Søren esa tarde mientras paseamos por el jardín de la terraza de palacio.

Me ha contado que este lugar es conocido en todo el mundo. Entiendo por qué: hay más flores de las que puedo nombrar; un prisma de colores que no sabía que podía existir en la naturaleza. Lo recorren caminos pavimentados de oro que se retuercen en un verdadero laberinto de follaje y los rayos del sol penetran a través de las ramas de los árboles. Una compleja red de tuberías se extiende por encima del jardín como un dosel, desde la que desciende un flujo constante de neblina para contrarrestar la sequedad del aire de Sta'Crivero. Søren y yo estamos solos.

—¿El canciller? —pregunta con el ceño fruncido—. No parece tan horrible. Es ambicioso, no hay duda, pero eso no es un rasgo negativo.

—No es negativo en sí mismo —concedo, mientras me detengo a examinar un grupito de flores blancas en forma de estrellas. Son preciosas, pero no huelen a nada. Me incorporo y me cojo de nuevo del brazo de Søren—. Pero hay algo en



él y en su hermana que me perturba. Son un equipo. Él es agradable y tiene buena conversación, pero ella es como un perro de presa cuando el encanto de él no es suficiente. No creo que ninguno de ellos sepa funcionar sin el otro.

—¿Crees que hay algo inapropiado entre ellos?

Tardo un momento en comprender qué insinúa. Arrugo la nariz.

—No, por los dioses, no quería decir eso. Solo que son como las dos mitades destiladas de una misma persona.

Se queda en silencio unos instantes.

—Corrían algunos rumores respecto a las elecciones que ganó, aunque estoy seguro de que a mí me llegaron retorcidos y manipulados —confiesa con cautela.

—¿Qué clase de rumores?

Se encoge de hombros.

—Sobornos, amenazas... Los más descabellados hablaban de asesinos a sueldo. Se dice que ella le allanó el camino hasta la cancillería y que está cubierto de sangre y avaricia. Pero dudo de la veracidad de la mayoría de las afirmaciones: en Oriana tienen muchos enemigos. Muchas de las familias ricas más antiguas todavía se indignan al pensar que un joven advenedizo haya llegado al puesto más alto del país. Los rumores suelen tener solo una pizca de verdad, y tampoco siempre.

—Creo que eso lo sabemos mejor que nadie, si tenemos en cuenta lo que la gente va diciendo sobre nosotros —apunto entre risas.

Durante un momento, parece que Søren quiera decir algo, pero al final solo niega con la cabeza, como si estuviese apartando el pensamiento de su mente.

—¿Tienes algún favorito? —me pregunta. Gruño a modo de respuesta, así que la reformulo—. ¿Hay alguno que no te parezca tan horrible como esperabas?

Pienso en la respuesta.

—Conozco a Erik, confío en él más que en los demás, y él aceptaría una alianza sin matrimonio. Pero no conseguiríamos nada con ella: Goraki quedó demasiado debilitado tras la invasión kalovaxiana. No pueden protegerse a sí mismos, así que mucho menos declarar la guerra a otro país.

Aunque ya sabía que era cierto, se me cae el alma a los pies cuando Søren no me contradice.

—De entre los pretendientes que tienen el poder suficiente para ayudarme a recuperar Ástrea, prefiero al archiduque —continúo, aunque solo con decirlo en voz alta me entran ganas de vomitar—. Haptania tiene un ejército lo bastante grande como para ayudarme, y él me trata con más respeto que los demás. Creo

que, a largo plazo, podríamos ser amigos.

Sin embargo, soy incapaz siquiera de pensar en lo que significaría unir nuestros países, darle a él y a su patria una parte del control sobre la mía.

Søren reflexiona unos instantes y arruga la frente, concentrado. «Este es el aspecto que tiene en el campo de batalla —pienso—, cuando inspecciona el terreno y piensa en estrategias.» Cuando se vuelve para mirarme con esa misma intensidad, siento un aleteo en el estómago. Por un instante me siento como si volviéramos a estar en Ástrea, antes de que nos traicionásemos y salásemos la tierra que hay entre los dos.

«Este es el aspecto que tenía en Vecturia antes de dar la orden de utilizar a mi pueblo como arma.» Aparto la vista.

—¿Existe alguna opción que no incluya el matrimonio? —le planteo, aunque sé que si así fuera ya me lo habría dicho. Pero no pierdo la esperanza.

Él lo piensa. Pasamos bajo la sombra de un árbol y él alarga una mano para acariciar las hojas.

—Hipotéticamente —dice—, si aceptases los pocos guerreros que Erik puede ofrecerte, más, quizá, el sesenta por ciento de la tripulación de Veneno de Dragón que pudieras convencer de seguirte (y eso es ser optimista)... No, no basta. No es ni la mitad de lo que necesitas. Ni un cuarto.

Me froto las sienes y cierro los ojos con fuerza, como si así pudiese aislarme de la realidad.

—Entonces supongo que elegiré al archiduque, a no ser que se me presente otra opción.

Él duda.

—¿Y si... y si yo fuese una opción? —pregunta.

Me echo a reír.

—Søren, no es cosa de broma —contesto.

Se detiene de golpe y me agarra del brazo con sus dedos encallecidos, de forma que no tengo más remedio que mirarlo a los ojos.

—No estoy de broma. Ese era tu plan original cuando estábamos en Ástrea, ¿no? Dividir a los kalovaxianos para que algunos me siguiesen a mí y otros a mi padre.

—Era un poco más complicado —repongo—. Y la otra parte del plan era matarte para que estallase una guerra civil, por si te habías olvidado.

Él hace una mueca.

—Esa parte no me apasiona.

Niego con la cabeza.

—La mitad de los kalovaxianos creen que eres un traidor, y la otra mitad piensan que eres tan débil que una muchacha te capturó. ¿Recuerdas lo que dijo Mattin en el barco? Pensaba que yo te había hechizado. Estoy segura de que no era el único que lo cree.

Reflexiona con una gran serenidad reflejada en sus facciones.

—Hay hombres junto a los que pasé años luchando que quizá me sean todavía más leales a mí que a mi padre —insiste—. Puedo escribir una carta. No perdemos nada.

—Podemos perder si dice a nuestros enemigos dónde estamos y qué hacemos aquí —apunto—. El káiser le ha puesto precio a mi cabeza, Søren, y si llega a sus oídos que estoy aquí no creo que ni Etristo sea capaz de protegerme, sobre todo si se entera de que tenemos la intención de robarle su parte de mi dote.

—Podemos probar por otras vías —señala—. Podemos mandar las cartas con diversos mensajeros para que no puedan interceptarlas.

—¿Y qué sacaríamos de todo ese esfuerzo? Unas pocas docenas de guerreros? Sigue sin ser suficiente.

Enmudece unos instantes, pero su mirada no pierde intensidad.

—Es que no quiero que tengas que hacerlo —reconoce al fin—. No quiero que te cases con ninguno de ellos.

—Y yo que pensaba que el archiduque te caía bien... —respondo, con voz desenfadada y juguetona—. Lo tienes idealizado.

—Es un guerrero brillante —concede Søren antes de bajar la voz—. Pero eso no quiere decir que te merezca.

Sus palabras me dejan sin respiración, me aturden y me enfurecen a la vez. Al final prevalece la ira, porque es mucho más sencillo así.

—No soy un premio que nadie merezca —le espeto con dureza—. Puede que el rey Etristo me trate así, pero esperaba más de ti.

—No lo decía en ese sentido —contesta, y suspira—. Pero ha sido... difícil verlos a todos competir por ti, aunque sé que solo se pelean por un país lejano, por gemas y por dinero. Hasta ahora me he mordido la lengua, Theo, y no pienso volver a decir otra palabra después de esto, te lo prometo, pero tienes que saber que me está volviendo loco.

Durante unos instantes no se me ocurre absolutamente nada que decir. Pensaba que estábamos en el mismo bando, que lo que hubo entre nosotros estaba enterrado a tanta profundidad que podíamos ignorarlo. No me gusta que me recuerde que hace muy poco tiempo pensaba que me estaba enamorando de él, que incluso ahora tenga el poder de acelerar los latidos de mi corazón, de darle la

vuelta a todos mis pensamientos.

Al ver que tardo en responder, Søren da un paso hacia mí y me agarra con más fuerza. El olor a madera y mar todavía sigue pegado a su piel, y pese a todas las razones por las que no debería, me descubro acercándome a él. Su boca está tan cerca que huelo el café de su aliento, tan cerca que solo tendría que levantar un poco la cabeza para que sus labios se encontrasen con los míos. El deseo de hacer precisamente eso me abrumba, pero, en lugar de hacerlo, le pongo una mano en el hombro y lo aparto de un empujón.

—Fingía, Søren —digo en voz baja, aunque soy incapaz de mirarlo a los ojos—. Fingí todo el tiempo. Te vi, supe lo que querías y me convertí en eso. Pero esa nunca fui yo. Aquella chica no era más que humo y espejos.

Él hace una mueca de dolor, y entonces se coloca su máscara. Da un paso atrás y me suelta el brazo. De repente, la piel que él tocaba está demasiado fría, incluso bajo el calor sta'criveriano.

—Como te he dicho —responde en tono cortante—, volveré a morderme la lengua.

Me deja allí plantada en el jardín, sola. La ira que sentía se disipa al instante, pero no estoy segura de cómo describir la sensación que la sustituye. Es como bajar por las escaleras pensando que hay un escalón más de los que hay. De repente, todo mi mundo parece torcido. No le he dicho ninguna mentira, es más, puede que sea lo más honesto que le he dicho nunca, pero todas esas palabras tenían mal sabor.

## El entrenamiento

La espada que esgrime ante mí no está afilada, pero si me golpea de verdad me dolerá de todos modos. Agacho la cabeza y levanto un brazo para protegerme. La hoja me da un porrazo sordo que estoy segura que me dejará un moratón.

—¡Ay! —me quejo y aparto la espada de Artemisia.

Hemos venido a mi habitación después de almorzar. Por fin estamos dando una de esas lecciones de las que hablamos en el *Humo*. Mis aposentos no son el mejor sitio, con todos esos muebles tan grandes y pesados, pero nos las hemos arreglado para despejar un espacio lo suficientemente grande para que las dos podamos movernos. No me hacía muchas ilusiones respecto a mis habilidades con la espada, aunque esperaba que Artemisia fuese un poco más indulgente al principio.

Pero no he tenido esa suerte. Ni siquiera quería que usáramos espadas de entrenamiento, aunque me alegro de haber insistido. Si hubiesen estado afiladas ya me habría matado. Ahora estoy en el suelo junto a la chimenea y ella está de pie delante de mí, con una mano en la cadera y la otra sujetando la espada como si fuese una extensión de su brazo.

—Ahora ya no tienes brazo —dice aburrida—. Aunque no es el que usas para empuñar el arma, así que supongo que técnicamente todavía tendrías una oportunidad.

¿Una oportunidad? No tendría ninguna ni aunque tuviese cuatro brazos.

—Me rindo —le digo—. ¿Podemos empezar por el principio? ¿Cuál es la postura adecuada? ¿Cómo tengo que coger la empuñadura?

Ella arquea una ceja con desdén.

—Vale —acepta, con la voz colmada de desprecio—. Levántate.

Es más difícil hacerlo que decirlo. Ya me ha dejado su marca en las dos piernas y en el brazo izquierdo. Cuando intento ponerme de pie, todos mis músculos chillan. Al menos me ha traído una muda de ropa del *Humo*; con uno de mis rígidos y adornados vestidos sta'criverianos no creo que fuese capaz ni de levantar la espada. Es mucho más sencillo moverse con mallas y una túnica, aunque me cuesta imaginarme luchando todavía peor que ahora.

—Separa las piernas al ancho de los hombros —ordena Artemisia, que me patea las pantorrillas hasta que separo los pies lo suficiente—. Adelanta uno un poco para mantener el equilibrio.

Le hago caso, aunque me siento un poco ridícula. Ella me examina con mirada crítica y luego me da un empujón con la mano que tiene libre. Me tambaleo, pero me las arreglo para no perder el equilibrio. Ella asiente.

—No está mal —dice—. Ahora levanta la espada.

La obedezco y ella me coge la mano para ajustarme los dedos en la empuñadura. Me resulta incómodo, pero ahora la sostengo con más firmeza que antes. Es más grande que mi daga y mucho más pesada, pero Art dice que es un buen tamaño para empezar.

—Cuando te defiendes, tienes que cruzar el cuerpo con la espada. Imaginemos que el ataque viene desde arriba. —Me coloca la mano de forma que el arma queda por encima de mi cabeza, paralela al suelo—. Luego irán a por tu pierna izquierda —continúa, y mueve la espada cruzando mi torso hasta que queda frente a mi pierna izquierda, ligeramente ladeada—. Si atacas desde fuera, solo conseguirás que tu contrincante acerque más la espada a ti, que es precisamente lo que no buscamos.

—¿No me podrías haber explicado todo esto antes de llenarme de moratones?

Ella esboza una sonrisilla.

—Creí que ayudarían a que te tomaras la clase más en serio. ¿Empezamos de nuevo?

—Supongo que no nos queda otro remedio —acepto y suspiro—. ¿No me vas a enseñar a atacar?

—Pues claro que sí —contesta y se encoge de hombros—. En cuanto le hayas cogido el truco a lo de defenderte. Paso a paso.

Esta vez consigo esquivar un par de estocadas antes de que me golpee en un codo con la espada con tanta fuerza que siento el dolor en todo el cuerpo. Suelto el arma, que cae al suelo con un repiqueteo.

—Me parece que lo estás disfrutando —mascullo, aferrada al dolorido codo.

Artemisia no lo niega; le brillan los ojos. Me devuelve la espada con la

empuñadura por delante.

—Mi madre no era una profesora muy paciente. Mi aprendizaje consistió sobre todo en aprender de mis errores.

—Bueno, si tus habilidades son el resultado, funciona —respondo—. Eres una de las mejores espadachinas que he visto en mi vida.

Puede que sea la primera vez que consigo que Artemisia sonría de forma genuina, sin un aire burlón o sarcástico o por la desgracia de alguien más. Es una sonrisa pequeña y arisca, casi tímida, aunque esa no usaría esa palabra para describirla a ella.

—En realidad, mi madre nunca supo muy bien qué hacer conmigo —confiesa—. Pensaba que si conseguía ser lo bastante buena, lo bastante fuerte y dura, acabaría sintiéndose orgullosa de mí. Pero creo que esa posibilidad murió con mi hermano.

Su hermano, el que falleció en las minas. El guardia que lo asesinó fue la primera persona a la que Art mató, aunque, sin duda, no fue la última.

—Lo siento.

Vuelve a encogerse de hombros, pero se nota que está tensa y sus movimientos son rígidos y violentos.

—De todos modos, por aquel entonces dejé de buscar la aprobación de mi madre, así que llegamos a un punto muerto. —Me mira con el ceño fruncido—. La cháchara no va a hacer que mejores, ¿sabes? Vamos otra vez.

Yo preferiría seguir hablando, pero alzo la espada y corrijo mi postura, aunque me empieza a temblar el brazo por el peso.

Esta vez, cuando me ataca, parece hacerlo con una dosis añadida de ímpetu, y aunque consigo parar el golpe, su fuerza me hace retroceder. No me da tiempo a recuperarme, porque da un paso al frente y vuelve a embestirme, esta vez en la cadera derecha. Lo paro y retrocedo otro paso, pero se me enreda el pie en el borde de la alfombra y me caigo hacia atrás, sentada.

—¿Ayuda? —pregunto mientras me pongo de pie—. ¿Ayuda pegarle a alguien en lugar de hablar?

Me fulmina con la mirada.

—¿Quieres probarlo? Si lucharas la mitad de bien de lo que hablas ya habríamos mejorado un poco.

Me arden las mejillas.

—Se supone que las reinas deben hablar mejor de lo que luchan —puntualizo—. Algún día, Ástrea ya no estará en guerra y necesitará una líder.

—Mejor tú que yo —replica—. Otra vez.

Gruño.

—Necesito un descanso y un vaso de agua —contesto—. Dame diez minutos. Ella aprieta los labios.

—Cinco —concede, aunque, por suerte, deja la espada en el suelo y se sienta en el sofá que hemos apartado contra la pared.

Me dirijo a la jofaina y lleno un vaso de agua para cada una. Le paso el suyo y me siento a su lado.

—Søren se está poniendo difícil. —Las palabras salen solas, pese a que en realidad no quería decirlas. Su confesión en el jardín todavía me pesa sobre los hombros, y no tengo a nadie más con quien hablar de ello. Con Blaise y Heron no puedo, de eso no hay duda, y la sola idea de confiar en Veneno de Dragón es ridícula. Doy otro sorbo de agua y continúo—: Pensaba que todo estaba bien entre nosotros, pero ayer me dijo que no quería que me casase con nadie porque todavía siente algo por mí.

Artemisia da un largo trago de agua y me mira de hito en hito por encima del borde del vaso.

—¿Y? —me pregunta cuando termina. Se limpia las gotitas de agua del labio superior con la manga—. No esperarás que te pregunte cómo te hace sentir eso. No sé cómo enfatizar lo suficiente lo poco que me importan tus sentimientos, Theo.

—Solo estaba charlando —digo, mientras intento disimular que estoy dolida—. Es lo que hacen las amigas.

Ella se ríe por la nariz.

—No somos de esa clase de amigas —responde. Luego me mira fijamente, como si pudiese ver a través de mí, hasta el corazón—. No soy ella, ¿sabes? No soy tu amiga kalovaxiana.

Artemisia sabe cómo se llama Cress, pero no tiene intención de pronunciar su nombre. Casi me alegra que no lo haga, porque no sé si podría mantener una expresión neutral. Incluso ahora, titubeo.

—No he dicho que lo fueras —replico—. Solo quería decir que...

—Lo que me preocupe por Søren se limita al uso que pueda hacer de él —aclara—. Si quieres que hablemos sobre las alianzas que pueda tener con otros países, o sobre la información de que disponga sobre las estrategias de batalla de los kalovaxianos, te escucharé de mil amores. Pero si quieres ponerte poética con sus músculos, sus ojos, o vete a saber qué tontería que te parezca atractiva, te recomiendo que te busques a otra persona. O, mejor aún, que te lo guardes para ti. Te hace parecer una chica débil de dieciséis años, y no es esa la imagen que



quieres dar a quienes recurran a ti como líder.

Sus palabras se me clavan y me duelen. Dejo el vaso de agua sobre la mesa y recojo la espada.

—Vamos otra vez —le digo.

Sonríe, se pone de pie y recoge su arma.

Vuelvo a perder, pero esta vez me las arreglo para atestarle con torpeza unas cuantas estocadas antes de que ella me dé un fuerte golpe en el hombro.

—Eso está mejor —afirma, y asiente satisfecha—. Voy a tener que irritarte más a menudo.

Resoplo.

—No creo que sea posible.

Nos interrumpe un fuerte golpe en la puerta. Me quedo paralizada y el pánico me embarga, pero Artemisia se echa a reír.

—Tranquila —me dice—. No estamos en Ástrea. No estamos haciendo nada malo.

Esbozo una media sonrisa.

—Aun así —contesto—. No creo que luchar con espadas sea el tipo de comportamiento que el rey Etristo cree que debe tener una señorita.

Ella niega con la cabeza.

—Por los dioses, menos mal que no tengo que pasar con él tanto tiempo como tú. Creo que lo mataría.

Lo dice de forma despreocupada, pero no puedo evitar preguntarme si lo dirá en serio.

—Debe de tener más de ochenta años —le comento mientras me dirijo hacia la puerta—. No sería un combate justo.

Abro la puerta y me encuentro a una sirvienta vestida con un uniforme de los colores del rey, blanco y naranja, que debe de costar más de lo que ella gana en un año. Abre mucho los ojos al ver lo que llevo puesto.

—¿Reina Theodosia? —pregunta aturdida.

—Sí, esa soy yo —respondo con una sonrisa que espero que la tranquilice. Sin embargo, parece tener el efecto contrario.

Me tiende una carta con manos temblorosas y la mirada fija en el suelo.

—De Su Alteza, el rey Etristo —añade.

—Gracias —contesto, y la cojo.

Se va a toda prisa antes de que pueda preguntarle si necesita algo más.

—Menuda ratoncita asustada —observa Artemisia desde detrás de mí. La ignoro y abro la carta con la uña del dedo meñique—. ¿Y bien? —pregunta.

La leo rápidamente. Es bastante corta.

—Querida reina Theodosya. Ha escrito mal mi nombre —protesto.

Ella se encoge de hombros.

—No creo que haya sido él. Supongo que la ha dictado.

Sé que es una nimiedad, y que no debería molestarme, pero me arrebataron mi nombre durante diez años. Ahora que vuelve a ser mío, verlo masacrado duele más de lo que esperaba. Pero continúo:

—Ha llegado otro pretendiente con la esperanza de cortejaros. Esta noche, durante la cena, conoceréis al jefe Kapil de las islas Vecturia.

—¿El jefe de Vecturia? —pregunta Artemisia con el ceño fruncido—. Pero debe de tener más de cien años. ¿Será uno de sus hijos?

—No es eso lo que dice —respondo, arrugando el gesto—. Parece que es el jefe en persona.

Artemisia reflexiona unos instantes.

—Bueno —dice—. Supongo que pasa un poco como el niño príncipe, ¿no? Dudo que el hombre sea capaz de consumir, así que por ese lado podrías tener suerte. —Consigue decirlo con una expresión seria, pero me doy cuenta de que se está aguantando la risa.

Cojo uno de los cojines del sofá y se lo lanzo, pero, por supuesto, se agacha ágilmente y lo esquiva, riéndose todavía más.

—Tampoco es que me vaya a servir de mucho —repongo—. Vecturia no tiene los recursos necesarios para enfrentarse a los kalovaxianos, sobre todo después de la batalla de hace unas semanas. Apenas pueden permitirse la suficiente comida, así que ni hablar de un ejército.

—Pero el jefe también debe de saberlo —puntualiza Artemisia—. ¿Para qué venir hasta aquí y pagar tanto si no tiene ninguna posibilidad?

—No lo sé —admito—. Pero supongo que esta noche lo descubriré.

## El asesinato

Marial ha tenido bastante trabajo para tapar las marcas que me ha dejado el entrenamiento con Artemisia, pero ahora apenas son visibles: están enterradas bajo tantas capas de cremas y polvos que mi piel no tiene un aspecto natural. Parezco una muñeca pintada y, además, pica muchísimo.

—Parad quieta —me espeta Veneno de Dragón mientras nos dirigimos al pabellón para cenar—. Y, por el amor de los dioses, intentad controlaros con el emperador.

Me arden las mejillas.

—Erik es un amigo.

—Un amigo inútil —replica—. Más os valdría dedicar vuestro tiempo a hacer amigos nuevos.

Me obligo a reprimir una mala contestación.

—¿Qué sabes del jefe vecturiano? —le pregunto para cambiar de tema.

Ella resopla con desdén.

—Es un viejo decrepito y bobo. No queréis casaros con él.

—No quiero casarme con nadie —le recuerdo—. Pero por Ástrea haré lo que sea necesario.

Ella me mira de reojo, sorprendida y con una media sonrisa.

—Buena chica —dice y abre la puerta del pabellón.

No sabe el efecto que esas palabras tienen sobre mí. No puede saber que eran las mismas que me decía el káiser cuando hacía algo que él aprobaba. No es lo mismo, lo sé, pero se le parece un poco.

Aparto esa sensación y la sigo al pabellón iluminado por velas, que tiene un aspecto casi idéntico al de anoche, con sofás y sillones dispuestos con gusto,

incontables cojincitos y lámparas de papel que cuelgan del techo de tela.

Los pretendientes también están en los lugares habituales, pero esta noche son más.

Ha venido la emperatriz Giosetta, que está sentada en una esquina junto a una joven con el cabello trenzado. También han venido algunos de los reyes esstenianos, todos pelirrojos, que están discutiendo sobre cuál de ellos se puede beber el vino que queda en la botella con tanta ferocidad que temo que acaben a golpes. Erik y Hoa están sentados al otro lado de la sala con sus túnicas tradicionales gorakíes, y un desconocido calvo, con la piel cobriza y nariz aguileña está solo cerca de ellos. Lleva un quitón amplio de color marrón que me recuerda a los de estilo astreano, pero es mucho más sencillo, sin colores ni adornos. Debe de ser el jefe Kapil. Es tan viejo como Artemisia sugirió, pero lleva los años mucho mejor que el rey Etristo. Pese a que será al menos una década mayor, sus movimientos gozan de una vivacidad de la que el rey carece.

Todos los pretendientes se ponen de pie al verme, incluso el jefe Kapil, pese a que tiene que apoyarse pesadamente en su bastón para hacerlo. El único que no se levanta es el rey Etristo, que está adormilado en su silla. Rezo a los dioses para que no se despierte antes de que termine la noche. Si tengo que volver a oírlo llamarme «querida» no sé si seré capaz de morderme la lengua.

—Sentaos, por favor —digo con una sonrisa—. Los que no estuvisteis aquí anoche, sabed que se trata de una cena casual. Solo es una oportunidad para que nos conozcamos un poco mejor y nos aseguremos de que nuestros intereses coinciden. —Señalo a Veneno de Dragón con la mano—. Mi tía y yo pasaremos tiempo con todos, aunque sois muchos y yo solo soy una, así que igual tardamos un ratito. Por suerte, el rey Etristo ha tenido la generosidad de ofrecernos lo que parece un delicioso banquete y una buena cantidad de vino.

El rey se mueve un momento en su silla al oír su nombre y luego se vuelve a dormir. Se oyen unas risas y Erik alza su copa de vino.

—Salud —me dice.

—¿Saludamos al jefe Kapil primero? —le pregunto a Veneno de Dragón—. Es el único al que no he conocido todavía.

—No, no —responde, moviendo la mano con desdén—. Empezaremos con los más importantes. Venid, vayamos a saludar a la emperatriz.

La sigo sin protestar. Aunque preferiría saludar al jefe y descubrir por qué ha viajado hasta aquí, también tengo curiosidad por charlar más con la emperatriz Giosetta.

Cuando llegamos hasta ella, nos sonrío y se pone de pie, seguida por la joven

que hay a su lado. Llevan dos vestidos a juego de seda de color verde azulado que se ajustan con elegancia en un hombro y dejan el otro desnudo, con un estilo parecido al de los astreanos. Sin embargo, mientras los últimos son ligeros y amplios, estos son más ajustados y están tan adornados que parecen más una armadura que un vestido. La emperatriz lleva la melena castaña y ondulada suelta y adornada con joyas.

—Reina Theodosia —me dice, y hace una reverencia que la muchacha intenta imitar—, os presento a mi hija y heredera, Fabienne.

Sonrío a la muchacha, que me devuelve la sonrisa.

—Encantada de conoceros —le contesto antes de presentar a mi tía—. Tenía ganas de conocer a otra soberana —añado cuando nos sentamos.

Ella se echa a reír.

—Sí, la cantidad de hombres que hay aquí es abrumadora, ¿verdad? —comenta—. Creo que por eso haríamos buena pareja. Me atrevería a decir que os respeto mucho más que el resto de los presentes.

—No lo dudo —repongo—. Pero tengo algunas preguntas.

Ella sonrío.

—¿Os gustaría saber si nuestro acuerdo sería de naturaleza romántica? —adivina. Asiento, mirando con incertidumbre a Fabienne, que no parece sorprendida—. Bien, yo me siento atraída tanto por hombres como por mujeres.

—Oh —respondo—. Yo... no.

—Es una pena —dice—. Pero nunca he tenido problemas para encontrar el amor, y estaría más que dispuesta a acceder a un acuerdo platónico si eso es lo que buscáis.

Sonrío y asiento, aunque la clave del asunto es que, pese a que podría estar satisfecha sin que compartiésemos un lecho, dudo que fuese tan comprensiva si le pidiera mantener soberanía exclusiva sobre Ástrea.

Veneno de Dragón se pone de pie y dice que debemos ir a charlar con los demás, así que me despido educadamente de Giosetta y Fabienne.

Veneno de Dragón me sorprende. En lugar de llevarme con el archiduque Etmond, los reyes esstenianos o el zar Reymer, como yo esperaba, se dirige hacia el jefe Kapil. Él, cuando ve que nos acercamos, parece tan sorprendido como yo. Hace un esfuerzo para apoyarse en el bastón y ponerse de pie, pero lo detengo.

—De verdad, jefe Kapil, no es necesario —le digo mientras me siento frente a

él—. No me gustan mucho las reverencias, y puedo pasar sin otra.

Me mira con alivio en los ojos y me coge la mano para besarme el dorso.

—Es un placer conoceros, reina Theodosia. He oído hablar tanto de vos que me siento como si ya nos conociésemos.

Otra vez esa desagradable sensación. Él ha oído hablar mucho de mí, pero lo único que yo sé sobre él es su nombre. Sin embargo, a diferencia de los demás, él no me mira con compasión.

—Sois una joven valiente —me halaga, sorprendiéndome—. Y soy consciente de que tengo una deuda de gratitud con vos.

Tardo un momento en comprender por qué se siente agradecido: por interferir con la invasión kalovaxiana de Vecturia.

—Solo siento no haber podido hacer más —contesto—. Me enteré de que quemaron vuestras reservas de comida. ¿Cómo está vuestro pueblo?

Su expresión se ensombrece y niega con la cabeza.

—Vecturia ha pasado por cosas peores que la hambruna; sobrevivirá.

Puede que Vecturia sobreviva, pero no todos sus habitantes correrán la misma suerte. Y fue Søren quien dio esa orden. Puede que le haya perdonado por muchos de sus pecados, pero algunos no me corresponde a mí perdonarlos.

—Ojalá hubiese algo que pudiera hacer —le digo.

—Bah —exclama, y se apoya en el respaldo del sofá—. Me preocupa más lo que yo pueda hacer por vos.

Trago saliva, recelosa del cariz que está tomando la conversación. Es lo suficientemente viejo como para ser mi abuelo, y una alianza con Vecturia no bastaría para recuperar Ástrea.

—No puedo casarme con vos —le digo con tanta amabilidad como puedo.

Se ríe bajito y me da unos golpecitos en la mano con la suya, que está arrugada y llena de manchas de edad.

—Lo sé, Majestad —conviene—. No todos los viejos buscamos niñas esposas para reencontrarnos con nuestra juventud perdida. Aproveché bien mi juventud, pero ya hace tiempo que quedó atrás. No tengo ningún deseo de robaros la vuestra.

—¿A qué habéis venido entonces? —interrumpe Veneno de Dragón.

Él no la mira; toda su atención está centrada en mí.

—Necesitaba conoceros —responde—. Necesitaba miraros a los ojos y deciros lo mucho que siento que Vecturia no ayudase a Ástrea cuando los kalovaxianos atacaron. Pasaré todos los días que me quedan de vida pagando por ese error. Me siento agradecido de que fuerais más valiente y más bondadosa que yo.

—Era la decisión correcta desde un punto de vista estratégico —repongo, incómoda con la forma en que me mira, como si fuese una especie de salvadora. No lo soy.

—En ese caso, fue una decisión valiente, bondadosa y también sabia —declara con una sonrisa—. No deseo casarme con vos, reina Theodosia, pero tenéis una alianza con Vecturia de todos modos, si así lo deseáis. Contad con nuestros ejércitos, por escasos que sean.

No me hace falta preguntarle a Søren para saber que sí son muy escasos. Fueron lo bastante fuertes para vencer a una facción de los guerreros kalovaxianos con la ventaja de estar en su propio territorio, pero no lo bastante como para llevar a cabo un ataque. Sin embargo, lo que este gesto significa para mí es indescriptible.

El jefe Kapil se marcha poco después: su país no puede permitirse que pase más de una noche en Sta'Crivero. Siento que haya tenido que gastar dinero por una conversación tan corta, pero él no quiere ni oír hablar de ello. Me promete que seguiremos en contacto y se lleva mi mano a los labios para besarla.

Me descubro triste por su marcha. Cuando se va, me dirijo hacia el archiduque Etmond, y Veneno de Dragón no intenta disuadirme. Estoy segura de que aprobaría el compromiso: Etralia es un país rico con una fuerte presencia militar y supongo que el hecho de que la compañía del archiduque no me haga sentir asfixiada es un beneficio añadido.

—Esperaba tener la oportunidad de hablar con vos esta noche, Majestad —dice el archiduque en voz baja—. Me temo que todo este asunto es... Bueno, no es fácil para mí, y dudo que lo sea para vos.

Esbozo una débil sonrisa.

—Es abrumador, sí —admito.

Su sonrisa se relaja un poco.

—Mi hermano me envió —reconoce—. Y creo que para él era más una especie de broma que otra cosa. No soy... Nunca se me ha dado bien hablar con la gente, ¿sabéis? Y las mujeres... —se interrumpe y niega con la cabeza—. Estoy seguro de que cree que volveré rechazado y avergonzado.

No lo dice para buscar mi compasión; solo afirma un hecho objetivo. Antes de que pueda decirle nada para tranquilizarlo, continúa:

—Pero... ¿me equivoco al decir que no buscáis un compañero en el sentido romántico? —pregunta.

Veneno de Dragón se queda quieta a mi lado, pero la ignoro y me acerco al archiduque.

—No —respondo—. Tenéis razón. Pero el matrimonio parece ser la única forma de recuperar Ástrea, y haré lo que deba hacer.

Por primera vez desde que lo conocí, el archiduque me mira a los ojos y asiente antes de apartar la vista.

—Creo que podemos ayudarnos el uno al otro —dice en voz baja—. Necesitáis un ejército para derrotar a los kalovaxianos y yo tengo uno.

—Vuestro hermano tiene un ejército —puntualiza Veneno de Dragón.

Él niega con la cabeza.

—Mi hermano lleva la corona, pero su ejército me obedece a mí. Él lo sabe tan bien como todo el mundo y está satisfecho con ese acuerdo. Al fin y al cabo, casi nunca necesitamos usarlo. Hace años que no luchamos en ninguna guerra. Yo puedo conseguir tropas que luchen por vos.

—¿Cuántas? —inquiero.

—Las suficientes —contesta.

Intento mantener mis expectativas a raya, pero, pese a mis esfuerzos, siento un estúpido rayo de esperanza.

—¿Y qué necesitarías a cambio? —pregunto—. ¿La soberanía de Ástrea?

Él niega con la cabeza.

—No, no. Nada de eso. La idea de que la de Etralia recaiga sobre mí si mi hermano no consigue engendrar un heredero ya es lo bastante horrible. No. Hace algunos años, el theyn vino a visitar Etralia y mi hermano le regaló mi juego de ajedrez preferido. Un conjunto de siglos de antigüedad, tallado en ónice y en hueso.

Recuerdo ese ajedrez. Lo veía cuando iba a visitar a Crescentia: lo tenían en una estantería a modo de decoración, nunca lo utilizaban para jugar.

—Mi hermano se lo regaló para agraviarme —continúa el archiduque— y siempre me entristeció haberlo perdido. Según tengo entendido, el theyn está muerto.

—Queréis recuperar vuestro ajedrez —deduce Veneno de Dragón pausadamente, con incredulidad.

—Es una reliquia familiar —responde él—. La más valiosa para mí. —Se yergue y esboza una media sonrisa tímida—. Y, además, hace años que Etralia no lucha en una guerra. Creo que podría ser un desafío interesante.

Intercambio una mirada escéptica con Veneno de Dragón y asiento.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo —acepto.



Esboza una amplia sonrisa y hace una señal a una sirvienta que lleva una botella de vino. Es la misma muchacha asustadiza que me ha traído antes la carta del rey. Aquí parece incluso más incómoda: nos sirve dos copas del líquido rojo con manos temblorosas. Veneno de Dragón le hace un gesto para que no llene una tercera, puesto que su copa aún está medio llena. Cuando el archiduque me tiende una, fuerzo una sonrisa. En realidad, sé que no puedo beber ni una gota más. No he comido nada en toda la noche porque el vestido me aprieta demasiado, y ya noto que el poco vino que he bebido ya se me está subiendo a la cabeza.

—Por las nuevas amistades —dice el archiduque Etmond mientras alza su copa hacia mí.

Levanto la mía para brindar, pero cuando él se la lleva a los labios y da un sorbo, yo solo finjo darlo. He de controlarme para no saltar y gritar de alegría. Tengo ganas de tirarle el vino en la cara al rey Etristo y decirle exactamente lo que pienso de él. Quiero bailar hasta que me sangren los pies. Por primera vez en mucho tiempo, la esperanza que vive dentro de mí no es frágil. Se está haciendo más firme, más fuerte.

Abro la boca para dar las gracias al archiduque, pero antes de que pueda pronunciar las palabras, él adopta una expresión de desconcierto. Se agarra la garganta con las manos y abre mucho los ojos, presa del pánico. Se pone de pie de repente, golpeando la mesa; las copas caen al suelo y él se desploma sobre ellas.

Todo el mundo se pone de pie, pero yo sigo confusa y perpleja. Veneno de Dragón me agarra de la muñeca, me aparta y me hace daño al clavarme los dedos en la piel.

—¡Atrás! —grita una voz, que se alza sobre los murmullos de pánico. Coltania se dirige corriendo hacia el archiduque. Se mueve sorprendentemente rápido en ese vestido tan pesado. Se agacha con gracilidad junto a él, lo pone boca arriba y le palpa el pecho.

—No respira. Tendré que hacerlo por él.

Se inclina sobre el archiduque y pone los labios sobre los suyos; al principio parece un beso, pero no lo es. Infla las mejillas y luego veo cómo se inflan las de él. Después se aparta y repite el proceso.

Me suelto de golpe de Veneno de Dragón y voy hacia ellos, horrorizada al ver que la piel del archiduque se torna de color púrpura. Siento que estoy en un sueño; mi mente es incapaz de comprender lo que está sucediendo ante mis ojos.

—Theo —me llama una voz a través de la neblina. Es Erik, que da un paso

frente a mí y tapa al archiduque. Me coge de los hombros y me zarandea con suavidad, pero apenas lo siento. Apenas siento nada—. Theo, tienes que irte. Es veneno, y puede que haya más. El vino... ¿Has bebido?

Encuentro mi voz.

—No —respondo, aunque mi voz no parece mía—. No he bebido nada.

Erik asiente, aliviado.

—Tenemos que sacarte de aquí hasta que sea seguro.

Al fin lo miro a los ojos y comprendo lo que está diciendo y lo que no. Es veneno, pero quizá el objetivo no era el archiduque. No es su cabeza la que tiene un precio de un millón de monedas de oro. No es él a quien el káiser quiere vivo o muerto. Erik traga saliva con los ojos muy abiertos. Los dos sabemos que, tarde o temprano, el káiser siempre consigue lo que quiere, y que ningún decreto del rey Etristo podrá detenerlo.

Sin esperar respuesta, Erik me saca del salón y dejamos atrás el clamor y el pánico.

## Protección

El trayecto de vuelta a mi habitación pasa en un remolino. Sigo impactada; ni siquiera recuerdo haber subido en el elevador. Lo único en lo que reparo es en los latidos erráticos y atronadores de mi corazón, que me retumban en los oídos. Cuando llegamos a mis aposentos ya he empezado a recuperar la cordura, que se filtra como los rayos de luz a través de la densidad de un bosque.

—Está muerto, ¿verdad? —le pregunto a Erik, aunque mi voz suena muy lejana.

Se queda junto a la puerta con aspecto inseguro.

—Quizá lo haya salvado la hermana del canciller —sugiere, pero no creo que ninguno de los dos lo crea de verdad. Los dos hemos visto cómo al archiduque se le ponía la cara de color púrpura, y Coltania ha dicho que no respiraba. Cuando vi a la kaiserina caer de la ventana después del *maskentanz*, una parte estúpida y esperanzada de mí creía que sobreviviría, hasta que le vi la cara. Pero, igual que la confianza, esta estúpida esperanza es algo que ya no puedo permitirme.

En ese momento me doy cuenta de que Erik también está muy afectado. Se le da bien disimularlo; no en vano, en el campo de batalla habrá visto la muerte muchas veces. Sin embargo, esto es distinto: se suponía que el palacio era un lugar seguro. Si el káiser puede llegar hasta mí incluso aquí, ¿habrá algún lugar que lo sea mientras él siga con vida?

Aunque quizá no haya sido él. La sala estaba llena de miembros de la realeza, cada uno de ellos con sus conflictos y sus enemigos. El veneno no tenía por qué ser para mí. Sin embargo, ni siquiera al pensar eso se desvanece el rostro del káiser, que me acecha desde mi mente. Sigo sintiendo su aliento caliente y ebrio

sobre la piel. Cinco millones de monedas de oro si me recupera con vida, pero un millón si me matan. Un millón sigue siendo mucho.

—Debería quedarme un rato, hasta que estemos seguros de que la amenaza ha sido neutralizada —dice Erik. De repente, me pregunto si se habrá enterado de lo de la recompensa.

Durante un instante, me pregunto si puedo confiar en él, pero aparto esa traicionera idea de inmediato. Si Erik fuese leal al káiser no me habría traído a mi habitación, sino que habría aprovechado la confusión para sacarme de Sta'Crivero. Habría optado por los cinco millones de monedas de oro.

Me hundo en el sofá y el rígido material de mi vestido cruje con el peso.

—Me caía bien —le digo a Erik—. Al menos, mejor que los demás. Era... torpe, pero amable. No me miraba como si fuese un asado dispuesto en la mesa para él. Y... y me ofreció su ejército, sin más. Sin condiciones, sin pedir una parte de la magia, sin matrimonio, solo por un ajedrez suyo que tenía el theyn.

Hasta que no termino de hablar no me doy cuenta de que ya estoy hablando en pasado.

Erik niega con la cabeza y agacha la mirada.

—Con la fuerza del ejército haptaniano podríamos haber eliminado a los kalovaxianos en un mes.

¡Un mes! Se me cae el alma a los pies. En un mes podría haber estado de nuevo en Ástrea, sentada en el trono de mi madre. En un mes, podríamos haber liberado a mi país, y yo habría hecho que el káiser pagase por todo lo que nos ha hecho. Todo lo que siempre he querido estaba al alcance de mi mano y me lo han arrebatado.

Cierro los ojos, pero no hay forma de esconder las lágrimas que aparecen. Me aprieto los párpados y empiezo a sollozar.

«Estás llorando por tu propia pérdida y hay un hombre muerto —me reprendo—. Eres tan egocéntrica como el káiser.» Pero ese pensamiento solo me hace llorar con más fuerza.

Eric no sabe qué hacer (supongo que durante su adiestramiento no vio a muchas mujeres llorando), pero, tras unos instantes, se acerca y me acaricia la espalda con torpeza. Agradezco su intento de todos modos.

Se oyen unos estruendosos pasos y unos gritos de pánico tras la puerta. Todo el palacio debe de ser un caos.

—¿Tienes un arma? —me pregunta Erik en voz baja. No aparta la vista de la puerta.

Asiento, me pongo de pie y me dirijo hacia la cama. Saco la daga que había

metido bajo el colchón y se la enseño. Él la evalúa con la mirada.

—Muy bonita —afirma—. ¿Sabes usarla?

Recuerdo mis clases con Artemisia, pero de repente parecen estar muy lejos. Utilicé una hoja de otro tamaño que ni siquiera estaba afilada, y lo poco que aprendí en esa única lección ahora se me antoja inútil. Lo que Erik me está preguntando es si soy capaz de defenderme si nos atacan. Eso no sería un combate con espadas de entrenamiento, sino una cuestión de vida o muerte.

—Mejor que la tengas tú —contesto, se la doy y me vuelvo a sentar en el sofá.

Él gira la daga en sus manos y recorre la empuñadura afiligranada con los dedos.

—Qué delicada. Creo que se me partirá en dos si intento usarla.

Esbozo una débil sonrisa.

—Es más dura de lo que parece —respondo.

Se oyen más pasos fuera de la habitación, pero esta vez no se alejan. Erik está entre la puerta y yo con la hoja preparada, pero cuando se abre se hace a un lado.

Søren es el primero en entrar, seguido de Blaise, Heron y Artemisia. Los cuatro exhalan un suspiro de alivio al verme.

—Nos hemos enterado de que han envenenado a alguien en la cena —dice Blaise, jadeante—. Pensamos que...

No termina, pero no hace falta.

—Ha sido el archiduque Etmond —digo, y les cuento lo que ha pasado.

Søren traga saliva y me mira a los ojos.

—No tiene sentido —replica en voz baja—. Haptania no tiene muchos enemigos, y aunque así fuera, asesinar a Etmond no le serviría a nadie de mucho. Y si alguien lo quisiera muerto les habría resultado mucho más fácil hacerlo en Haptania, durante los meses que pasa en los barracones. En Sta'Crivero hay más seguridad.

—Nadie ha dicho que lo hayan asesinado —repite Heron, levantando las manos—. No deberíamos sacar conclusiones equivocadas. Podría haber sido por causas naturales.

—O igual el veneno era para Theo —sugiere Artemisia—. Es su cabeza la que tiene precio.

Erik los mira con el ceño fruncido y luego me mira a mí.

—¿Y estos quiénes son? —me pregunta.

—Ay, claro —digo, al recordar que Erik no conocía a Heron, Blaise y Art, aunque ellos sí que lo habían visto de lejos. Los presento con rapidez y les explico a qué ha venido Erik a Sta'Crivero.

—Yo no sé nada sobre venenos —le contesta Erik a Heron cuando termino—. Pero sé lo que he visto, y esa muerte no tenía nada de natural.

Heron abre mucho los ojos pero solo asiente de forma solemne.

—Y no creo que Etmond fuese el objetivo —opina Søren mientras me mira—. Artemisia tiene razón. De todas las personas que había en esa sala, tú eres quien tiene más números de serlo.

—Todos los presentes son importantes en sus países —protesto, aunque me tiembla la voz.

—Importantes, sí —conviene Artemisia—. Pero no se están interponiendo en los planes de nadie, ni son repudiados. A ninguno de ellos los habían amenazado en serio, y ni mucho menos habían ofrecido una recompensa por sus cabezas.

—Quizá no sepamos quién ha administrado el veneno, pero sí sabemos quién ha dado la orden —añade Blaise en voz baja.

El estómago se me encoge y me da vueltas pese a que no he cenado nada, y mi mente está abrumada por pensamientos en los que no quiero ni puedo obcecarme. Pensaba que aquí estaba a salvo, que el káiser no podría ponerme una mano encima. Pensaba que jamás volvería a tocarme. Era una esperanza estúpida y ahora ha muerto un hombre por culpa de ella. Por culpa mía.

Hasta medianoche no se oye un golpe seco y de talante oficial en la puerta. Todos hemos estado demasiado tensos para hablar, aunque Artemisia ha insistido en aprovechar el tiempo para practicar un poco más. Ha sido más divertido que nunca: todos observaban y daban su opinión sobre mi postura y mi técnica. Pero, al menos, me ha servido para distraerme.

Al oír el golpe todo el mundo se alarma y saca sus armas. Artemisia cambia su espada de entrenamiento por la de verdad.

—A la esquina del fondo —me ordena Blaise, y me apresuro a obedecerlo. El corazón me late desbocado, aunque soy consciente de que, por lógica, un asesino no se molestaría en llamar.

Por supuesto, cuando Heron abre la puerta, solo es uno de los guardias del rey. Sin embargo, incluso él parece al límite: mira a todas partes como si esperase que lo atacaran en cualquier momento.

—Reina Theodosia —dice mirándome. Si le parece extraño que esté hecha un ovillo en un rincón, lo disimula—. La amenaza ha sido eliminada. Si acudís al salón del trono junto al rey Etristo vos misma podréis ver al desalmado responsable.

## El interrogatorio

El guardia me conduce hasta el salón del trono. Søren, Erik y mis Sombras nos siguen de cerca. Debo de empezar a ser inmune a la opulencia de Sta'Crivero, porque apenas reparo en los frescos de las paredes, los suelos de mármol y los candelabros dorados y ornamentados del salón. Lo único que veo es un trono en el centro, tan descomunal que al principio ni siquiera distingo la débil figura del rey Etristo. Está casi hundido en un lujoso cojín de terciopelo.

Camino por el pasillo que hay entre las hileras de asientos. Noto la mirada de los pretendientes sobre mí. Debemos de ser los últimos en llegar, porque todas las sillas de la cámara de audiencia están ocupadas, excepto por unas pocas delante y una junto a la delegación gorakí en la que se sienta Erik. ¿Qué busca toda esta gente? ¿Dolor? ¿Miedo? Aunque siento ambas cosas, en realidad estoy sobre todo entumecida. Todos parecen desconfiados y recelosos, como si quienquiera que haya envenenado al archiduque esté sentado justo a su lado. Es una idea terrorífica que intento apartar de mi mente.

El guardia nos escolta hasta la primera fila de sillas. Nos sentamos; tengo a Søren a un lado y Artemisia al otro.

—Aquí estáis, querida —dice el rey Etristo con su sonrisa condescendiente habitual. Se yergue un poco en su trono—. Me complace anunciaros que hemos atrapado a la persona responsable del asesinato del archiduque.

Asesinato. Así que está muerto de verdad. El rayito de esperanza al que me aferraba se apaga por completo, se muere. No lo conocía lo suficiente como para llorar su pérdida, no después de todas las personas que me han arrebatado en esta vida, pero su desaparición es como un golpe en las costillas de todos modos. Aunque me odio por ello, lo que más lamento es la pérdida de su promesa.

Lamento lo cerca que he estado de recuperar Ástrea solo para que vuelvan a arrancármela de las manos.

—¿Quién es el responsable? —pregunto.

El rey Etristo da dos palmadas y otro guardia entra por la puerta que hay detrás del trono escoltando a una muchacha esposada. Tardo un momento en reconocerla: es la sirvienta de antes, la chica asustadiza que ha venido esta misma tarde a entregarme la carta y la que ha servido el vino para el archiduque y para mí. Sus ojos están todavía más colmados de terror; van hacia todas partes en busca de una cara amiga. No encuentra ninguna.

Me aclaro la garganta y miro al rey.

—Por descontado, confío plenamente en vuestro juicio, Alteza, pero ¿qué animosidad podría tener esta muchacha contra el archiduque?

El rey esboza una lúgubre sonrisa.

—Querida, eso es precisamente lo que hemos venido a averiguar. —Se vuelve hacia el canciller Marzen y su hermana—. *Salla* Coltania —dice—. Tengo entendido que nos habéis traído un suero de la verdad de Oriana.

Coltania se pone de pie en su sitio, que está junto a su hermano en la fila de detrás de la nuestra.

—Así es, Alteza —declara con voz temblorosa—. Cuando viajamos siempre lo tenemos a mano, por si necesitamos descubrir si algún desconocido pretende hacernos daño. Por descontado, jamás imaginamos nada semejante.

—Ninguno de nosotros lo imaginaba, querida —responde el rey con un suspiro, y le hace un gesto para que se acerque—. Dejaré que lo administréis vos, ya que sois la profesional.

Coltania se acerca a la sirvienta con un frasquito en la mano, y esta última empieza a luchar de inmediato contra el guardia que la aguanta de las manos atadas, como si tuviera forma de escapar. Sin poder evitarlo, recuerdo a Elpis en una situación similar. Sin embargo, ella no se merecía lo que había en aquel frasco, mientras que esta muchacha sí. No la matará, solo le hará decir la verdad. ¿Por qué se resistiría de este modo si no tuviera nada que ocultar?

Coltania le vierte la poción a la fuerza en la boca y la chica deja de resistirse. Se recuesta contra el guardia que la sostiene y parpadea, desconcertada.

—Tardará un minuto en hacer efecto —le aclara Coltania al rey.

Si es cierto que es solo un minuto, este se alarga durante lo que se me antoja una eternidad. Por fin, Coltania vuelve a hablar, esta vez a la muchacha.

—Dinos tu nombre, por favor —le pide.

La chica traga saliva; como si acabara de despertar de un sueño.



—Rania —obedece en voz baja.

Coltania inspecciona sus pupilas y le toma el pulso en la muñeca, tras lo cual asiente mirando al rey.

—Podéis proceder —le indica.

El rey Etristo se inclina hacia delante con la mirada fija en la muchacha.

—¿Has envenenado la comida del archiduque? —pregunta.

—No —responde con tono soñoliento y distante, como si estuviese al otro lado de un muro de cristal—. He envenenado el vino.

Se oye un murmullo por todo el salón; incluso mis Sombras musitan. Al fin y al cabo, yo también he bebido vino. Todos lo hemos hecho.

—¿Con qué? —inquire el rey.

La chica mira a su alrededor antes de volver a mirar al rey. Le cuesta mantener la concentración.

—Con veneno —dice, con voz confundida—. No sé de qué clase. Con el que me dieron.

—¿Quién te lo dio? —prosigue el rey.

Ella traga saliva. El suero de la verdad hace que se tambalee y que se precipite hacia los lados, pero el guardia la sostiene.

—El káiser —contesta—. Lo envió el káiser con el pago.

Se oyen más murmullos, pero esta vez casi ni reparo en ellos. Es justo lo que esperaba, pero cuando lo confirma me siento como si hubiesen dejado toda la habitación sin aire. Casi no oigo lo que dice a continuación.

—No va a parar —dice con la voz pastosa—. No parará hasta que esté muerta. —Alza las manos esposadas y me señala.

Siento que se abre la tierra bajo mis pies y casi me caigo de la silla, pero Artemisia me coge del brazo para sostenerme. La chica se balancea con más violencia sobre sus pies, incluso el guardia tiene problemas para sostenerla. La cabeza le cuelga a un lado y al otro.

El rey Etristo dirige una mirada a Coltania.

—¿Es esto normal? —pregunta.

La orianí está perpleja. Da un paso hacia la muchacha, la agarra de la barbilla y le abre la boca. Murmura unas palabras entre dientes que no sé traducir, pero estoy segura de que son maldiciones.

—Tiene la lengua negra. ¡Escupe! —ordena con voz cortante.

La chica parpadea, confusa, pero obedece y escupe en el suelo. La saliva es negra como el alquitrán, pero hay algo más en ella. Coltania se agacha, la toca y se frota un poco los dedos. La mira, acercándosela mucho a los ojos.

—Son pedazos de cristal —afirma mientras se limpia en el borde del vestido. Mira al rey Etristo—. Una pastilla de veneno que debía de tener en la boca desde antes de que la arrestarais. Se la habrán dado para que la tomase si la interrogaban —le explica.

«Entonces ¿por qué se la ha tomado ahora? ¿Por qué no lo ha hecho en cuanto los guardias la han arrestado?» Pero antes de que pueda seguir esa línea de razonamiento, un grito de pánico del rey Etristo corta el aire.

—¿A qué estáis esperando? ¡Salvadla!

Coltania mira a la muchacha y mueve la cabeza hacia los lados con tristeza.

—No puedo —admite—. Estaba muerta desde el momento que ha mordido la cápsula. No hay cura para la muerteave. Le quedan solo unos instantes, y no estará lúcida. No podemos hacer más que dejar que se la lleve.

La chica empieza a echar una espuma negra por la boca y se desploma contra el guardia entre convulsiones. Ojalá pudiera preguntarle por qué lo ha hecho, si ha sido solo por dinero o si ha sido también por maldad. Ojalá pudiera entender cuál es este nuevo juego del káiser, este al que juega desde su trono al otro lado del océano. Pero la vida ya abandona los ojos de la muchacha, y yo no soy capaz de ver morir a otra persona.

Rezo a los dioses una oración silenciosa y me pongo de pie, seguida por mis consejeros. Empiezo a salir de la sala, pero la voz del rey Etristo me detiene.

—Un momento, querida —dice, pese a que esta vez su voz está desprovista de su empalagoso dulzor habitual. Está vez suena enfadado y asustado, como un animal acorralado. En el fondo, sé que eso lo hace peligroso, pero me obligo a volverme hacia él de todos modos.

—¿Sí, Alteza? —pregunto.

En lugar de responder, el rey se inclina hacia los guardias y les murmura algo que no acierto a oír, señala hacia mí y se pone de pie. Sale del salón y los guardias vienen hacia nosotros. Tardo un segundo más de la cuenta en reparar en que desenvainan sus espadas.

—Prinz Søren, por orden del rey Etristo, quedáis arrestado por el asesinato del archiduque Etmond.

Sin pensar en sus armas ni en los pretendientes, que siguen aquí, me interpongo entre ellos y un aturdido Søren.

—El prinz Søren no es responsable del envenenamiento del archiduque —declaro, pronunciando cada palabra con cuidado para que todos los presentes puedan oírme—. Si quisiera matarme, ya lo habría hecho. Ha tenido muchas oportunidades —continúo—. No recurriría a un arma tan cobarde como el

veneno, y si así fuera, seguro que habría tenido éxito y lo habría conseguido.

No parece una gran defensa, ni siquiera para mis oídos.

—Iré por mi propio pie —interviene Søren en voz baja, mientras pone una mano sobre mi hombro—. No he hecho nada malo, y estoy seguro de que el rey Etristo sabrá verlo.

Da un paso hacia los guardias con las manos alzadas y visibles. Antes de pensar en lo que estoy haciendo, le cojo la mano y lo obligo a volverse hacia mí. Solo entonces recuerdo que no estamos solos, que hay una docena de pretendientes que nos observan y que interpretarán mucho de una simple caricia, así que le suelto la mano enseguida y dejo caer el brazo.

—Te sacaremos —le aseguro en voz baja—. Ya lo hice una vez y puedo volver a hacerlo.

Søren esboza una frágil sonrisa, pero al menos finge creerme. Los guardias le ponen unas esposas enjoyadas en las muñecas y se lo llevan a rastras.

## La detención

—¡Es un miembro de mi consejo! —le digo al rey Etristo. Me cuesta pronunciar las palabras, de tan apretados que tengo los dientes—. Cuando me prometisteis protección, tenía la impresión de que esa protección se extendía a toda mi comitiva.

Desde su sitio, tras un gran escritorio de mármol, el rey Etristo apenas se molesta en mirarme. Suspira atormentado y pone los ojos en blanco. No es nada respetuoso, pero no me ve como a una igual, sino como un cuerpo de mujer que habla mucho más de lo necesario. Ni siquiera ha accedido a recibirme antes de desayunar, y eso significa que Søren lleva ocho horas encerrado en una cárcel sta'criveriana.

—Como os he explicado ya varias veces, querida, no puedo garantizar la seguridad de aquellos que no respetan las leyes de Sta'Crivero. ¿Acaso en Ástrea el asesinato no va contra la ley?

Siento que el calor se filtra a través de mi piel hasta que me arden las manos. Las cierro en dos puños, aunque eso no hace nada para aplacarlo. El ardor que corre por mis venas se incrementa cada vez que me llama «querida». Me obligo a respirar hondo. No me ha vuelto a pasar nada parecido a lo de aquellas sábanas quemadas desde que nos fuimos del barco, solo el calor ocasional en las manos y los brazos, y casi me he convencido de que me lo imaginé todo, pero en momentos como este sé que no fue así. Siento el fuego en mi interior y sé que si sale ahora a la superficie... No puedo permitirlo.

—Por supuesto que sí —respondo, obligándome a hablar de forma tranquila y neutral. Miro a Heron, Blaise y Artemisia, que están de pie detrás de mí, y me vuelvo de nuevo hacia el rey—. Pero una acusación tan grave requiere de

pruebas, y vos no habéis proporcionado ninguna excepto su linaje. Si eso es razón suficiente para encarcelar a alguien, me sorprende que vuestras prisiones no estén abarrotadas.

El rey Etristo junta los dedos de las manos encima del escritorio y del montón de papeles que sospecho que solo fingía leer para evitarme.

—Ahora mismo, mientras hablamos, *Salla* Coltania está enseñando a mis apotecarios a fabricar otra dosis de suero de la verdad. Según tengo entendido, ese procedimiento puede tomar algo de tiempo —explica—. Si con eso su nombre queda limpio, lo soltaré con la más humilde de mis disculpas, pero nunca se es demasiado cauteloso con vuestra seguridad, querida. Sobre todo teniendo en cuenta que, según ha llegado a mis oídos, habría pasado varias noches en vuestros aposentos.

La insinuación que subyace en su voz hace que me sonroje, y me alegro de que mis Sombras sean las únicas personas que lo han oído. Sin embargo, estoy segura de que ya han empezado a circular rumores, sin duda avivados por mis acciones en el salón del trono. Al fin y al cabo, me interpose entre Søren y los guardias.

—Dos noches —puntualizo, señalo a mis tres Sombras y añado—: junto con el resto de mis consejeros. Si de verdad me quisiera muerta, no habría encontrado un momento mejor que cuando yo estaba dormida.

Las comisuras de la boca del rey se curvan profundamente hacia abajo. Por fin me mira.

—Bien, en ese caso, la poción de *Salla* Coltania debería absolverlo de todos los cargos. En solo unos días estará en libertad —repite, como si le estuviese hablando a una niña pesada.

Quiero gritar, pero en lugar de eso fuerzo una sonrisa.

—Muy bien —digo con firmeza—. Pero, como el prinz Søren era mi consejero de confianza en asuntos internacionales, no creo que sea adecuado que me reúna con ninguno de mis pretendientes hasta que esté en libertad para aconsejarme. Supongo que, por descontado, lo entendéis. Debo proteger mis propios intereses.

El rey Etristo tiene pinta de querer abofetearme, pero, tras un segundo, se coloca una máscara de afabilidad.

—Si insistís, querida —repone—. Aunque me preocupa que vuestra falta de confianza sea percibida como un desaire.

Los hombres que pedían pruebas de mi virginidad se sentirán desairados porque no confío en ellos. La ironía me haría reír de no estar tan enfadada.

—No pretendo desairar a nadie, por supuesto —contesto con dulzura—.

Mientras tanto, me gustaría poder visitar al prinz Søren en las mazmorras cuando me plazca para asegurarme de que recibe un trato justo.

De nuevo, la expresión del rey se torna fría como el hielo.

—Querida, ahora soy yo quien empieza a sentirse desairado por vuestra falta de confianza.

Continúo con una sonrisa pintada en la cara.

—Os repito que no es mi intención, Alteza. Pero es necesario, para mi tranquilidad.

El rey Etristo rechina los dientes, pero, tras lo que parece una eternidad, asiente.

—De acuerdo.

Me inclino en una ligera reverencia, me doy la vuelta y salgo de la habitación, con mis Sombras a los talones.

Artemisia, Heron, Blaise y yo apenas tenemos tiempo de acomodarnos en mis aposentos antes de que Veneno de Dragón irrumpa en la estancia, con una expresión que anuncia tormenta. Por un instante pienso que está enfadada por el arresto de Søren, pero, por supuesto, eso es ridículo. Si por ella fuera, aún seguiría en el calabozo del *Humo*.

—No deberíais pedirle audiencia al rey sin estar yo presente —me espeta—. ¿Tenéis idea de lo estúpida que le habréis parecido?

Dejo que el veneno de su voz me resbale por la piel.

—El rey ha arrestado a mi consejero y me he encargado de lidiar con ello —contesto con frialdad—. Me atrevería a decir que he conseguido más de lo que habrías conseguido tú, ya que prácticamente brincas cuando él te lo pide.

Retrocede como si le hubiera dado una bofetada. Durante un segundo parece que quiera arrancarme la piel a tiras ahí mismo, pero yo no me arredro.

—Me preocupo por los intereses de Ástrea —me dice—. Y lo que le interesa a Ástrea no es que insultemos al aliado más poderoso que tenemos.

No puedo evitar resoplar.

—No es un aliado —replico—. Si lo fuera, él mismo nos daría sus tropas. Solo se pone del lado de quien pueda hacerle ganar más dinero. Si el káiser estuviera dispuesto a pagar lo suficiente, nos entregaría sin pensarlo dos veces. Ahora mismo, la dote de mi matrimonio vale más, así que tengo algo de poder. Y pienso usarlo lo mejor que pueda. Si no haces lo mismo, la estúpida eres tú.

—Theo... —susurra Artemisia, pero no presto atención a su advertencia.

Los ojos de Veneno de Dragón están colmados de una furia gélida.

—Dejadnos solas —les ordena a mis Sombras con una voz poco más alta que un siseo.

—Nuestro lugar está junto a la reina —responde Heron con firmeza.

Miro a la pirata a los ojos, impassible. En estos momentos, nada me gustaría más que tener a mis Sombras cerca, pero tengo la sensación de que no querré que nadie más oiga lo que mi tía tiene que decirme.

—Marchaos —les pido—. Será un momento.

—Theo... —me advierte Blaise.

—Idos —insisto.

Mis Sombras intercambian unas miradas de recelo, pero salen del cuarto y me dejan a solas con Veneno de Dragón. Mentiría si dijera que ya no le tengo miedo, pero tengo cuidado de no mostrarlo. Ella lo huele, y se alimenta de él.

—El káiser ha intentado acabar con mi vida —le recuerdo cruzándome de brazos—. Aquí, donde el rey Etristo me prometió que estaría a salvo. Un hombre ha muerto porque subestimó el poder del káiser, y en lugar de buscar a su verdadero infiltrado ha arrestado a Søren. Mientras tanto, quien de verdad le dio a esa muchacha el veneno sigue suelto, y volverá a atacar. Es cuestión de tiempo. Aquí no estoy a salvo.

—No —responde con voz inexpresiva—, no lo estás. Pero no quieres estar a salvo.

No consigo reprimir una carcajada, pero incluso yo me sorprendo ante lo amarga que suena.

—¿Me estás diciendo que quiero que me asesinen?

Continúa con una expresión plácida.

—Lo que estoy diciendo es que quieres ser la reina, y ese no es un papel con el que vayas a estar a salvo.

—No quiero ser la reina. Soy la reina —la corrijo—. Algo que parece olvidar a no ser que te puedas beneficiar de ello.

Ahora es ella quien se ríe.

—Reina de un país que ya no existe —repone—. Una reina sin corona, sin trono y sin ceremonia de coronación. ¿De qué te crees que eres reina exactamente? ¿De tres súbditos bobos que te siguen como a mamá pato porque un hombre les dijo que eras especial y fueron tan tontos que se lo creyeron?

Doy un paso atrás, pero no ha terminado todavía.

—Estoy intentando ayudarte, pero eres demasiado testaruda y te crees demasiado importante para entenderlo —prosigue, alzando la voz—. Por los

dioses, eres clavada a tu madre.

No es la primera vez que me dicen eso, pero es la primera vez que me lo dicen a modo de insulto.

—¡No nombres a mi madre! —Hasta que no veo su expresión de sorpresa no me doy cuenta de que he gritado. Su mirada se desvía hacia la puerta con recelo —. Mi madre era cincuenta veces mejor persona que tú —continúo, con cuidado de no alzar la voz.

Me mira durante unos segundos interminables y luego suelta una áspera carcajada. Se dirige hacia el mueble bar y pasa unos instantes eligiendo una botella. La descorcha y se llena una copa hasta casi el borde. Le da un largo trago con el que vacía casi un cuarto, y luego vuelve a mirarme.

—No eres la primera persona que me lo dice, ¿sabes? —contesta—. Bueno, quizá nadie había dicho eso de «cincuenta veces»; eso es un poco exagerado, pero sí cosas por el estilo. «Ponte recta, como Eirene.» «Sonríe como Eirene.» «¿Por qué no puedes ser más como Eirene?» Creo que no pasó un solo día en que no lo oyera al menos una vez. Al final, solo con oír su nombre me sentía como si me estuviesen clavando un clavo en el cráneo con un martillo.

Hace una pausa para beber de nuevo, pero yo ya he oído suficiente.

—Ella no tenía la culpa de que estuvieras celosa —repongo.

Pero eso la hace reír otra vez.

—Pues claro que estaba celosa, pero no más que ella de mí. «Kallistrade —decía— qué suerte tienes de no tener que dar clases de decoro.» Y: «Ojalá no tuviera que levantarme al alba para ir a saludar a los Guardianes con madre.» Y: «¿Por qué no puedo pasar la tarde montando a caballo como tú?» Me pedía que le cambiara el puesto muy a menudo, aunque yo nunca aceptaba. Ella no quería ser la princesa heredera, pero yo tampoco.

—Eso es mentira —replico—. A mi madre le encantaba ser reina.

Veneno de Dragón se encoge de hombros.

—Eso no puedo saberlo —responde—. Me marché antes de que la coronaran y jamás volví. Pero lo que sí sé es que no le gustaba mucho formarse para ello. — Da otro sorbo de vino, esta vez más pequeño, y me mira pensativa—. Tienes suerte de no haberla conocido de verdad.

Sus palabras son como un jarro de agua fría.

—¿Acabas de decir que tengo suerte de que mi madre esté muerta?

—No, no he dicho eso —afirma, poniendo los ojos en blanco—. Pero de algún modo es agradable poder preservarla con tanta pureza en tu memoria. Una madre perfecta y una reina perfecta, brillante, amable y valiente. Para ti es casi una



diosa, ¿verdad? Supongo que todas las niñas se sienten así respecto a sus madres en algún momento. Sin embargo, siempre hay un instante en el que esa ilusión de perfección se hace pedazos y te das cuenta de que tu madre es solo una persona, igual que tú, con sus defectos, con sus propios vicios y debilidades. Tú nunca tendrás esa epifanía y sí, creo que tienes suerte por ello. De alguna manera.

Durante unos instantes parece tan triste que no estoy segura de si debo abofetearla o pedirle disculpas, pero ese rayito de vulnerabilidad desaparece tan rápido como ha aparecido, escondiéndose tras su mirada dura e impenetrable.

—Según he oído, tu madre fue una buena reina —dice—. Cumplió con sus obligaciones sin quejarse y la gente la quería, pero siempre será la reina que perdió Ástrea.

—Eso no fue culpa suya —protesto—. No podía saber que llegarían los kalovaxianos.

Veneno de Dragón vacila por primera vez, el tiempo justo para que distinga en su mirada que tiene una elección. Entonces se arma de valor para continuar.

—Sí lo sabía —dice pausadamente—. Le mandé una carta meses antes del ataque para advertirle de que iban hacia allí.

—Mientes —respondo, pero se me cae el alma a los pies. No quiero oírlo, pero tampoco soy capaz de marcharme.

Ella me ignora y prosigue:

—Me dijo que era una mentirosa. Que era una vergüenza por ir navegando por ahí y por llamarme pirata.

Tengo una retahíla de insultos que quiero proferir, deseo negarlo todo, pero ninguna palabra consigue llegar a mis labios. Tengo que recordarme que debo respirar. Tras unos instantes, su expresión se suaviza, apenas una pizca.

—Quizá tendría que haber dejado que vivieras el resto de tu vida con esa imagen pura e incorrupta de ella.

—No te creo —insisto, pese a que una pequeña parte de mí lo hace. Al fin y al cabo, no tiene ninguna razón para mentirme.

Ella vuelve a beber.

—Quería a mi hermana con toda mi alma, pese a que parezca lo contrario. Era mi completo opuesto, y también mi otra mitad. Pero era una mujer con defectos.

Hace una pausa y se termina la copa, para después mirarme con ojos transparentes, tan feroces que asustan, pero no me permito apartarme de ellos.

—Tu madre fue una reina mediocre —dice en voz baja—. Tú podrías ser una gran reina. Si no lo creyera, no estaría aquí. Pero no será fácil, ni tampoco justo.

No lo conseguirás sin sacrificios, y estoy cansada de que me trates como a una enemiga solo por recalcarlo. Si no estás dispuesta a darlo todo por Ástrea, tu orgullo, tu independencia, tus amigos... No la recuperarás jamás.

Al ver que no contesto, deja la copa vacía en la credencia y se dirige hacia la puerta. Pone la mano en el pomo y se detiene.

—Todos los seres humanos cometen errores, y tu madre no era una excepción. Te quería mucho, y quería a Ástrea, y estoy convencida de que pensaba que estaba haciendo lo correcto. Era humana, ni más ni menos.

## El sueño

Por primera vez desde que me marché de Ástrea, no es el rostro ceniciento de Cress el que me persigue en sueños. Es a mi madre a quien veo, pero no tal y como la recuerdo. La veo tal y como sería ahora, con las mismas arrugas alrededor de los ojos y la misma boca que tiene Veneno de Dragón. Su pelo no es del mismo llamativo color caoba que era antes, aunque tampoco se le ha puesto gris. Simplemente, el color se ha apagado. Lo lleva por encima de un hombro recogido en una larga trenza. Sobre la cabeza descansa su corona, pero en realidad no lo es: es una de las coronas de cenizas que el káiser me obligaba a llevar. Aunque está sentada y quieta, los copos de ceniza caen sobre su quitón blanco.

Me mira con ojos tristes y graves, y cuando me habla lo hace con la voz de Veneno de Dragón.

—Lo siento —dice. Espero a que diga algo más, a que me explique por qué hizo caso omiso de la advertencia de su hermana y permitió que los kalovaxianos nos conquistaran, por qué dejó, con una sola decisión, que Ástrea acabase en ruinas. Por qué me dejó caer en manos de un hombre que convirtió mi vida en un horror durante una década.

Pero solo es un sueño, y no puede tener respuestas que yo no sepa, así que lo único que hace es disculparse, disculparse y disculparse hasta que por fin me despierto, con el sabor de las cenizas en la boca.

Por la ventana veo que el cielo todavía está oscuro; solo lo iluminan las estrellas y una rendija de luna, pero ya sé que esta noche no podré volver a dormirme. Mi mente sigue siendo un remolino en el que las palabras que Veneno de Dragón ha pronunciado sobre mi madre se repiten una y otra vez.

Artemisia está dormida al otro lado de la cama, que es tan grande que ella ni se inmuta cuando me levanto. Rodeo de puntillas el gran bulto que es el cuerpo de Heron, que no cabe entero en el sofá. Tanto Art como yo nos ofrecimos a cambiarle el sitio, pero se negó. Y Blaise se habrá sentido inquieto y habrá vuelto a su habitación en algún momento de la noche.

Recuerdo que me he quedado dormida con todos ellos a mi alrededor. No tuvimos ninguna conversación sobre si debían o no quedarse a dormir: quienquiera que esté trabajando para el káiser sigue suelto y no creo que ninguno de nosotros confíe en los guardias sta'criverianos.

Debería despertar a alguno de ellos, sobre todo porque alguien intentó matarme anoche, pero no me parece bien obligarlos a despertarse a estas horas solo porque yo no puedo dormir.

Además, quiero estar sola cuando visite a Søren.

De la forma más silenciosa que puedo, me pongo una bata y cojo mi daga de su sitio en la mesilla de noche. La meto entre la prenda y la faja que llevo anudada a la cintura. Me pongo las zapatillas que hay junto a la cama y salgo de puntillas, cerrando la puerta tras de mí con apenas más ruido que un suspiro.

No debería ir sola, pese a llevar la daga (sobre todo porque dudo que pudiera hacer con ella mucho más que blandirla de un lado a otro e intentar parecer amenazadora). Solo con caminar por el pasillo me siento al límite; miro detrás de mí cada pocos minutos como si fuese a salir otro asesino de entre las sombras en cualquier momento. Aunque eso bien podría suceder.

Ha sido una idea estúpida, pero aunque sea consciente de ello no parezco capaz de dar media vuelta. Llego al elevador y subo, aliviada de ver a otra persona.

Por lo que yo sé, el mismo operario podría ser el asesino. Sin embargo, si lo es, no tiene prisa: me mira de forma inexpresiva mientras espera a que le diga un destino.

—Planta quince, por favor —digo. Es la planta a la que Erik me ha dirigido antes, donde han alojado a la delegación gorakí.

Asiente con brusquedad y empieza a mover la manivela. El elevador desciende y, por suave que sea el trayecto, no puedo evitar agarrarme de los barrotes que hay a mi espalda. Por muchas veces que suba, no creo que llegue a acostumbrarme nunca. Por suerte, no tardamos mucho en detenernos con un golpe y el operario abre la puerta.

En cuanto salgo, la cierra y el elevador continúa bajando, dejándome sola en un lugar oscuro, iluminado solamente por la luz de la luna que se filtra por las ventanas. El pasillo que se extiende ante mí tiene puertas a ambos lados, pero no

tengo ni idea de cuál es la de Erik.

Camino despacio por el pasillo con la esperanza de encontrar alguna señal, pero todas las puertas de roble son iguales. Incluso los dibujos grabados en ellas y los pomos de cristal son idénticos. Estar sola de nuevo está empezando a ponerme los pelos de punta: si un asesino quisiera atacarme, este sería el momento perfecto. Podrían hacer su trabajo sin problemas y luego culpar a los gorakíes, que, encima, no parecen tener muchos amigos en Sta'Crivero.

Ladeo la cabeza y miro los quicios de las puertas para ver si se cuelga algo de luz que me indique que hay alguien despierto. Ya es más de medianoche, así que la mayoría están a oscuras, pero al final encuentro una que no y llamo con suavidad.

Se hace un largo silencio, pero entonces oigo unos pasos suaves que se acercan y la puerta se abre con un crujido. Asoma un gorakí menudo y enjuto con una calva resplandeciente y unas gafas redondas apoyadas en la punta de una nariz aguileña. Me mira, irritado y con el ceño profundamente fruncido. Quizá no esté muy contento porque le haya interrumpido de lo que sea que estuviese haciendo, pero al menos no hay muchas posibilidades de que sea el asesino.

—Siento... Siento molestarte —le digo—. Estoy buscando a Eri... Quiero decir, al emperador. ¿En qué habitación está?

Frunce el ceño, y me doy cuenta de que no entiende astreano. Abro la boca para repetirle lo mismo en kalovaxiano, porque probablemente lo hable después de haber sobrevivido a la ocupación, pero él se me adelanta.

—Emperador —repite.

Asiento muy aliviada.

El hombre asoma al pasillo y señala al otro lado del elevador, pero hay demasiadas puertas como para que yo distinga a cuál se refiere. Él también debe darse cuenta, porque exhala un fuerte suspiro, sale de su cuarto y me guía hasta la puerta que señalaba, a la que llama con mucha más fuerza y muchos más golpes de los que habría dado yo. De todos modos, supongo que es algo positivo, porque en unos pocos segundos Erik responde, con los ojos medio cerrados del sueño. Parpadeo y nos mira soñoliento unos instantes, como si estuviese intentando entender la imagen que tiene delante.

—¿Tho... reina Theodosia? —pregunta en kalovaxiano—. ¿Maestro Jurou? ¿Qué pasa?

El hombre —el maestro Jurou— frunce el ceño y se lanza a hablar tan rápido en gorakí que no distingo ni una palabra. Y creo que Erik está en la misma situación, porque solo se lo queda mirando fijamente y espera a que termine.

Cuando lo hace, mira a Erik, aguardando una respuesta que él no tiene ni idea de cómo darle. El hombre se da cuenta, carraspea indignado y vuelve hacia su habitación, que cierra de un portazo.

Erik se estremece al oír el golpe.

—Veo que ya has conocido al maestro Jurou —comenta.

—No sabía cuál era tu habitación —me justifico—. ¿Quién es?

Abre la boca para contestar, pero entonces la cierra y frunce el ceño, pensando en cómo hacerlo.

—Es un... alquimista —dice—. El mejor de Goraki, incluso antes del asedio. Si te soy sincero, no estoy del todo seguro de qué hace, pero todo el mundo parece pensar que es muy importante. Como ves, no hablo gorakí, aunque mi madre está haciendo todo lo que está en su mano para remediarlo. Hace algo relacionado con el oro, creo. —Arruga más el gesto, niega con la cabeza y centra su mirada en mí—. ¿A qué has venido a estas horas de la noche, Theo?

—No podía dormir.

—¿Y has decidido compartir tu desgracia conmigo? Muy amable de tu parte, pero preferiría que no lo hubieras hecho —responde con un bostezo.

—Quiero ir a ver a Søren —aclaro—. Y como el káiser le ha puesto un precio a mi cabeza, no creo que sea muy inteligente que baje sola a las mazmorras.

—Sola, pero no desarmada —observa mientras señala la daga con la cabeza.

—Es más para que se vea que otra cosa —admito—. Ya me viste ayer. Si intento usarla lo más probable es que me acabe haciendo daño.

—Está bien —dice con un suspiro—. Deja que coja mi espada e iremos juntos. A mí tampoco me importaría ver a Søren. —Vuelve a entrar en el cuarto, pero antes de que se cierre la puerta lo oigo mascullar—: Aunque habría preferido esperar a que fuese de día.

## La mazmorra

Las mazmorras que hay en la parte subterránea del palacio de Sta'Crivero son de esa clase de lugares que no reciben muchas visitas. De hecho, parece un lugar del que uno no esperaría salir jamás. Al principio, cuando se lo hemos pedido, el operario del elevador se ha resistido a llevarnos, pero cuando le he informado de que el rey me había dado permiso ha accedido a regañadientes. Sin embargo, no veía la hora de largarse, y en cuanto nos ha dejado allí ha empezado a subir de nuevo, antes incluso de que hubiéramos cerrado las puertas.

—No inspira mucha confianza —murmura Erik mientras echa un vistazo al oscuro pasillo, iluminado únicamente por hileras de pequeños candelabros de pared. El aire de aquí abajo es denso y rancio y me provoca náuseas. No quiero ponerle nombre a este olor. No parece que emane de nada —o de nadie— vivo.

Caminamos por el pasillo hasta que llegamos a una puerta de hierro que se extiende desde el techo hasta el suelo y de pared a pared. En el lado donde estamos nosotros hay un joven sta'criveriano apoyado en la pared. Parece medio dormido, pero cuando oye que nos acercamos se incorpora de repente, con los ojos muy abiertos de la sorpresa. Parece tener unos veinte años, pero tiene la piel cetrina y unas oscuras ojeras. Me pregunto cuándo fue la última vez que salió de aquí.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta el muchacho, aturdido. Traga saliva y lo intenta otra vez—. Quiero decir, ¿en qué puedo ayudaros?

—Hemos venido a ver al prinz Søren. El rey Etristo me ha dado permiso para visitarlo cuando me plazca.

Él arruga el gesto, perplejo.

—Pero estamos en mitad de la noche —replica.

Me encojo de hombros.

—Así me place —repongo—. Soy la reina Theodosia y me gustaría que el prisionero estuviera en una habitación segura y separada de los demás. ¿Ha comido?

—Yo... Sí, Majestad —contesta.

—Me alegra oírlo —digo—. Puede mostrarse algo testarudo con esos asuntos. ¿Existe una habitación como la que he descrito?

—El prinz Søren está retenido en una celda de aislamiento —nos informa—. Es bastante cómoda para ser una celda. Sin duda, es lo mejor que hay aquí abajo, y está lejos de los demás prisioneros.

—Creo que servirá —le comento con una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—Tizoli —dice el hombre, y se apresura a hacer una reverencia. Cuando termina se vuelve hacia la puerta y rebusca en la anilla de llaves que lleva enganchada en el cinturón. Necesita un par de intentos, pero al final abre la puerta y nos guía hacia el interior.

La celda de Søren es un poco más grande que el calabozo del *Humo*, y al menos tres veces mayor que la mía en Ástrea. No está esposado como en el barco, así que puede ponerse de pie, caminar y hacer lo que le apetezca entre esas cuatro paredes. Por desgracia, lo que quiere hacer es dormir: está como un tronco, acurrucado en un rincón de espaldas a nosotros.

—¡Søren! —grito a través de los barrotes de la puerta por lo que me parece la centésima vez, pero él sigue sin moverse. Me vuelvo hacia Tizoli, que está detrás de nosotros, dudando entre irse o quedarse—. ¿Se encuentra bien?

—Yo... esto... diría que sí, Majestad —responde mientras mira nervioso a su alrededor.

—No le pasa nada —interviene Erik—. Podría seguir durmiendo hasta en medio de un huracán. De hecho, no sería la primera vez. —Se lleva las manos a la boca para hacer bocina y grita el nombre de Søren tan fuerte que me tengo que tapar las orejas. Este, sin embargo, solo se da la vuelta y se acurruca más contra la pared.

—¿No podrías abrir la puerta un instante? Lo despertamos de un empujoncito y volvemos a salir enseguida —le pido a Tizoli, pero niega con la cabeza, como todas las veces que se lo he pedido desde que hemos llegado hace diez minutos, que deben de ser por lo menos cinco.

Erik respira hondo, preparándose para volver a gritar, pero lo interrumpo



cogiendo un botón de la manga de su capa y arrancándolo de un tirón.

—Pero ¿qué haces? —protesta Erik mientras mira la prenda rasgada con una expresión de incredulidad—. ¡La acababa de estrenar! Mi madre me va a matar.

Lo ignoro, me acerco a los barrotes y meto el brazo, con el botón bien agarrado en la mano. Se lo tiro a Søren a la cabeza con todas mis fuerzas y le doy justo en el centro de la frente. Es un botón pequeño, pero ha sido suficiente. Levanta la mano para apartárselo, y entonces abre los ojos y nos mira, soñoliento.

—Por fin —le digo—. Duermes como si estuvieras muerto.

Søren se impulsa para sentarse, todavía desorientado.

—Creo que sigo dormido —admite—. ¿Qué hacéis aquí? Y ¿qué hora es?

—Casi el amanecer, diría —contesto antes de volverme hacia Tizoli—. ¿Te importaría darnos un poco de intimidad? —le pido—. Iremos a buscarte cuando hayamos terminado.

Tizoli duda, pero tras un instante asiente y se va. Espero a que sus pasos se alejen antes de volver a hablar.

—Sí que han cambiado las tornas —le comento a Søren con una sonrisa, aunque esta situación no tiene ninguna gracia.

Él me devuelve la sonrisa, aunque no parece del todo sincera.

—¿Has venido a rescatarme, Theo? —pregunta con ironía.

Niego con la cabeza.

—Están fabricando un suero de la verdad para ti, así que en cuanto te lo administren deberías quedar en libertad. Pero el rey Etristo ha dicho que podría tardar un poco.

Asiente, aunque no parece muy convencido.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede estar en realidad trabajando para mi padre?

—Ninguna —dice Erik con voz grave—. Podría ser literalmente cualquiera. Maldita sea, si supieran que tenemos la misma sangre probablemente estaría aquí contigo.

—Sí, mejor que siga siendo un secreto —opino y suspiro—. Por lo menos he podido aplazar el asunto de los pretendientes. Les he dicho que no podía reunirme con nadie a no ser que tú estuvieses presente para aconsejarme.

Søren resopla.

—Seguro que tu tía está encantada con la idea —repone.

Lo dice de broma, pero solo con oír la mención a Veneno de Dragón se me eriza la piel, y él se da cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Yo vacilo.

—Tengo una pregunta sobre el asedio de Ástrea. —Respiro hondo y valoro la posibilidad de callarme. Puede que no quiera saber la respuesta—. Si nos hubieran advertido de que veníais, ¿qué habría pasado? ¿Habría sido como en Vecturia? ¿Habríais dado media vuelta?

Søren frunce el ceño y lo piensa tanto rato que empiezo a pensar que no me contestará nunca, pero al final niega con la cabeza.

—Quizá habría durado más tiempo, o se habría convertido en una guerra en lugar de en un asedio, pero os habríamos vencido de todos modos. Ástrea no estaba preparada para un ataque de esa envergadura, nunca habían tenido que enfrentarse a ninguno. Lo siento si no es la respuesta que buscabas.

—En realidad sí que lo es —contesto—. Pero no me hace sentir mejor.

Les cuento todo lo que me ha dicho Veneno de Dragón y ellos dos me escuchan mientras me desahogo. Cuando termino, mis palabras son apenas más altas que un susurro.

—Siempre imaginé a mi madre como una reina perfecta, pero esa imagen ha quedado destruida y no sé cómo recuperarla.

Erik y Søren intercambian una mirada, pero es el segundo quien finalmente habla.

—Bueno, nuestro padre es el káiser —dice despacio—. No tenemos mucha experiencia con ilusiones rotas con figuras paternas o maternas.

—Pero ¿no hubo un tiempo en el que lo admirabais? —les pregunto, mirando primero a uno y luego al otro.

Ambos se quedan en silencio.

—No —admite Søren—. Incluso antes de que yo entendiera lo que le hacía a los demás, sabía lo que le hacía a mi madre. No recuerdo ni una palabra amable. Sin embargo, sí que recuerdo cuando ella se empequeñecía de terror cada vez que él se le acercaba, y cuando se estremecía cada vez que se dirigía a ella, como si la hubiese abofeteado. Vi a mi padre como un monstruo desde el principio. Simplemente, todavía no me había dado cuenta de hasta dónde alcanzaba su maldad.

Erik se aclara la garganta.

—Creo que hubo un tiempo en el que yo aspiraba a ser como él —reconoce—. No duró mucho, pero sí, lo hubo. Él nunca me reconoció como a su hijo, y ni siquiera me dirigió nunca la palabra, pero no era ningún secreto. Yo lo sabía. Y de niño pensaba que si era más grande, más fuerte, mejor, me querría. Te odiaba —le dice a Søren.

Este frunce el ceño.

—¿De verdad? No lo sabía.

Erik se encoge de hombros y aparta la vista. La luz es demasiado tenue como para asegurarme, pero creo que se ha sonrojado.

—Entonces no te conocía, tan solo sabía quién eras. Solo eras ese niño que tenía todo lo que yo quería desesperadamente, y no parecías apreciarlo en absoluto. Por supuesto que te odiaba. Pero cuando fuimos aprendices juntos y nos hicimos amigos lo comprendí. Creo que ese fue el momento en el que se rompieron mis ilusiones, aunque esto es diferente.

—No, creo que lo entiendo —le comento—. Gracias.

Søren suspira con fuerza.

—¿Vas a volver al campo de refugiados ahora que no tienes que preocuparte de los pretendientes durante unos días?

—Supongo que sí —contesto, aunque pensarlo me emociona y me aterra a la vez. Me encantó ayudar y hablar con otros astreanos, pero el sentimiento de culpa era casi insoportable. ¿Cómo puedo estar en el palacio del rey Etristo, comiendo platos exquisitos hasta que siento que me va a explotar el estómago y luciendo vestidos que cuestan una fortuna mientras todos ellos están sucios, enfermos y se mueren de hambre? Pero tengo que ir, por supuesto. Si no hago todo lo que está en mi mano para ayudarlos no me lo perdonaré jamás. Y, sin duda, no podría llamarme su reina.

Se me ocurre una idea y me vuelvo hacia Erik.

—Tú también deberías venir —le sugiero—. Allí también hay gorakíes, y si vas a ser su emperador deberías ir a verlos. No creo que sepan que Goraki vuelve a estar a salvo y quizá quieran regresar.

Erik lo piensa.

—No cuento con ello —admite, negando con la cabeza—. Está «a salvo» relativamente, y la verdad es que quizá estén mejor aquí.

La sola idea me provoca náuseas.

—No digas eso hasta que no lo hayas visto —contesto y luego miro a Søren—. ¿Hay algo que necesites?

Él lo medita unos instantes.

—Solo que el tiempo pase más rápido. ¿Tienes que ir a algún sitio antes del desayuno?

—No —respondo—. Podemos quedarnos un rato más.

Søren se estira en el suelo sucio y se apoya en la pared de ladrillos.

—Bien —dice—. ¿Qué te parece si damos otra clase de astreano?

—¿Ahora? —pregunto frunciendo el ceño—. Se me ocurren mejores momentos y mejores lugares.

—Aquí puedo ser un alumno aplicado, ¿no ves que no hay nadie que me distraiga? —contesta—. Y hará que deje de pensar en otras cosas, como en la posibilidad de que el rey Etristo decida ejecutarme.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Yo jamás lo permitiría —le aseguro.

Søren sonrío, aunque solo lo hace con la boca y no con los ojos.

—Creo que ya has obrado bastantes milagros por mí, Theo. Este tal vez esté fuera de tu alcance. —Se endereza—. Pero ¿ves? Me estás dando la razón. Necesitamos una distracción. A Erik tampoco le vendría mal aprender algunas palabras.

—En realidad creo que intentar aprender dos idiomas a la vez solo me confundiría —repite esto con un bostezo. Se apoya en la pared del pasillo, se cruza de brazos y cierra los ojos—. Despiértame cuando te quieras ir, Theo.

Me lo quedo mirando incrédula.

—No serás capaz de quedarte dormido así, sin más.

Aunque sigue con los ojos cerrados, curva los labios en una sonrisa.

—Soy marinero. Puedo dormir en cualquier parte.

Y o dice la verdad o finge muy bien, porque incluso ronca mientras le enseño a Søren algunas palabras básicas. «Yo», «tú», «tener», «hacer», «agua», «pan».

Es difícil decir cuánto tiempo pasa antes de que salga el sol, pero cuando Erik y yo nos vamos de las mazmorras Søren parece de mejor humor. Le prometemos volver pronto a visitarlo, pero no da la sensación de que nos crea.

## Amor

Un torrente de gritos de pánico me recibe en cuanto vuelvo a mi habitación.

—¡Pensábamos que estabas muerta! —exclama Heron, cuyos ojos, normalmente tranquilos, arden con un resplandor ámbar—. ¿En qué estabas pensando al irte en mitad de la noche?

—Y además te has llevado la daga —añade Artemisia—. ¿Querías ahorrarle trabajo al asesino del Káiser?

—¡Te podrían haber matado! —dice Blaise. La ira irradia de él con tanta fuerza que casi la puedo ver hirviendo en el aire. Le tiemblan las manos, pero no parece darse cuenta.

Pero yo sí me doy cuenta, y también Heron y Artemisia. En ese momento su miedo y su ira desaparecen, aplastados por los de Blaise. El suelo bajo mis pies tiembla de forma tan sutil que podría atribuirlo a la vibración del elevador que hay al final del pasillo, pero no es la misma clase de temblor. Zumba, como si las piedras hablasen, como si también a ellas les estuviesen contestando.

—Blaise —digo, con cuidado de hablar con suavidad. Pero cuando sus ojos se clavan en los míos veo que su mirada es extraña y lejana, como si no me viese.

El temblor aumenta, hasta que los vasos que hay sobre la mesa empiezan a repiquetear. Sé que debería hacer algo, o decir algo, pero estoy paralizada, soy incapaz de hacer nada más que mirarlo fijamente. Caen motas de polvo sobre nosotros; llueven como lo hacía la ceniza cuando el káiser me obligaba a llevar aquella corona.

Artemisia es la primera en reaccionar. Cruza la habitación rápidamente, a grandes pasos, y le da una sonora bofetada en la cara. El sonido reverbera por encima del temblor, pero a Blaise no le afecta.

Ya lo había visto perder el control sobre sus poderes antes, pero siempre había luchado por recuperarlo. Esto no había pasado nunca. No sé si sigue estando dentro de su propio cuerpo.

El jarrón que hay sobre el tocador se desplaza hasta el borde y se cae, rompiéndose en pedazos y salpicándolo todo de agua y rosas inertes. He de agarrarme a la pared para mantenerme firme antes de dirigirme hacia Blaise, mientras el corazón me late desbocado. Reparo de repente en lo peligroso que es esto, no solo para Blaise, sino para todos nosotros. La altura de las torres sta'criverianas es un peligro. Con un terremoto a gran escala esta misma podría derrumbarse, y el resto caerían como fichas de dominó y aplastarían toda la ciudad. Si no consigo llegar a Blaise, podría destruir la ciudad y acabar con la vida de miles de personas.

—Blaise —repito, cogiéndolo de los hombros. La piel le arde incluso a través de la tela, es como fuego contra mis dedos, pero me agarro a él de todos modos. Intento zarandearlo, pero está clavado en el sitio—. Por favor, Blaise. Estoy bien.

Se estremece y los temblores remiten ligeramente, pese a que siguen siendo pronunciados. Siguen siendo peligrosos.

Sin pensar, le rodeo el cuello con los brazos y me aferro a él con todas mis fuerzas, incluso cuando el calor de su cuerpo se filtra en el mío. Le acaricio el pelo y antes de ser consciente de lo que hago, le canto la nana astreana que él me cantó cuando lo necesité:

*Mi precioso niño,  
Caminemos por la niebla a nuestra suerte  
Nos vamos al país de los sueños,  
Donde el mundo se vuelve silvestre.  
El hoy terminó,  
ya es hora de que los pajarillos vuelen.  
El mañana se acerca,  
para los viejos cuervos es la hora de la muerte.  
Sueña con un lugar donde todo es posible,  
con un mundo desconocido.  
Mañana harás tus sueños realidad,  
pero esta noche, mi niño, sueña conmigo.*

Poco a poco, el mundo que nos rodea se queda quieto, pero Blaise no. Él sigue temblando, pese a que me rodea el cuerpo con los brazos y entierra el rostro en

un lado de mi cuello. Me doy cuenta de que está llorando cuando siento el calor y la humedad de sus lágrimas contra la piel. Pasa lo que me parece una eternidad sin que nadie pronuncie ni una palabra, pero sé lo que piensan, lo sé con tanta certeza como sé lo que pienso yo.

Blaise ya no controla su don, y la situación está empeorando. Si esto hubiera durado unos minutos más habría podido matarnos a nosotros y a otros miles de personas. No tenemos forma de detenerlo.

Blaise me suelta poco a poco y levanta la cabeza.

—Tengo que irme —musita—. No puedo quedarme aquí. No puedo... —Se le rompe la voz antes de acabar la frase.

Parte de mí sabe que tiene razón. Aquí es un peligro para sí mismo y para todos los demás. Sin embargo, no soporto la idea de dejarlo marchar.

—No —digo, obligando a mi voz a que no tiemble—. Lo que ha pasado... No lo has hecho a propósito.

Artemisia se me queda mirando, incrédula.

—No importa si es a propósito o no —repone—. Ha estado a punto de... —se interrumpe y niega con la cabeza—. No me había dado cuenta de que estaba tan mal.

—Ninguno de nosotros se había dado cuenta —responde Heron—. Pero sabíamos que acabaría así. El mal de la mina no tiene cura.

Es lo mismo que Søren me dijo en el *Wås*. Entonces no lo creí, no de verdad. Todavía no quiero creerlo, ni siquiera con las pruebas ante mis ojos.

—No puede ser el mal de la mina —repongo. Intento parecer segura, aunque de repente ya no estoy segura de nada—. Si lo fuera, ya estaría muerto. —Cierro los ojos mientras busco una explicación—. Su don es poderoso, y por eso es inestable. Solo tienes que practicar cómo controlarlo —le digo a Blaise, pero no consigo convencerlos, a mí menos que a nadie

—Theo, yo tampoco quiero irme, pero... —Blaise traga saliva.

—Pues no te vayas —lo interrumpo— Quédate y lucha. Quédate conmigo. —No pretendía decir la última frase, pero se me escapa antes de que pueda detenerla.

Blaise me mira a los ojos en silencio durante un instante. Veo en su rostro el choque entre sus sentimientos.

—Nunca lo había sentido tan fuerte. No sentía que mi cuerpo fuese mío, solo lo observaba todo, incapaz de hacer nada. —Traga saliva de nuevo y niega con la cabeza. Tras lo que parece una eternidad, se vuelve hacia Artemisia con una mirada firme y resuelta—. La próxima vez que empeore así, Art, me clavarás

una daga en el corazón.

Artemisia abre mucho los ojos, y durante un segundo espero que se niegue.

—Si crees que vas a hacer daño a alguien, lo haré —responde con cautela.

Blaise asiente, pero todavía parece inseguro.

—No sé qué me está pasando —admite.

—Quizá ya haya ocurrido antes —sugiere Heron—. Tal vez haya habido otros Guardianes con poderes inestables.

—Nunca he oído una historia así —repongo.

—No nos lo habrían contado —contesta Heron—. ¿Quién contaría esos cuentos a los niños?

Es cierto que todos los Guardianes que conocí de niña controlaban sus dones, pero tenía que ser así por fuerza si tenían que estar tan cerca de la reina, ¿no? La idea de que existieran otros como Blaise nunca se me había ocurrido, pero lo que dice Heron tiene sentido. ¿Cómo nos habríamos enterado de su existencia?

Un pensamiento se me cruza por la mente y se une a otro, y una idea estúpida y desesperada empieza a gestarse.

—Erik y yo tenemos pensado volver al campo de refugiados hoy para llevar más comida —digo—. Es lo que estaba haciendo antes. He ido con Erik a visitar a Søren. Si quedan astreanos que sepan algo más sobre el mal de la mina, puede que estén allí.

—Es posible —responde Artemisia, aunque no parece convencida.

—¿Cuánta comida has conseguido reunir, Heron? —le pregunto. Me cuesta hablar con normalidad con todos los escombros producto del estallido de Blaise a nuestro alrededor, pero me obligo a hacerlo. Si me obceco con lo sucedido y con lo que significa yo misma me volveré loca. Es un problema que debo resolver, eso es todo, y puedo encargarme de él a la vez que ayudo a los refugiados. Me concentro en las soluciones y no en el problema. Es lo único que hace que no me derrumbe.

—No la suficiente —contesta Heron—. Pero tampoco creo que sea posible que nos llevemos lo bastante para alimentar a todos sin que lo noten. Pero si paso un par de veces más por la cocina debería conseguir toda la que podemos cargar.

Asiento.

—Pues hazlo —digo—. Erik y Hoa también vienen, hemos quedado con ellos dentro de una hora. Art, ¿puedes ir a ver qué comenta la gente sobre el terremoto? No creo que nadie piense que no ha sido por causas naturales, pero quiero estar segura.

Ambos asienten y se apresuran a irse. Blaise y yo nos quedamos solos.



Me retuerzo las manos, nerviosa. Blaise y yo nos hemos esforzado tanto en evitar hablar de su creciente inestabilidad que ahora ya no sé cómo sacar el tema.

—No puedo quedarme en palacio, Theo —repite tras unos momentos de silencio—. Puedo montar una tienda detrás de los muros de la capital lo bastante lejos como para no hacer daño a nadie. Pero estaré lo suficientemente cerca para venir en tu ayuda si me necesitas.

—¿Me vas a dejar aquí sola? —pregunto.

Él hace una mueca de dolor.

—No seas así —contesta—. No vas a estar sola. Estarás con Heron y Art.

—No es lo mismo. Ellos no me ven como me ves tú. No me conocían antes de que todo esto empezara. Te necesito, Blaise —se me rompe la voz y niego con la cabeza—. Vamos antes al campo. Buscaremos información. Si después de eso todavía quieres irte, no te detendré.

Él niega con la cabeza.

—No podemos preguntar a desconocidos sobre esto. Si alguien se entera...

—Heron y Artemisia lo saben y no han hecho nada —puntualizo—. No te tratan de forma distinta.

—Porque son mis amigos —repone—. Pero incluso Art lo hará si esto vuelve a ocurrir. Unos desconocidos intentarían matarme allí mismo.

—Bueno, pues no les diremos que eres tú. Haremos preguntas de forma hipotética, por interés general.

—Es imposible que no parezca sospechoso —protesta.

—Entonces esconderemos una investigación con otra —digo, y me sobreviene una idea—. Preguntaremos para ver si alguien sabe algo sobre lo que le sucedió a Cress, por qué recibió el don de Houzzah después de beberse el Encatrio. Y podemos partir de ahí.

Blaise suspira con fuerza, pero no se niega, y eso ya es algo.

—Lo más posible es que no consigamos nada —comenta al cabo de un momento, mientras juguetea con el brazalete con la gema de Tierra que le di hace media vida. Lo lleva siempre en el bolsillo, pero ahora le está dando vueltas en las manos de forma distraída—. El mal de la mina no tiene cura.

«No es el mal de la mina», quiero decir, pero ya no estoy segura. ¿Qué es el mal de la mina, sino un don concedido a alguien que no es capaz de manejarlo? Quizá no sea tan distinto de ser bendecido. Tal vez sean las dos caras de una misma moneda. De repente, me doy cuenta de lo poco que sé sobre mi propio país. Aunque ahora soy más adulta que niña, no sé mucho más sobre los dioses y las minas que cuando tenía seis años.

Blaise está agarrado al brazalete con tanta fuerza que se le han puesto los nudillos blancos.

—Igual no deberías llevar eso encima —sugiero, mientras señalo la joya con la cabeza—. Puede que lo esté empeorando.

Lo agarra con más fuerza todavía.

—No, ayuda —contesta—. A menudo lo canaliza en algo manejable.

Me muerdo el labio y lo vuelvo a mirar.

—No puedo perderte, Blaise —le digo en voz baja—. Si existe la más mínima posibilidad de que te ayudemos, tenemos que aprovecharla.

Al principio, él no responde; tiene la mandíbula apretada. Pero luego asiente.

—Está bien, Theo —accede—. Lo intentaremos. Pero si no nos lleva a nada, me marcharé.

Una horrible sensación se me extiende por el estómago solo de pensarlo, pero asiento. Doy un paso hacia él, vacilante, y lo estrecho entre mis brazos. Al principio, tiene el cuerpo rígido y tenso, pero al final se ablanda y me abraza como si yo fuese tan frágil como lo era el jarrón antes de romperlo.

—Te amo —le confieso, con la cara pegada a su hombro. Quizá lo esté manipulando de nuevo, quizá estas palabras sean otra artimaña, la única arma que tengo a mi disposición, pero eso no las hace menos ciertas. Me siento bien al decirlas en voz alta.

Él se queda sin respiración, y una parte de mí se siente culpable. Por ciertas que sean esas palabras, sé que lo que me ha llevado a decirlas aquí y ahora es más retorcido. Le digo lo que necesita oír para que me dé lo que quiero.

Aparto el sentimiento de culpa y me concentro en Blaise, que está aquí, de pie delante de mí. Blaise, que tiene que seguir luchando pase lo que pase. Blaise, la persona sin la cual no sabría cómo sobrevivir. No quiero aprender. Solo lo quiero a él, sano y feliz a mi lado, preparado para recuperar nuestro hogar, salvar a nuestro pueblo y vengar a nuestros padres.

—Yo también te amo, Theo —responde; su voz es apenas más alta que un susurro.

Aunque ya lo sabía, siento mariposas en el estómago al oírlo. Me aparto un poco para mirarlo.

—Pues que ni se te ocurra abandonarme. Me da igual si la mismísima Glaidi intenta llevarte al Después. Le contestas: «Hoy no». ¿Me has oído?

Blaise traga saliva. Tiene un nudo en la garganta.

—Te he oído —responde.

Esas palabras no significan mucho; ambos sabemos que cuando la muerte

viene a buscarnos no tenemos elección. Ya hemos perdido a mucha gente antes de que fuese su hora. Sin embargo, es agradable fingir que tenemos control sobre ello durante unos instantes.

## El disfraz

Después de desayunar y vestirnos, los cuatro nos encontramos con Erik y Hoa en la entrada de palacio. El sol brilla tanto que nos ciega, y tengo que taparme los ojos cuando salgo de la puerta principal. Artemisia me ha informado de que las consecuencias del terremoto han sido mínimas, por suerte. Solo algunos daños estéticos en la torre de palacio, algunos cachivaches y baratijas rotos, unos candelabros de pared que se cayeron y algunas baldosas agrietadas. Nada que el rey Etristo no pueda mandar reparar enseguida.

«No ha sido nada... esta vez», pienso, aunque me obligo a apartarlo de mi mente.

—Reina Theodosia —me llama una voz. Cuando se me acostumbran los ojos a la luz, veo que es solo Coltania, que lleva un vestido de seda roja que se le ajusta a la figura y le realza las curvas de la cintura, las caderas y el pecho.

Aunque me siento aliviada de que sea ella y no un cortesano sta'criveriano, me siento molesta. ¿Qué hace ella paseándose mientras Søren está encerrado en una mazmorra oscura? Debería estar trabajando en el suero de la verdad que demuestre su inocencia. No creo que esté avanzando mucho con ese vestido.

—Hola, *Salla* Coltania —saludo, forzando una sonrisa.

Tiende las manos para coger las mías y se inclina para darme dos besos en cada mejilla. Se ríe al ver mi sorpresa.

—Es como se saluda a los amigos en Oriana —explica—. Es una vieja costumbre; lo siento.

—No pasa nada —respondo, aunque siento los restos de su pintalabios rojo en las mejillas. Me aguanto las ganas de limpiármelo. Sé que no es lo mismo, pero me recuerda a cuando el káiser me marcaba con una huella de ceniza en los

banquetes.

—¿Habéis notado el terremoto de hace un rato? Qué miedo. Pero ahora hace un día precioso. Marzen y yo íbamos a ir de pícnic otra vez, deberíais acompañarnos. —Mira a mis Sombras, que están detrás de mí—. Vuestros... acompañantes también son bienvenidos, por supuesto.

Fuerzo otra sonrisa.

—Ha sido un terremoto aterrador, pero tengo entendido que son frecuentes en esta zona —contesto, aunque no sé si eso es cierto. Coltania frunce el ceño, pero continúo antes de que le dé tiempo a cuestionármelo—. Es muy amable de vuestra parte, pero me temo que, al estar el prinz Søren encarcelado, he decidido no reunirme con ningún pretendiente. Al fin y al cabo, él es mi consejero diplomático y preciso de su orientación para estos asuntos. Estoy segura de que lo entendéis. No es una decisión que haya tomado a la ligera.

Coltania enarca las cejas.

—No sabía que sus consejos os eran tan necesarios, Majestad —comento.

Me río.

—¿Por qué, si no, sería un miembro de mi consejo? —Finjo sorpresa—. Oh, *Salla* Coltania, no os habréis creído esos rumores que circulan por ahí, ¿no? —pregunto.

Parece indecisa un momento, y luego su expresión se suaviza.

—¿Qué rumores? —inquire y me guiña un ojo.

Cambio de tema.

—Tengo entendido que sois vos quien está ayudando los apotecarios del rey Etristo a fabricar el suero de la verdad.

—Sí, es lo mínimo que puedo hacer para llegar hasta el fondo de este enredo. Después de lo que le sucedió al pobre archiduque... ¡Y lo que estuvo a punto de sucederos a vos!

—Fue una tragedia —respondo—. Me alegro de que cuenten con vuestra ayuda. Con vuestras habilidades para la ciencia, estoy segura de que el nombre de Søren quedará limpio cuanto antes y podremos volver a lo que nos ocupa.

Ella ladea la cabeza.

—Por supuesto, Majestad. Haré todo lo que pueda, aunque puede tardar incluso una semana, según la disponibilidad de algunos de los ingredientes más difíciles de encontrar.

Le doy un apretón en el brazo.

—Tengo fe en vuestro talento. Por favor, disfrutad de vuestro pícnic y saludad a vuestro hermano de mi parte. Espero poder volver a pasar tiempo con el

canciller Marzen y con vos muy pronto.

Cuando nos alejamos de Coltania y bajamos por los escalones de palacio, Artemisia se me acerca, dejando a Blaise y a Heron unos pasos más atrás.

—Soy incapaz de decir si te cae bien o no —comenta.

—No creo saberlo ni yo —admito—. La respeto, cuanto menos.

Mientras bajamos las escaleras, busco a Erik y a Hoa entre la multitud. Deberían destacar con sus túnicas brocadas, pero no hay ni rastro de ellos. Cuando llegamos al último escalón se nos acercan dos figuras tapadas de la cabeza a los pies con unos ropajes de color crudo. Llevan las capuchas puestas y sus rostros están ensombrecidos. Al principio pienso que deben de ser dos de los sacerdotes bindorianos, que siempre llevan ropas austeras y conservadoras, incluso bajo el sol abrasador, pero cuando uno de ellos se aparta un poco la capucha y me deja ver su rostro, veo que es Erik. Y eso significa que la figura más baja que hay junto a él debe de ser Hoa.

—Menudo disfraz —le digo en kalovaxiano—. Aunque me parece poco necesario.

—Para ti es fácil decirlo —murmura—. Los sta'criverianos no escupen a tu espalda y te llaman *enta crusten*.

Frunzo el ceño.

—¿*Enta crusten*? —repito.

Él se sonroja.

—Me parece que es «los malditos» en sta'criveriano. Parece ser una manera genérica de referirse a los gorakíes. Se ve que nos culpan de ese terremoto. Al parecer, ha sido el primero que tenía lugar en Sta'Crivero en siglos.

Me esfuerzo por mantener una expresión imperturbable.

—¿En serio? —pregunto, y entonces recuerdo algo—. Søren me dijo que los sta'criverianos creen que los refugiados están malditos y que los encerraron detrás de esos muros para que la maldición no se extendiera.

Como si ser conquistado por el káiser y destruido por sus ejércitos kalovaxianos fuese una enfermedad que se puede contagiar entre personas y de un país a otro. Como si fuese tan sencillo.

—Pues entonces no os quitéis la capucha —le aconseja Heron a Erik, mientras mira a su alrededor para asegurarse de que nadie lo haya visto—. Al menos hasta que salgamos de la ciudad.

Erik suspira y vuelve a ponérsela, pero no antes de guiñarle un ojo a Heron.

—Es una pena tener que esconderle al mundo una cara como esta, pero supongo que tienes razón.

Mientras caminamos por las calles de la ciudad, echo un vistazo a Heron y veo que se le ha puesto la cara del color de la mermelada de fresa.

Erik, Hoa y yo nos quedamos atrás para que Blaise, Heron y Artemisia puedan negociar por los caballos sin preocuparse de que alguien nos reconozca. Lo malo es que solo podremos llevarnos tres. A mí ya me parece bien, porque de todos modos no sé montar, pero Erik parece malhumorado por tener que compartir un corcel con otro jinete.

—No monto como pasajero desde que era niño —protesta.

—Si prefieres llevar tú las riendas, a mí no me importa —le dice Heron, aunque parece tener problemas para mirarlo a los ojos mientras le habla—. Quiero decir... Si quieres cabalgar conmigo. También puedes ir con Blaise, o con Art, supongo, aunque dudo que ninguno de ellos te deje llevarlas.

Erik se queda sorprendido un instante y mira a Heron como si no supiese bien qué pensar de él.

—Está bien —accede al fin—. Gracias.

Heron se encoge de hombros y aparta la vista.

—Entonces yo llevaré a Theo —determina Artemisia en astreano antes de que Blaise pueda ofrecerse—. Blaise, tú llevarás a Hoa.

Hoa parece confundida, ya que lo único que ha entendido es su nombre. Se lo traduzco todo enseguida.

Hoa lo piensa unos instantes y mira a Blaise para evaluarlo. Luego asiente, decidida.

—Servirá —me dice.

—Por mucho que nos cueste, creo que tendremos que hablar kalovaxiano para que nos entendamos todos —propongo—. De lo contrario tendremos que traducírselo todo a Erik y Hoa.

Artemisia pone los ojos en blanco.

—Odio este idioma —se lamenta en un kalovaxiano con un fuerte acento. Pronuncia mal algunas palabras—. Me siento como si fuese un abuso más.

Hoa la mira como si fuese la primera vez que la ve.

—Lo siento —se disculpa. Su kalovaxiano es más fluido, pero regular.

A Artemisia le sorprende la disculpa y se muestra algo avergonzada. Es una expresión nueva en ella, y no puedo evitar disfrutarla un poco.

—No pasa nada —le contesta a Hoa—. Solo quería decir que... No era contra ti. Solo me estaba quejando.

—Lo hace mucho —le aclaro a Hoa—. No te lo tomes como algo personal. Artemisia me fulmina con la mirada pero no protesta, solo me pellizca un brazo.

—Y gracias a eso voy a cabalgar todavía más rápido —me avisa.

El estómago me da un vuelco al pensarlo.

—Pues te vomitaré encima —replico.

Hoa se ríe. Es la primera vez que oigo ese sonido: es una carcajada melódica que me recuerda al canto de los pájaros a primera hora del día. Es un sonido hermoso.



## Osho

La amenaza del vómito parece haber surtido efecto, porque el caballo casi se desliza por el llano y extenso desierto, con Artemisia a las riendas. Es ella quien lidera el grupo hasta que llegamos allí, pero al final resulta que la velocidad no me molesta tanto como pensaba.

Cuando nos detenemos, Heron, Blaise y Erik descargan los paquetes de comida que hemos colgado a los lados de cada caballo mientras Hoa, Artemisia y yo nos dirigimos hacia la puerta. No puedo evitar mirar atrás para observar a Blaise mientras camino, buscando restos del estallido de unas horas antes, pero está como siempre, algo que me reconforta y me desconcierta a la vez.

Los guardias que hay apostados fuera son los mismos que en la ocasión anterior, con las mismas expresiones pétreas y las espadas curvas envainadas en las caderas. Casi ni nos miran cuando nos acercamos.

—Hemos venido a... —empiezo a decir, pero me interrumpo. ¿Qué dijimos la otra vez?—. A buscar mano de obra. Y hemos traído el pago de los últimos trabajos —añado, mientras señalo a los chicos, que cargan la comida.

Los guardias intercambian una mirada escéptica, pero parece que no les importa lo suficiente como para acusarme de mentir. Uno de ellos suspira, molesto, y abre la puerta para dejarnos pasar.

Una vez más, es como darse contra una pared de aire caliente y enrarecido que huele a enfermedad y podredumbre. Esta vez ya me lo esperaba, así que no reacciono, pero Hoa no estaba preparada. Tose, le sobreviene una arcada y se tapa la boca y la nariz con un brazo para protegerse del hedor. Sus ojos oscuros se dirigen hacia todo el campo decrepito, a las casitas que se están desmoronando, las calles sucias y las personas con la ropa hecha jirones, algunas

tan flacas que los huesos se les marcan bajo la piel como si no fuesen de este mundo.

Durante unos instantes, en su expresión hay horror, disgusto y tristeza, pero lo esconde bajo una máscara de plácido estoicismo casi tan rápido como lo ha mostrado.

De repente, lo veo: veo esa otra vida que vivió antes de que yo la conociera, la de la hija del emperador, educada para enfrentarse a cada situación con diplomacia y la cabeza fría, sin ser jamás sentimental ni vulnerable. No me puedo creer que jamás la viera de otro modo.

—Aquí hay refugiados de todos los países que los kalovaxianos han conquistado —le explico—. Algunas familias han estado aquí durante generaciones. Hablan una especie de idioma mezclado, un batiburrillo de palabras y frases sacadas de un país o de otro. Y hay un consejo de Ancianos que representan a cada una de las comunidades. Nos vamos a reunir con ellos.

Un grupo de niños —los mismos de la última visita—, vienen corriendo con las manos tendidas y grandes sonrisas de dientes torcidos. No puedo evitar sonreírles, por mucho que su imagen, con sus costillas salidas y caras sucias, me rompa el corazón. Me meto las manos en los bolsillos y saco un puñado de joyas que he arrancado de los vestidos de mi armario. Se las voy dando a los niños, que se me agarran a la falda y me tiran de los brazos.

—¡Osho! —grita uno, y los demás se le unen enseguida. Empiezan a corear la palabra hasta que sus voces se convierten en una sola.

Hora se pone rígida. Yo no sé lo que significa esa palabra, pero ella sí.

Se aclara la garganta.

—Prinzesina —me dice—. Osho era la palabra que usábamos en Goraki, como llamábamos a la hija del emperador. Era como me llamaban entonces, y es lo que te llaman ahora, aunque tú eres más una prinzesina. Ellos todavía no lo saben, pero ya se lo demostrarás.

Parece estar muy segura de mí, más de lo que yo nunca lo he estado. Sufrimos la una junto a la otra durante muchos años. Ella era una desconocida, encerrada tras su silencio y la distancia que mantenía para protegernos a las dos, pero yo no era una desconocida para ella: era una niña a la que bañaba, vestía y acostaba cada noche. Me veía más a mí que a su propio hijo.

Le doy la mano y se la estrecho con fuerza. Se le llenan los ojos de lágrimas, pero parpadea para contenerlas antes de que caigan por sus mejillas.

—Osho Hoa —dice en voz tan baja que casi no la oigo. Pero, de todos modos, no me está hablando a mí; son palabras que pronuncia solo para sus oídos, un

nombre que le arrebataron igual que a mí me arrebataron el mío.

—Estamos buscando a los Ancianos —les digo a los niños en astreano.

Parpadean, confundidos, y se miran entre ellos. Probablemente solo han entendido una palabra o dos.

—¿Puedes preguntarles dónde están los Ancianos en gorakí? —le pregunto a Hoa en kalovaxiano.

Ella asiente y traduce mi pregunta. Tras unir las palabras astreanas y gorakíes, algunos la comprenden; lo veo en sus rostros.

Una de las niñas mayores, que tendrá unos nueve años, me da la mano y me guía por las calles. Un chiquillo más pequeño, de unos cuatro, me coge de la otra. Me vuelvo para mirar a Hoa y Artemisia, y veo que los niños están intentando darles las manos a ellas también. Incluso la expresión de la segunda se suaviza un ápice cuando un niño le da la mano y le dedica una luminosa sonrisa en la que falta una pala.

Nos llevan por las calles mugrientas; me detengo solo un instante para asegurarme de que Blaise, Heron y Erik hayan podido entrar sin problemas. Están dentro, descargando los paquetes de comida mientras un grupo de refugiados adultos los miran con ojos hambrientos. No sé cómo vamos a dividir la comida que hemos traído de forma justa, y, aunque pudiéramos, seguiría sin ser suficiente. Es una tirita en una herida abierta, y nada más.

Bajo la vista hacia los dos niños que me cogen de la mano como si les aterrorizara que me escapase. Tiene que haber algo más que pueda hacer, pero no se me ocurre qué. No creo que jamás me haya sentido tan impotente, ni siquiera cuando el theyn estaba detrás de mí con el látigo en la mano.

Los niños nos llevan a la misma chabola en la que estuvimos la última vez. Justo cuando estamos frente a la puerta de entrada, esta se abre y aparece Tallah, con una mano en la cadera y una expresión inescrutable.

—Vosotros otra vez —protesta en astreano con su marcado acento. Mira a Artemisia y luego a Hoa—. Y habéis traído a otra amiguita. Esto no es un parque donde venir a jugar, ¿sabéis?

Siento que me arden las mejillas.

—Hemos traído tanta comida como hemos podido. Sigue sin ser suficiente, pero es... es toda la que podíamos cargar.

Arruga la nariz y me mira con tanta intensidad que siento que me voy a convertir en piedra aquí mismo.

—Esta es Hoa —le informo señalando a mi lado, al ver que Tallah se queda en silencio.

Al comprender que la he presentado, Hoa se yergue un poco más y levanta un poco la barbilla.

—Osho Hoa —dice—. *Ta Goraki*.

Ve una chispa en los ojos de Tallah.

—Hubo un tiempo en el que jamás pensé que conocería una princesa y ahora parece que os multiplicáis.

—En realidad soy una reina —la corrijo, pese a que oigo la voz de Veneno de Dragón en mi mente: «¿De qué te crees que eres reina exactamente?». Aparto la voz, pero el fantasma de la misma no desaparece.

Tallah se ríe y empuja la puerta para abrirla más.

—Muy bien, reina. Pasad las tres —nos indica, y mira a los niños para decirles algo que no entiendo mientras gesticula con las manos. Ellos se ríen y se van correteando, y nosotras entramos.

Todos los ancianos están allí. Deben de compartir la casa, por pequeña que sea. Sandrin está sentado en un colchón harapiento con un libro en las manos al que parecen faltarle la mitad de las páginas. Cuando nos oye entrar levanta la vista y arruga el ceño.

—Majestad —dice mientras se pone de pie—. Pensé que ya no os volveríamos a ver.

Siento una oleada de culpa, aunque no sé cómo habría podido volver antes. Quizá no debería haberme ido. Por magnífico que sea el palacio sta'criveriano, creo que me siento más cómoda aquí, donde hacer algo por mi pueblo significa dar comida y joyas y arreglar tejados en lugar de venderme a un soberano desconocido de un país extranjero. Pero robar comida y arreglar tejados son soluciones temporales. La única forma de ayudar a esta gente de verdad es darles un país al que puedan llamar «hogar».

—Lo siento —respondo—. Es difícil escaparse, pero hemos traído comida. Blaise y Heron están descargándola junto con... otro amigo. Erik.

Parece confundido.

—¿Esta vez no ha venido el prinz? ¿Acaso lo asustamos? —No parece sentirlo demasiado. De hecho, creo que una sonrisa empieza a asomar a sus labios.

—Hoy está ocupado. Pero esta es Osho Hoa de Goraki. Su hijo, el emperador, está ayudando a bajar la comida cerca de la puerta.

Sandrin vuelve su atención hacia Hoa, pero antes de que pueda decir nada, otra voz se le adelanta.

—Osho —dice un hombre casi sin aliento. Es gorakí: tiene el pelo negro, aunque es tan corto que se le ven algunas calvas. Tiene el rostro demacrado y los ojos de un profundo color marrón—. Osho Hoa.

Hoa mira perpleja cómo él se desploma en el suelo a sus pies. Cuando levanta la cabeza para repetir el nombre de la mujer me doy cuenta de que está llorando. Durante un momento, Hoa no sabe qué hacer, pero tras mirar a su alrededor se arrodilla junto a él, le pone una mano sobre la mejilla y empieza a hablar en gorakí en voz baja. Las palabras se deslizan una detrás de otra sin costuras, como las gotas de agua en un arrollo. El hombre asiente con fervor, sin dejar de mirarla a los ojos. Tras unos instantes, Hoa se pone de pie y lo coge de la mano para ayudarlo a incorporarse. Su mirada se ha vuelto de acero.

—No basta —me dice en kalovaxiano. No sé qué quiere decir hasta que se aclara la garganta y lo vuelve a intentar—. Traer comida no basta. También debemos traerles esperanza.

Hoa insiste en ver el campo entero, y lo único que puedo hacer es seguirla. No sé cómo lo consigue: no sé cómo puede mirar tanto dolor y tanta fealdad sin hacer ni una sola mueca. No sé cómo puede querer ver todavía más. Yo ya no quiero, solo quiero dar media vuelta, irme y traer más comida dentro de unos días si puedo, pero no quiero comprender este lugar tanto como ella. No puedo soportarlo.

Sin embargo, la sigo de casa en casa, a lo largo de todas las calles, e intento imitar su gracia, su forma de mantener la compostura ante tanta miseria.

«También debemos traerles esperanza», ha dicho, como si eso fuese algo material que podemos traer en una cesta con un lazo. Como si fuese tan fácil de compartir con los demás, con lo mucho que ya me cuesta mantener viva la mía.

Cuando se lo digo a Artemisia, ella niega con la cabeza y repone:

—La esperanza es contagiosa. Cuando tienes la suficiente, se extiende de forma natural.

## Mina

Cuando volvemos a casa de los Ancianos, Sandrin está otra vez con su libro. Aunque levanta la vista cuando me acerco a él, vuelve a su lectura de inmediato. Casi me parece de mala educación, pero intento no tomármelo como algo personal. A juzgar por las condiciones en las que está el volumen, debe de ser una historia cautivadora. Con cuidado, me siento a su lado en el colchón y espero a que termine. Cuando lo hace, pone un pedazo de papel para marcar la página y lo aparta.

—¿Sabes leer? —me pregunta.

Parpadeo.

—Por supuesto —respondo, y me muerdo el labio—. Bueno, sé leer kalovaxiano a la perfección. También sé leer un poco de astreano. En su día, mi profesora me dijo que para tener seis años iba muy avanzada, pero ahora... Bueno, no creo que esté al nivel de alguien de dieciséis. El astreano estaba prohibido en palacio. No se me permitía hablarlo, leerlo ni escribirlo.

Aprieta los labios.

—Tendremos que enseñaros cuando sea el momento.

No sé cuándo voy a poder sacar tiempo para eso, pero no se lo digo. Es amable por ofrecerse, así que lo acepto con una sonrisa.

—Tu amiga es bastante popular —dice—. ¿Dónde está ahora?

—Hoa está ayudando a distribuir la comida —contesto—. A los Ancianos les preocupaba que hubiera disturbios, pero ha conseguido que la multitud esté tranquila y organizada.

Él asiente.

—Tiene un don para la gente —afirma—. En Ástrea habríamos dicho que es

una *storaka*.

—¿Una hija del sol? —pregunto, pensando en la raíz de la palabra.

—Al fin y al cabo, ¿quién no ama al sol? Hay personas que tienen esa suerte de energía. Atraen a los demás, se hacen amigos de los desconocidos con una sola sonrisa —explica—. Vos no sois una *storaka* —añade.

Debería sentirme ofendida, pero no puedo negar que tiene razón. Yo no tengo el don que tiene Hoa. No soy una persona fácil de querer.

Me evalúa con la mirada.

—En Ástrea contábamos una historia que tal vez recordéis de vuestra niñez, la de la coneja y el zorro.

Recuerdo algunos fragmentos. Había una coneja que quería complacer a todo el mundo, así que se revolcó en el barro por un cerdo, se pegó unas plumas para agradar a un pollo y se pintó manchas en el pelaje para impresionar a una vaca. Luego se encontró con un zorro.

—El zorro le dijo que como más le gustaría a él sería en una olla de agua hirviendo —digo—. La coneja no lo pensó dos veces: saltó, y el zorro la cocinó viva y se la comió para cenar.

Sandrin sonrío con tristeza.

—No es posible complacer a todo el mundo sin perderte a ti mismo —concluye—. Y vos estáis rodeada de zorros. ¿Qué os haría feliz?

—No es tan sencillo —respondo con la voz teñida de frustración—. No se trata solo de mí, se trata de ellos. —Señalo a la puerta, a todos los refugiados hambrientos que hay en el campo—. Y se trata de la gente de Ástrea que sigue encadenada. Mi felicidad es irrelevante si el precio es la suya.

Él se queda pensativo.

—¿Y qué os costará salvarlos? —inquire.

—El precio es... —empiezo a decir, pero me interrumpo—. El precio es casarme con un desconocido que tenga un ejército lo suficientemente fuerte para enfrentarse al káiser.

Espero a que me amoneste, a que me vuelva a decir que las reinas no se casan, pero no lo hace. Me acaricia la mano.

—Es una decisión difícil —concede.

—Lo es —contesto con un nudo en la garganta. Parpadeo para contener las lágrimas y me concentro en la razón por la que he venido a hablar con él—. Sandrin, ¿conoces a alguien que sepa algo sobre los Guardianes?

Me suelta la mano y se endereza un poco.

—¿Que sepa qué sobre los guardianes?

Dudo, mientras una confesión sobre el estallido de Blaise asoma a mis labios. Me la trago y elijo mis palabras con cuidado.

—Me hice amiga de una muchacha kalovaxiana. Bueno, pensaba que éramos amigas; no lo sé. No estoy muy segura de qué éramos. Antes de escapar, la envenené a ella y a su padre con Encatrio. Él murió, pero ella sobrevivió.

Sandrin se pone tenso.

—Sobrevivió —repite—. Pero ya no es la misma.

Niego con la cabeza.

—Le dejó cicatrices y ahora tiene... Tiene el don de Houzzah.

Sandrin asimila lo que le he dicho con una expresión inescrutable.

—Es imposible —continúo al ver que sigue en silencio—. Houzzah jamás bendeciría a una kalovaxiana. Habría dejado que el veneno se la llevase y punto.

Esboza una sonrisa tensa y sombría.

—Intentar comprender el razonamiento de los dioses es tentar a la locura.

—No —insisto—. No creo que sea posible. No creo que... —me interrumpo, porque no tengo más opción que creerlo. Lo vi con mis propios ojos. Sentí el calor que su tacto desprendía en los barrotes de la celda que nos separaba, tan caliente que quemaba—. ¿Qué se puede hacer al respecto, entonces? —pregunto—. Una kalovaxiana con esa clase de poder... Y ahora también es la kaiserina.

—No tengo una respuesta para eso —admite—. Ninguna que vos no sepáis ya. Trago saliva.

—Quieres decir que debo matarla.

No es la primera vez que me lo dicen, pero la última vez Cress era inocente. Era solo una muchacha a la que le gustaban los vestidos bonitos y que quería casarse con un prinz. Sigo sintiendo como si una mano me estuviese estrujando el corazón, pero en esta ocasión es diferente. Sandrin tiene razón. En lo más profundo de mi ser, ya sabía que matar a Cress era la única forma de detenerla. Todas esas pesadillas que me han estado atormentando tienen el mismo final y en él ella acaba con mi vida. Y, por mucho que sean sueños, sé que hay algo de cierto en ellos.

Aparto el pensamiento antes de que Sandrin se dé cuenta de lo mucho que me afecta.

—Y... —me interrumpo de nuevo; no sé cómo formular la siguiente pregunta. Blaise tenía razón: si alguien sospecha de su inestabilidad lo matarán. No soy tan inocente como para pensar que Sandrin es una excepción—. ¿Alguna vez supiste de alguien que sufriera el mal de la mina y sobreviviese? —le pregunto.

El anciano frunce el ceño.



—Eso es una contradicción en sí mismo. El mal de la mina causa la muerte, por definición. Si no es así, no es el mal de la mina. —Hace una pausa—. Sin embargo, supongo que la muerte es un final que todos compartimos, así que quizá no sea una respuesta justa. ¿Cuánto tiempo hace?

—No es... —contesto—. Es una pregunta hipotética.

No me cree, me doy cuenta. Durante un segundo espero que insista para que le dé más detalles, pero acaba por negar con la cabeza.

—El mal de la mina no es una enfermedad, por mucho que lo tratemos de ese modo. Lo causa la magia de las minas. Algunas personas pueden soportarla y otras no —explica.

—Depende de las bendiciones de los dioses —respondo, y asiento. Eso sí lo sé. Él ladea la cabeza, pensativo.

—Esa es la explicación más aceptada, sí. Siempre ha sido la que yo elegí creer, pero hay otras menos poéticas. Hay quien cree que depende de otros factores, como la sangre de una persona o su constitución. Quizá todo sea cierto, de alguna forma.

—Si esto es filosofía, creo que no me gusta —contesto—. ¿Cómo pueden ser ciertas ambas cosas?

—Siempre he pensado que creer en algo le confiere algún tipo de verdad. En este caso, puede que jamás tengamos una respuesta segura, así que la creencia es la única verdad de que disponemos.

La frustración se acumula en mi interior.

—Eso no es una respuesta, son solo más preguntas —respondo—. ¿Alguna vez supiste de alguien que sufriera el mal de la mina y sobreviviese?

Me mira con recelo unos instantes y niega con la cabeza.

—No —contesta—. Nunca he sabido de ningún caso del mal de la mina que durase más de tres meses antes de que el afectado pereciera —admite.

«Pereciera.» Es una palabra bonita, más bonita que «muriera».

—¿Cómo es? —pregunto, pese a que no estoy segura de querer saber la respuesta.

Él mueve la cabeza a un lado y otro.

—Una vez lo vi con mis propios ojos. No fue en una batalla, esto ocurrió años antes del asedio. Un pobre hombre huyó del templo asustado tras darse cuenta de que estaba loco. Ya entonces los mataban, incluso antes del asedio, aunque supongo que con más clemencia. De todos modos se fue corriendo, presa del pánico, y pidió asilo en un pueblo cercano. Nadie salió herido cuando perdió el control por completo, pero aun así fue una imagen terrible. No quedó mucho de

él, y el pueblo quedó totalmente arrasado. Es mejor que no sepáis nada más, y espero que nunca tengáis que ser testigo de ello.

Quiero insistir para que me dé más detalles, pero me muerdo la lengua. No quiero esas imágenes en mi mente; no quiero ver que eso mismo le sucede a Blaise cada vez que cierre los ojos. Por terribles que sean mis pesadillas sobre Cress, sé que son preferibles a eso.

—¿Y si durase más de tres meses? —le pregunto—. ¿Y si alguien sobreviviera a la mina, tuviera un don, como lo tendría un Guardián... pero a veces no pudiera controlarlo?

Se queda en silencio de nuevo. Su mirada se pierde en la distancia mientras busca una respuesta.

—¿Es peligroso? —pregunta.

Tardo en darle una respuesta, aunque la sé muy bien. Hace apenas unas horas Blaise estuvo a punto de destruir la capital sta'criveriana al completo. ¿Cuánta gente habría muerto en una catástrofe así? Me habría sorprendido que quedase nadie vivo.

—No hay nadie herido —contesto.

No es una respuesta completa, y Sandrin parece darse cuenta. Se pone de pie con un gruñido y me tiende la mano.

—Venid —dice—. Quiero presentaros a alguien.

Sandrin me guía por el laberinto de callejuelas. No hay nadie, pues todo el mundo está esperando cerca de la puerta su ración de comida, pero hay algo desconcertante en ese silencio. Más que nunca, parece un lugar muerto. He de reprimir un escalofrío al pensarlo, y me apresuro para alcanzarlo.

Al fin llegamos a otra casa con el techo desmoronado y una puerta que apenas cubre la entrada. Sin embargo, en lugar de llevarme hacia la entrada, el Anciano la rodea y llegamos a un pequeño terreno de barro seco donde crecen unas pocas plantas escuchimizadas. Hay pimientos amarillos, berenjenas violetas y unos melones redondos verde pálido. El color es una agradable sorpresa.

Cerca del jardín hay una mujer encorvada con el pelo corto y negro que intenta avivar una débil hoguera. Encima de ella, suspendida de un palo de metal oxidado, hay una olla de hierro fundido.

—Hola, Mina —la saluda Sandrin mientras nos acercamos. La mujer se vuelve para mirarnos. Tiene una expresión severa, pero se suaviza cuando ve al Anciano.

—¿Has venido a hacer algo útil? —le pregunta, y señala con la cabeza un saco de yute lleno de boniatos naranjas y alargados que tiene al lado—. Hay que pelarlos.

—En realidad hemos venido a hablar contigo —responde Sandrin y se aclara la garganta—. Sobre las minas.

Algo cambia en la expresión de la mujer.

—Puedes hablar y pelar a la vez —contesta—. Dame un momento.

Se vuelve hacia el fuego, extiende las manos y las retuerce en el aire. Las pequeñas llamas crecen con sus gestos, hasta que empiezan a lamer la parte inferior de la olla. No hay herramientas ni cerillas, solo ella.

—¡Eres una Guardiana! —exclamo. ¡Otra Guardiana! Y una de antes del asedio, alguien que entiende su poder y a los dioses más que Heron, Art o Blaise. Y, además, ¡una Guardiana de Fuego! Pienso en cuando mis manos se calientan, y en el cosquilleo; recuerdo cuando me desperté y vi aquellas huellas calcinadas en las sábanas. Quizá también tendrá respuestas para eso.

Mina se vuelve hacia nosotros y esta vez me mira a mí.

—¿Quién eres? —inquire en tono cortante.

—Esta es la reina Theodosia —le informa Sandrin.

Ella resopla.

—No hay ninguna reina Theodosia —replica, con los ojos clavados en mí—. Solo una princesita asustada bajo el yugo del káiser.

—Te conté que la reina había venido, ¿te acuerdas? —comenta Sandrin.

—Claro que me acuerdo; nadie hablaba de otra cosa en todo el campo. Eso no cambia nada. Tú no eres una reina —me dice—. No puedes ser la reina de un país que no existe.

Es lo mismo que me dijo Veneno de Dragón, más o menos, pero no hay acritud en sus palabras, solo tristeza.

—Sandrin me ha dicho que puedes ayudarme —le explico—. Y tiene razón. No sabía que aquí quedaban Guardianes. Pensaba que los kalovaxianos los mataron a todos después del asedio.

Mina me sostiene la mirada unos instantes y luego la aparta y niega con la cabeza.

—No soy ninguna Guardiana, niña —dice.

Frunzo el ceño.

—Pero te acabo de ver...

—Has visto Guardianes de Fuego alguna vez, ¿no? —pregunta—. Los has visto encender fuegos con un chasquido de sus dedos, los has visto sostener una

bola de fuego en las manos como si fuera un juguete, tocarla sin quemarse siquiera.

Asiento. De niña vi a Ampelio hacer todo eso y más.

Ella señala el fuego con la cabeza.

—Eso es lo más que puedo hacer, y ya me ha supuesto un gran esfuerzo — explica—. ¿Qué sabes de la magia de los Guardianes?

Me encojo de hombros.

—En las cavernas que hay bajo los viejos templos hay magia, en lo que ahora llaman «minas». Algunas de las personas que pasan un tiempo prolongado allí son bendecidas por los dioses y reciben sus dones, como el don de Fuego. Pero la mayoría no lo son. El poder los vuelve locos. Les arde la piel, no duermen, su don se vuelve inestable... hasta que los mata.

Mina aprieta los labios.

—Es más o menos correcto, aunque lo entiendes de una forma bastante pueril. Algo aproximado; reglas blancas o negras. No hay nada en el mundo que sea tan simple, y la magia lo es menos todavía.

—¿Qué quieres decir?

Se queda pensativa unos instantes y mira a su alrededor hasta que una idea le ilumina el rostro. Me hace un gesto para que me acerque y cuando estoy frente a ella saca un cubo y lo levanta para que pueda ver el agua que hay dentro.

—Es la última que queda de la que trajeron tus amigos la última vez que vinisteis — cuenta—. Ahora imagina que esta agua es la magia de las minas. Esta cantidad exacta es la que se filtra dentro de cualquiera que pase allí un tiempo. Y ahora imagina que esta olla es una de esas personas.

Echa el contenido del cubo en la olla, que se llena en casi tres cuartas partes.

—De esta persona diríamos que ha sido bendecida — expone—. La magia los llena, pero no los desborda. Si la persona fuese un contenedor más pequeño, por decirlo así, la magia sería demasiada y sufrirían, como decimos, el mal de la mina.

Frunzo el ceño.

—Pero eso no tiene sentido — repongo—. Tengo una amiga Guardianas que tiene más o menos mi misma envergadura. Estoy segura de que gente más corpulenta ha sufrido el mal de la mina.

—No se refiere al tamaño físico — interviene Sandrin.

—Es algo interno, algo incognoscible que lo determina, y que no está relacionado con la genética ni con ningún otro factor, por lo que sabemos nosotros — añade Mina.

—¿Nosotros?

—Antes del asedio estudiaba las cavernas con un grupo de personas que sentían curiosidad. Quería saber qué me había pasado —aclara.

—¿Y qué era? —pregunta.

Mina mira de nuevo la olla.

—Imagina una olla más grande —dice—. La magia sigue estando ahí, pero no llena tanto a esa persona. No puede invocarla con tanta facilidad. Yo podía sentir la magia, pero traerla a la superficie era difícil, y cuando lo conseguía apenas merecía la pena el esfuerzo. Las personas como yo no éramos lo bastante fuertes para servir como Guardianas, así que volvíamos a nuestras vidas. De algún modo, era una vergüenza. Ningún dios nos elegía, ni tampoco nos mataba, tan solo nos relegaban. A nadie le gustaba hablar de ello. Supongo que es lo que les ocurre a muchos de los que ahora están en las minas, que es la razón por la que no se han vuelto locos pero tampoco tienen ningún don. La magia está en ellos, pero en una concentración demasiado baja como para que puedan hacer mucho, si es que pueden hacer algo.

Me esfuerzo para conseguir encontrarle un sentido a lo que dice.

—Entonces, para ser bendecido por los dioses, ¿tienes que ser un recipiente del tamaño correcto? —inquiero.

—Hay quien cree que los dioses eligen a aquellos que son capaces de contener el volumen de magia —dice Sandrin—. Que son ellos quienes bendicen a algunos individuos y no a otros.

—Y otros creen que es una cuestión más aleatoria e impredecible —añade Mina, y se encoge de hombros.

—¿No crees que los dioses tengan nada que ver? —pregunto, sorprendida.

Mina tarda unos segundos en contestar.

—No lo sé —admite—. Pero si pensamos que ellos eligen a quienes son bendecidos, significa que también son responsables por todos aquellos que no sobreviven. No creo que los dioses sean capaces de tanta crueldad, y si lo son, no estoy dispuesta a adorarlos.

Quizá sea un sacrilegio, pero estoy de acuerdo con ella.

—Y ¿qué hay de una persona que tiene un don, un don poderoso, pero que no puede controlarlo siempre, especialmente si está enfadada? ¿Y si no duerme y siempre tiene la piel caliente pero lleva así más de un año?

Mina mira a Sandrin, que niega con la cabeza.

—Asegura que es una pregunta hipotética —explica.

Mina resopla de forma burlona y se acerca a la olla.

—Bueno, si hablamos de usar la magia, imagina que esta llama es la energía que empleas para invocarla. ¿Qué haría con el agua?

—Hervirla —respondo, mientras poco a poco empiezo a entender.

—Sí. En mi caso, cuanto más me esfuerzo para usar mi magia, más fuerte es. Burbujea hasta el borde de la olla, igual que el agua hirviendo. Un Guardián corriente que usara su magia para grandes cosas, durante bastante tiempo, la haría llegar solo hasta el borde. Dices que tu hipotético amigo es más poderoso que la mayoría, ¿no? Entonces, cuando usa su don con demasiada fuerza o durante demasiado tiempo...

—El agua hirviendo sobrepasa el borde —adivino.

Ella ladea la cabeza.

—Leí sobre esa clase de personas en algunos escritos antiguos, pero nunca conocí a ninguna.

Sandrin se aclara la garganta.

—Según las historias que he leído yo, aparecían en tiempos convulsos. Una sequía en el este propició la aparición de un Guardián de Agua inusualmente poderoso que consiguió producir el agua suficiente para saciar la sed de un pueblo entero sin cansarse. Y un año, un Guardián de Tierra consiguió evitar una hambruna volviendo a hacer fértil un terreno árido. Los académicos destacaron que fue como si los dioses hubiesen respondido a sus plegarias.

—¿Qué pasó con esos Guardianes? —pregunto.

Sandrin y Mina intercambian una mirada.

—Usaron su poder y salvaron a miles de personas —responde él.

—Hasta que hirvieron demasiado y rebasaron el borde —termina Mina.

Ahora mismo es demasiado en lo que pensar y todavía tengo muchísimas preguntas, así que aparto a Blaise de mis pensamientos y miro a Sandrin.

—Respecto a lo que hablábamos antes, el Encatrio... —digo—. ¿Está relacionado con esto? Sé que es agua de la Mina de Fuego y que hay más gente que ha sobrevivido a él, pero ¿cómo?

—Esto ya escapa a mis conocimientos —admite Mina, moviendo la cabeza hacia los lados—. Pero, según tengo entendido, el Encatrio es una dosis de magia muy concentrada. Más que el agua que había en el cubo, el doble, quizá. Muy pocos pueden soportarlo.

—Pero si lo soportan, son tan poderosos como si hubiesen entrado en las Minas —añade Sandrin.

—Más —lo corrige Mina—. Es difícil saberlo sin hacerles pruebas, pero imagino que sería posible que este amigo hipotético y tu otro amigo hipotético

estuviesen en situaciones muy parecidas.

Durante un solo segundo, no pienso en que esto significa que Cress sea vulnerable, o incluso más peligrosa. No pienso en cuánto poder debe de tener, ni en cuántas personas podría herir. Solo pienso en lo que debe de estar sufriendo, tanto como Blaise. Pienso en que ojalá pudiera ayudarla justo antes de recordar que no puedo.

—Una pregunta más —digo, obligándome a despejar las ideas—. ¿Cómo es posible que alguien que nunca ha puesto un pie en las cavernas, o minas, y que nunca haya tomado ni una gota de Encatrio... tenga un don?

Sandrin parece perplejo, pero veo una chispa en los ojos de Mina.

—Esta persona... —plantea—. ¿Tendría (hipotéticamente, por supuesto) más o menos tu edad?

—Sí —respondo—. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso?

—Justo antes del asedio empezó a darse un fenómeno. Había rumores e informes de niños con dones, dones pequeños, nada parecido al poder de un Guardián, ni siquiera al mío. Una madre me dijo una vez que el berrinche de su hijo había hecho volcar un vaso. Otra juró que su hija lloró hasta que cayeron todas las hojas de uno de sus árboles. Eran todo historias que habían ido de boca en boca, o incidentes que podrían haber sido causadas por otras cosas, pero se empezaba a formar un patrón. Los kalovaxianos llegaron antes de que pudiéramos investigarlo.

Podría haber otras personas como yo. Esa idea me aturde y me reconforta a la vez.

—¿Descubristeis algo más antes de que llegaran? —pregunto.

Mina niega con la cabeza.

—Pero si este amigo hipotético tuyo alguna vez quisiera encontrar respuestas, quizá yo podría ayudarlo.

Una parte de mí quiere pedirle ayuda de inmediato, pero me muerdo la lengua. No es el asunto más urgente. Estoy bien, y no he tenido más arrebatos desde el del barco. Aunque sé que no será así, no puedo evitar albergar la esperanza de que lo que fuera que me sucedía ya haya desaparecido por sí solo.

—Gracias —digo al fin.

## El sacrificio

El trayecto de vuelta a la capital es más duro que el de ida. El sol brilla en lo alto del cielo y su calor es tan implacable que siento que me quema la piel incluso a través de la ropa. A medio camino no nos queda otro remedio que parar a la escasa sombra que proyecta un grupo de grandes pedruscos. Artemisia usa su don para producir un arroyo de agua para que bebamos, pero incluso sus poderes titubean bajo este calor tan seco y el esfuerzo la deja jadeante. Se sienta y se apoya en una roca.

—Solo necesito unos minutos —asegura, pero apenas consigue acabar la frase antes de dormirse.

Los demás decidimos descansar a la sombra y despertarla en media hora. Las palabras de Mina todavía me persiguen, y cuando Blaise va a ver cómo están los caballos aprovecho la oportunidad para seguirlo, pese a que la idea de apartarme de la sombra sea casi insoportable.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto mientras le da a los animales el agua que queda para que beban.

—No, ya puedo yo —contesta sin mirarme—. Deberías quedarte a la sombra.

—He encontrado a alguien en el campo —le digo. Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas—. A alguien que estudió las minas y su magia.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Le has hablado de mí?

—No —miento—. Solo he preguntado por Crescentia, como te dije.

Blaise asiente, aunque sigue habiendo preocupación en sus ojos.

—¿Y? —pregunta.

Le hablo sobre Mina y las teorías que ella y Sandrin me han contado sobre las



minas y los dioses. Le hablo del agua hirviendo y de lo que significa: que no tiene el mal de la mina y que si mantiene la calma y no usa su poder podrá quedarse como está. Le digo que no es el primero, que ha habido otros, pero que trabajaron hasta la muerte. Blaise se queda en silencio mientras hablo y acaricia los lomos de los caballos para extenderles en el pelaje el agua que ha sobrado y refrescarlos.

Pongo mi mano sobre la suya y se la estrecho, con una sonrisa tan ancha que me duelen las mejillas.

—Lo único que tienes que hacer es no usar tu don —resuelvo—. Estarás bien. Sobrevivirás.

Pero Blaise no parece tan aliviado como yo. Curva la boca hacia abajo y evita mirarme. Busco con la mirada el brazalete que le robé a Cress para dárselo a él, el que lleva cientos de gemas de Tierra diminutas, pero no lo encuentro.

—¿Dónde está el brazalete? —le pregunto.

Se mete la mano en el bolsillo de los pantalones y lo saca. Las gemas marrones brillan bajo la luz del sol de la tarde.

—No deberías seguir llevándolo —insisto—. Incrementa tu poder. Erik me contó que cuando mandaban a los berserkers al campo de batalla les daba una gema para «llevarlos al límite». Entonces no lo entendía, pero creo que ahora sí.

Hago ademán de quitárselo, pero me agarra de la muñeca para detenerme.

—Theo —me dice en voz baja—, lo necesito.

—No lo necesitas —protesto—. Solo te pondrá peor.

Niega con la cabeza y, por fin, me mira.

—Me hará más fuerte —repone, con la voz apenas más alta que un susurro—. ¿No lo ves? Esos Guardianes de los que me hablas, los que eran como yo, aparecieron en tiempos convulsos y fueron los únicos que pudieron ser de ayuda. Tú misma lo has dicho.

—Y murieron —le recuerdo.

—Fueron héroes que sirvieron a su país —me corrige—. Ese es el propósito de los Guardianes.

Aparto la mano que me tiene agarrada.

—Me lo prometiste —oigo que subo más y más el volumen de voz, pero no puedo evitarlo—. Me prometiste que estarías bien, que haríamos lo que tuviéramos que hacer para arreglarlo.

—Para arreglarme —añade en voz baja—. Eso es lo que quieres decir. Para arreglarme a mí.

—Para curarte de eso que te está matando —lo corrijo.

Se queda en silencio un largo rato, con la mirada fija en la arena que hay bajo sus pies.

—¿Quién soy yo sin mi don? —pregunta al fin, en voz tan baja que casi no lo oigo—. Porque eso es lo que me pides.

—Tu don —repito despacio—. ¿El don que casi nos mata a todos esta mañana? Tiene la decencia de ruborizarse.

—Ampelio me dijo que yo era más fuerte que ningún otro Guardián de Tierra que hubiese conocido. Me dijo que si podía controlarlo, cambiaría el curso de esta guerra. Que ayudaría a salvar a Ástrea.

—Pero no puedes controlarlo —le digo con más dureza de la que pretendía. Él hace una mueca, como si lo hubiese abofeteado. Suavizo el tono de voz y lo vuelvo a intentar—. El control que tienes sobre él va a menos en lugar de a más, y ¿quién queda para ayudarte?

Su expresión se endurece. Aparta la vista de mí y se vuelve hacia el caballo.

—Los dioses tienen sus razones para hacer lo que hacen. Tuvieron sus razones para hacerme esto a mí. Antes tú también lo creías, antes de que Søren te convenciera de que algo no marchaba bien conmigo.

Doy un paso atrás.

—No se trata de eso y lo sabes. Hoy has causado un terremoto, Blaise. Eres peligroso, para ti, para mí y para todos los que te rodean. Eso no es un don.

—Quizá no sea un don para ti, Theo, pero lo será contra los kalovaxianos cuando por fin nos encontremos en el campo de batalla y libere hasta la última gota de mi poder, sea de la clase que sea, don o maldición. Lo usaré contra ellos de todos modos.

Su afirmación me deja sin aire en los pulmones. Imagino una olla de agua que hierve hasta rebosarla.

—Eso sería un suicidio —le digo—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Morir a los diecisiete años convertido en un arma?

Se queda en silencio unos instantes y coge aire, tembloroso.

—Quiero salvar a Ástrea —responde al fin—. No sé qué me pasó en aquella mina, pero me hizo más fuerte. Más que a los demás Guardianes. Más de lo que podría serlo nunca de otro modo. Y si me lo quitas... No me quedará nada.

Intento contenerme, pero las palabras se me escapan de todos modos.

—Me tienes a mí —le aseguro. Lo digo en susurros, y mi voz casi se pierde en el implacable aire del desierto.

Él niega con la cabeza.

—Te amo, Theo. Te lo dije y es la verdad. Pero prefiero que estés a salvo en tu

trono sin mí que pasar una larga vida contigo corriendo acobardados y escondiéndonos del káiser.

—No tiene por qué ser la una o la otra —puntualizo, y rodeo el caballo para que no haya nada que nos separe—. Quiero tomar ese trono contigo al lado, igual que Ampelio estuvo al lado de mi madre.

Sonríe con amargura.

—Creo que no aprendiste nada de todas esas historias sobre los dioses que tanto nos gustaban de niños —expone—. ¿No te diste cuenta nunca de qué tenían en común?

Niego con la cabeza.

—¿Monstruos, y héroes, y actos estúpidos de valentía? —pregunto—. ¿Finales felices?

—Sacrificios —contesta—. El héroe nunca gana si no sacrifica aquello que ama por la victoria. Tú lo quieres todo, y no estás dispuesta a renunciar a nada para conseguirlo. Ni a tu libertad, ni a mí ni al *prinkiti*. Pero, cuando llegue el momento, creo que yo sí seré capaz de sacrificar lo suficiente por los dos.

Blaise por fin se da la vuelta para mirarme, aunque sus pensamientos están tan bien escondidos tras sus ojos que me siento como si estuviese mirando a un extraño en lugar de a la persona que mejor conozco en este mundo.

—Si no renuncias a tus gemas seguirás siendo un peligro para todos —insisto. Me cuesta que no me tiemble la voz, incluso cuando me obligo a decir las palabras más duras que he dicho nunca—. Tienes que irte.

El asombro y el dolor solo asoman a su rostro un instante, antes de ocultarse de nuevo tras su plácida expresión. Asiente.

—Llevaré a Hoa hasta la capital, pero después de eso me marcharé. No me iré lejos. Acamparé a poco más de un kilómetro de los muros. Si me necesitas, puedes mandar a Heron o a Art a por mí.

«Yo siempre te necesito —quiero decirle—. No habría conseguido escapar del káiser sin tus planes. No sería una reina. Seguiría siendo una muchacha asustada y acobardada ante ese tirano. No sé quién soy sin ti.»

Pero esas palabras mueren en mi garganta, sofocadas por el orgullo y la ira. Me recuerdo que es su elección.

De todos modos, él no espera una respuesta. Se da la vuelta y se dirige hacia los demás con el cubo vacío, dejándome sola bajo el sol abrasador con el corazón roto.

## La máscara

Una vez oí a algunos soldados kalovaxianos que habían perdido alguna extremidad en la batalla decir que todavía podían sentirla, pese a que ya no estuviera ahí. A mí me sucede lo mismo con Blaise. Tras volver a palacio sin él, sigo sintiendo su presencia, y me sorprende cada vez que lo busco y encuentro solo a Heron y a Artemisia. Ellos también parecen sentir su ausencia, y esa noche, cuando nos retiramos todos a mis aposentos, un manto de silencio cae sobre nosotros.

Mientras estoy tumbada en la cama, intento no imaginar a Blaise solo tras los muros de la capital, obligado a soportar el calor sta'criveriano incluso en la oscuridad, amplificado por el calor que arde a través de su propio cuerpo. Pero, por supuesto, fracaso, y sé que no conseguiré dormir.

Sin embargo, esta noche tampoco tenía pensado dormir.

Esta vez, cuando dejo a Heron y Artemisia dormidos para ir a ver a Søren, escribo una nota para que no se preocupen. Me llevo la daga. De poco servirá, pero está afilada, y eso contará si llega el momento de usarla. O eso espero.

Cuando salgo y cierro la puerta en silencio Erik ya me está esperando, apoyado en la pared del fondo con los brazos cruzados delante del pecho. Sigue sin parecer cómodo con sus ropas gorakíes, pero no puedo evitar pensar que con ellas tiene mejor aspecto que con aquel traje kalovaxiano que no era de su talla.

—¿No podemos hacer esto de día? —pregunta al verme—. No me digas que no estás agotada. Yo al menos dormí un poco anoche, tú no pegaste ojo.

Hasta que no lo dice no me doy cuenta. Tiene razón: con todo lo que ha sucedido en los últimos días, lo último en lo que he pensado es en descansar.

—Estoy bien —le digo—. Mañana podré dormir hasta tarde. El rey Etristo me

dio permiso para visitar a Søren cuando quisiera, puesto que sigue siendo mi consejero, pero me preocupa que si lo hago cuando está despierto busque el modo de detenerme.

Eric se echa a reír.

—Me gustaría ver cómo lo intenta —comenta y hace una pausa—. No eres la misma que eras en Ástrea. No dejas que nadie te diga lo que tienes que hacer, ni siquiera a tus amigos.

Me encojo de hombros y echo a andar hacia el elevador. Él me alcanza enseguida.

—Siempre tengo en cuenta lo que piensan —respondo—. Pero, cuando se trata de Søren no saben ser imparciales. Lo toleran y creo que incluso les cae bien, de algún modo, pero para ellos no deja de ser un kalovaxiano. No confían en él.

—¿Por qué tú sí? —pregunta Erik.

Yo misma me lo he preguntado incontables veces y nunca he conseguido darme una respuesta satisfactoria. Esta vez no es una excepción, pero lo intento.

—Søren me quiere, o al menos cree que me quiere. Quizá todavía me confunde con Thora, pero eso no importa, porque es ese sentimiento lo que alimenta sus intenciones —explico—. No me malinterpretes: el odio que siente por su padre es real, y sus convicciones y el sentimiento de culpa por haber usado a los berserkers también lo son. —Me quedo pensativa unos instantes—. Pero también sé cómo piensa. Sé lo que quiere, en particular lo que quiere de mí. Y por eso confío en él más que en el rey Etristo o en ninguno de los pretendientes. Más incluso que en Veneno de Dragón.

Erik piensa su respuesta unos instantes.

—¿Más de lo que confías en mí? —inquire.

Lo miro de reojo.

—Sí —admito—. Confío en que tienes buenas intenciones, Erik, pero sigo sin saber qué esperas conseguir con tu presencia aquí, y hasta que no lo sepa seguirás siendo un enigma.

—Me gusta bastante ser un enigma —dice con una sonrisa.

Tocamos la campanilla para que venga el elevador y Erik se sienta apoyado en la pared a esperar, aunque solo vaya a tardar un momento. Tiene pinta de querer preguntarme algo, pero no sabe cómo. Es una inseguridad a la que no me tiene acostumbrada, ya que suele enmascarar sus dudas con capas de falsa fanfarronería.

—¿Qué? —pregunto.

Niega con la cabeza y mira al suelo.

—Nada.

—Bueno, ahora me pica todavía más la curiosidad. Venga, que no te voy a morder.

Vacila un momento más y cuando vuelve a mirarme se le ha puesto la cara de color rosa.

—¿Sabes si... si a Heron le gustan... si le interesan otros chicos?

No sé qué duda esperaba que tuviese, pero la pregunta es tan inesperada que lo único que puedo hacer es reírme, aunque no estoy segura de por qué. Al fin y al cabo, a Heron sí le interesan los chicos. Por lo menos, estuvo interesado en un chico, y la forma en la que antes miraba a Erik me hace pensar que no fue un caso aislado.

El rostro de Erik se pone todavía más rosa.

—Solo es por curiosidad. A algunos chicos les pasa, ¿sabes? Igual que a algunas chicas les gustan las chicas.

—Eso ya lo sé —contesto, y me las arreglo para recuperar la compostura—. Perdona, no me reía de ti por eso. Es que me ha sorprendido, eso es todo. ¿A ti te gustan los chicos?

Se encoge de hombros.

—La verdad es que creo que me gusta todo el mundo.

—No lo sabía —contesto.

—No es precisamente uno de mis temas de conversación preferidos —asegura—. Hay gente que cree que me hace... antinatural.

—Hay gente que es necia —asevero, y entonces dudo—. ¿Y Søren...? —me interrumpo.

Él asiente.

—Creo que lo sabe desde hace tanto tiempo como yo. Ni siquiera tuve que decírselo.

Suspiro.

—Como dudo que te guste que vaya por ahí hablando de tus asuntos personales a desconocidos, tampoco te contaré los de Heron. Si quieres saberlo, pregúntaselo tú.

Erik se queda pensativo.

—Quizá lo haga —responde.

Aprieto los labios, pensando en Heron y su corazón roto. Después de todas las personas que ha amado y perdido, no sé si sobreviviría si le volvieran a romper el corazón.

—Pero... ten cuidado —le advierto—. Me caes bien, Erik, pero si tuviera que

elegir entre mis Sombras y tú, las elegiría siempre a ellas.

Él se me queda mirando.

—Vaya —dice.

—¿Qué?

—Nada. —Se aparta de la pared y se pone de pie justo cuando el elevador llega a nuestro piso—. Creo que he visto a la verdadera Theodosia bajo todas esas máscaras. Y es mucho más sensible de lo que pensaba.

## Impotencia

Es el mismo guardia, Tizoli, quien nos vuelve a dejar entrar en las mazmorras. Nos deja ante la celda de Søren y promete volver en cuanto lo llamemos. Por suerte, esta vez ya está despierto. Está sentado, apoyado en la pared del fondo de la celda, y parece que nos estaba esperando. Aunque sé que no formulará ni una queja, el tiempo que lleva aquí abajo ha empezado a hacer mella en él. Incluso bajo la tenue luz de la antorcha, su piel se ve cetrina y distingo unas oscuras ojeras bajo sus ojos. Además, ha empezado a oler bastante mal.

Sin embargo, cuando nos ve se las arregla para sonreír.

—Tenía la esperanza de que volvierais —dice.

—Pues claro que hemos vuelto —replico—. ¿Cómo te están tratando? ¿Te dan suficiente agua y comida?

Søren hace un gesto con la mano para quitarle importancia, tal y como esperaba.

—Me tratan bien —responde—. Me dan comida, agua y todo eso.

—¿Y esta vez sí te la estás comiendo? —le pregunto—. ¿No estarás haciendo ese truquito estúpido de nuevo?

Se ríe, pero no es la carcajada sonora y profunda a la que me tiene acostumbrada.

—Estoy comiendo mucho, y la verdad es que creo que preferirían que bebiera menos agua.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir? —Entiendo que no quieren malgastar comida: cuesta dinero y recursos. Pero el agua no cuesta nada.

—Sta'Crivero sufre una sequía —me aclara Søren, sorprendido por la pregunta



—. ¿No lo sabías? Hace años que no llueve.

—Pero construyeron la ciudad sobre un arroyo —contesto, recordando lo que Veneno de Dragón me contó cuando llegamos—. Por eso el aire aquí es más fresco, y por eso me hacen bañarme cada mañana y cada noche.

—Los arroyos se están secando —interviene Erik, y se encoge de hombros—. Pero no creo que quieran que la gente lo sepa. Se supone que Sta'Crivero es un paraíso.

—Entonces ¿cómo lo sabes tú? —le pregunto.

Erik resopla por la nariz.

—Puede que sea un invitado del rey, pero sigo siendo gorakí. Saben que no valgo nada para ellos. ¿Crees que gastarían en mí más agua de la estrictamente necesaria? Miden cada vaso que bebemos y nos cobran por cada uno de ellos. ¿Y los baños? Nadie de mi comitiva se ha bañado desde que llegamos, y, créeme, algunos de nosotros estamos empezando a fermentar.

La revelación se queda un poco coja, parece faltarle una pieza importante.

—Pero los sta'criverianos gastan muchísima agua. Solo el jardín debe de necesitar cientos de galones al día, por no hablar de lo que gastará todo el mundo en beber y en bañarse.

—No, los cortesanos utilizan muchísima agua —me corrige Søren—. Para los ciudadanos de a pie está muy racionada. He oído a algunos guardias quejarse.

Sta'Crivero parece tan lujosa y opulenta porque esa es la imagen que quieren dar, pero ¿de qué les servirán sus vestidos enojados y sus ornamentadas torres cuando no les quede agua para beber?

—Odio este lugar —admito tras unos instantes—. Odio el palacio y a esta gente superficial que se comporta como si fuesen mejor que los demás, incluso cuando aquellos que viven a su alrededor pasan sed. Odio al rey Etristo y la forma como me llama «querida», como si fuese una niña ignorante e incapaz de tomar sus propias decisiones. Y odio ese campo de refugiados y lo que le han hecho a esa pobre gente. Yo... —me interrumpo antes de terminar la frase.

Søren me mira, inseguro.

—Theo... —dice en voz baja—. Irse ahora sería un insulto para el rey Etristo y para todo el país. Es el único aliado que tienes.

—Técnicamente, eso no es verdad —repite Erik—. Me tiene a mí y a Goraki.

—Y a Vecturia —añado—. El jefe me dijo que podía convocarlos la próxima vez que los necesitara.

Søren niega con la cabeza.

—Granos de arena junto a una montaña.

—¡Eso ya lo sé! —le espeto—. Sé que no es suficiente, que nunca será suficiente. Sé que tengo que casarme con alguien que tenga un ejército más poderoso. Es solo que... Me gusta imaginar una situación en la que pudiera largarme y decirle al rey Etristo que se fuese a freír espárragos.

Ambos muchachos se me quedan mirando unos instantes con la boca abierta. Luego, Erik se echa a reír y Søren se le une un momento después.

—¿A freír espárragos? —pregunta Erik—. ¿Es lo mejor que se te ha ocurrido?

—Creo que no le he dicho a nadie que se vaya a freír espárragos desde que tenía seis años —agrega Søren.

—De hecho, creo que me lo dijiste a mí y te contesté que parecías un bebé —señala Erik, y ambos se ríen todavía más.

Me arden las mejillas.

—Es lo primero que se me ha ocurrido —me justifico—. ¿Qué le diríais vosotros?

Søren deja de reírse lo suficiente como para pensarlo.

—Yo le diría al rey Etristo que... que le dieran morcillas —explica, pensativo.

Erik niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Sigue siendo de principiante —opina.

—Pues a ver qué le dirías tú —lo desafía Søren.

Erik lo piensa un buen rato, rascándose la barbilla con ademán pensativo. Luego esboza una gran sonrisa.

—Yo le diría: «Rey Etristo, permitid que os brinde mi más humilde invitación para comer una exquisitez consistente en escorpiones fritos bañados en meado y tripa de cerdo rellena de excrementos de escarabajo». —Lo corona con una profunda reverencia.

Me doblo hacia delante con una arcada, pero Søren prorrumpe en carcajadas hasta que se pone como un tomate. Luego yo también me echo a reír. Ojalá Erik pudiera decirle eso al rey Etristo de verdad, aunque fuera solo para que yo disfrutara al verle la cara en ese momento. Cuando ya nos hemos cansado de reír y tenemos los ojos llenos de lágrimas, me acerco a los barrotes que me separan de Søren.

—Pero sabes que no te dejaría aquí, ¿verdad? Ni aunque no tuviese que sufrir luego las consecuencias —señalo en voz baja—. No me iría sin ti ni aunque el rey Etristo me prometiera un ejército de millones de soldados.

Él sonrío con tristeza y se mira las manos.

—Podrías hacerlo —dice.

Ni siquiera cuando empezamos con nuestra clase de astreano consigo olvidar

sus palabras, y me pregunto si tiene razón. Si se presentara la ocasión, ¿podría dejar a Søren atrás, pudriéndose en esta mazmorra? ¿Incluso si significara salvar a Ástrea? No estoy segura de cuál es la respuesta, ni tampoco de cuál quiero que sea.

Horas después, cuando nos vamos de las mazmorras, Erik está muy silencioso, lo que no es propio de él. Primero pienso que es solo porque está cansado, y no se lo puedo reprochar —yo misma estoy medio dormida—, pero cuando lo miro de reojo veo que tiene el ceño fruncido y está ensimismado en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —le pregunto mientras salimos del elevador, que se ha detenido en mi planta. Se ha ofrecido a acompañarme hasta la puerta, y no he sido lo suficientemente orgullosa para negarme, teniendo en cuenta que todavía hay un asesino pululando por aquí.

Erik reacciona como si lo acabase de despertar de repente de un sueño muy profundo.

—En nada —contesta, pero enseguida se da cuenta de que es obvio que miente. Suspira y añade—: Solo estaba pensando en el campo de refugiados. No me lo quito de la cabeza.

—Lo sé —respondo—. Yo tampoco. Odio sentir esta impotencia.

Erik asiente.

—Pero es raro, porque ellos no lo son, ¿no crees? Muchos de los adultos hacen trabajos físicos para los sta'criverianos. Son fuertes. Y no habrían sobrevivido si no fuesen listos. En realidad, no creo que quieran compasión ni caridad. Solo quieren una oportunidad para luchar por una vida justa y un lugar al que llamar «hogar», igual que todos nosotros.

«Quieren luchar.» Las palabras resuenan en mi mente una y otra vez hasta que me paro en seco, ahogando un grito.

—¡Erik! —digo.

Él también se detiene, se vuelve y me mira preocupado.

—¿Todo bien? Dime que no te han clavado un dardo envenenado o algo así. Creo que tus Sombras me asesinarían si te pasara algo bajo mi vigilancia.

Lo acallo levantando una mano. Cada pieza del plan se va uniendo a la siguiente hasta que empieza a tener sentido. Hasta que se convierte en un plan sólido.

—¿Cuántos refugiados crees que hay en ese campo?

Él se encoge de hombros.

—Unos tres mil —estima.

—Y ¿sin contar a los niños y a los ancianos? ¿Y a cualquiera que no pueda o no quiera luchar? ¿Cuántos guerreros potenciales hay?

Cuando empieza a atar cabos, me sonrío.

—Unos mil, puede que más —calcula—. No son suficientes, Theo, ni siquiera con los ejércitos gorakí y vecturiano.

—No, no son suficientes para una guerra —concedo—. No son suficientes para recuperar Ástrea. Pero ¿bastarían para conseguir el control de una mina?

Frunce el ceño, pensativo.

—Quizá durante un tiempo. Si atacamos por sorpresa y solo están los guardias que hayan destinado allí —dice—. Pero incluso en ese caso podríamos aguantar solo unas semanas, hasta que la noticia llegase a oídos del káiser y enviase más tropas. En ese momento, esa posible victoria sería revertida de inmediato. Tiene demasiados hombres, demasiados guerreros entrenados. Ni siquiera con la ventaja del elemento sorpresa sería suficiente. Compraríamos un poco de tiempo, eso es todo.

—Tiempo —repito—. Y la Mina de Fuego. Allí hay otros dos mil quinientos astreanos, más o menos. Y no nos quedaríamos mucho tiempo. Cuando el káiser enviase más tropas ya nos habríamos ido.

—A otra mina —añade Erik—. Para liberar a más gente y reclutar a más guerreros. Si conseguimos hacernos con las cuatro minas podrías juntar un ejército real.

—Todo el mundo tendrá elección —afirmo con firmeza—. Si no quieren luchar, les proporcionaremos toda la protección que podamos de todos modos. Pero no creo que sea una decisión difícil, después de todo lo sucedido. Están enfadados. Démosles la oportunidad de usar esa ira contra la gente que se lo arrebató todo.

Erik asiente despacio, con una expresión concentrada.

—Pero si nos vamos ahora, el rey Etristo no tendrá ninguna razón para mantener a Søren con vida, a no ser que se lo devuelva al káiser por despecho —puntualiza.

Solo hace unos minutos, él mismo me ha dicho que si tengo la oportunidad de salvar a Ástrea debería dejarlo atrás si es necesario, pero ahora que se me ha presentado sé que no soy capaz.

—Puedo conseguir más gente —dice Erik al cabo de un momento—. Hay otros campos de refugiados, uno en Timmoree y otro en Etralia. Puede que no sean tan grandes como este, pero aun así serán de un gran tamaño. Puedo ir e intentar

reclutar a más gente, o al menos asegurarme de que no los tratan tan mal como aquí. Me tomará algunos días ir a ambos y volver a Ástrea. Eso te dará tiempo para sacar a Søren de esa mazmorra y para enviarle un mensaje al jefe Kapil de Vecturia y aceptar su oferta. Tendrás que seguir jugando a este juego un tiempo más.

—Creo que puedo soportarlo —repongo secamente—. Después del káiser debería ser fácil.

—Quizá lo sería si no hubiese también un asesino con el que lidiar —me recuerda, no sin razón.

—Estaré bien —digo, moviendo la mano con impaciencia—. ¿Cuándo podrías irte?

—En unas horas —contesta—. El resto de los gorakíes están preparados para irse desde que llegamos. No les gusta Sta'Crivero.

Tras lo que me ha contado acerca de la forma en que los maltratan y les escupen, no puedo reprochárselo.

—¿Cómo nos mantendremos en contacto? —le pregunto—. Espero que, por los dioses, nada salga mal, pero estaría bien disponer de algún tipo de plan para comunicarnos por si acaso.

Erik asiente, con el rostro tenso y pensativo.

—Déjame hablar con el maestro Jurou —pide al cabo de unos instantes—. Tiene algunos inventos sobre los que no ha contado nada, pero puede que alguno de ellos funcione.

—¿Qué clase de inventos? —inquiero, recelosa—. Dijiste que era un alquimista, ¿no? ¿No significa eso que fabrica oro?

Él esboza una sonrisa maliciosa.

—Más o menos —responde—. ¿Cómo crees que le estoy pagando al rey Etristo por el privilegio de competir por tu mano?

Durante unos segundos, lo único que soy capaz de hacer es mirarlo.

—¿El maestro Jurou creó oro? —aventuro.

—Más o menos —repite—. Se le parece lo bastante para engañar al rey, pero, de todos modos, puede que la ilusión no hubiese durado mucho más tiempo.

Niego con la cabeza.

—¿Magia o ciencia? —pregunto.

Él se encoge de hombros.

—Por lo que he entendido, que, la verdad, es muy poco, es un poco de ambas cosas.

## Molo Varu

Aunque nada me gustaría más que encerrarme todo el día en la habitación y planear nuestra próxima huida de Sta'Crivero, me encuentro preparando un paseo por el jardín con Coltania. Ha insistido mucho con la invitación y tengo la esperanza de convencerla para que se dé con el suero de la verdad y así podamos sacar a Søren de prisión lo antes posible.

Artemisia está sentada en una esquina de mi habitación, puliendo su colección de dagas, que no deja de crecer, mientras Heron intenta arreglar uno de mis vestidos. Por habilidoso que sea, esconder las muchas joyas que he arrancado para dárselas a los niños del campo no es tarea fácil.

Después de lo que Søren y Erik me han contado sobre la sequía de Sta'Crivero, no puedo evitar estar preocupada por Artemisia: su don de Agua podría haberla convertido en un objetivo. Sin embargo, ella es solo una muchacha, a la larga no podría servirles de mucho, y el rey Etristo tendría que mostrar su debilidad. No me parece probable que lo haga por una recompensa tan pequeña. En cualquier caso, me alegra que pronto vayamos a marcharnos de este lugar.

—Repítame qué te dijo Blaise cuando le contaste el plan —le pido a Artemisia desde mi sitio, a los pies de la cama y abrazada a un cojín que tengo en el regazo.

Ella pone los ojos en blanco.

—No sé cómo pretendes que lo cite con más exactitud de la que ya lo he hecho. Ha dicho: «De acuerdo».

—¿Eso es todo? ¿Nada más? —insisto.

—Ha preguntado qué necesitabas que hiciera. Le he pedido que le diese tu carta a alguien que pudiera entregársela al jefe vecturiano. Me ha dado las

gracias y ha cogido la carta, además de la comida y el agua que le he llevado. Y luego he vuelto —repite, con voz cortante e impaciente. Es una advertencia para que no siga insistiendo, pero la ignoro.

—Pero ¿qué aspecto tenía cuando lo ha dicho? ¿Piensa que es una buena idea o ha accedido a regañadientes?

Lanza la daga al suelo junto a ella, con un golpe sordo que reverbera en toda la habitación.

—Tenía aspecto de tener calor. Y sed.

No sé qué contestar a eso. Parte de mí quiere pedirle disculpas, pero sospecho que lo hiciera me llamaría estúpida. ¿Por qué tendría que disculparme? ¿Por dejar que se marchase de palacio? Es peligroso y no tiene ningún deseo de ponerle remedio. Lo único que puedo hacer es intentar asegurarme de que no le haga daño a nadie más.

Alguien llama a la puerta, y Heron y Artemisia se ponen de pie y desenvainan sus armas antes de que a mí me dé tiempo a parpadear siquiera.

—Dudo que un asesino se molestara en llamar —apunto, pero Artemisia me hace un gesto para que me calle y va hacia la puerta. La abre igual que hace siempre: apuntando al recién llegado con la punta de su daga. Esta vez, al otro lado de la hoja se encuentra un Erik bastante alarmado. Artemisia suspira al verlo (como si la estuviese molestando al no intentar matarme) y baja el arma a regañadientes.

—Hola, Erik —lo saludo cuando ella se hace a un lado para dejarlo pasar—. ¿Está todo listo para el viaje?

Él asiente y mira a Heron y Artemisia.

—¿Están enterados de todo?

Artemisia interviene antes de que me dé tiempo a responder.

—Yo creo que el plan es una estupidez, pero Heron dice que es valiente —dice.

La miro con el ceño fruncido.

—Me has dicho que pensabas que era un buen plan —protesto.

—No, yo no he dicho eso —replica con un resoplido—. Lo que he dicho es que me parecía ligeramente mejor que casarte con alguien que no tenga interés en Ástrea más allá de llenarse los bolsillos.

—Bueno, viniendo de ti, suena como un respaldo entusiasta y vehemente —ironiza Erik.

Para mi sorpresa, Artemisia se echa a reír. Su propia reacción parece sorprenderle, y frunce el ceño antes de sentarse en una silla con respaldo alto

para seguir puliendo su colección de dagas.

—Si alguno de vosotros quiere venir conmigo, no me importaría tener compañía —añade Erik mirando a Heron.

Este lo mira a los ojos, y puede que sea mi imaginación, pero creo que sus mejillas adquieren un tinte rosado. Tarda tanto en responder que por un momento pienso que va a acceder, pero al final niega con la cabeza.

—Nuestro lugar está junto a la reina —afirma. Y por egoísta que sea, me alegro de que lo diga. No sé qué haría sin Artemisia y sin él.

—Parece que no sois los únicos que pensáis así —dice Erik con un suspiro, y se vuelve hacia mí—. Mi madre ha decidido que también quiere quedarse contigo. Estoy intentando no tomármelo de forma personal.

Sonrío.

—Me alegro de tener aquí a Hoa —admito—. Siento que apenas empiezo a conocerla.

Erik pone los ojos en blanco.

—Sí, ella ha dicho lo mismo de ti —responde, algo molesto—. También dijo que las sirvientas *sta'criverianas* te vestían de forma demasiado chabacana para una reina y que tenía que quedarse para ponerle fin a eso.

Niego con la cabeza.

—Ya no es mi doncella y, como madre del emperador, tendrá muchas otras cuestiones que atender, estoy segura.

Erik se encoge de hombros.

—Eso pienso yo también, pero dice que el aspecto es importante para una mujer soberana, más que para un hombre, ya que es lo primero por lo que se la juzga. Al parecer, necesitas su ayuda más que yo. Y eso es mucho decir, ya que era mi traductora de *gorakí*.

Enarco las cejas.

—Entonces ¿cómo te las vas a arreglar sin ella?

Él frunce el ceño y arruga el gesto, concentrado.

—*En kava dimendanat* —dice—. Eso significa o «estaré bien» o «tengo un burro gordo». Pero quería decir lo primero. Todos mis burros están escuálidos.

Me río.

—Igual podrías pedirle que te escriba algunas frases antes de irte —sugiero.

Asiente y luego dice:

—Ay, casi me olvido del motivo por el que he venido. —Se mete la mano en el bolsillo y saca dos pepitas de oro idénticas, cada una del tamaño de mi pulgar. Me pasa una y explica—: Es un regalo del maestro Jurou. Se llama *molo varu*.



—¿Es ese oro falso que me dijiste que fabricaba? —pregunto mientras levanto la pepita a la altura de los ojos y la observo con atención.

—No, este es de verdad. Lo que pasa es que lo ha... alterado, digamos.

Aparto la vista de la pieza de oro y lo miro a él.

—Alterado ¿cómo?

Erik mueve la mano con impaciencia.

—Me ha explicado todo el tedioso proceso, con la ayuda de mi madre, claro, pero incluso traducido era incomprendible. La clave es que el oro es un metal maleable. Con la suficiente presión... —Se interrumpe, se mete la pepita de oro en la boca y le da un buen mordisco.

Noto cómo la mía cambia bajo mis dedos y casi se me cae del susto. Cuando la levanto, veo las marcas de los dientes dibujadas en la superficie del oro.

—Pero ¿cómo...? —empiezo a decir, pero me interrumpo. Observo el oro por todos los ángulos, esperando que desaparezca, pero no lo hace.

—En gorakí, *molo varu* significa «piedra mimética». Lo que le pase a una, le pasa a la otra.

—Eso es... —Me quedo mirando la piedra— no sé si increíble o terrorífico.

—Creo que ambas cosas —contesta Erik. Me quita la piedra y se la lanza a Heron, que la coge con destreza—. ¿Podrás ir echándole un vistazo? No tienes que morderla, por supuesto. Con una herramienta lo bastante caliente se pueden grabar palabras en ella. Tenla en el bolsillo y si notas que se calienta sabrás que tengo un mensaje para ti. Y a la inversa.

—Es perfecta —le digo.

Erik sonrío.

—Por gruñón que sea, el maestro Jurou es una especie de genio —admite a regañadientes.

—Dale las gracias de mi parte —le pido—. Que estés a salvo, Erik.

Él asiente y mira a Artemisia y Heron antes de dirigir de nuevo sus ojos hacia mí.

—Cuida de mi madre. Nos vemos en la Mina de Fuego.

## El trato

Cuando me encuentro con Coltania, el jardín está casi vacío. Solo hay algunos grupitos de sta'criverianos que se pasean con sus sedas enjovadas y adornadas, que parecen diseñadas para competir con las flores exóticas que hay a nuestro alrededor. Entre tantos colores, Coltania parece una flor particularmente letal: lleva un vestido negro de cuello alto que resalta su figura y la melena negra recogida en la parte de arriba de su cabeza y sujeta con un único pasador. Como de costumbre, lleva los labios pintados de un vívido rojo, la única nota de color en su atuendo.

Cuando me ve, esos labios se extienden en una sonrisa que revela dos hileras de dientes blancos y rectos.

—Aquí estáis —me saluda mientras viene hacia mí—. Empezaba a preocuparme.

—Perdón por el retraso —me disculpo—. Recibí la inesperada visita de un amigo.

Ella hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ahora estáis aquí, y eso es lo que importa —dice mientras me da el brazo y empieza a caminar por uno de los muchos senderos del jardín.

De repente, echo tanto de menos a Crescentia que me siento como si me estuviesen retorciendo una daga en las entrañas. ¿Cuántas veces caminamos juntas del brazo, igual que ahora, por el jardín gris? Charlábamos de todo y de nada, nos reíamos despreocupadamente y hacíamos bromas que nadie más entendía. Era fácil, y era simple, y era una mentira, pero hay una parte de mí que daría cualquier cosa por volver a esos momentos.

«Coltania no es Crescentia», me recuerdo, aunque estoy segura de que esta

espera dar la impresión de ser una muchacha tonta de la alta sociedad que no tiene más preocupación que la de elegir un nuevo vestido para la próxima fiesta. No se le da muy bien. No sabe que las chicas como Cress siempre esconden algo bajo la superficie, ya sea una mente estratégica, amor por la poesía o un buen corazón. No, Coltania creció observando a esas chicas desde la distancia, con resentimiento y ansias por hacerse con una vida como la suya, así que solo ha conseguido una burda imitación de lo que creía que eran.

Pero yo puedo jugar con esa ilusión con bastante facilidad.

—Habéis sido muy amable al invitarme a dar un paseo, *Salla* Coltania —le digo, estrechándole el brazo—. Seguro que estáis exhausta por todo el esfuerzo que estáis dedicando a limpiar el nombre de Søren. ¡Y pensar que se suponía que este viaje debía ser un descanso de vuestro trabajo! Espero que no os hayamos importunado demasiado.

Eso parece cogerla desprevenida.

—En absoluto, Majestad —responde—. Me alegra poder ayudar en la medida que pueda, os lo aseguro.

—Eso es muy amable de vuestra parte —le contesto con una sonrisa tan ancha que me duele la cara—. Sé que sin duda me sentiré mucho más tranquila cuando Søren esté libre y pueda volver a ocuparme de elegir un marido. ¿Cuánto tiempo falta para que el suero esté listo?

La sonrisa de Coltania titubea apenas un segundo. Se le da muy bien esconder sus sentimientos, pero no lo suficiente. No tan bien como se le daría si la hubieran educado para ser observada desde pequeña, como en el caso de Cress. Como en mi caso también, de algún modo.

—Fabricar este tipo de pociones lleva su tiempo, Majestad, y esto es muy distinto de mi viejo laboratorio. Aquí me las arreglo tan bien como puedo —responde.

—Estoy segura —afirmo, mientras le acaricio el brazo para tranquilizarla—. Pero ¿hay algo que indique cuándo podría estar terminada?

Coltania tiene la inteligencia de sopesar con cuidado sus próximas palabras.

—Tardará un par de semanas más —dice.

—¿No dijisteis que una semana la última vez que hablamos? —le pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—Los tiempos pueden ser muy complicados. Solo son estimaciones. Sin embargo, me preocupa que algunos pretendientes se impacienten si os negáis a reuniros con ellos durante tanto tiempo, teniendo en cuenta el dinero que deben pagar al rey Etristo por cada día que permanecen aquí.

Lo dice de forma despreocupada, pero puedo oír el desafío que esconden sus palabras. Quiere saber cuál de las dos será la primera en parpadear. No seré yo.

—A mí también me preocupa —respondo—. Aunque supongo que alguien que muestre tanta impaciencia ante una decisión tan importante no sería la opción adecuada, ¿no creéis?

—Por supuesto, Majestad. La paciencia es de primordial importancia —concede, devolviendo la pelota a mi tejado.

Aprieto los dientes.

—Pero es una lástima —repongo con un fuerte suspiro—. Justo el otro día comentaba con mis consejeros que, antes de que tuvieran lugar todos estos infortunios, estaba preparada para poner fin a todo este asunto. Por descontado, el rey Etristo quiere alargarlo todo lo posible... —añado, y bajo la voz con aire conspirativo—. Ya sabéis cómo es.

Coltania asiente.

—En Oriana hay una expresión que dice: «Ser avaricioso como un rey sta'criveriano».

Esta vez no tengo que fingir una carcajada, y Coltania también se ríe.

—Muy cierto —convengo—. Y pensar que estaba a punto de aceptar la propuesta de matrimonio del canciller...

Coltania se yergue de golpe.

—El prinz Søren estaba de acuerdo con mi decisión —añado—. De hecho, podría decirse que era uno de los mayores defensores de vuestro hermano.

—¿De verdad? —replica con voz seca—. Nunca me dio la impresión de que al prinz le gustase mi hermano. Habría apostado a que su favor estaba con el pobre archiduque, y eso si no tenía pensado presentarse él mismo como uno de los candidatos, por supuesto.

Søren había dicho que el archiduque era la mejor opción si tenía que elegir alguna, lo recuerdo, pero no creo que nunca diera esa impresión en público.

—Por los dioses, no sé cuál de las dos cosas es más ridícula —repongo con una carcajada.

Pero esta vez Coltania no ríe conmigo.

—Circula un rumor y siento que debo alertaros, como amiga —me dice en un susurro—. Uno de los guardias de la prisión va contando que habéis estado visitando al prinz Søren en mitad de la noche y que os quedáis con él durante horas. La mayoría de la gente no cree que eso sea una reunión estratégica.

—La mayoría de la gente no debe darse cuenta de que si el prinz Søren está en prisión las reuniones deben celebrarse por la noche, cuando no está

abarrotada y ruidosa, y que como gran parte de esas reuniones se dedican a asegurarnos de que está bien alimentado y cuidado, es inevitable que se extiendan más de lo que lo harían si las circunstancias fueran otras —le espeto, pero entonces me calmo y fuerzo una sonrisa—. Es otra de las razones por las que estoy ansiosa por sacarlo de esa cárcel: para que no malgastemos tanto tiempo y pongamos fin a todo este asunto de los pretendientes. Pero temo que dos semanas es tanto tiempo que podrían cambiar muchas cosas, ¿no creéis?

Coltania frunce los labios.

—¿Queréis decir que si la inocencia del prinz se demostrase antes elegiríais un esposo? —pregunta—. ¿El esposo adecuado?

Ahí está: un soborno ligeramente encubierto. Ella sabrá jugar, pero yo también sé. La miro a los ojos y asiento.

Ella hace una larga pausa.

—Quizá podría acelerar el proceso para que podamos llegar a un acuerdo oficial.

Antes de que pueda responderle, nos interrumpen unos gritos que rompen la frágil paz del jardín. Reconozco una de las voces de inmediato: es el rey Etristo.

—¡Es inaceptable! —ruge, más alto de lo que lo creía capaz—. Teníamos un acuerdo, Reymer.

Los sta'criverianos que pasean por el jardín también reconocen la voz y desaparecen de la vista de inmediato; regresan al interior para que puedan hablar en privado. Parte de mí quiere hacer lo mismo, pero me temo que, si está hablando con el zar Reymer, la discusión tiene algo que ver conmigo.

—Por aquí —susurra Coltania, y me lleva a un bosquecillo con árboles de gruesos troncos y densos arbustos que nos esconden por completo. Los arbustos me arañan y me desgarran el vestido, pero el corazón me late con tanta fuerza que apenas lo noto. Miro a Coltania, que está observando con la mirada alerta y un dedo en los labios, para acallarme antes de que se me ocurra hablar.

La obedezco y busco un lugar entre los arbustos desde donde yo también pueda ver el claro vacío del jardín. En ese momento, el zar Reymer aparece en nuestro campo de visión, seguido por el rey Etristo, que camina mucho más lento y apoyado en un bastón enjoyado.

—No es seguro —susurra el zar, y se vuelve para mirarlo—. Primero el archiduque y ahora esto... No arriesgaré mi vida y la de mi propio hijo por la ínfima posibilidad de que esa antipática reina se digne a hacer de él un esposo sin poder alguno. ¡Ni siquiera un rey! Solo su consorte. Talin tiene otras posibilidades mucho más atractivas.

Se me pone el pelo de punta y se me acelera el corazón. ¿Qué ha querido decir con «y ahora esto»?

El rey Etristo se echa a reír, pero se nota que la carcajada es fingida.

—Te perderás una joya muy poco común, Reymer —repone—. La reina Theodosia no es un gran premio, no hay duda, pero el verdadero tesoro es Ástrea y su magia. Ya has visto lo que pueden hacer esas piedras. Cuando los kalovaxianos hayan sido derrotados, podrás controlar su venta. Además de las gemas de Agua, como ya discutimos.

¡Las gemas de Agua! Esas palabras encajan: es la pieza que faltaba en el rompecabezas. Lo que Etristo obtenía a cambio de ser mi anfitrión. El acuerdo que tenía con Veneno de Dragón nunca consistió en ayudarme; ni siquiera era a cambio de dinero: era por el agua. Pero, antes de que pueda reflexionar demasiado sobre esa nueva información, la discusión continúa.

—Ese es tu problema, Etristo —dice el zar Reymer con desdén—. Siempre quieres más, más y más... Pero quieres demasiado. Etralia ya es lo bastante rica.

El rey Etristo escupe en el suelo, junto a su silla.

—Nunca se es lo bastante rico —repone.

—Sí, si los kalovaxianos están involucrados —contesta el zar—. Es mejor no contrariar al káiser. Estos asesinatos han sido prueba suficiente.

«Asesinatos», no «asesinato». No ha sido solo el archiduque. El zar ha dicho «asesinatos». El corazón me da un vuelco, y mi mente da vueltas y vueltas, pensando en quién puede haber muerto por mi culpa esta vez. Pienso en Blaise, Artemisia y Heron, demasiado ocupados protegiéndome para guardarse las espaldas. «Si el asesino pensó que yo estaba en mi habitación y se los encontró a ellos...» No consigo acabar el pensamiento.

—El káiser quiere a la muchacha. No tiene ningún interés en hacerte daño ni en convertir a Etralia en un país enemigo —replica el rey Etristo.

Esta vez es el zar Reymer quien se ríe, con una carcajada que suena un poco histérica. Se tapa la cara con las manos y niega con la cabeza antes de dejarlas caer de nuevo.

—No puedes estar tan ciego, Etristo. La chica no ha sido el objetivo de esos ataques. Si el káiser la quisiera muerta, ya lo estaría. El objetivo del kalovaxiano son los pretendientes: está mandando un mensaje a cualquiera que piense en enfrentarse a él. Yo lo he oído alto y claro, y a ti te convendría escucharlo también.

El rey levanta las manos.

—Bien, entonces. Vete. Vuelve corriendo a Etralia con el idiota de tu hijo,

como los cobardes que sois. Pero no pienso reembolsarte el dinero que ya me has pagado.

El rostro del zar se pone como un tomate. Da un paso hacia el rey.

—Ese dinero es mío. Teníamos un trato, Etristo. Me garantizaste que la chica elegiría a Talin. Como no lo ha hecho, he gastado ese dinero en falsas promesas y se me devolverá antes de que me vaya, dentro de una hora.

El rey lo fulmina con la mirada. Pese a que el zar es mucho más alto, nadie lo diría al ver la intensidad que irradian sus ojos.

—Yo no hago tratos con cobardes —le espeta, casi escupiendo la palabra.

El zar Reymer da otro paso hacia él, evidenciando la diferencia de altura entre ellos.

—Te has pasado la vida metido en esa torre, Etristo, rodeado de tus muros y tus desiertos. No deberías decir esa palabra como si tal cosa. No sabes cómo es una verdadera guerra, y yo estaría encantado de enseñártelo.

El rey Etristo se queda mudo por primera vez desde que lo conozco.

—Quiero que se me devuelva el dinero en una hora, y luego mi hijo y yo nos marcharemos de este palacio, antes de que terminemos muertos también.

Sin esperar respuesta, el zar Reymer da media vuelta y se va, furioso, dejando al rey Etristo solo con una expresión que anuncia tormenta.

Coltania y yo esperamos hasta que el rey se marcha del jardín para salir de nuestro escondite entre los arbustos. Pese a que mi mente es un remolino de pánico tras saber de este nuevo asesinato, ella está bastante tranquila. Más que eso: parece estar hirviendo de una ira silenciosa.

—Ese rufián enjoyado... —masculla, con la mirada clavada en el lugar en el que estaba el rey hace unos segundos—. No me puedo creer que le prometiera vuestra mano al zar tras haberle prometido lo mismo a Marzen.

La miro boquiabierta.

—¿Es que no los habéis oído? Coltania, ha habido otro asesinato y, según lo que decía el zar, ha sido otro pretendiente. Podría ser vuestro hermano.

Despierta de su ensimismamiento y me mira.

—No —dice—. No, no puede ser Marzen. Contratamos catadores de comida y más guardias después de lo que le ocurrió al archiduque.

Pienso en los demás pretendientes, pero en mi fuero interno ya sé quién ha sido envenenado. Al fin y al cabo, si el asesino va detrás de los pretendientes a los que he mostrado mi favor, hay una posibilidad notoria. Antes de poder indagar

más en ese pensamiento ya estoy corriendo por el jardín, ignorando los gritos de Coltania, que me pide que no corra.



## Víctima

Por una vez, anhelo las escaleras, por largo que fuese el trayecto, porque así al menos no tendría que quedarme quieta y erguida, observando cómo incontables pisos pasan por delante de mí en el elevador. Siento que cada planta se sucede centímetro a centímetro, cosa que da a mi mente siglos para preguntarse qué me encontraré al llegar.

Erik, muerto. Erik, sufriendo el mismo destino que el archiduque. Erik, envenenado. Por mi culpa. Porque el káiser no quiere matarme a mí; quiere herirme, asustarme, jugar conmigo igual que un gato juega con un ratón antes de devorarlo.

Las puertas se abren por fin en la planta de los gorakíes. Ni siquiera le doy las gracias al operario del elevador antes de echar a correr por el pasillo, que está abarrotado. Cortesanos sta'criverianos se pasean por allí vestidos con sus coloridas ropas y especulan sobre qué puede haber pasado. Oigo solo pequeños fragmentos al pasar.

«Qué tragedia.»

«Después de todo por lo que han pasado... Están malditos de verdad.»

«El muchacho tenía una relación demasiado estrecha con la reina Theodosia.»

«Quizá ella también esté maldita.»

«No, no, no», grita mi mente, que ignora esas voces mientras corro hacia la habitación de Erik. Justo cuando atisbo la puerta, una mano me coge del brazo.

—Theo —me dice Veneno de Dragón al oído, en voz baja—. Ven conmigo, no querrás montar una escena.

Aunque sus palabras son duras, de su voz emana algo que no acierto a distinguir, aunque tengo la impresión de que quizá sea algo parecido a la

amabilidad.

Hay miles de cosas que querría decirle sobre nuestra última conversación, pero nada de eso importa ahora. Las palabras ya no importan. Me suelto y acelero correr, esquivando a los cortesanos sta'criverianos, y la ignoro cuando me llama por mi nombre.

No me detengo hasta que no llego a la entrada de los aposentos de Erik, donde hay dos guardias apostados que evitan que los espectadores se acerquen demasiado. Cuando por fin me detengo ante ellos, se miran, indecisos.

—Dejadme pasar —les ordeno.

—Reina Theodosia, el rey nos dio órdenes específicas de que no se os... — empieza a decir uno de los guardias, pero no me espero a que termine. Los cojo desprevenidos cuando me abro paso de un empujón y los aparto para entrar en la habitación.

No hay ni rastro de Erik. Es a Hoa a quien veo, tumbada en el suelo junto a una mesa sobre la que descansa un cuenco de uvas. Su cuerpo está doblado en un ángulo poco natural y tiene un grupo de uvas desperdigadas al lado de la mano. Su cuello está torcido hacia el otro lado, y me mira con unos ojos vidriosos que no ven nada y un reguero de sangre negra que nace en la comisura de su boca abierta.

Doy un paso atrás y me tapo la boca con la mano. Voy a vomitar. Voy a desmoronarme. No sé cómo podré volver a reconstruir los pedazos. Esta vez no.

De repente, tengo siete años y ella me abraza mientras el káiser quema el jardín de mi madre. Tengo ocho años y acabo de despertarme de otra pesadilla en la que veía cómo el theyn la mataba. Me despierto llorando, pero Hoa está a mi lado con un vaso de agua y un pañuelo de tela, el único consuelo que podía darme bajo la vigilancia de mis Sombras. Tengo nueve años, diez, once, y más, y ella me aplica un unguento con ternura y me venda los verdugones de mis castigos. Durante una década, Hoa se desplazó por la periferia de mi vida, pero no hay duda de que me mantuvo a salvo de la única forma en que podía.

Y yo no he podido hacer lo mismo por ella.

No me doy cuenta de que estoy en el suelo sollozando hasta que unos fuertes brazos me levantan, y me descubro llorando contra una camiseta de algodón. Se me llevan de la habitación en brazos, me alejan de Hoa y quiero gritar, hacer que esta persona me baje para poder volver con ella, para quedarme con ella igual que ella siempre se quedó conmigo, pero las palabras se me mueren en la garganta, ahogadas por más lágrimas de las que creía tener todavía.

Blaise me lleva hasta mi habitación. Una parte de mí sabe que no debería estar

aquí, que es peligroso, pero ha venido y eso es lo único que me importa ahora mismo. Nada existe más allá de mis lágrimas y de la imagen de Hoa, grabada a fuego en mis recuerdos. Me da igual por qué esté aquí, y lo caliente que esté su piel, mientras siga abrazándome. No consigo dejar de llorar, por mucho que intente obligarme a calmar la respiración.

Él baja mis inestables piernas al suelo pero mantiene un brazo alrededor de mis hombros.

—Alguien debería darle una bofetada —oigo que dice Artemisia, no sin amabilidad—. Si sigue respirando así se va a desmayar.

Se oye un suspiro que se parece mucho a los de Heron y, como no podía ser de otro modo, se pone delante de mí, tapando todo mi campo de visión. Parece indeciso, y durante un segundo pienso que de verdad va a seguir el consejo de Artemisia.

—No —dice Blaise, que lo mira alarmado—. Heron, ni se te ocurra...

—Se va a hacer más daño si no se la da —insiste ella—. Hazlo de una vez.

Heron los mira a ambos con los ojos muy abiertos y al fin me mira a mí. Se arma de valor y da un paso hacia mí. Blaise se mueve para interponerse, pero Artemisia lo coge por sorpresa, se abalanza sobre él y lo tira al suelo.

Entonces, Heron me toca la mano con suavidad y todo se vuelve negro.

Me despierto en mi cama arropada por las mantas, y durante un dichoso momento no recuerdo lo sucedido. Durante unos instantes, Hoa sigue viva. Pero entonces la ilusión se desvanece y quiero esconderme más bajo las mantas y sumergirme otra vez en un sueño profundo que me haga olvidar.

—¿Te encuentras bien? —La voz de Blaise, baja y recelosa, interrumpe mis pensamientos. Miro a la habitación iluminada por la luz de la luna y lo encuentro sentado en el sofá, observándome. Heron está profundamente dormido en el suelo y Artemisia está al otro lado de la cama, de espaldas a mí.

Me obligo a incorporarme. Me siento como si alguien me hubiese golpeado en la cabeza con un pedrusco; todo el cuerpo me palpita. Tengo la boca como si hubiese comido algodón.

—No deberías estar aquí —le contesto, ignorando su pregunta. De todos modos, era estúpida. ¿Cómo voy a estar bien?

Él niega con la cabeza, se levanta del sofá y viene al lado de la cama. Se agacha y me cuenta en voz baja:

—Le he dado a Art mis gemas para que las guarde, solo hasta mañana, cuando

me marche de nuevo. Había venido a la ciudad a por comida y me enteré de la noticia. Pensé... No sé qué pensé.

—Pensaste que te necesitaba —respondo en voz baja. Me duele el corazón—. Y me alegro de que estés aquí.

Esa confesión se lleva todas mis fuerzas. «Me abandonó», me recuerdo, pero de repente eso ya no me importa, porque cuando lo he necesitado me ha elegido a mí antes que a su poder. Ahora mismo, eso es lo único que cuenta.

Blaise me da la mano y me la estrecha con fuerza. Le arde la piel.

—Podría perder el control, incluso sin las gemas. Si empiezo otra vez, Artemisia ha accedido a matarme antes de que le haga daño a nadie —dice.

—Muy amable de su parte —respondo mientras miro nuestras manos unidas, nuestros dedos entrelazados. Las yemas de sus dedos están ásperas y encallecidas, pero me reconfortan de todos modos. No quiero soltarlo nunca.

Respira hondo y me preocupa que empiece a hablar sobre Hoa. No quiero que lo haga. No soy capaz de hablar de ella todavía; me rompería en pedazos. Sin embargo, como siempre, Blaise parece saber lo que pienso tan bien como yo.

—Veneno de Dragón ha intentado venir antes; ha dicho que quería asegurarse de que estabas a salvo, pero le he dicho que con nosotros estabas segura —me informa.

Suelto una carcajada triste.

—Seguro que se lo ha tomado muy bien —digo—. Tenía un trato con Etristo, ¿lo sabías? Por eso nos está ayudando: a cambio de Gemas de Agua.

Se queda en silencio unos instantes y luego exhala con fuerza.

—Ojalá pudiera fingir más sorpresa.

—Ya la creía capaz de mucho —continúo—, pero, de algún modo, esto es peor. Ampelio tenía razón. El precio por su ayuda es demasiado alto, Blaise. Ya no la quiero.

Espero que me lo discuta, que me recuerde que la necesitamos tanto ella como a su flota, que no habríamos llegado tan lejos sin su ayuda, por muchas condiciones que hubiera. Pero, para mi sorpresa, asiente.

—Cortemos todos los lazos, entonces —propone—. Cuentas con los gorakíes, los vecturianos y los refugiados. La ayuda de Veneno de Dragón no basta para inclinar la balanza, ni de un lado ni del otro. Este plan vivirá o morirá por sí solo en cualquier caso.

Trago saliva.

—Podemos hablarlo con los demás mañana. No deberíamos hacer planes sin ellos. Al fin y al cabo, es la madre de Art —repongo. Respiro hondo y le hago la

pregunta cuya respuesta tanto me asusta—. ¿Qué le ha pasado a Hoa? ¿Cómo ha...? —pero no puedo terminarla. Se me rompe la voz.

Blaise aparta la vista; me ha entendido muy bien.

—Según nuestras conjeturas, las uvas eran para Erik, pero cuando se fue, Hoa se trasladó a sus aposentos y... —se interrumpe, y yo me alegro de que no acabe la frase.

—El káiser está asesinando a los pretendientes —contesto—. Yo no era el objetivo.

—Pero ¿por qué? —pregunta con el ceño fruncido—. No tiene ningún sentido. Los marineros kalovaxianos fueron muy claros: el káiser te quiere viva o muerta. No gana nada atacándolos a ellos.

Niego con la cabeza, que grita a modo de protesta.

—Porque, aunque me quiera muerta, me prefiere viva. Recuerda la diferencia entre las recompensas. Quiere que sufra. Quiere ser la persona que cause mi sufrimiento, aunque no pueda sostener él el látigo.

Blaise asiente despacio.

—Lo siento, Theo —dice al cabo de unos instantes.

Las palabras se me clavan en las entrañas como un puñal, y se me vuelve a aparecer la imagen de Hoa la última vez que la vi, vacía y sin vida.

—¿Cómo se lo voy a contar a Erik? —planteo a los pocos segundos, con la voz rota—. Acababa de recuperarla y yo... Me dijo que cuidara de ella y no he sido capaz de hacerlo ni durante unas horas.

—No te culparé a ti —replica Blaise—. No podías hacer nada. Ha sido el káiser... Siempre es el káiser.

—Nos ha arrebatado las madres a todos, ¿verdad? —le pregunto en voz baja—. A ti, a mí, a Heron... Incluso a Søren. Y ahora a Erik. Artemisia es la única de nosotros que todavía tiene madre.

—Creo que a mí también me la arrebató, si bien de otro modo —confiesa ella de repente.

Me pregunto cuánto rato lleva despierta y si nos habrá oído hace un momento, cuando hablábamos de su madre, pero antes de que se lo pueda preguntar se da la vuelta para mirarme. Suelto la mano de Blaise para poder volverme hacia ella, y las dos nos miramos como si estuviésemos ante una especie de espejo hechizado. No nos parecemos en nada, pero al mirarla a los ojos a la luz de la luna, veo un fantasma de similitud. Ambas debemos de tener los ojos de nuestros padres; no es una similitud física, sino un reflejo de algo más profundo, de un fuego que creo que ambas heredamos de nuestras madres.

—Ella era diferente antes del asedio —continúa Artemisia—. Más blanda, supongo, aunque no creo que haya sido blanda nunca. Más feliz. No estaba siempre tan ansiosa, tan hambrienta; estaba menos enfadada con aquellos que no la saciaban. Pero luego los kalovaxianos nos capturaron a mi hermano y a mí, y yo fui la única que consiguió volver y... No creo que me lo haya perdonado.

Durante unos minutos no sé qué decir. Blaise también se ha quedado mudo; se concentra en el cubrecama que hay a mi lado y tira de los hilos distraídamente para evitar mirarla. Creo que le preocupa que, si lo hace, abrirá una puerta entre ellos que prefiere dejar cerrada.

—No creo que esté enfadada contigo por haber sobrevivido, Art —le comento. Por dura e inflexible que sea Veneno de Dragón, no la creo capaz de algo tan cruel.

—No —admite—. Pero nos atraparon por mi culpa. Yo fui la estúpida, la insensata, y fue culpa mía que terminásemos en esa mina. Lo menos que podría haber hecho era sacarlo de allí, pero no lo hice.

Es un momento de vulnerabilidad tan raro en Artemisia que no sé muy bien cómo responder. Creo que hasta respirar demasiado alto bastaría para romper esta magia que parece habernos hechizado.

—Lo siento —le digo al final.

Ella se encoge de hombros y se da la vuelta de nuevo, quedando de espaldas a mí.

—No necesito tu compasión —repone—. Pero el káiser también destrozó mi familia, incluso a los que sobrevivimos. Lo destroza todo.

El veneno no es algo nuevo en Artemisia. Impregna todas sus palabras y así ha sido desde que la conozco. Irradia de todas sus miradas y hace que todos sus movimientos sean potencialmente letales. Pero, aun así, no creo que jamás la haya visto tan llena de odio como ahora.

Me acerco a ella y alargo una mano para acariciarle el hombro con suavidad. Espero que me aparte, pero tras unos segundos se ablanda y deja que la estreche entre mis brazos. Se vuelve hacia mí y me entierra la cara en el hombro. No me doy cuenta de que está llorando hasta que no siento sus lágrimas sobre la piel.

## Bolenzia

Debo de haberme quedado dormida de nuevo, porque lo siguiente que recuerdo es que alguien llama a la puerta con suavidad. Me incorporo y parpadeo para quitarme el cansancio de los ojos. Heron y Artemisia siguen dormidos, ajenos a esta visita, y no hay ni rastro de Blaise. Siento una punzada de dolor al darme cuenta de que debe de haberse marchado. Empiezan a llamar otra vez, así que salgo de la cama, me pongo la bata por encima del camisón y escondo la daga debajo, bien sujeta a la cadera.

Voy hacia la puerta de puntillas con cuidado de no despertar a los demás. Sé que un asesino no llamaría a la puerta, pero dudo antes de abrirla de todos modos.

—¿Quién es? —murmuro.

—Coltania —me contesta una voz en un susurro.

Suspiro de alivio, pese a que la irritación me eriza la piel. Creo que ya he tenido bastante de Coltania, y de sus sobornos y regateos. Ya he tenido bastante de fingir que quiero tener algo que ver con el zalamero de su hermano.

Sin embargo, puede que todavía la necesite para sacar a Søren de la cárcel, así que abro la puerta.

Coltania está tras ella, con el mismo vestido negro de cuello alto que llevaba antes y dos tazas de té en las manos.

—Espero no haberos despertado —me dice, aunque sus palabras suenan bruscas e indiferentes.

—Pues lo habéis hecho —respondo, salgo al pasillo y cierro la puerta detrás de mí para no despertar a mis Sombras. Volveré a la cama antes de que me echen de menos.

—Lo siento —se disculpa, aunque no parece sincera—. Es que estaba despierta y pensé en lo disgustada que debíais de estar después de lo que sucedió ayer. Tengo entendido que vos y la Osho teníais una relación muy estrecha.

«La Osho.» Se refiere a Hoa. Me alegro de que no haya dicho su nombre de pila; no creo que en este momento pudiera soportar oírlo, sobre todo de boca de alguien que no la conocía.

«Y ¿tú sí la conocías?», susurra una voz en mi mente.

—Estuvo a mi lado durante casi toda mi vida —comento, y al menos eso es la verdad.

La expresión empática de Coltania titubea ante mi rotunda afirmación.

—Bueno, pensé que os vendría bien un té y una amiga con quien charlar. ¿Vamos a pasear a algún sitio para no despertar a vuestros consejeros?

«Ya tengo amigos con quien hablar —pienso—. Amigos que no quieren nada más de mí.»

Pero soy yo quien todavía necesita algo de ella. Necesito que Søren salga de la cárcel, así que me obligo a coger una de las tazas.

—Es muy amable de vuestra parte. Gracias, *Salla* Coltania —digo, y la sigo hacia el elevador—. ¿Cómo estáis vuestro hermano y vos? Apuesto a que estáis muy afectados por todo lo sucedido.

—Ha sido difícil —admite—. Hemos hablado de la posibilidad de seguir los pasos del zar y marcharnos, pero Marzen ha decidido no hacerlo. Es muy valiente.

Lo último que me apetece es oírla recitar otra vez las virtudes de su hermano. Estoy demasiado agotada y demasiado triste para fingir que el canciller me importa un bledo. Pero doy un sorbo de té y hago una mueca porque está demasiado caliente y demasiado amargo. Se me queda el sabor en la boca incluso después de tragarlo. Me recuerda al olor de la madera, pero mezclado con el de la hierba después de una tormenta y con algo más que no consigo distinguir. Puede que sea lo más asqueroso que he saboreado nunca.

—Lo siento —se disculpa Coltania al ver mi expresión—. No sabía qué tipo de té os gustaba, así que preparé mi preferido. Parece que no tenemos los mismos gustos.

—Está bien —digo, aunque no lo está. Abre la puerta del elevador, la sigo dentro y le hago un gesto al operario con la cabeza—. Supongo que estoy más acostumbrada al café. En Ástrea lo bebíamos mucho más dulce; tardaré un poco en acostumbrarme.

—Los gustos adquiridos suelen ser los más deliciosos una vez los adquieres —



opina—. Al jardín, por favor —le indica al operario. La puerta se cierra con un repiqueteo y el hombre gira la manivela. El elevador empieza a subir.

Me llevo la taza a la boca porque sería de mala educación no hacerlo, pero doy solo un sorbito con los labios apretados.

—¿Mejor? —me pregunta.

—Mejor —miento—. ¿Habéis avanzado con el suero de la verdad?

—Me temo que no —responde, aunque, de nuevo, no parece sentirlo en absoluto—. Con todas las emociones del día de ayer, no tuvimos tiempo de trabajar en ello.

«Emociones.» Resisto el impulso de pegarle, y casi no lo consigo.

—Para mí es más importante que nunca que Søren salga de prisión —insisto, mientras intento pensar en una mentira que le resulte atractiva—. Él tenía una relación muy estrecha con Ho... Con la Osho. —Ni siquiera yo puedo pronunciar el nombre de Hoa. Se me queda atascado en la garganta.

—Estoy segura de que se disgustará mucho —afirma ella.

—No es solo eso. ¿Sabías por qué el káiser la mantuvo con vida tanto tiempo? ¿Incluso después de abandonar Goraki?

—He oído los rumores. Se dice que antaño había sido muy hermosa.

«Antaño.» El desdén con que lo dice me exaspera. Es cierto que Hoa ya no conservaba su juventud, que parecía mayor de lo que era y que el káiser había dejado su huella de incontables formas, pero al recordar su aspecto en el campo de refugiados pienso que era más hermosa que Coltania, pese a sus labios pintados y su gracia felina.

—No creo que el káiser sea capaz de amar, pero la obsesión es otra cosa —añado, obligándome a continuar—. Cuando se entere de que la han matado a ella en lugar de a su hijo, se enfurecerá. Es importante que acabemos con todo este asunto del matrimonio cuanto antes y que nos marchemos antes de que el káiser ataque Sta'Crivero. Sé que ya lo he insinuado antes, pero permitidme que sea muy clara: cuando Søren esté en libertad, elegiré a vuestro hermano como mi futuro esposo y todos nosotros podremos marcharnos de este lugar antes de que llegue el káiser. Creo que es lo que más nos conviene a todos.

Coltania piensa su respuesta unos instantes.

—No podría estar más de acuerdo —responde, y señala con la cabeza la taza que tengo en las manos—. Es mejor que os terminéis el té antes de que se enfríe.

Miro el líquido verde. Sigo notando el sabor de los dos primeros sorbos, a ramas y a herrumbre. Esta vez, cuando me llevo la copa a los labios, los cierro con fuerza contra el líquido amargo.

—¿Veis? Empieza a gustaros, ¿verdad? —pregunta Coltania con una sonrisa.

El elevador se detiene con una sacudida y el té salpica por los bordes de la taza. Se derrama en el suelo del elevador y deja una mancha de un feo amarillo en la moqueta de color crema. Qué no daría yo por una taza de café fuerte, especiado y dulce.

—Vamos —dice Coltania, tirando de mi brazo libre para sacarme del elevador—. Un poco de aire fresco os sentará bien.

El jardín está desierto a estas horas de la noche, y eso me pone los pelos de punta. Sin embargo, aparte del peligro, así, vacío y oscuro, parece sacado de un sueño febril, lleno de colores tenues y ahumados y de fragancias tan abrumadoras que siento que me emborrachan. Es suficiente para marearme, y agarro la taza de té con más fuerza. Todavía me queda la mitad y no quiero seguir bebiéndomelo, pero Coltania me observa con tanta atención que no estoy segura de poder negarme. El destino de Søren sigue estando en sus manos. La miro a los ojos y finjo dar otro sorbo con los labios apretados.

—Delicioso —miento, pero me gana una sonrisa suya.

—Las flores son hermosas a la luz de la luna, ¿verdad? —me pregunta mientras caminamos. Desliza los dedos sobre un arbusto lleno de capullos blancos que casi parecen brillar—. La mayoría de las flores son más bonitas a la luz del sol, pero hay algunas que prosperan por la noche, como estas, las bolenzas. Es como se dice «flor nocturna» en yoxí. Tienen un componente natural que recubre sus pétalos y hace que brillen así. ¿No es curioso?

—Son preciosas —convengo, aunque no tengo ganas de hablar de flores.

—Preciosas —repite—. Pero ese mismo compuesto puede extraerse de los pétalos y hervirse en un líquido concentrado que puede ser letal si se consume.

Lo explica de forma desenfadada, pero me deja sin aliento. Las piezas encajan. La imagen se revela con claridad.

—Nunca estuvisteis preocupada por vuestro hermano —digo despacio—. Ni siquiera cuando el zar dijo que habían asesinado a otro pretendiente. Ya sabíais quién era el objetivo.

Coltania no lo niega. Me mira y parpadea lánguidamente, como si ya se hubiese aburrido de la conversación.

—Pero ¿por qué? —inquiero—. ¿Por qué trabajar para el káiser?

Se echa a reír y da un paso hacia mí. Yo retrocedo, y un arbusto me araña las piernas a través de la bata.

—En Oriana contamos un cuento a los niños sobre un monstruo grotesco que los sacará de la cama y se los comerá si se portan mal. El káiser es tu monstruo. Basta mencionarlo para que te asustes, y te necesitaba asustada, porque pensé que te llevaría a tomar una decisión más rápido. El káiser solo era un cuento para empujarte a elegir.

—Pero aquella sirvienta dijo que había sido el káiser —repongo—. Le dieron el suero de la verdad. ¿O era mentira?

Coltania se encoge de hombros.

—Dijo la verdad que sabía, y solo sabía lo que le habían contado: que el káiser estaba detrás de todo y que sería bien recompensada por ayudarlo.

Recuerdo a la chica desplomándose en el suelo y convulsionando hasta morir y me mareo.

—Pero ¿por qué el archiduque? —pregunto, alzando la voz con la vana esperanza de que haya alguien en este jardín que me oiga. Alguien que me ayude.

Se encoge de hombros de nuevo.

—Te oí hablar con el prinz Søren en este mismo lugar y decirle que el archiduque Etmond era tu primera opción entre todos los pretendientes. El rey Etristo me había prometido que elegirías a Marzen, pero temía que no tuviera tanto control sobre ti como él pensaba.

Si oyó eso, también debió de oír la conversación que siguió, en la que Søren me dijo que me amaba. Por eso estaba tan segura de que había algo entre los dos.

—Y por eso culpaste a Søren del asesinato —deduzco—. Por eso el suero de la verdad está tardando tanto. Nunca empezaste a fabricarlo, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza.

—No quería que tuvieras distracciones. No quería que tomaras su propuesta en consideración —contesta. Da otro paso hacia mí, pero esta vez no tengo adónde ir. Se me nubla la vista y de repente la veo doble, hasta que vuelve a hacerse nítida, a convertirse en una única figura con ojos brillantes y alerta. Una depredadora. Y yo he estado demasiado ciega para verlo hasta ahora.

Necesito hacer que siga hablando hasta que yo consiga recobrar la calma.

—Pero nos dieron el mismo vino —digo, intentando concentrarme pese a que mi mente es un remolino—. ¿Cómo sabías que no me envenenaría yo? ¿Estaba en la copa?

—No, en la copa no —contesta—. Demasiadas cosas podrían haber salido mal; en este palacio hay demasiados sirvientes. No podía controlarlos a todos. No, no envenené el vino, pero le puse unas gotas de zumo de fresas. No era peligroso

para ti, pero el archiduque era alérgico.

Recuerdo que el rostro del archiduque se hinchó y se enrojeció, lo recuerdo agarrándose la garganta. Recuerdo a Coltania respirándole en la boca para intentar salvarlo... O eso parecía.

—No estabas intentando salvarle la vida, ¿verdad? —pregunto.

—Me estaba asegurando de que nadie más pudiera hacerlo. Se podría haber recuperado él solo si yo se lo hubiese permitido —explica.

—Tú llevabas el veneno —adivino.

Sonríe, y sus labios rojos se estiran sobre sus blancos dientes. Por mi visión borrosa, durante un instante juraría que tiene unos largos colmillos.

—Chica lista. Mi pintalabios está mezclado con bolenza destilada. No es la primera vez que la uso con ese propósito y con los años he desarrollado una resistencia.

Recuerdo los rumores: las misteriosas muertes de los rivales políticos de su hermano. Su camino sin trabas hacia la cancillería.

Abro la boca para hacerle otra pregunta y comprar así un poco más de tiempo, pero antes de poder hacerlo siento un dolor atroz en la cabeza y grito, derramando el resto del té sobre el camino de piedra. El líquido brilla a la luz de la luna.

Coltania me observa unos instantes con curiosidad, hasta que el dolor se me pasa tan de repente como ha venido. Cojo aire e intento buscar un pensamiento coherente.

—Lo siento —dice. Una vez más, no parece nada sincera—. Es un efecto secundario del veneno. Pero no te preocupes. El dolor cesará cuando te deje inconsciente.

Me sobreviene otra oleada de dolor. Siento como si me estuviesen partiendo la cabeza en dos. Me doblo por la mitad y pongo las manos en las rodillas para sujetarme. Grito tan alto como puedo. Alguien tiene que estar aquí, alguien tiene que oírme.

—¿Por qué me has envenenado a mí? —le pregunto cuando el dolor remite hasta convertirse en una palpitación sorda—. ¿Qué puedes sacar de ello?

—Oh, no te matará —me asegura—. Solo te hará... más fácil de manejar. Ahora que sabemos que el trato que Etristo tenía con Marzen y conmigo no era exclusivo, no pienso arriesgarme más. No sería fácil sacarte a escondidas de Sta'Crivero si estuvieras chillando y pataleando.

«Sacarte de Sta'Crivero.» No me va a matar, pero que me secuestre no es mucho mejor. Y si nadie ha venido después de mi último alarido, es porque

nadie va a venir.

Sigo notando la daga en la cadera, pero si ya tendría problemas para empuñarla en perfectas condiciones, no me cabe duda de que en este estado no seré capaz.

Me golpea otra oleada de dolor, esta vez más fuerte, tanto que vomitaría si tuviese algo en el estómago. Pero, vacío como está, solo tengo arcadas hasta que el dolor vuelve a menguar.

—Si hubieses bebido más té, como te dije, ya te habría hecho efecto —se lamenta Coltania con un fuerte suspiro, como si mi dolor fuese una molestia para ella.

Me desplomo en el suelo; veo puntos negros. Parte de mí quiere rendirse a la oscuridad, dejar que la realidad se desvanezca y así salvarme de otra oleada de dolor, pero lucho contra ella. Me obligo a aferrarme a lo que está ocurriendo a mi alrededor, a los bordes afilados de las piernas que hay bajo mi cuerpo, a los arañazos que las ramas me hacen en la espalda. El rostro de Coltania se acerca por encima de mí; me observa como si fuese un espécimen muy particular que todavía no acierta a comprender.

El dolor regresa y me clavo las uñas en las palmas de las manos para anclarme al momento presente, un truco que usaba durante los castigos del káiser para no desmayarme. Vuelvo a gritar, e intento hacerlo todavía más alto.

—No te oírás nadie —me dice, pero oigo unos pasos antes de que termine la frase. Me da un vuelco el corazón, pero la esperanza se esfuma cuando es el canciller Marzen quien aparece. Nos mira a mí y a su hermana, impactado.

—Coltania —dice perplejo—. Dijiste que solo ibas a hablar con ella.

—Hemos invertido demasiado dinero en este ardid como para arriesgarnos a que fracase solo porque una chica no se decide. Te da su favor un día a ti, al príncipe el siguiente y al otro al emperador. ¿Quién sabe a quién se lo dará mañana? —plantea, sin quitarme la vista de encima—. He hecho lo que tenía que hacer, Marzen, como hago siempre. Una vez la separemos de sus consejeros y sus guardias se mostrará mucho más dócil. Pero tenías razón en una cosa, Theodosia: el káiser vendrá cuando se entere de dónde estás, y supongo que el zar lo avisará pronto en un vano intento de ganarse su favor. Pero cuando llegue ya hará tiempo que nos habremos ido. Nosotros te mantendremos a salvo, ¿no es cierto, Marzen?

Sin embargo, el canciller no la mira. Tiene los ojos clavados mí, abiertos del asombro, y la mandíbula desencajada.

—Esto no es lo que habíamos planeado —protesta, más para sí mismo que para nosotras.

—Los planes cambian, Marzen —le espeta—. Nunca te has quejado de mi forma de proceder en el pasado; no veo por qué habrías de empezar ahora. El dolor terminará dentro de nada y se quedará inconsciente. Yo me quedaré con ella; tú ve a asegurarte de que toda nuestra comitiva esté preparada para irnos de inmediato. Si seguimos aquí cuando alguien se dé cuenta de que ha desaparecido, no tendremos escapatoria.

Marzen permanece inmóvil un momento. Se queda clavado en el sitio con la mirada fija sobre mí. Me anega otra oleada de dolor que hace que sienta espasmos en todo el cuerpo. Vuelvo a gritar, no tanto por la esperanza de que alguien me oiga sino para provocar algo de empatía en él.

No obstante, la compasión que pueda albergar no basta. Aparta la vista, mira a su hermana y asiente.

—Aligera —dice él—. Si alguien se entera de esto no nos dejarán salir de esta ciudad con vida.

Y entonces se yergue y se va a toda prisa sin ni siquiera mirar atrás.

Mi mente está cada vez más confusa. Los puntos negros crecen; el dolor empeora. No podré soportarlo mucho más tiempo, pero debo hacerlo. No volveré a ser prisionera de nadie, no jugarán conmigo como si fuese un peón. La siguiente vez que me golpea el dolor, me encorvo hacia delante y, mientras grito, meto la mano en el vestido en busca de la empuñadura de la daga. La encuentro, pero no tengo energías. Apenas puedo sujetarla, por ligera que sea. No sé de dónde voy a sacar la fuerza para usarla.

Pero he de hacerlo. No tengo elección. Cojo la daga con tanta firmeza como puedo y me siento. Pongo los ojos en blanco y dejo que mi cuerpo se quede muerto y se desplome contra el arbusto.

—Por fin —masculla Coltania. Oigo sus pasos cada vez más cerca y noto que se agacha junto a mí. Empuño con más fuerza la daga, que está escondida en una doblez del vestido. El corazón me late desbocado, es lo único que me mantiene despierta y alerta. Solo voy a tener una oportunidad.

Recuerdo las clases de Artemisia: cómo sostener la hoja, dónde apuntar. La recuerdo avivando mi ira, pero ahora no necesito sus burlas mezquinas. Coltania mató a Hoa. Visualizo su cuerpo tal y como estaba la última vez que lo vi, una imagen que jamás me abandonará. Coltania la mató, y saber eso es el único fuego que necesito.

Cuando me coge por debajo de los brazos para levantarme, aprovecho la oportunidad y le clavo la daga en la barriga.

No es el mejor lugar donde apuñalarla. No es el corazón, la garganta o el

muslo, donde Artemisia me dijo que le provocaría una muerte rápida. Esas zonas son difíciles de alcanzar desde este ángulo; sería complicado clavarla ahí con precisión en mi estado actual. Apuñalarla en la barriga es fácil, aunque el proceso sea más lento. La hoja se desliza en el interior y corta la piel y el músculo como si no fuesen más que aire.

Coltania ahoga un grito a mi oído y se aparta de mí. Me mira con los ojos muy abiertos y colmados de pánico; estudia mi rostro, esforzándose por comprender lo que acabo de hacer. Le devuelvo la mirada mientras se desploma en el suelo, y caigo junto a ella.

La vida tarda mucho rato en abandonar sus ojos, pero no aparto la vista hasta que no sucede.

## Conmoción

No sé cuánto tiempo pasa. Estoy paralizada, sentada al lado del cuerpo de Coltania. Su veneno sigue circulando por mis venas; me nubla la vista y me mareo, pero al menos el dolor ha remitido. Doy gracias a los dioses por no haber dado más de un par de sorbos. Imagino que me despierto en Oriana, o de camino hacia allí, sola. ¿Habrían descubierto mis Sombras dónde estaba? Quiero pensar que sí, pero no puedo estar segura. Me alegra no tener que descubrirlo.

Oigo un crujido detrás de mí y me vuelvo, pero el gesto me mareo. Sin embargo, no hay nadie, solo flores, árboles y —ahora lo veo—, un brillo en el aire que lo delata.

—Heron —digo, y me llevo una mano al corazón para calmar sus frenéticos latidos.

Heron se hace nítido. Me mira con los ojos muy abiertos y se fija en el vestido manchado de sangre, en Coltania, que está muerta a mis pies, y en la empuñadura de mi daga, que sobresale de su barriga. Veo que une los puntos que le descubren lo ocurrido, aunque es imposible que entienda el porqué.

—Ella era la asesina —le explico—. Pero no trabajaba para el káiser, solo para sí misma y para su hermano. Para asegurarse de que lo eligiera a él. Se cansaron de esperar, así que iban a secuestrarme y a obligarme a casarme con él. Yo... —me interrumpo—. He hecho lo que tenía que hacer.

Los ojos de Heron siguen tan abiertos como la luna que brilla en el cielo, pero asiente.

—Vamos —dice, tendiéndome la mano. Se la doy y la estrecho entre sus dedos; es un ancla que ahora necesito desesperadamente—. Esto lo cambia todo.

Esa afirmación se queda tan corta que casi me echo a reír. He pasado días



desconfiando hasta de mi sombra, convencida de que el káiser me había encontrado, de que jamás estaría a salvo de él. Y puede que eso sea cierto, pero ahora mismo no lo es, todavía no. No era el káiser, era una mujer brillante con más ambición que sentido común. Solo una mujer muerta. Una mujer que he matado yo. Todavía no sé cómo me hace sentir eso; cuando pienso en lo que he hecho no siento nada. Así que de momento no voy a pensar en ello.

—Al menos el rey Etristo tendrá que soltar a Søren —expongo—. Y entonces nos iremos, tal y como hemos planeado.

Heron me lleva dentro de palacio y hacia el elevador, donde nos espera el mismo operario que antes. El hombre se queda mirando mi vestido ensangrentado y lo que estoy segura que es una expresión salvaje sin decir ni una palabra, aunque estoy convencida de que alertarán a alguien en cualquier momento. Entonces encontrarán el cuerpo de Coltania y...

—No me creerán —afirmo, más para mí misma que para Heron.

Él contesta de todos modos.

—Creo que hay bastantes pruebas que respaldan tu versión.

Niego con la cabeza.

—También había muchas pruebas para sacar a Søren de las mazmorras, pero el rey Etristo no hizo caso porque no encajaban con la historia que necesitaba contar. Necesitaba que estuviera encarcelado para poder usarlo como moneda de cambio —explico pausadamente—. Y ahora tendrá mucho que ganar arrestándome también a mí, sobre todo porque la mayoría de los pretendientes se han marchado. Está perdiendo dinero.

Estoy pensando en voz alta, pero me detengo y miro al operario con recelo. El corazón me late todavía con más fuerza que cuando Coltania estaba de pie ante mí. Heron también lo está mirando, y ha perdido todo el color de la cara. Me mira a los ojos y sé que estamos pensando lo mismo.

Necesitamos más tiempo del que tenemos ahora y solo hay una manera de conseguirlo.

Heron actúa con tanta rapidez que casi no lo veo, sin duda con la ayuda de su don de Aire. Rodea el cuello del operario con un brazo antes de que este tenga tiempo de reaccionar y le presiona la tráquea. El hombre, al resistirse, suelta la palanca y el elevador se para de repente, con una sacudida que me revuelve el estómago. Es más corpulento que Heron y lucha contra él con todas sus fuerzas, pero una expresión de placidez se ha adueñado del rostro de mi amigo, que aguanta con firmeza hasta que, al fin, el hombre cierra los ojos y se desploma en sus brazos.

Sin embargo, Heron no comete el mismo error que Coltania ha cometido conmigo. No da por hecho que está inconsciente solo porque se haya quedado quieto.

—¿Puedes encargarte de la palanca? —me pregunta sin soltar al operario—. Debería ser fácil, porque estamos bajando y no subiendo.

Asiento; no creo ser capaz de hablar. Me concentro en la palanca. Pese a que el elevador descienda, he de hacer mucha fuerza para conseguir girarla. Cuando Heron me pide que pare, solo he conseguido bajar dos plantas.

—Salgamos por aquí y vayamos por las escaleras —propone, y suelta el cuerpo del operario. Abre la puerta y me hace un gesto para que salga.

Solo entonces me atrevo a decir en voz alta la idea que hace rato que me reconcome.

—El rey Etristo ha perdido mucho dinero por mí —le digo—. La única manera que tiene de recuperarlo es vendiéndonos a mí y a Søren al káiser.

Heron debe de haber llegado a la misma conclusión, porque no parece sorprendido.

—Tenemos que irnos de inmediato —resuelve.

El corazón sigue latiéndome desbocado, pero consigo asentir.

—Sí —respondo—. Pero no sin Søren.

Cuando Heron y yo entramos en mi habitación a toda prisa, Artemisia está esperando sentada en una silla junto a la chimenea. Se vuelve hacia mí, molesta en un principio, pero entonces se fija en mi vestido ensangrentado y mi expresión de pánico.

Antes de que le dé tiempo a decir una palabra, le cuento todo lo que ha sucedido desde que, hace solo una hora, me fui con Coltania. Me sorprende lo tranquila que suena mi voz, pese a que en mi interior lo único que siento es pánico.

—¿Qué tenemos que hacer, pues? —pregunta Artemisia con tono brusco cuando termino—. Ir a por Søren, avisar a Blaise... Los refugiados. Tendremos que encontrar barcos suficientes para llevarlos y comida para alimentarlos. También armas para todos aquellos que quieran luchar. —Va contando con los dedos y con cada tarea que enumera se me cae más el alma a los pies.

—No tenemos tiempo para todo eso —me lamento, negando con la cabeza—. No podemos hacerlo...

—No tan rápido —me interrumpe. Una sonrisa se le dibuja en el rostro, tan

ancha que le llega hasta los ojos. Es una sonrisa poco habitual en Artemisia, y da tanto miedo como ella—. Por suerte para nosotros, en el puerto sta'criveriano hay muchos barcos mercantes de gran tamaño repletos de todo tipo de cosas, pero sobre todo de armas y comida.

—Entonces, lo único que hay que hacer es ir al puerto y robar un montón de barcos —dice Heron pausadamente, mirándola como si estuviera loca—. Es imposible que lo consigamos. Solo somos tres, cinco, si conseguimos llamar a Blaise y liberar a Søren, e incluso eso parece poco probable a estas alturas.

—Seremos cinco, con Søren y Blaise —afirma Artemisia—. Pero tres de nosotros somos Guardianes y es de madrugada. —Hace una pausa y nos mira, primero a Heron y luego a mí—. El plan es una locura, pero podría funcionar.

—Yo puedo ir a por Søren si vosotros vais a por Blaise y los barcos —les digo—. Hay tres mil refugiados, eso es lo que estimó Erik. ¿Cuántos barcos necesitaremos?

Heron niega con la cabeza.

—Necesitaríamos una flota, Theo —responde con voz grave—. Creo que incluso Art estará de acuerdo con que no es posible.

Artemisia duda, pero aprieta los labios y frunce el ceño, y sé que la sombra de un plan ya se está formando en su mente.

—¿Y si...? —empieza a decir Heron—. Sé que no queremos ni oír hablar de ello, pero ¿y si no nos llevásemos a todos los refugiados? Solo los estaríamos arrastrando a una guerra en la que la mayoría de ellos no podrá luchar. Sería peligroso y...

—No tan peligroso como quedarse aquí después de que el rey Etristo se dé cuenta de que me he ido, y de que, de paso, he robado una flota de barcos y la mano de obra más barata del país —apunto—. Si no nos los llevamos, los matará. No pienso dejar a nadie atrás, quieran luchar o no. Art, ¿qué estás pensando?

Suspira y niega con la cabeza.

—Hay una opción, pero es un riesgo. Podría salirnos el tiro por la culata —me advierte—. Necesitaríamos la ayuda de mi madre y la de su tripulación.

Niego con la cabeza.

—Quizá me entregue al rey Etristo ella misma —repongo. Con todo lo que ha ocurrido, casi me había olvidado de lo que he oído decir antes al zar—. Le ofreció Gemas de Agua, no sé de qué forma. Por eso accedió a ser mi anfitrión. Sta'Crivero está al borde de la sequía.

Por un momento, parece que Artemisia va a negarlo, pero no puede. Sabe

mejor que nadie de lo que su madre es capaz.

—La necesitamos, Theo —insiste—. O Heron tiene razón. Nuestra única oportunidad es dejar a dos tercios de los refugiados aquí.

Siento el ardor de la frustración en mi interior. Todo se está desmoronando y no consigo encontrar una salida que quiera tomar. Pienso en el cuerpo de Coltania en el jardín. En unas horas, los sta'criverianos subirán para dar un paseo matinal o para desayunar, y la encontrarán. Pero antes encontrarán al guardia del elevador. No tardará mucho en despertar y el rey Etristo solo tendrá que sumar dos más dos. Dentro de poco estaré en esas mazmorras al lado de Søren y el káiser vendrá a buscarnos a los dos.

Se suponía que tendría más tiempo, pero ahora ya no hay nada que pueda hacer.

—Vamos, Art —digo—. Si tengo que despertar a tu madre a estas horas, no pienso hacerlo sola.

Cuando Veneno de Dragón abre la puerta, parece dispuesta a asesinar a cualquiera que haya al otro lado. Con su camisón blanco y el pelo hecho una maraña encrespada alrededor de la cara, surcada por las arrugas de la almohada, no se parece en nada a la Veneno de Dragón que conozco y —si soy sincera— temo.

Quiero preguntarle directamente por las Gemas de Agua, pero me muerdo la lengua. Al fin y al cabo, ahora mismo la necesito.

—Espero que tengáis un buen motivo para haberme despertado —dice, fulminándonos a Artemisia y a mí con la mirada.

Artemisia me da un codazo para sugerirme que empiece a hablar.

—Bueno, pues resulta que acabo de matar a *Salla* Coltania en el jardín tras descubrir que fue ella quien asesinó al archiduque y a Hoa —le cuento. Será ruin, pero no puedo evitar disfrutar de su expresión impactada—. Estamos bastante seguros de que cuando encuentren su cuerpo y un operario del elevador recupere la conciencia, el rey Etristo me arrestará y luego nos venderá a mí y a Søren al káiser para recuperarse de las pérdidas que haya sufrido con el desastre que ha resultado ser esta búsqueda de esposo. Como preferiría que eso no pasara, vamos a irnos ahora mismo y vamos a incautar una flota de barcos mercantes en el puerto para poder llevarnos a los refugiados a Ástrea para liberar la Mina de Fuego. Ah, y Erik se reunirá con nosotros allí con refugiados de los otros campos. ¿Te gustaría unirse a nosotros? Eso de incautar barcos se te da bastante

bien.

Veneno de Dragón me mira boquiabierta unos instantes. Empieza a hablar, se interrumpe y lo vuelve a intentar. Repite el gesto unas cuantas veces hasta que por fin consigue pronunciar palabra.

—¿Estás loca? —me pregunta. No lo hace en tono acusador, sino que parece sentir verdadera curiosidad.

—Estoy desesperada —respondo—. Supongo que no es tan distinto.

Mi tía niega con la cabeza, y parpadea, despejándose del poco sueño que aún tenía.

—Está bien —conviene, suspirando atormentada—. Te ayudaré a salir de aquí y a conseguir los barcos, pero después de eso no cuentes conmigo.

—Ma... Capitana —interviene Artemisia. Se aclara la garganta y continúa—: Me parece que... Creo que no es la elección correcta. No solo te necesitamos para robar los barcos, te necesitamos también para la batalla. Necesitamos que nos ayudes a vencer.

El anhelo de la voz de Artemisia es como un puñetazo en el estómago, pero a Veneno de Dragón no la conmueve. Mira a su hija como miraría a cualquier otro miembro de su tripulación que se hubiese atrevido a cuestionar su decisión.

—El rey Etristo me ha contrariado, así que me marcho y voy a llevarme unos barcos a modo de compensación —dice.

—¿Que te ha contrariado? ¿A ti? —replico, incapaz de contenerme. Las palabras salen disparadas, y sé que son una estupidez incluso mientras las digo, pero lo hago de todos modos—. Eso es ridículo. Dime, ¿cuántas Gemas de Agua le ofreciste a cambio de venderme al mejor postor?

Me aguanta la mirada con una expresión imperturbable.

—Le ofrecí la mina —contesta.

Siento calor en las puntas de los dedos, pero cierro las manos en dos puños. «Ahora no», suplico en silencio.

—No era tuya. No eras quién para ofrecérsela —replico. El calor de las puntas de mis dedos se empieza a extender, me sube por los brazos, me hace cosquillas en la piel. Intento ignorarlo, aprieto más los puños y me clavo las uñas en las palmas de las manos. El dolor es una distracción bienvenida.

Artemisia me mira desconcertada y baja la vista hacia mis manos.

Veneno de Dragón se encoge de hombros.

—Alguien tenía que pensar en Ástrea —se justifica, llamando así la atención de Artemisia—. Sabía que tú no lo harías, así que lo hice yo. Una mina a cambio de nuestro país. Un cuarto del poder a cambio del resto. Fue una decisión fácil.

—No era tuya —repito con los dientes apretados—. No eres la reina, por mucho que te guste pensarlo. Yo soy la heredera de mi madre. Tú no eres más que una pirata.

Lo digo como un insulto, pero a Veneno de Dragón no le afecta en absoluto.

—Etristo no sabe hacer la guerra —dice, apartando la vista de mí y dirigiéndola a Art—. Robar sus barcos será casi fácil, y una vez escapemos no nos perseguirá. Pero no pienso meter a mi tripulación en medio del fuego cruzado de una guerra con Kalovaxia, una guerra que no podemos ganar. Y tú tampoco deberías, Artemisia. Como Theo dice, al fin y al cabo no somos más que piratas.

Habla con dureza, pero, por primera vez, Art no se estremece al oírla, sino que se yergue un poco más.

—La Mina de Agua me destruyó, ¿sabes? Y me volvió a reconstruir desde la nada. El rey Etristo no se merece ni una sola piedra de sus profundidades. Hay cosas por las que merece la pena luchar, aunque parezca que no hay esperanzas. Y aunque para ti yo no sea una de ellas, esperaba que Ástrea sí lo fuera.

Veneno de Dragón no le contesta, sino que me mira a mí.

—No quiero tu corona, Theo. Acabaría conmigo —afirma en voz baja—. Siempre he hecho lo que he creído mejor para Ástrea, pero eso no incluye precipitarnos a una batalla para la que no estamos preparados. Conseguiré tus barcos, pero luego nuestros caminos se separarán.

No queda nada más que decir, así que asiento y doy media vuelta. Artemisia y yo nos vamos sin mediar palabra y oímos cómo la puerta se cierra con firmeza tras nosotras. Apenas hemos recorrido medio pasillo, cuando Art me coge de la muñeca y me obliga a abrir el puño. Ambas miramos la piel roja de la palma de mi mano bajo la luz de las velas.

Quiero apartarla y esconderla, pero eso no serviría de nada. Art lo sabe; ya debía de sospecharlo. Trago saliva.

—Hace un tiempo que me pasa —le confieso en voz baja—. Al principio eran pequeñas cosas. Llamas que parpadeaban al ritmo de los latidos de mi corazón, Gemas de Fuego que me llamaban... Pero es cada vez más fuerte. Parece suceder cuando estoy enfadada. —No le cuento el peor incidente, el que sucedió tras mi pesadilla con Cress.

Al principio, ella no responde. Alarga una mano para tocar la piel, pero la aparta de inmediato y sisea.

—Está ardiendo —me dice.

—Yo no lo noto —admito. Aunque temía que llegase este momento, contárselo

a alguien me sienta bien. Y me alegro de que sea Art, lo que es sorprendente.

Vuelve a tocarme la palma, pero esta vez su tacto es fresco. Es como meter la mano en un cubo de agua fría, y esa sensación se me extiende por el resto del cuerpo. El calor que corre por mis venas se apaga.

—¿Lo sabe alguien más?

—No —respondo en un susurro—. No quiero que lo sepan.

Espero que me lo discuta, pero solo suspira.

—¿Todavía puedes sacar a Søren de la mazmorra? —pregunta.

Yo asiento.

—No me pasará nada.

—Bien —replica con brusquedad—. Los problemas, de uno en uno.

## Liberación

Søren está en su postura habitual, encorvado contra la pared. Levanta la vista al oírme. Las sombras oscuras que hay bajo sus ojos contrastan con la palidez de su piel y, pese a la calidez de la luz de las velas, tiene el rostro cetrino. Hace días que no sale de esta celda, y lo que sea que come no lo alimenta.

Cuando sea hora de luchar no estará en plena forma. Menos mal que, en un mal día, sigue siendo mejor guerrero que la mayoría en sus mejores momentos. Espero que con eso baste.

Tizoli nos deja y vuelve a su puesto para que podamos hablar a solas.

—Pareces mortífera, Theo —comenta Søren en voz baja—. ¿Hay alguna razón por la que hayas venido mucho más tarde que de costumbre?

—Ha habido algunas... complicaciones —respondo con cautela.

Søren debe de notar algo en mi voz, porque exhala con esfuerzo y se pone de pie. Me quito la capa y saco el arma de donde la llevaba, atada a mi espalda. La pesada espada kalovaxiana de hierro forjado no es tan ornamentada como las hojas astreanas, especialmente ahora que ya no tiene Gemas del Espíritu en la empuñadora. Recuerdo que Søren arrancó la primera de ellas para dársela a los Guardianes que conocimos en la cárcel astreana, pero alguien de la tripulación del *Humo* debió de quitar el resto tras desarmarlo.

Esboza una sonrisa al verla.

—Sturdax —dice, y mete la mano entre los barrotes para cogerla—. Pensaba que no volvería a verla tras dejar Ástrea.

Se la doy, incapaz de disimular que la escena me resulta divertida, pese a que sé que no es momento ni lugar.

—La tenía Veneno de Dragón, pero Artemisia la ha recuperado para ti —



explico—. ¿Le pusiste nombre a tu espada?

Él casi ni me mira; centra toda su atención en el arma, que blande en el aire unas cuantas veces para probar. La mira con tanta ternura que no me sorprendería que la besara.

—Es diferente sin las piedras —comenta, pensativo, antes de reparar en mi pregunta—. Y por supuesto que le puse nombre. Hemos pasado por mucho juntos a lo largo de los años. Me gusta más Sturdax que la mayoría de mis amigos. Quizá incluso me guste más que tú.

—Espero que no sea verdad, porque estoy a punto de pedir mucho de ti —digo.

Él aparta la vista del arma y me mira a mí, con la mandíbula tensa.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta.

Unos momentos después, llamo a Tizoli para decirle que estoy lista para irme. Cuando se acerca por el pasillo con las llaves en la mano, dudo unos segundos. De todo lo que he hecho esta noche, o de todo lo que voy a hacer, esta quizá sea la única parte de la que me arrepiento de verdad, ya que este muchacho es, con mucha diferencia, el *sta'criveriano* más amable que he conocido.

Aun así, me abalanzo sobre él en cuanto me da la espalda. Aun así, le rodeo el cuello con los brazos tal y como Heron me ha enseñado, aprieto con todas mis fuerzas y le doy una patada a las llaves que lleva en la mano para lanzarlas al interior de la celda.

Cuando Tizoli por fin cae de rodillas y cierra los ojos, solo me siento un poco mal. Sigo agarrada a él hasta que Søren abre la celda y viene hacia nosotros con la espada desenvainada y preparada. Suelto al guardia, me aparto de él y observo cómo él, con la punta de la espada, le da en el hombro con toda la gentileza posible. El muchacho no se mueve, pero su pecho sube y baja.

—No lo has matado —me dice Søren, y aunque yo ya me había dado cuenta, me alegra oír las palabras.

Asiento y desenvaino mi daga de la cadera.

—Casi está amaneciendo, y tenemos que irnos al campo antes de que el palacio se despierte —le advierto.

—Creo que tengo un *déjà vu*, Theo —comenta él—. Parece que fue ayer cuando yo te rescaté a ti de una mazmorra.

—La diferencia es que esta vez no conozco ningún pasadizo secreto —admito. Me mira con cautela.

—Entonces ¿cuál es el plan? ¿Salir por la puerta principal? Es de noche, pero habrá gente despierta.

—Ya lo sé —digo mientras se me acelera el corazón—. Pero a los sta'criverianos les encanta el espectáculo. Démosles uno. —Señalo el cuerpo de Tizoli con la cabeza. Lleva unos pantalones sencillos, una camiseta y una chaqueta de guardia—. Creo que tenéis más o menos la misma talla.

Søren se me queda mirando incrédulo, pero veo que su mente empieza a trabajar. Asiente.

—Date la vuelta.

Pongo los ojos en blanco, pero hago lo que me pide.

—¿Pudoroso, de repente? —le pregunto.

—No demasiado —responde. Oigo cómo se quita la ropa y los zapatos—. Pero es mejor que estés centrada, no quiero tener la culpa de que pierdas el sentido.

No puedo evitar resoplar.

—Tiene que haber un momento mejor para los chistes malos —replico.

—No sé yo —contesta—. Correr para salvar la vida no me aterrera tanto como debería cuando lo hago contigo. Ya puedes darte la vuelta.

Lo hago, y lo primero en que reparo es que Tizoli y Søren no tienen en absoluto la misma talla. La camiseta y los pantalones le caben, es decir, puede abrocharlos sin que se rompan, pero Søren tiene el pecho demasiado ancho y tira de los botones de la camiseta, que se le abre, y se le ajusta por los brazos. Además, tanto las mangas como las perneras de los pantalones le quedan un poco cortos. Él también parece haberse dado cuenta del problema, pero, más que preocuparle, le divierte.

—¿Qué le vamos a hacer? —dice, mientras tira de la camiseta en un intento infructuoso para que le quede mejor—. Tendrá que funcionar. Pero ¿qué vamos a hacer contigo? Es fácil reconocerte.

Recojo la capa del suelo, me la vuelvo a poner y subo la capucha para que mi rostro quede escondido en las sombras. Él empieza a recoger la chaqueta del uniforme de Tizoli, pero lo detengo.

—Puede que todavía llamemos la atención de alguien —admito—. Tendremos que asegurarnos de dar un buen espectáculo cuando reparen en nosotros.

Decidimos ir por las escaleras en lugar de coger el elevador y subimos por los destartados escalones, que parecen desmoronarse bajo nuestros pies. Con la invención de los elevadores, hace tanto tiempo que no se usan que se están

rompiendo en pedazos. Sin embargo, a estas horas de la noche, no nos encontramos con otro guardia hasta que no llegamos a la planta principal, y en ese momento ya nos estamos chocando el uno con el otro y riendo demasiado alto. Apoyo casi todo mi peso en Søren, como si no pudiera mantenerme en pie yo sola, y él hace lo mismo conmigo.

Cualquier posibilidad de que nuestra proximidad haga resurgir viejos sentimientos ha quedado totalmente anulada porque Søren todavía huele a la mazmorra: a moho, oscuridad y sudor rancio. Jamás pensé que me sentiría agradecida por un olor así.

Un guardia nos grita algo en sta'criveriano que supongo que debe de ser una pregunta. Tiene la cara roja, parece enfadado y señala la puerta abierta de la escalera que hay detrás de nosotros, así que supongo que la pregunta debe de ser algo parecido a: «¿Qué hacíais ahí abajo, par de idiotas?».

Pero Søren sí la entiende. Se yergue todo lo alto que es, pavoneándose y casi perdiendo el equilibrio. Me pone un brazo alrededor de los hombros para mantenerse de pie, me señala y responde algo en el mismo idioma, juntando las palabras para que parezca que se ha tomado unas copas de más. Mira al guardia y enarca las cejas de forma sugerente, estoy segura de que para darle una excusa lasciva que justifique nuestra presencia en las mazmorras y el hecho de que esté cubierto de mugre.

El guardia me mira con el ceño fruncido, y yo me hundo más en la seguridad de la capucha. Me dice algo que no entiendo, pero Søren interrumpe de inmediato con una carcajada ronca.

Le dice algo al guardia, supongo que parecido a: «Es muy tímida y le da vergüenza que la descubran después de nuestro encuentro en las mazmorras, así que, si no os importa, nos vamos».

El guardia lo mira con el ceño fruncido y le contesta, pero la única palabra que entiendo es «etraliano». Por la forma en que lo dice, me doy cuenta de que cree que Søren viene de Etralia. Supongo que tiene lógica, ya que tanto los etralianos como los kalovaxianos son rubios y de piel clara. Sin embargo, esto podría ser problemático, ya que la delegación de Etralia se marchó ayer junto a su zar.

Pero Søren mantiene la calma y sigue balbuceando en sta'criveriano con la voz pastosa. Estoy segura de que añade algunas palabras etralianas para que sea creíble. Me acerca más a él y hace gestos muy exagerados hacia mí. Ojalá pudiera decirle que se moderase un poco.

El guardia carraspea con fuerza y lo fulmina con la mirada. Él responde con otra perorata pastosa y jovial.

Tras lo que me parece una eternidad, el hombre pone los ojos en blanco y nos deja ir tras gritar otra advertencia, que seguro que será «y nada de encuentros en las mazmorras», o algo por el estilo. Lo obedeceré de mil amores. Si no vuelvo a ver otra mazmorra jamás, habrá sido demasiado pronto.

Søren y yo seguimos riéndonos y caminando haciendo eses hasta la entrada principal, llamando la atención de las pocas personas que están levantadas tan temprano, sirvientas, cocineros y repartidores. Todos ellos nos miran y se ríen de nuestra estupidez; probablemente estén disfrutando al ver cómo dos miembros de la rica élite que los contrata quedan en ridículo.

Cuando por fin salimos de palacio, me echo a reír de verdad. Søren también se ríe, y, pese a que ya no tenemos que fingir, seguimos apoyados el uno en el otro.

—Me ha preguntado por qué seguía aquí si los etralianos se fueron ayer, así que le he dicho que he preferido quedarme y casarme contigo —explica entre risas—. Y entonces se ha enfadado y ha dicho que los extranjeros les estaban robando las mujeres a los sta'criverianos. Le he contestado que lo invitaba a ir a Etralia, y que le presentaría a mis primas. Igual intenta encontrarme para tomarme la palabra.

Pese a todo, se me escapa una carcajada.

—Vamos —le digo. Sin pensarlo dos veces, le doy la mano y tiro de él por la calle vacía.

—Esto te encanta, ¿verdad? —me pregunta.

—¿Correr para salvar la vida? —le replico, girando el cuello para mirarlo—. ¡Pues claro que no!

—El peligro —aclara—. Tener una bestia pisándote los talones. Un propósito.

Pienso en su pregunta durante unos instantes y me encojo de hombros.

—Creo que me gusta actuar en lugar de esperar a que las cosas sucedan —respondo—. Me gusta tener un plan y seguirlo en lugar de estar a merced de las decisiones de otra persona.

—Pero este no era el plan original, ¿no? —insiste. Temía que me hiciera esta pregunta desde que le he dado la espada en la mazmorra.

—No —admito. Mientras giramos por entre las calles, le cuento el plan que tracé con Erik, y luego lo de la muerte de Hoa, lo de Coltania, el veneno y su cadáver en el jardín.

—Lo siento —dice cuando termino.

Lo miro.

—¿El qué? —pregunto.

—Me equivocaba. Esto no te gusta —dice—. Estás conmocionada. Lo he visto

en el campo de batalla, en soldados que han visto a sus amigos morir a su lado o que han matado por primera vez y han observado cómo la vida abandonaba los ojos de otro hombre. Siguen luchando porque deben hacerlo. La sangre corre más caliente en sus venas; cada vez son más feroces, más fuertes y más agudos que antes. Sus mentes parecen concentrarse solo en sobrevivir a la batalla... pero la batalla siempre termina, y la conmoción con ella. Eso es lo que siento.

Trago saliva y aparto la vista.

—Deberíamos darnos prisa —digo en voz baja—. Alejémonos de la ciudad antes de que el rey Etristo mande a sus guardias a por nosotros.

## La huida

Søren alquila un caballo del establo con el dinero que me ha dado Artemisia, y mientras el mozo lo ensilla aprovecha para asearse un poco con un trapo húmedo. No consigue quitarse toda la mugre de la mazmorra, pero la mejoría es evidente. Se pone una muda limpia de ropa que le ha comprado al mozo. Es demasiado grande, pero al menos es más cómoda que la de Tizoli.

Nos espera un largo viaje a caballo y la verdad es que no sé qué prefiero, que huelga a la mazmorra o que huelga a él, a sal y a madera arrastrada por la corriente, de una forma que me devuelve a tiempos en los que es mejor no pensar.

Cuando el mozo del establo trae el caballo, Søren me ayuda a subirme antes de montar delante de mí. Le coge al hombre las riendas de las manos, las sacude y emprendemos el camino. Me agarro con fuerza a su cintura mientras el viento me azota la piel. Cuando por fin salimos de la ciudad me quito la capucha.

«Lo hemos conseguido», pienso emocionada. Hemos conseguido salir de la ciudad antes de que descubrieran el cuerpo de Coltania y de que el operario del elevador volviera en sí y contase a todo el mundo lo sucedido. Ahora, aunque los descubran, nadie podrá venir tras nosotros a tiempo de alcanzarnos. Cuando atenen cabos, darán por hecho que nos hemos ido igual que llegamos, con barcos del puerto. No se les ocurrirá mirar en el campo de refugiados.

Me agarro a Søren con más fuerza.

—¿Todo bien? —me pregunta, con la voz casi perdiéndose en el viento.

Asiento con la cabeza pegada a su hombro.

—No te habría dejado allí, ¿lo sabes? —le digo.

Durante un momento no responde y creo que no me ha oído. Es comprensible, ya que el viento silba tanto que apenas puedo oír mis propios pensamientos.

Justo cuando ya pensaba que no obtendría respuesta, me da una.

—Nunca lo has hecho. Ni siquiera cuando eso te lo habría puesto todo más fácil.

Pienso en la decisión de salvarlo de la mazmorra, y en lo fácil que habría sido dejarlo allí. Ya estaría en un barco con mis Sombras, nos habríamos ahorrado muchos problemas y habríamos evitado muchos riesgos. Recuerdo el trato que hice en el *Humo* con Veneno de Dragón y lo que sacrifiqué para sacarlo del calabozo. Recuerdo cuando yo misma estaba en uno y le pedí a Blaise que no me salvara porque sabía que lo haría él, y sabía que podríamos usarlo en nuestro beneficio.

Tener a Søren en mi vida ha complicado las cosas, pero ahora me doy cuenta de que no querría que fuese diferente.

En el jardín le dije que no podía amarme porque no me conocía de verdad, y todavía lo pienso. Pero eso no cambia el hecho de que yo sí lo conozco a él. No cambia el hecho de que estoy enamorada de él.

Cuando los muros del campo de refugiados aparecen en el horizonte, ya ha salido el sol; asciende desde el este, aunque la parte inferior todavía acaricia las dunas de arena. Brilla lo suficiente para que veamos que no somos los primeros en llegar: ya hay un grupo que se acerca a la entrada con las armas desenvainadas. Desde tan lejos, el único detalle que distingo es la melena azul de Artemisia.

Søren detiene el caballo encima de una duna de arena desde la que se ve el campo y nos quedamos allí, contemplando la batalla que tiene lugar en la distancia. Solo media docena de guardias corren hacia el muro desde sus barracones. Artemisia se encarga de uno con rapidez, pese a que tiene dos espadas y ella solo una. Primero le quita una de la mano de un golpe, pero cuando él insiste en conservar la otra ella responde cortándole la mano.

Aparto la vista, pese a que los gritos del hombre se oyen desde aquí.

—Acabará pronto; superan a los guardias en número —me tranquiliza Søren. Desmonta del caballo y me ayuda a bajar a mí.

Asiento.

—Están aquí para mantener a los refugiados tras los muros —añado—. Su tarea consistía en mantener a miles de personas desarmadas dentro de una jaula, así que, en realidad, son poco más que pastores. Jamás se les habría ocurrido que alguien los atacaría desde fuera.

Søren me mira, y debe de notar mi incomodidad cuando uno de nuestros guerreros clava su espada en la barriga de otro guardia, atravesándolo por completo, porque dice:

—No tienes por qué mirar. Te aviso cuando termine.

Durante un momento, considero la posibilidad de no hacerle caso. Al fin y al cabo, yo he dado la orden. Aunque no esté en el fragor de la batalla, toda esa sangre está en mis manos. Lo menos que puedo hacer es ser testigo. Pero, como ha dicho Søren, el combate terminará pronto y hay otras cosas en que pensar.

—Gracias —contesto, voy al otro lado del caballo y me quito la capa. Me aliso el vestido rojo, pero aunque no sirve de mucho; sigue arrugado y sucio del viaje. Pero tendrá que bastar.

Søren me mira con las cejas enarcadas.

—No sabía que fuésemos a un baile. Habría sido más práctico montar en pantalones.

—Artemisia me ha dicho que tengo que tener cuidado con la imagen que doy —le explico—. Necesito que me sigan, y es más probable que sigan a alguien que parece una reina que una sucia vagabunda.

Søren se ríe por la nariz.

—¿Son esas sus palabras exactas?

Me encojo de hombros.

—No le falta razón —contesto—. Ya creen que soy una niña que no tiene ni idea de lo que hace.

Me mira a los ojos unos instantes. Otro alarido corta el aire.

—No sé si tiene mucho que ver con el vestido —me dice—. Puede que te dé un aspecto más regio, pero eso no hará que te sigan.

Se me cae el alma a los pies.

—Entonces ¿qué lo hará? —pregunto.

Se encoge de hombros y aparta la vista para volver a mirar al campo.

—No hace falta que parezcas una reina. Eres una reina. Muéstrales a la chica brillante que consiguió escapar en las narices del káiser, la que es tan valiente que protege a su gente con su propia vida y tan fuerte que sigue de pie, pese a llevar el peso del mundo sobre los hombros. Eres una reina, Theo, y si no te siguieran estarían locos.

No me mira mientras me lo dice, y se lo agradezco. Así no ve el efecto que tienen sus palabras, no ve que hacen que me ruborice. Tras un momento, voy hacia él y me yergo. Todos los guardias están tirados en la arena, muertos o desarmados, y es hora de ver si tiene razón.



## Refugio

Cuando Søren y yo llegamos a la entrada, los demás ya me están esperando. Heron y Artemisia están el uno al lado del otro entre los cuerpos de los guardias, con las espadas todavía desenvainadas y ensangrentadas. Para mi sorpresa, Veneno de Dragón también está allí. Pensé que se quedaría en el barco para no formar parte de lo que considera un plan estúpido, pero aquí está. Cuando nos acercamos, me mira y entorna un poco los ojos. Pese a que todavía siento que la furia arder en mi interior cuando recuerdo que le ofreció la Mina de Agua al rey Etristo, me obligo a asentir a modo de agradecimiento. No habríamos llegado tan lejos sin su ayuda.

Me dirijo hacia Heron y Artemisia. Solo hace unas horas desde la última vez que los vi, pero parte de mí quiere abrazarlos a los dos. Lo único que me para es la sangre que les mancha la ropa y la piel.

—Bien hecho —les digo—. ¿Qué ha pasado en el puerto? ¿Habéis conseguido suficientes barcos?

Artemisia asiente.

—Muchos —responde—. Comida, armas... todo. Mi madre sigue sin estar muy de acuerdo, pero su tripulación es mucho más entusiasta. Creo que bastantes de ellos vendrán con nosotros a la mina.

Sonrío.

—Eso es una maravilla —contesto—. ¿Y Blaise?

—Le pedimos que se adelantara para reunirse con los Ancianos —explica Artemisia—. Ha ido a extenderles tu oferta para que todos pudieran pensarlo y estar preparados cuando llegásemos.

Asiento y trago saliva, nerviosa.

—Pues a los barcos, entonces. Ya veremos quién quiere luchar y quién no cuando todos estemos a salvo.

Cuando Heron y uno de los hombres de Veneno de Dragón abren la puerta, veo que todo el campo ya está reunido en las calles; los refugiados están apretujados entre ellos, abrazados con fuerza a sus seres queridos y con todas sus posesiones en pequeños hatillos que aprietan contra su pecho.

Ninguno de ellos parece tranquilo, ni siquiera cuando me ven entrar seguida por mis Sombras, Veneno de Dragón y sus guerreros. Vinieron aquí buscando seguridad y yo he traído la guerra a sus puertas.

Pero aquí no están a salvo.

Observo a los Ancianos, que los guían en una fila que pasa por nuestro lado y sale del campo que ha sido su único hogar durante años, décadas en la mayoría de los casos. Siento sus ojos sobre mí a su paso, y me yergo un poco más, me pongo más recta. Intento parecer una reina antes de recordar lo que me ha dicho Søren. No hay una forma de parecer una reina.

Reparo en que he estado intentando emular a mi madre, que siempre irradiaba gracia y seguridad en sí misma, pero yo no soy ella. Sería estúpida si me sintiera segura, y nadie necesita mi gracia. Lo que necesitan es cobijo, comida y un camino que seguir, y yo puedo darles todas esas cosas. Tendrán que bastar.

Sandrin se abre paso entre la muchedumbre y viene hacia a nosotros. Hace una reverencia doblándose por la cintura. Blaise lo sigue a cierta distancia, con ojos oscuros y llenos de cautela. Las ojeras son más pronunciadas de lo que recordaba, y desprende una energía que me sobresalta. Parece zumbar en el aire que lo rodea.

—Majestad —me saluda Sandrin, llamando así mi atención.

Es la primera vez que me llama así, y el título suena extraño en sus labios. No siento que me lo haya ganado todavía.

—Sandrin —saludo, inclinando la cabeza—. Gracias por tu ayuda. Partiremos en cuanto todo el mundo esté a bordo. No tenemos razones para creer que los sta'criverianos vayan a perseguirnos. No son muy dados a luchar.

Él asiente.

—He transmitido vuestro mensaje a todo el mundo —dice, mirando a Blaise, que está detrás de él—. Muchos todavía lo están pensando.

—No es una decisión que pueda tomarse a la ligera —concedo—. Habrá más tiempo de discutirlo en el barco. Viajarás en el mismo que yo, ¿verdad? Junto a

los demás Ancianos. Valoraría mucho vuestros consejos de ahora en adelante.

Parece sorprendido, pero asiente.

—Lo haré encantado —responde. Me hace otra reverencia y se une a los demás Ancianos, que lideran a los refugiados que van saliendo del campo.

Blaise se me acerca cuando se marcha. La gravedad de sus pensamientos se le nota en la mirada.

No sé bien qué decir, así que le doy las gracias.

—Me alegro de haber sido de ayuda —declara—. Artemisia pensó que la batalla sería demasiado peligrosa para mí.

Ha sido una decisión inteligente, aunque Blaise no parece estar muy contento.

—Te necesitaba aquí —le digo—. ¿Cómo ha ido? Sé que Sandrin ha dicho que muchos todavía lo están pensando, pero...

Blaise sabe lo que le estoy preguntando, y una sonrisa triste asoma por las comisuras de su boca.

—Creo que, para aquellos que son capaces de luchar, el primer impulso ha sido aceptar, y también creo que ese impulso acabará por pesar más que sus dudas.

Sonrío. Un rescoldo de esperanza empieza a arder en mi interior.

Él sopesa sus palabras unos instantes.

—Le he dado mis gemas a Art —anuncia—. Es demasiado peligroso que suba a bordo con ellas.

Se las ha dado a Art igual que hizo antes, para que se las guarde. No para siempre. Las querrá de vuelta; intentará hacer algo noble y estúpido. Pero no hoy. Hoy está aquí, a salvo, y es simplemente Blaise.

Alarga los brazos y me envuelve en ellos. Su abrazo es demasiado caliente, sobre todo bajo el sol sta'criveriano, pero se lo devuelvo con la misma fuerza.

—Nos vamos a casa, Theo —me murmura al oído. Con su voz, la palabra «casa» es como el hilo de azúcar, dulce pero delicada.

Resuena en mi mente incluso mucho después de que me suelte. Una palabra, una oración; una promesa que se va a cumplir.

## Navegación

Dos mil personas deciden luchar.

Los quince barcos que la tripulación de Veneno de Dragón ha robado del puerto van abarrotados, pero hemos conseguido que todo el mundo suba a bordo. Por apretados que vayan, creo que tienen más espacio que en el campo de refugiados. La flota de Veneno de Dragón acepta a muchos de los desplazados que no quieren o no pueden luchar, aunque no estoy segura de qué hará con ellos.

Quizá no confíe en mi tía en muchos aspectos. No siempre confío en su lealtad, en su juicio ni en su opinión sobre los demás. No obstante, he de creer que hará lo correcto con estas personas después de haber fallado a tantas de ellas la primera vez. Al fin y al cabo, ambas queremos lo mejor para Ástrea, pese a que muy a menudo no estemos de acuerdo en qué es.

Cuando nos separamos, me resulta difícil no sentir una pizca de tristeza. También me ha fallado a mí, aunque en menor medida. En cosas que podrían perdonarse si alguna vez me diera la oportunidad de hacerlo. Sin embargo, eso no es propio de Veneno de Dragón. Ella no quiere el perdón de nadie. No quiso el de mi madre ni quiere el mío; ni siquiera se lo ha pedido a su hija, aunque Art sabe bien que no debe esperar nada distinto.

Estamos juntas en la popa del barco, contemplando a la pequeña flota desaparecer en el horizonte. Aunque no pierdo la esperanza de que den media vuelta y se unan a nosotros, Artemisia solo parece resignada.

—Es lo que hace mejor —afirma al cabo de unos instantes—. Por eso ha sobrevivido tanto tiempo. Sabe cuándo huir.

Otra capa subyace bajo la objetividad de su tono de voz, una capa que quizá se

me habría pasado por alto hace unas semanas, cuando no la conocía tan bien como ahora. No esperaba que su madre se quedase, pero lo deseaba de todos modos.

—Lo siento —le digo.

Se encoge de hombros en un movimiento brusco y sin gracia, desprovisto de su arrogancia habitual. Tiene la mandíbula tan apretada que me sorprende que consiga hablar.

—Solo un estúpido perdería el tiempo con deseos y disculpas —declara, pero sus palabras no son tan mordaces como de costumbre.

«Entonces las dos somos estúpidas», pienso, aunque no lo digo en voz alta. Art no quiere hablar de esto, y no tiene por qué, así que no la presiono para que exprese sus sentimientos; ni siquiera intento tocarla tal y como a mí me gustaría si estuviera en su lugar. Eso no es lo que necesita. Necesita a alguien que esté a su lado y, que, cuando sus lágrimas empiecen a caer, finja no darse cuenta. Así que eso es lo que hago.

Esa noche, mi habitación se me antoja demasiado silenciosa. Me he instalado en los aposentos del capitán del primer barco, que son espaciosos para tratarse de un camarote —cabe un escritorio, una mesa para comer y un catre—, pero después de la enorme habitación que tenía en Sta'Crivero, se me antoja pequeño. El estilo es simple y minimalista, sin los lujosos adornos y florituras sta'criverianos, pero eso no lo echo de menos. La madera curtida me reconforta, así como la manta gastada, el escritorio tallado de forma rudimentaria y la silla rígida con las patas desiguales. Es un espacio cómodo y hogareño, y eso es lo que anhelo ahora, en lugar del lujo.

Sin embargo, el silencio deja espacio para demasiados pensamientos, para que demasiadas pesadillas se reproduzcan delante de mis ojos antes incluso de que consiga dormirme. Podría estar llevando a estas personas a una matanza. Miles de personas podrían terminar muertas y sería debido a una decisión que he tomado yo. No sería tan diferente que yo misma les clavara una daga en el pecho.

Una vez pensé que Søren tenía las manos tan manchadas de sangre que jamás volverían a estar limpias, pero las mías ya no parecen estarlo mucho más. Maté a Ampelio y a Coltania yo misma, pero ¿cuántos otros han perdido la vida por mí? Elpis, Hoa, el archiduque, los Guardianes de la prisión de Ástrea, la sirvienta que reclutó Coltania y cuyo nombre ni siquiera recuerdo. Incluso los guardias del

campo de refugiados.

Sé que todas esas muertes eran inevitables, pero la culpa me reconcome de todos modos. Y aquí estoy, llevando todavía a más gente, a miles de personas, a una batalla que no sé si podemos ganar.

Es estúpido e irresponsable y... Y es la única forma de seguir adelante. Es la única forma de volver a casa.

Alguien llama a la puerta de manera suave y vacilante.

Me levanto del estrecho catre, agradecida por la interrupción, me pongo la bata por encima del camisón y me ato la faja a la cintura. Cuando abro la puerta, me sorprende al ver a Søren al otro lado. No sé quién esperaba que fuera. ¿Blaise? Comparte camarote con Artemisia, que ha prometido matarlo si empieza a perder el control. No se arriesgará a irse de su lado ni siquiera un momento.

Analizo mis sentimientos. ¿Me alivia que sea Søren? ¿Había una parte de mí que deseara que fuese Blaise? No lo sé. Lo único de lo que estoy segura es de que la presencia de Søren es como si un rayo me hubiese caído en las entrañas y me hubiese llenado de un peligroso calor.

Abro más la puerta, le hago un gesto para que entre y cierro con firmeza.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja—. ¿Después de lo de Hoa, lo de Coltania y todo lo demás?

Me muerdo el labio y me vuelvo hacia él. Mis pensamientos están repletos de imágenes del cuerpo sin vida de Hoa y de los ojos de Coltania, cuando se clavaron en los míos durante su último aliento. Me resulta más fácil pensar en la orianí, así que entierro a Hoa en mi mente y me concentro en ella.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando maté a Ampelio? —le pregunto mientras me siento en el borde de la cama.

Søren se queda de pie delante de mí con el ceño fruncido. No sé qué esperaba que le dijera, pero no era eso.

—Creo que intenté reconfortarte y quedé como un idiota —dice.

Esbozo una media sonrisa.

—Sí —respondo—. Pero luego volviste a sacar el tema, y tenías razón. Matar nunca es fácil, ni siquiera cuando no es la primera vez que lo haces. Ni siquiera cuando no tienes elección, cuando es en defensa propia. Te marca.

Søren me mira a los ojos.

—Hiciste lo que tenías que hacer —afirma.

—Lo sé —contesto, mirándome las manos. Pienso en mis próximas palabras, sopeso si es inteligente que las diga o si es mejor que me las guarde para mí. No encuentro una respuesta, pero al final me obligo a darles voz—. Pero en ese

momento, cuando le clavé la daga en la barriga, no estaba pensando en defenderme. No estaba pensando en lo que me sucedería si fracasaba. Pensaba en Hoa, en lo que Coltania le había hecho. En que me había arrebatado a otra persona más. Cuando la maté no solo fue en defensa propia. Fue la rabia lo que me empujó. La venganza.

Es una confesión horrible, incluso aquí, en un camarote silencioso en medio del océano, pero Søren ni se inmuta. Me mira a los ojos con firmeza y seguridad, como si pudiese ver con claridad incluso las partes más profundas de mí, las partes que me avergüenzan. Las que intento esconder de todos los demás, incluso de Blaise. Søren ve lo peor mí, la cobardía, las conspiraciones y la manipulación. Lo ve todo y lo comprende. Me mira como si fuese su libro preferido, uno que ha leído de principio a fin incontables veces. Uno cuyos secretos ya ha descubierto, pero al que sigue volviendo a por más.

Sigo sin estar segura de si sigo siendo Thora a sus ojos, o de si soy Theo, o las dos juntas, mezcladas y difuminadas como una acuarela, pero en este momento él y yo somos las dos únicas personas en el mundo entero y no somos Thora y el prinz. Somos Theo y Søren y siento que me conoce tan bien como me conozco yo misma.

Me levanto y me acerco a él hasta que solo nos separan unos centímetros. No retrocede, pero tampoco se acerca, aunque se le corta la respiración. No hace ningún movimiento para tocarme, sino que deja las manos a los lados. Sé que no lo hará, porque le pedí que se guardara sus sentimientos para sí.

Así es más fácil; es más inteligente que dejemos las cosas como están. Es mi consejero y mi amigo, y eso es lo único que puede llegar a ser. Pero ahora, tan cerca de él, me cuesta recordar por qué. Me cuesta recordar a Blaise, que está a solo unos camarotes de distancia, diciéndome que me amaba. Me cuesta recordar al káiser, sentado en el trono de mi madre con la que una vez fue mi mejor amiga a su lado. Me cuesta recordar a los miles de personas que han decidido seguirme a la guerra, personas que ven a Søren como un enemigo.

—Søren... —pronuncio su nombre poco más alto que una exhalación.

Sus ojos se encuentran con los míos. Son del mismo azul que los del káiser, pero incluso ese es un recuerdo lejano ahora, un fantasma en las profundidades de mi mente.

Tímidamente, alargó una mano para acariciarle la mejilla. Necesita un afeitado; la barba de pocos días me rasca la palma de la mano. Parece que quiera decir algo, pero sea lo que sea, lo olvida cuando me pongo de puntillas y rozo sus labios con los míos. Con esa caricia, todo su control desaparece y un instante

después me está besando él a mí. Con una mano me acuna el rostro mientras que me pone la otra en la cintura, anclándome a él. Es un beso suave, como los que nos dimos en Ástrea, cuando recorríamos a hurtadillas los túneles de palacio e íbamos a navegar a medianoche, cuando todavía éramos dos desconocidos. Pero ya no lo somos. Yo lo conozco a él y él me conoce a mí, y las partes más oscuras de nuestras almas encajan.

El beso se hace más apasionado. Søren sabe al pan recién hecho y al vino especiado que hemos cenado. El beso se vuelve ávido, nos devoramos, nos consumimos, hasta que ya no estoy segura de cuál es su aliento y cuál es el mío. Nuestros límites se difuminan, se mezclan las manos, la piel, los labios y los dientes. Cuando su boca se separa de la mía quiero atraerlo de nuevo hacia mí, pero empieza de inmediato a besarme en la mandíbula, en la mejilla, en la oreja, y siento un escalofrío que bien podría ser de fuego.

—Theodosia... —susurra mi nombre como si de un himno se tratase. Ya no suena demasiado grande; encaja conmigo a la perfección, igual que su mano encaja en la curva de mi cintura, igual que su boca se amolda a la mía cuando nos volvemos a besar.

No tengo que pedirle a Søren que pase la noche conmigo. La invitación flota en el aire, muda, y él la acepta, se quita las botas y se mete en la cama a mi lado. Nos acurrucamos juntos bajo mi manta deshilachada; yo apoyo la cabeza en su pecho y él me rodea con los brazos.

—Si mañana me encuentran aquí, la gente hablará —afirma con un bostezo.

—Ya lo sé —convengo. Escucho los latidos de su corazón, firmes, seguros, al ritmo de los míos.

A través de la fina tela del camisón, me hace dibujos en la espalda con la punta de los dedos.

—Aquel día, en el jardín, me dijiste que no volviese a hablar de lo que sentía por ti porque creías que no era cierto —comenta despacio.

—Søren... —empiezo a decir, pero él me interrumpe.

—Déjame terminar, por favor —me pide, y hace una pausa—. En Ástrea, la persona que eras... Thora. La deseaba. Quería protegerla de mi padre como jamás pude proteger a mi madre. Quería escaparme con ella y salvarnos a los dos. En eso tenías razón. Pero lo que sentía entonces es una sombra de lo que siento por ti, Theo.

Abro la boca para volver a pedirle que se calle, pero esas palabras mueren en



mi garganta. Por peligroso que sea, quiero oír lo que dice con tanta ansia que casi me parte en dos.

—No quiero protegerte. No necesito protegerte. Para eso ya tienes a otros, y tú misma lo has hecho ya bastantes veces. No quiero escaparme contigo; quiero estar a tu lado y luchar, luchar por algo que jamás pensé que querría, pero lo quiero. Contigo soy más fuerte, y más valiente, y no quiero volver a vivir siendo como era antes. Te amo, y no tiene nada que ver con la persona que fingías ser. Te amo a ti.

—Yo también te amo —le digo en voz baja.

Cuando sus respiraciones se hacen lentas y acompasadas, no puedo evitar pensar en que Blaise me dijo esas mismas palabras hace apenas unos días. Cuando Blaise las pronunció, fueron un bálsamo para una herida que todavía no me había infligido. Søren las dice como si estuviera rompiendo las cadenas que nos unen y tuviera la esperanza de que me quedase con él de todos modos.

## La estrategia

El barco en el que viajamos va detrás del resto de la flota. Pese a que recorrimos el trayecto de Ástrea a Sta'Crivero en una semana, tardamos el doble en rodear la costa sudoriental de Ástrea, donde está la Mina de Fuego, y no hacemos ningún esfuerzo por apresurarnos. Esas dos semanas son un frenesí de entrenamiento y estrategias; intentamos convertir a nuestros dos mil refugiados en dos mil guerreros. Las armas y armaduras que saqueamos de uno de los barcos sta'criverianos apenas son suficientes, pero tendrán que bastar, porque esta mañana hemos avistado tierra en el horizonte, la silueta de las colinas de Ástrea dibujada contra el sol naciente. No nos queda mucho más tiempo para esperar, entrenar y planear.

Aunque sé que si yo intentara liderar el ejército haría más mal que bien, me resulta difícil no sentirme como un bebé consentido en una cuna acolchada. Søren debe de sentirse todavía peor, aunque no se ha quejado en ninguna de las noches que ha pasado en mi camarote, en las que ambos nos hemos acurrucado juntos bajo las mantas para aislarnos del resto del mundo. Que él luchara sería demasiado arriesgado y potencialmente confuso: al ser kalovaxiano, sería muy fácil que acabase con una espada amiga clavada en el corazón. De todos modos, siento que el aire que lo rodea está impregnado de su decepción.

Intenta compensarlo lanzándose de lleno a la estrategia. Como ha visto las minas desde el punto de vista de un comandante kalovaxiano, la información que aporta es de un valor incalculable. Incluso mis Sombras, que pasaron años allí, se sorprenden ante los detalles de la ilustración que esboza en el pergamino que he extendido sobre mi escritorio. Søren, Blaise, Heron, Artemisia y yo estamos alrededor de él, tan juntos que nuestros hombros se tocan.

—He dibujado círculos en todos los lugares donde habrá guardias —dice Søren.

Miro su expresión sombría y luego el mapa. Hay más círculos que espacio vacío.

—Son muchos —añade al ver que ninguno de nosotros dice nada.

—«Muchos» es quedarse corto —contesta Artemisia, y aprieta los labios.

—Hacerse con el control la mina no será tan fácil como en el campo de refugiados —admite Søren—. Pero los superaremos en número y no se lo esperarán, lo que nos da ventaja.

—¿La suficiente para contrarrestar la suya? Ellos lucharán en un territorio que conocen, con sus muchos recursos, con más experiencia, más fuerza y la ayuda de las gemas —interviene Blaise.

Søren duda.

—Quizá —responde.

Quizá no es suficiente, pero es nuestra única esperanza. Me froto las sienes y estudio el mapa. Señalo la costa y pregunto:

—Entonces ¿nos acercaremos desde esta dirección?

Søren asiente.

—Pero será más efectivo si también mandamos un par de los barcos más rápidos aquí, para que vengan desde esta otra —explica, señalando a la costa que hay al otro lado de la Mina de Fuego—. De este modo, atacaremos desde dos frentes y tendrán un canal menos desde donde avisar a mi padre.

Asiento.

—¿Tenemos los suficientes guerreros? —inquiero—. ¿O si dividimos nuestras fuerzas les será más fácil acabar con nosotros, primero con unos y luego con otros?

Søren estudia el mapa con el rostro arrugado de concentración.

—Deberíamos tener bastantes —responde al cabo de un momento.

«Deberíamos.» Hay una razón por la que Veneno de Dragón no ha querido participar en esta batalla. Es un riesgo, un gran riesgo.

—No tendrán navíos vigilando la costa sudoccidental —agrega—. Pero sí que habrá algunos navíos patrullando más al norte. Tenemos barcos suficientes para acabar con ellos, pero es probable que perdamos algunos de los nuestros en el proceso.

—Barcos que no podemos permitirnos perder —repongo con el ceño fruncido. De repente, se me ocurre una idea. Miro a Heron y continúo—: ¿Cuánto puedes extender tu invisibilidad?

Reflexiona antes de contestar.

—La verdad es que nunca he intentado ocultar a más de un par de personas.

—¿Podrías ocultar la flota entera? —pregunto, aunque ya mientras doy voz a mi petición soy consciente de que la respuesta no será esperanzadora.

Heron frunce el ceño.

—No —responde—. Pero quizá podría difuminarnos lo suficiente para que sea difícil vernos, sobre todo si juego con el reflejo del agua. Pero no durante mucho tiempo. No lo suficiente como para pasar por su lado.

Artemisia ladea la cabeza con expresión pensativa.

—Si Heron puede difuminar la flota, yo puedo manipular las mareas y hacer que pasemos más rápido junto a la patrulla kalovaxiana. Quizá no podremos evitar que noten nuestra presencia antes de que pierda la invisibilidad, pero como mínimo podríamos sorprenderlos lo suficiente como para minimizar las pérdidas. —Hace una pausa y mira a Blaise—. O... —añade con cautela— quizá podríamos destrozarnos sus barcos sin darles la oportunidad de disparar ni un solo cañonazo.

Blaise mira a Artemisia y abre mucho los ojos cuando comprende lo que no está diciendo. Tras unos instantes, asiente.

—Puedo hacerlo —afirma, atento al efecto de sus palabras—. La madera pertenece a la tierra.

Recuerdo aquel día en el *Humo* junto a Blaise, cuando la madera de la que estaba hecho el barco empezó a vibrar de forma tan errática como los latidos de su corazón. Recuerdo lo mucho que me preocupé de que partiese el barco en pedazos. Artemisia tiene razón: si pudiésemos usar eso contra las embarcaciones kalovaxianas podríamos atestarles un fuerte golpe antes incluso de llegar a la orilla. Pero a un alto precio.

—Es demasiado peligroso —repongo—. No sabemos qué te puede hacer a ti, por no hablar de nuestros propios barcos.

Blaise niega con la cabeza.

—Mi don es el más fuerte que tenemos, Theo —asegura.

Recuerdo las palabras de Mina e imagino agua hirviendo derramándose de una olla.

—Podría matarte. Si conseguimos acercarnos a ellos con los dones de Art y Heron, podemos hundir sus barcos sin magia. Con cañones. Y no arriesgarnos.

Artemisia carraspea.

—Podríamos —concede despacio—. Sería incluso fácil, pero aun así tendríamos que pagar un precio. Por mucha ventaja que ganemos al acercarnos

sin ser vistos, sufriríamos pérdidas: guerreros, quizá incluso algún barco. Pérdidas que no nos podemos permitir.

—Esto tampoco no los podemos permitir —protesto.

Durante un momento, nadie habla.

—Sí, sí podemos —dice Blaise, antes de mirar a Søren a regañadientes—. Como Art estará ocupada, la responsabilidad recae en ti, *prinkiti*. Si parece que estoy perdiendo el control y me convierto en un peligro para nuestros barcos, me matarás antes de que cause daños. ¿Entendido?

Søren me mira y luego vuelve a dirigir la mirada hacia Blaise.

—Entendido —contesta.

—No —repito, esta vez en voz más alta—. Es demasiado peligroso. ¡Podrías morir, Blaise!

Blaise tensa la mandíbula y se encoge de hombros.

—Puedo darnos una ventaja que necesitamos desesperadamente.

Miro a los demás con la esperanza de que alguien más se pronuncie contra esta locura, pero solo encuentro silencio, solo amigos que no son capaces de mirarme a los ojos. Una orden me baila en la punta de la lengua; sé que podría volver a usar mi corona como arma, por metafórica que sea. Podría ordenarle que se quedase al margen de esto, que se mantuviese a salvo, pero reprimo el impulso. Hay decisiones que no me corresponde a mí tomar.

—Mandaremos un bote para contar el plan a los demás barcos —resuelvo—. ¿Qué pasará cuando lleguemos a la orilla?

—Tú eras un comandante kalovaxiano —le dice Heron a Søren—. ¿Cómo responderán cuando atacemos la mina?

Søren reacciona con nerviosismo.

—Yo nunca fui destinado a las minas, pero, según tengo entendido, su adiestramiento es diferente al de la mayoría de los guerreros. Aunque ser destinado allí siempre se ha visto como una especie de insulto. No serán los mejores hombres; eso es reconfortante.

—Lo sería si nuestro ejército no estuviese formado por refugiados con dos semanas de entrenamiento —repone Artemisia.

Søren no tiene un contrargumento. Me mira y dice:

—Podríamos esperar. Cuando lleguen Erik y los vecturianos tendremos más guerreros y más probabilidades de ganar.

—Pero esperar también implica el riesgo de perder el elemento sorpresa —respondo—. Si la patrulla kalovaxiana descubre que nuestra flota no está lejos de la costa, serán ellos quienes nos ataquen a nosotros.

Søren asiente y se vuelve hacia Heron.

—Tú te has mantenido en contacto con Erik con ese oro —dice—. ¿Has recibido más noticias tuyas?

Heron niega con la cabeza.

—No desde la última vez que me comuniqué con él. Están volviendo de Timmoree y con suerte estarán aquí mañana, pero también podrían tardar un par de días. Depende del tiempo.

Hay tantas variables, tantas decisiones con consecuencias que no se pueden prever, tantas cosas que podrían salir mal... Estudié el mapa de Søren como si allí hubiera secretos que de algún modo pudiera descubrir, pero es solo un mapa, y no parece estar a nuestro favor.

—¿Cuál sería el mejor momento para atacar? —le pregunto a Søren.

Él frunce el ceño.

—En el turno de noche habrá un número reducido de guardias —contesta—. Así que habrá menos hombres despiertos y preparados para luchar. Sin embargo, la oscuridad afectará más a nuestros guerreros que a los suyos, ya que los kalovaxianos entrenan en la oscuridad y saben cómo utilizarla contra sus enemigos. El alba es nuestra mejor opción. Habrá luz suficiente para ver, pero los guardias todavía no habrán hecho el cambio de turno. Estarán cansados y poco preparados para luchar. Por descontado, con eso solo compraremos un poco de tiempo hasta que lleguen sus refuerzos, que estarán descansados.

—¿Y los esclavos? —pregunto—. ¿Dónde estarán?

—Algunos estarán en las minas —responde Heron—. En el turno de noche hay menos, pero los hay. El resto estarán en las dependencias de los esclavos, aquí. —Señala a un lugar en el mapa de Søren, justo al lado de la mina.

Asiento.

—En este asunto, confío en tu opinión —le digo a Søren—. Atacaremos al alba. —Miro a mis consejeros y añado—: Debe de ser la hora de cenar. Id a comer. Ya tendremos tiempo de seguir planificando cuando terminéis.

Todos se levantan, arrastrando las sillas por el suelo de madera, pero yo me quedo sentada. Estoy demasiado estresada para probar bocado, y no quiero que el resto del barco me vea así, insegura y asustada.

—Blaise —lo llamo cuando empiezan a salir—. Quédate un minuto, por favor.

Él se queda paralizado en la puerta y me mira antes de volver a entrar. Artemisia también se para y asiente, sale del camarote y cierra la puerta, aunque estoy segura de que se quedará esperando tras ella por si acaso. Pensarlo me pone enferma, y me siento aún peor cuando me doy cuenta de que lo agradezco.

Al principio, ninguno de los dos habla; el aire entre los dos está enrarecido. No hemos hablado mucho desde que abandonamos Sta'Crivero, aunque no estoy segura de quién evita a quién, ni siquiera de si lo hemos hecho a propósito. Hemos estado muy ocupados preparando la batalla. Sin embargo, mientras me pregunto si es intencional, caigo en la cuenta de que sí que ha habido tiempo para que Søren venga a mi habitación todas las noches y yo me quede dormida entre sus brazos. Me pregunto si Blaise lo sabe; estoy segura de que lo sospecha.

Me aclaro la garganta y digo:

—Este plan no me gusta.

Él se queda en silencio unos instantes.

—¿Crees que a mí sí? —replica—. ¿Crees que me entusiasma la idea de arriesgar así mi vida?

—Creo que te entusiasma la idea de ser un héroe. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

Blaise recula como si lo hubiese abofeteado.

—No ha sido idea mía, Theo. Ya has oído a Artemisia, Heron y Søren. Todos creen que es la mejor opción. Y tú también sabes que lo es.

—Eso no significa que quiera que lo hagas —contesto en voz baja.

Se queda ahí plantado durante un momento interminable.

—¿Crees que Glaidi me bendijo con su don? —pregunta.

—Mina dijo que...

—No te he preguntado lo que dijo Mina, ni Sandrin, ni Heron ni Art. Te he preguntado qué crees tú.

Me muerdo el labio.

—Sí —admito al cabo de unos instantes—. Creo que Glaidi te bendijo.

—En ese caso, sería un insulto hacia ella no hacer uso de él —repone con una sonrisa triste—. Esto es lo que debo hacer. Deja que lo haga.

Niego con la cabeza.

—No necesitas mi permiso, Blaise —le digo—. Los demás estaban de acuerdo contigo. Erais mayoría.

—Eso no importa —responde. Parece estar luchando consigo mismo, pero luego coge mis manos entre las suyas y las aprieta con fuerza. Su piel está más febril que nunca, pero yo le devuelvo el gesto—. Si me pides que no lo haga, no lo haré.

Es una oferta cruel, y parte de mí lo odia por formularla, porque no tengo la respuesta correcta. No puedo darle mi bendición, ni tampoco detenerlo.

—Tú te conoces bien —le digo, y fuerzo una sonrisa—. Si crees que puedes

hacerlo, yo también lo creo.



## Fantasmal

Cuando nuestro barco se adelanta al resto de la flota, la luna nos proporciona toda la luz que necesitamos. Heron, Blaise y Artemisia están en la proa, hombro contra hombro, y observan el horizonte, donde tres barcos kalovaxianos patrullan por la costa. Søren y yo estamos detrás, observando y esperando lo que solo podemos llamar «milagro».

Søren tiene la mano en la empuñadura de su espada y los ojos sobre Blaise. No necesito preguntarle si será capaz de cumplir con lo que le ha pedido que haga si pierde el control: sé que no dudará en cumplir con su cometido con la misma seguridad que sé que, si lo intenta, haré todo lo posible para detenerlo.

«¿Incluso si pone a todos los demás en peligro?», susurra una voz en mi mente, pero la aparto. No llegará a tanto. No puede llegar a tanto.

Todos los tripulantes del barco que no están de servicio se han reunido detrás de Søren y de mí para observarlos a los tres, y parece que todos contenemos la respiración a la vez, aguardando el momento en el que al fin podamos exhalar.

Heron es el primero en empezar, aunque lo único que nos lo indica son sus hombros, que se tensan del esfuerzo. Sin embargo, el efecto empieza a notarse de inmediato: se extiende por el barco y sobre todos nosotros. Siento un hormigueo en la piel como si todo el cuerpo se me estuviese quedando dormido, igual que siempre que ha usado su don conmigo. Echo un vistazo detrás de mí y compruebo que los demás también lo notan. Algunos se miran el cuerpo, asombrados y perplejos al ver que empieza a desaparecer ante sus ojos.

Sin embargo, la sensación no es tan fuerte como cuando Heron me hacía invisible solo a mí. Él solo no es lo bastante poderoso para conseguir que desaparezca todo el barco. Pero, gracias a su don y al amparo natural que nos

proporciona la noche, vernos debería ser imposible.

Artemisia es la siguiente. Ella tiene un talento para el espectáculo del que Heron carece. La multitud congregada detrás de mí ahoga un grito cuando levanta los brazos y las mareas se aceleran. Una suave neblina de magia fluye de sus dedos cuando dirige nuestro barco hacia los navíos kalovaxianos que hay en el horizonte, más rápido de lo que yo creía posible. A la luz de la luna, cada uno de sus movimientos parece líquido, cada ondulación de sus brazos y espasmo de sus muñecas son ejecutados como si el mismo océano la hubiese dado a luz.

Es parecido a verla luchar con una espada.

La multitud murmura, asombrada. Nuestro barco surca el mar a toda velocidad, propulsado por una marea perfecta. El plan está funcionando, siempre que Artemisia consiga acercarnos lo suficiente antes de que Heron se debilite demasiado para mantener la invisibilidad. Eso es lo que no sabemos, la teoría que no hemos podido comprobar antes de ponerla en práctica. Todo se reduce a esto. Hemos de acercarnos lo suficiente para que Blaise pueda hacer uso de su don.

Una parte pequeña y estúpida de mí desea, por su bien, que fracasemos, que Heron no consiga mantener la invisibilidad, que los kalovaxianos nos descubran y nos veamos abocados a una batalla menos mágica. Así, al menos, Blaise no tendría que usar su don. No tendría que arriesgar así su vida.

Pero mis oraciones no obtienen respuesta. Las mareas de Artemisia nos impulsan velozmente hacia los barcos kalovaxianos, y el don de Heron resiste hasta el momento en el que Blaise da un paso adelante. Le tiembla todo el cuerpo. Se saca del bolsillo el brazalete con las gemas incrustadas y lo agarra con fuerza.

Reparo en que, pese a su alarde anterior, tiene miedo. Doy un paso hacia él sin pretenderlo, pero Søren me agarra del brazo con la mano que tiene libre.

—Está haciendo algo valiente —me dice en voz baja, sin apartar la vista de Blaise—. No se lo robes ahora.

Una protesta se aloja en mi garganta. Søren tiene razón. Pese a que preferiría que Blaise fuese un cobarde y siguiera vivo, en lugar de ser valiente y morir, la elección no es mía. Así que hago lo único que puedo hacer: observar.

Heron retrocede tambaleándose, totalmente vacío de energía, y Artemisia baja los brazos para atraparlo y sostenerlo en pie. La magia de los dos se desvanece, pero ya no la necesitamos. Los barcos kalovaxianos están tan cerca que distingo las siluetas de los marineros que corren por las cubiertas, tan cerca que oigo sus gritos de pánico. Es demasiado tarde, aunque todavía no lo saben. Pronto se

darán cuenta.

Blaise se aferra a la barandilla del barco; su cuerpo se tensa como si lo estuviesen partiendo en dos. En nuestra embarcación reina un silencio tal que oigo cada respiración de la multitud que hay detrás de mí, cada ola que rompe contra el casco, cada maldición kalovaxiana y cada orden que se grita en la distancia.

Levanta una mano y la extiende hacia delante, hacia el centro del barco. Bajo la fina tela de su camiseta, los músculos de su espalda se tensan como si algo estuviese intentando escapar de debajo de la piel. Se oye un crujido que corta el aire como un trueno, seguido de otro, y de otro, cada uno más fuerte que el anterior. Unos segundos más tarde lo veo: el casco del barco kalovaxiano se parte, y de él se desprenden tablones de madera que caen al agua con un chapoteo. La tripulación grita mientras el barco roto se hunde, y suena una campana. Una alarma para alertar a los demás barcos de que hay problemas.

El de la izquierda es el primero en oírla. Intentan ir al rescate del primer navío, pero Blaise está preparado. Levanta la otra mano hacia ellos. El poder que se abre paso en su interior es tan fuerte que ha de apoyar todo el peso de su cuerpo en la barandilla para mantenerse en pie. Puedo oír sus resoplidos y gruñidos de dolor incluso por encima del coro de destrucción.

—Es demasiado —le comento a Søren—. ¡No puede seguir!

Pero antes de que termine la frase, el segundo barco empieza a romperse igual que el primero, y sus restos se hunden en el mar negro como la tinta.

Han naufragado dos barcos enemigos sin que nuestro bando haya perdido una sola vida. Es suficiente. Pero no lo será para Blaise, lo sé antes incluso de que vuelva su atención hasta el tercer navío, que, a diferencia de sus más nobles hermanos, no intenta rescatarlos. Huye.

—Podemos dejarlos marchar —le propongo a Søren, pero él niega con la cabeza sin apartar la vista de Blaise.

—Podrían ir a buscar ayuda y volver —responde—. No podemos permitirnos ese riesgo.

Blaise también debe de saberlo. Le da la espalda a los barcos hundidos y dirige casi toda su atención al que huye. Le tiemblan los hombros al respirar hondo, y luego levanta las manos una vez más. Grita tan alto, de forma tan brutal, que podría partir el mismísimo cielo en dos. El poder que fluye de sus manos y que se dirige a ellos no es un rayo de luz; es un tornado que azota el aire sin dirección. No tiene rumbo, pero no por ello es menos violento.

El barco que huye se lleva la peor parte: se convierte en polvo, en un abrir y

cerrar de ojos no quedan de él más que astillas. Sin embargo, nuestra embarcación no sale indemne: empieza a romperse por varias partes. La gente chillaba y se tira al suelo cubriéndose la cabeza.

—¡Blaise! —grito, pero mi voz se pierde en el tumulto. Un pedazo del mástil que se erige sobre mi cabeza se rompe y cae hacia mí. Me quedo paralizada, incapaz de moverme hasta que un brazo me aparta de golpe.

—¡Que todo el mundo vaya a popa, a los botes! —me dice Søren mientras desenvaina la espada.

Lo cojo por el brazo con el que la empuña.

—No —niego, y la palabra me sale de las entrañas—. No sabe lo que hace, no puedes...

—Mira a tu alrededor, Theo. Nos va a matar a todos —contesta él, señalando el resto del barco con la otra mano—. Me lo ha pedido y pienso honrar mi promesa.

Trago saliva con los ojos anegados en lágrimas.

—Pues déjame hacerlo a mí —le pido con voz temblorosa—. Se lo debo, Søren.

Mira a Blaise y luego a mí. Tras un segundo, asiente y me pone la espada en las manos.

—Recuerda: con fuerza y sin vacilar. Que sea rápido.

Asiento. Solo cuando me da la espalda para acompañar a los asustados pasajeros a la popa del barco me doy cuenta de que es lo mismo que me dijo, más o menos, cuando le puse a él una daga en la espalda.

Me armo de valor y doy un paso hacia Blaise, que sigue apoyado contra la barandilla mientras su cuerpo tiembla y sus músculos se estremecen con sacudidas y espasmos. Heron y Artemisia están cada uno a un lado, ambos demasiado exhaustos por sus propios esfuerzos como para hacer nada más que mirarlo y gritar su nombre, pese a que sus voces se pierden entre el abrumador estrépito de los destrozos.

La hoja es más larga de las que he blandido en mis entrenamientos con Artemisia; arrastro la punta por la cubierta. El barco se inclina hacia un lado, me tropiezo y me apoyo en la espada como si fuese un bastón para no perder el equilibrio, pero entonces el barco se inclina hacia el otro. A cada paso que doy hacia Blaise, siento que mi cuerpo se desplaza a través de arenas movedizas, pero no aparto la vista de él y sigo poniendo un pie ante el otro.

Oigo a Artemisia, que grita mi nombre en la distancia, pero da la sensación de que esté a miles de kilómetros. Todo parece estar muy lejos. Es como si en el

mundo solo estuviésemos Blaise, yo y la espada que llevo en la mano.

Un rayo se dibuja en el aire que nos separa. Alargo una mano y le toco el hombro, esperando contra toda esperanza que suceda lo mismo que la última vez y mi caricia baste para liberarlo de la magia de Glaidi, o de lo que sea que lo ha poseído. Sin embargo, cuando vuelve el rostro hacia mí y sus ojos se encuentran con los míos, veo que tras ellos no queda nada de él. Me recuerdan más a los de Hoa, vidriosos y sin vida, cuando su alma ya había abandonado su cuerpo. Me mira pero no me ve.

—Blaise —susurro su nombre.

La cubierta empieza a partirse bajo mis pies; las esquirlas de madera se pelan como la piel de una fruta.

Esto no es como lo que sucedió en Sta'Crivero. Allí quedaba lo suficiente de él como para que yo pudiera hacerlo resurgir, pero ahora es más magia que hombre, es inalcanzable, insalvable. Me trago las lágrimas que amenazan con derramarse y alzo la espada con manos temblorosas.

Me siento como si volviese a estar frente a Ampelio, con la punta de la hoja contra su espalda. Entonces lo maté para ahorrarle más dolor, para salvarme a mí misma, para mantener viva la rebelión. ¿Acaso no es esto lo mismo?

Cierro los ojos con fuerza para que no se me escapen las lágrimas. Sé lo que debo hacer: clavarle la espada en el pecho, con fuerza y sin vacilar, tal y como me ha indicado Søren.

Respiro hondo y me preparo.

Cojo con más fuerza la empuñadura de la espada.

Me lanzo contra él.

Algo me arranca la espada de la mano y la fuerza me arroja al suelo. Tardo un momento en comprender qué está sucediendo, pero cuando lo hago es como si el tiempo se ralentizara.

Artemisia tiene la espada de Søren en la mano; la agarra de la hoja en lugar de la empuñadora. El borde se le clava en los dedos y el hierro forjado se mancha de riachuelos rojos. Embiste a Blaise con un grito gutural que apenas oigo y el corazón me da un vuelco en el pecho, pero en lugar de apuñalarlo, levanta la pesada empuñadura dibujando un arco en el aire y le da en la cabeza con todo el poder que le queda.

Ambos se desploman en el suelo y el barco se queda quieto.

Con Blaise inconsciente y la amenaza neutralizada, evaluamos los daños que ha

sufrido el barco. Por suerte, se han limitado a las zonas que estaban más cerca de él: la cubierta superior, los mástiles y las barandillas. Bajo cubierta hay algunos agujeros de los que sale agua, pero son fáciles de arreglar.

—Sin velas no podremos ir muy lejos —me dice Artemisia cuando viene a informarme sobre los progresos que han hecho. No lo he visto con mis propios ojos. Cuando Heron y Søren han traído el cuerpo inconsciente de Blaise a su camarote, hace tres horas, los he acompañado y no me he apartado de su lado desde entonces.

—No tenemos que ir muy lejos —le recuerdo, sin apartar la vista del rostro inmóvil de Blaise—. Estamos a poco más de un kilómetro de la costa. Podemos ir bordeándola. Además, tenemos los botes.

Artemisia asiente, mira a Blaise y luego a mí.

—Hemos enviado un mensaje a los otros barcos y se reunirán con nosotros allí. La recalada debería tener lugar en una hora.

Al ver que no contesto, continúa:

—Deberías descansar un poco, Theo. Va a ser un día muy largo —me aconseja con un tono sorprendentemente amable. Sin embargo, sus palabras me irritan de todos modos.

—¿Crees que soy capaz de dormir con Blaise en este estado? —le espeto—. Puede que nunca se despierte, Art, y... —se me rompe la voz y respiro hondo antes de obligarme a continuar—. Y si no fuera por ti, ni siquiera existiría esa posibilidad.

La confesión sale en un susurro, pero se queda flotando pesadamente en el aire que nos separa. Noto cómo el colchón cede cuando se sienta a mi lado.

—Creo que estás sobrestimando tu puntería —contesta.

Sé que está intentando quitarle hierro al asunto, pero apenas escucho la broma.

—¿Cómo sabías que lo detendrías dejándolo inconsciente? —le pregunto.

Ella suspira.

—No lo sabía —admite—. Lo supuse. Una suposición peligrosa y sin fundamento. Si no hubiese funcionado, habría hecho lo que me había pedido y lo habría matado. Es solo que... merecía la pena intentarlo. No quería... —se interrumpe y hace una pausa—. No quería perder a otra persona.

—Yo tampoco —contesto mientras niego con la cabeza—. Pero eso no hizo que no intentase matarlo cuando llegó el momento.

Artemisia me sorprende tocándome el hombro.

—Había más vidas en peligro, Theo —dice con una suavidad poco propia de ella—. Has puesto tu país por delante de tu corazón y eso no es algo que deba

avergonzarte. Blaise lo habría entendido.

Asiento, aunque sus palabras se me clavan bajo la piel como una astilla.

Porque sí, Blaise lo habría entendido. Pero él jamás habría hecho lo mismo si yo hubiese estado en su lugar y él en el mío.

Blaise abre los ojos un momento después, y en ese instante se relaja toda la tensión que me oprimía el corazón.

Parpadea dos veces y sus ojos marrón oscuro se detienen sobre mí.

—Theo... —dice, y mi nombre es como una oración en sus labios. Veo como los recuerdos regresan a su mente. Ya me lo había contado cuando perdió el control en Sta'Crivero: puede verlo todo, aunque siente que no está en su propio cuerpo.

—¿Están todos bien? —pregunta.

—No ha habido víctimas —le informo, y él relaja los hombros, aliviado—. Y hemos podido reparar los daños que ha sufrido el barco con facilidad. Pronto llenaremos los botes para ir hacia la orilla.

Asiente y se sienta, no sin esfuerzo. Espero a que me pregunte qué ha sucedido, cómo es posible que siga con vida. Si se acuerda de todo lo que ha pasado antes de que se quedase inconsciente, debe de acordarse de mí con la espada en la mano. Veo la certidumbre reflejada en sus ojos, en la inseguridad que muestra al mirarme. Veo la pregunta que se forma en sus labios antes de que decida que no quiere saber la respuesta.

Sacude la cabeza como si intentase aclararse las ideas.

—¿Hay noticias de los demás barcos que esperamos? ¿De los vecturianos y los gorakíes? —pregunta para cambiar a un tema más fácil y pragmático.

—No —respondo—. Pero vendrán. Y, aunque tarden, tenemos guerreros suficientes para aguantar hasta que lleguen.

Se queda en silencio un segundo y luego dice:

—¿Por qué confías en él?

La pregunta me coge por sorpresa, pero es evidente que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza.

—Entiendo que confíes en el jefe Kapil —continúa—. Le hiciste un favor y te lo está pagando. Pero ¿Erik? ¿Qué quiere? Ni siquiera lo conoces de verdad, ¿no es así?

—Quiere lo mismo que nosotros —contesto—. Lo mismo que esperábamos que quisieran los refugiados. Reconstruir nuestros países. Formar un hogar y

proteger a la gente que queremos. Y venganza, por supuesto. —Siento una opresión en el pecho al pensar en Hoa. Erik todavía no lo sabe. Heron se ofreció a escribirle la noticia a través de la pieza de oro, pero le pedí que no lo hiciera. Hay cosas que es mejor decir en persona.

Blaise se echa a reír, pero sin mucha alegría. Hace una mueca, como si se hubiese provocado un dolor de cabeza.

—Venganza —repite, apoyándose en el cabezal de su estrecha cama—. No es la más pura de las motivaciones, ¿no crees?

Sus palabras me molestan.

—La pureza de las motivaciones no importa. Lo que importa es su fuerza, y no hay motivación más fuerte que la venganza —replico.

Él me mira un largo rato.

—Parece una manera muy kalovaxiana de ver las cosas —observa al fin. Y ahí está: una crítica, una acusación.

Blaise estaba dispuesto a morir, estaba dispuesto a que Søren o Artemisia le hundieran esa espada en el pecho y acabasen con su vida, porque forma parte de quienes son y de lo que hacen. Pero no de mí, nunca debí ser yo.

Me encojo de hombros y aparto la vista.

—Quizá lo sea —respondo en voz baja—. Quizá por eso Erik, Søren y yo nos entendemos tan bien. A los tres nos educó el káiser, si bien de distintas formas. No le desearía esa educación a nadie, pero no creo que se pueda decir de ninguno de los tres que seamos débiles.

No es una disculpa, pero después de lo que me ha dicho Artemisia, no soy capaz de disculparme.

—Te pedí que no te arriesgaras, Blaise —continúo, sin poder mirarlo a los ojos—. Pero tú insististe. Tú, Artemisia, Heron y Søren. Pensasteis que merecía la pena, quizá todavía lo penséis. Pero has estado a punto de matarnos a todos y yo habría hecho lo que fuese necesario para salvarnos.

—Le pedí a Søren que lo hiciera por una razón —expone, con voz baja y dura—. Él ya tiene un alma oscura; ha matado antes y...

—Y yo también —lo interrumpo, sobresaltándolo.

—No es lo mismo. Ampelio...

—Es exactamente lo mismo —digo con voz más firme—. Maté a Ampelio para salvarme a mí misma y para salvar a la rebelión. Esta vez había lo mismo en juego, e incluso más. Habríamos perdido cientos de vidas si hubiese esperado unos minutos más. Antes intenté traerte de vuelta, pero estabas ido y no podía esperar más. Así que hice lo que tenía que hacer, y si tú sigues insistiendo en



arriesgar tu vida y la de los demás, lo volveré a hacer.

Se queda en silencio unos instantes y se mira las manos.

—¿Me tienes miedo, Theo? —pregunta en voz tan baja que casi no lo oigo, pese al silencio que reina en el camarote.

Abro la boca para negarlo, pero la vuelvo a cerrar de inmediato.

—Sí —le contesto con sinceridad—. Te tengo miedo.

Está dolido, pero no se sorprende.

—Lo siento. Eso es lo último que quiero.

—Lo sé —convengo. Parte de mí quiere estrecharle la mano, pero una parte mayor se contiene. Intento inventar una excusa que lo justifique, pero la verdad es que no quiero tocarlo. No quiero sentir su piel ardiente, ni mirarlo a los ojos y verlo tal y como estaba hace unas horas, cuando no era más que un rostro vacío y un poder terrorífico. Un desconocido con el poder de matar. Sí, le tengo miedo y no sé cómo no tenérselo.

—Te pido que mañana no participes en la batalla —le digo.

Noto que se le tensa todo el cuerpo, pero no me mira.

—Ya has visto el poder que tengo, Theo. Imagina lo que podría hacer en el campo de batalla. Los dioses me han convertido en un arma, y tienes que usarme como tal.

Niego con la cabeza.

—Harás daño a demasiados inocentes en el proceso.

Blaise responde con los dientes apretados.

—Los dioses no lo permitirían.

—Quizá podría haber creído en ello antes de lo que ha sucedido hoy —replico—. Cuando recuperemos la Mina de Fuego, tomaremos la Mina de Tierra y rezaremos a todos los dioses para que allí haya alguien que sepa qué hacer, cómo entrenarte para que aprendas a usar este don sin hacerte daño ni a ti ni a nosotros.

—Eres mi reina, Theo —contesta en voz baja—. Podrías ordenarme que no participara.

—Ya lo sé —admito—. No lo voy a hacer. Pero te lo estoy pidiendo, y creo que harás lo correcto.

Se me queda mirando un momento más con una expresión inescrutable y luego asiente con brusquedad.

Cuando le dejo solo en el camarote y cierro la puerta tras de mí, exhalo un suspiro de alivio.

## Preparados

Los botes nos llevan hasta las orillas de Ástrea. Nos llevan a casa. Aunque ha estado gobernada por mis enemigos durante la mayor parte de mi vida, al verla se me llena el corazón de alegría. Esas costas rocosas, las colinas verdes y onduladas que hay detrás, el cielo nocturno que se apaga poco a poco... Todo ello es parte de mí, es más profundo que los huesos, los músculos o la sangre. Ástrea es mía y yo soy suya.

Hacen falta una docena de viajes para trasladar a todos los guerreros, si es que se les puede llamar así. Aunque Søren y Artemisia dicen que durante las últimas dos semanas han entrenado bien, no dejan de ser civiles: son panaderos, profesores, alfareros... Algunos de ellos tienen edad de ser abuelos, mientras que otros son jóvenes de hasta catorce años. Niños. O, al menos, eso serían en un mundo diferente, un mundo más justo. Todos ellos han querido luchar, han entrenado con ahínco y se dirigen ahora a esta batalla conscientes de que es muy posible que no salgan de ella con vida.

Cuando esto termine, sea como sea, habrá todavía más sangre en mis manos. Los habré matado al mandarlos a esta guerra.

—¿Cómo lo hacías? —le pregunto a Søren desde nuestro sitio. Estamos sentados en un montón de rocas desde donde observamos cómo los guerreros forman filas. Él me mira con el ceño fruncido, así que se lo aclaro—. Cuando comandabas batallones. Sabías que no todos sobrevivirían, incluso cuando los llevabas a una batalla que estabas seguro de ganar. Sabías que habría bajas fuera cual fuese el resultado. ¿Cómo podías mandarlos a luchar de todos modos?

Se queda pensativo unos instantes, mientras mira fijamente las tropas que se forman. Su expresión es inescrutable, está tallada en mármol. Hubo un tiempo en

el que pensaba que él no era más que eso, una cáscara dura y sin sentimientos, pero ahora sé que no. Sé que esa expresión es una suerte de armadura que se pone cuando se siente vulnerable.

—Supongo que nunca me consideré su líder, ni siquiera cuando daba órdenes. Mis hombres y yo éramos un equipo y los respetaba lo suficiente como para creer que conocían los riesgos y que estaban tomando una decisión. Y la respetaba.

—Pero tú luchabas junto a ellos. No les pedías nada que tú mismo no estuvieses dispuesto a dar. Sin embargo, yo les he ordenado que luchen mientras me quedo mirando desde una distancia segura. —Me resulta difícil que la amargura no me impregne la voz.

Busco a Artemisia entre la multitud. Su melena azul destaca entre todos los demás. Grita órdenes y organiza a todo el mundo en grupos y filas. En otra vida, ¿podría haber sido tan fiera como ella? ¿Podría haberme enfrentado a una batalla y abrirme paso a golpe de espada a través de un mar de enemigos, con su soltura y con su gracia?

Supongo que ese camino existió en algún momento para mí, pero hace ya tiempo que desapareció.

—Te siguen a ti, Theo —dice Søren—. No puedes luchar junto a ellos, pero puedes ser la líder que necesitan, y para serlo debes respetar la decisión que han tomado. Tú debes mandarlos a la batalla y hacer todo lo posible para que la mayoría de ellos vuelvan con vida. Y luego tienes que honrar a los caídos lo mejor que puedas, y continuar con la lucha por un mundo en el que estarían orgullosos de vivir.

Ambos nos quedamos en silencio unos instantes. Creo que ha terminado, pero, justo cuando me dispongo a darle las gracias, vuelve a hablar.

—En realidad, yo nunca hice eso —admite—. Los mandaba a la batalla y los respetaba, eso sí es verdad, pero no creo que jamás los haya honrado tal y como me hubiera gustado. Al fin y al cabo, nunca luchamos por nada en lo que creyéramos. Íbamos a la guerra por mi padre, porque él lo ordenaba. Morían por su avaricia y su sed de sangre y yo lo permitía. Esa culpa es mía y cargaré con ella para siempre, pero tú no.

Se me hace un nudo en la garganta. Aunque aprecio sus palabras, no estoy segura de que sean ciertas. Aunque ganemos, aunque consigamos recuperar Ástrea y destruir a los kalovaxianos, no creo que jamás llegue el día en el que no me sienta culpable por cada una de las vidas que he perdido: Ampelio, Elpis, Hylla, Santino, Olaric, el archiduque Etmond y Hoa. Ellos fueron el principio,

pero cuando acabe el día de hoy ya no será capaz de recitar todos sus nombres.

«Es por el bien común», me recuerdo. Las muertes de unos pocos por salvar a la mayoría. En Ástrea hay mucha gente esclavizada, muchas personas a las que podemos salvar, pero no sin este sacrificio.

Pensar eso me hace sentir mejor, pero solo durante un instante, antes de recordar que «el bien común» era como el káiser justificaba la muerte de sus soldados.

Me vuelvo hacia Søren.

—¿Te sigue preocupando ser igual que tu padre?

Aparta la vista de del ejército y me mira, pensativo.

—No tanto como antes, pero sí, a menudo me preocupa —admite—. ¿Por qué?

Niego con la cabeza y aprieto los labios, como si así pudiera retener las palabras, pero se me escapan de todos modos.

—A veces yo también pienso que soy como él. Me ha marcado, no solo en mi cuerpo y en mi mente, también en mi alma. A veces me preocupa que me haya moldeado.

Arquea las cejas tanto que casi desaparecen en el nacimiento del pelo.

—Theo —me dice en voz baja—. Nunca he conocido a nadie que se parezca tan poco a mi padre como tú. El hecho de que eso te preocupe, de que te sientas culpable por mandar a tu pueblo a una batalla necesaria, solo lo demuestra todavía más.

—Pero...

Me acalla cogiéndome de la mano y estrechándola con fuerza.

—Tú no eres quien eres debido a mi padre. Eres quien eres pese a todo lo que te hizo, pese a que intentó retorcerte hasta convertirte en alguien distinto. No le atribuyas el mérito a él.

Sus palabras sirven de poco para aligerar el pozo negro que empieza a adueñarse de mi estómago, pero me alegra oírlas de todos modos. Le doy un apretón en la mano.

—Tampoco es mérito suyo que tú seas quien eres, Søren —contesto.

Él esboza una media sonrisa que no se refleja en sus ojos.

Supongo que, en realidad, ninguno de los dos cree al otro.

Cuando el sol no es más que una línea en el horizonte, me pongo de pie ante las tropas formadas en la orilla. Me siento pequeña, pero no puedo permitir que se me note, así que me yergo todo lo alta que soy e inspecciono a mis guerreros

como si de verdad mereciera ser su comandante. Hablo con voz firme para sonar regia y segura de mí misma, como alguien que merece su lealtad.

—Quiero volver a casa —empiezo—. Sé que todos vosotros queréis lo mismo, sin importar cuál sea vuestro hogar. Y también sé que muchos de vosotros no tenéis un hogar al que volver, porque ya fue destruido por el paso de los kalovaxianos, ya lo arrasaron por completo, hicieron que vivir allí fuese insostenible. Goraki me da esperanzas de que la vida tras un asedio es posible, de que vuestros países pueden ser reconstruidos. Y, si ese no es el caso, os ofreceré un nuevo hogar en Ástrea.

Hago una pausa antes de continuar.

—Hoy empieza nuestro triunfo contra los kalovaxianos —afirmo—. Hoy les decimos que ya nos han pisoteado durante bastante tiempo, que nos han arrebatado demasiado, que han destruido demasiado. Hoy les decimos basta y empezamos a vengarnos.

Se oyen vítores entre la multitud, y me yergo más todavía.

—Hoy les vamos a enseñar de qué pasta estamos hechos. ¡Por Ástrea! —grito—. Y por Goraki, Yoxi, Manadol, Tiava, Rajinka y Kota. Hoy nos ponemos de pie juntos y les enseñamos a los kalovaxianos lo mucho que se equivocaban al pensar que éramos débiles.

Esta vez, los vítores son ensordecedores.

## Los berserkers

La batalla empieza cuando el sol sangra en el horizonte. Se oyen gritos de sorpresa, campanadas de alarma, metal chocando con metal y alaridos de dolor. Todo reverbera en las montañas que rodean el campo, y llega diez veces amplificado a la colina desde la que observo, flanqueada por Søren y Blaise.

No nos podemos acercar demasiado, pero la batalla puede cambiar en un instante y debemos estar lo suficientemente cerca como para variar la estrategia y poder enviar un mensaje a Artemisia y a Heron. Hemos de estar lo bastante cerca para ordenar una retirada si es necesario.

No subimos demasiado alto, ya que ninguno lleva el atuendo adecuado para escalar una montaña. Yo me he puesto otra vez el vestido rojo, el más propio de reina que tengo, mientras que Blaise y Søren llevan su pesada armadura por si les necesitan en el campo de batalla. No creo que sea el caso, aunque a ninguno le gusta quedarse al margen.

Incluso yo debo admitir que no es fácil quedarse mirando sin hacer nada. Tenemos más guerreros que ellos, más de los que están preparados para enfrentar. Bajo la neblinosa luz del alba, hemos cogido a los kalovaxianos desprevenidos. Durante un momento estamos ganando; nuestro precario ejército está liquidando a guerreros entrenados y avanzando hacia la mina y el campamento que hay al lado. Sin embargo, ese momento termina antes de que el sol se separe del horizonte.

Søren tenía razón: los kalovaxianos son lo suficientemente hábiles para compensar la discrepancia en los números. Luchan con una precisión y una fuerza que de las que nuestros guerreros carecen. Sin embargo, creo que Søren no estaba preparado para la energía de nuestros combatientes, para la rabia y la

desesperación que alimenta cada uno de sus movimientos y que los hace más enérgicos y feroces de lo que se espera de ellos.

—Luchan como si supieran que no van a sobrevivir —observa Søren desde mi derecha, con la voz teñida de asombro.

—Luchan como si no les importase sobrevivir o no —lo corrige Blaise desde el otro lado.

Cada vez que uno de nuestros guerreros cae, algo se retuerce en mi interior. Las primeras veces que sucede recito una oración a los dioses, pero pronto son demasiados, demasiada sangre, demasiados cuerpos. Pronto se hace difícil discernir quién lucha para quién.

Sin embargo, estamos avanzando. La batalla se acerca a la mina y las dependencias de los esclavos centímetro a centímetro. Ambos están rodeados de puertas de hierro forjado con barracones para los guardias en el perímetro. Desde nuestra posición estratégica no se ve mucho de las dependencias de los esclavos, solo tejados planos de hojalata y delgadas espirales de humo.

«Su objetivo será proteger sus recursos: la mina y los esclavos —dijo Søren mientras planeábamos nuestro ataque—. Sabrán que vamos a liberarlos, y también que, cuando lo consigamos, habrán perdido la batalla.»

Y tenía razón. Los kalovaxianos rodean el perímetro de la mina y las dependencias y no ceden, incluso si eso implica perder sus barracones. Mientras nuestro ejército los cerca, unos cuantos guerreros kalovaxianos entran en un edificio que no había visto al principio. Es pequeño y bajo, y está separado del lugar donde se alojan los esclavos y casi oculto tras la mina. La valla que lo rodea tiene pinchos en la parte superior, y el metal brilla de forma extraña bajo la luz del sol con un resplandor rojo anaranjado.

La mirada de Søren se dirige a donde la mía y traga saliva.

—Es hierro mezclado con Gemas de Fuego aplastadas —afirma—. Un nuevo descubrimiento; nunca lo había visto implementado en tanta cantidad. Es increíblemente caro de hacer. No sé qué guardarán ahí dentro, pero debe de ser muy valioso.

—Quién, y no qué —lo corrige Blaise, y señala con la cabeza la puerta de entrada del edificio. Los guardias han vuelto a salir, pero no van solos. Diez astreanos van tras ellos, tambaleándose, con cadenas que les sujetan los tobillos y que hacen que sus pasos sean lentos y pesados. Se encogen cuando les da la luz del sol y levantan los brazos para protegerse de sus rayos.

Son astreanos valiosos, para cuya protección los kalovaxianos gastarían mucho dinero. Aunque no, no es exactamente para protegerlos.

—Berserkers —digo, apenas en un susurro. Blaise me da la mano y esta vez casi no noto lo caliente que tiene la piel. No puedo apartar la vista de esas personas.

—Sabíamos que esto era una posibilidad, Theo —me comenta—. Estamos preparados.

Asiento, porque no confío en ser capaz de hablar. Es cierto que sabíamos que era probable que los kalovaxianos utilizaran a los berserkers que tenían en la mina, y es cierto que tenemos un plan para hacerles frente. Limitará los daños que puedan causar a nuestro ejército, pero no los salvará. Y aunque sé que no hay forma de salvarlos, se me hace un nudo en la garganta.

—No puedo mirar —confieso en voz baja.

—No tienes que hacerlo —contesta Blaise. Veo por el rabillo del ojo que él también ha empaldecido.

—Pero deberías —interviene Søren. Traga saliva y se obliga a no apartar la vista de la escena. Entonces me doy cuenta de que él es el único que sabe qué estamos mirando. Es el único que ya ha visto a los berserkers en acción.

—No tiene por qué mirar —le espeta Blaise—. Creo que puede imaginárselo perfectamente después de haber oído lo que tú hiciste en Vecturia.

Søren tiene la decencia de mostrarse avergonzado.

—Es importante entenderlo —declara con firmeza—. Verlo.

—Eso no servirá de nada —replica Blaise, pero hay un matiz de miedo en su voz. Le tiembla la mano con la que coge la mía, y el aire a su alrededor hierve. Le aprieto a la mano y el aire se calma, pero sigue con los ojos muy abiertos y temerosos.

Entonces lo comprendo: no quiere que lo vea. No quiere que vea cómo morirá si ese es su destino. Y no creo que él quiera verlo tampoco: es fácil aceptar la muerte cuando es algo abstracto, pero estoy segura de que es mucho más difícil cuando ves el proceso con tus propios ojos.

—Theo es más fuerte de lo que crees —insiste Søren. Su tono no es mordaz, pero Blaise lo interpreta así. Se vuelve hacia él con la mirada colmada de odio.

—Ya sé lo fuerte que es —le espeta con voz baja y amenazante—. Ya lo sabía cuando tú pensabas que era una débil florecilla que necesitaba tu protección.

Søren no responde, pero tensa la mandíbula. Se lleva una mano a la espada que lleva envainada en la cadera. Sé que ha aceptado la responsabilidad de Artemisia, que tiene instrucciones respecto a qué hacer si Blaise se convierte en un peligro para nosotros. Solo pensarlo me pone enferma. Søren debe darse cuenta de que Blaise solo está enfadado y no es peligroso, porque deja la mano



quieta.

—Ahora mismo creo que es una persona que puede tomar sus propias decisiones —repite con tono estable.

Trago saliva y me obligo a mirar de nuevo el campo de batalla, a los diez astreanos a los que están quitando las cadenas. Deliran, se tambalean y tropiezan cada pocos pasos. A uno de ellos le fallan las piernas y se cae al suelo, pero uno de los guardias lo obliga a incorporarse de un tirón.

—Están drogados —explica Søren en voz baja—. Así siguen siendo manejables, y más dispuestos a seguir órdenes.

Los comandantes kalovaxianos les ponen gemas en la mano, que ellos aceptan con ganas, igual que un hombre sediento aceptaría el agua.

«Para llevarlos al límite», recuerdo que dijo Erik cuando me habló de los berserkers. Sin embargo, no me describió el efecto que las gemas tenían sobre ellos. Cuando las tocan, es como si algo en su interior volviera a la vida, algo salvaje e inhumano. El aire que los rodea se aviva.

Con las gemas en la mano, los berserkers dan unos pasos vacilantes hacia mi ejército. Sus movimientos siguen siendo lentos por el efecto de las drogas, pero ahora desprenden una energía antinatural. Dan sacudidas como si fuesen marionetas movidas por fuerzas invisibles.

Mi ejército vacila. No importa que ya supiéramos que era probable que esto sucediera, que todo el mundo haya recibido instrucciones al respecto. No importa que unas pocas docenas de guerreros tengan los arcos y las flechas colocados y listos para este preciso momento. A la hora de enfrentarse a él, dudan, y no puedo reprochárselo. Al fin y al cabo, las figuras que se acercan a ellos no son berserkers. Eso es una palabra kalovaxiana para un concepto kalovaxiano. No son armas, sino personas, personas enfermas que necesitan una ayuda que no podemos darles. Solo podemos ofrecerles clemencia en forma de flecha en el corazón.

—Disparad —murmura Blaise sin aliento y sin despegar la vista de ellos—. Disparad ya.

Søren, en cambio, permanece en silencio, con la mirada fija en la escena.

Por fin disparan una flecha que se clava en el centro del pecho de un hombre berserker. Él la mira despacio, ralentizado por el efecto de las drogas. Se desploma en el suelo como si se estuviese hundiendo en el agua, y no en el aire.

Ese disparo rompe el hechizo y lo siguen otras flechas. Algunas fallan, pero otras alcanzan su objetivo. Los berserkers van cayendo uno tras otro; las gemas se caen de sus manos y se alejan rodando sin hacer daño a nadie. Los cuento a

medida que mueren, y me da un vuelco el corazón cada una de las veces. Todos mueren con misericordia, hasta que solo queda uno, una niña que no tendrá más de ocho años. Arrastra los pies como si se hubiese olvidado de cómo caminar, y aunque estoy demasiado lejos para discernirlo con claridad, creo que está llorando.

Las flechas se detienen, pero ella no. Da un paso y luego otro, y cruza el campo que separa los dos ejércitos. Su figura es tan diminuta que casi no se ve.

Incluso Blaise está en silencio ahora, aunque sé que todos lo estamos esperando. Esperamos que una flecha llegue volando hasta el objetivo, esperamos que alguien termine con esto, que alguien acabe con su desgracia.

Pero nadie lo hace. Nadie es capaz.

La niña llega a la vanguardia y se para en seco. De pie frente a los miles de guerreros armados parece todavía más pequeña. Sin duda, demasiado pequeña para hacer daño a nadie. Mis ejércitos retroceden tan rápido como pueden, pero para muchos no es suficiente.

Algo estalla. Ella estalla. Un momento está ahí, una niña asustada y llorosa, y al siguiente es una bola de fuego que engulle yardas enteras de todo lo que hay a su alrededor. Todos gritan al arder, pero ella es quien grita más fuerte.

Doy un paso atrás y he de hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no apartar la vista, para no dejar de mirar esa espantosa escena hasta que termina, y, de algún modo, lo consigo. Sigo mirando, incluso cuando siento que me matará.

El fuego se apaga tan rápido como se ha encendido, y lo único que queda es un círculo de quince metros de hierba abrasada y unos treinta cadáveres calcinados, incluyendo uno que es demasiado pequeño.

Voy a vomitar. Me llevo una mano a la boca y respiro por la nariz hasta que se me calma el estómago.

—Podría haber sido peor —dice Søren en voz baja—. Podría haber sido mucho peor.

Sé que tiene razón, pero, aun así, he de luchar contra el impulso de abofetearlo.

Erik me habló de los berserkers, me contó lo que sucedía, en qué se convertían, pero nada podría haberme preparado para la realidad, para la salvaje humanidad de las personas, para sus llantos cuando se enfrentan a la muerte.

Mi ejército está tan impactado como yo y tardan en responder, pero los kalovaxianos no. Aprovechan nuestra vacilación para atacar y ganan las pocas yardas que tanto habíamos luchado por ganar, antes de que mis soldados se recompongan.

Pero cuando contraatacan están más enfadados que nunca.

## La batalla

La batalla prosigue con furia durante horas, pero ya no hay más berserkers y me siento agradecida por ello. Sé que tardaré mucho tiempo en cerrar los ojos antes de dormir sin ver a esa niña llorosa en mis pesadillas. No soy la única que está afectada: Blaise no ha pronunciado palabra desde entonces, aunque ahora parece que, contra todo pronóstico, estamos venciendo. El progreso es lento, hemos de luchar por cada centímetro que ganamos, pero vamos avanzando.

Cuando el sol brilla en lo alto del cielo llegamos a las dependencias de los esclavos y unas pocas docenas de guerreros entran para liberarlos. Todavía quedan kalovaxianos que luchan con todas sus fuerzas, quizá un par de cientos, pero imagino que se rendirán en cualquier momento, sobre todo una vez se unan al combate los esclavos que quieran luchar. Por testarudos que sean los soldados kalovaxianos, saben reconocer una causa perdida cuando la tienen delante.

—¿Deberíamos empezar a bajar? —pregunto, pero Søren levanta una mano con el ceño profundamente fruncido.

—Algo no va bien —dice, mientras contempla la todavía feroz batalla como si fuese un rompecabezas que no consigue resolver—. Ya deberían haberse rendido. No tiene sentido. —Hace una pausa y se le va todo el color de la cara—. A no ser que sepan que vienen refuerzos.

Niego con la cabeza.

—Eso es imposible, Søren —respondo—. Los soldados más cercanos están a días de distancia. Es imposible que lleguen a tiempo.

Frunce más el ceño mientras observa el horizonte, pero es Blaise quien al final señala al este con un dedo.

—Allí —susurra con voz ronca.

Miro donde señala y se me cae el alma a los pies. Allí, serpenteando por la cordillera, se ve otro ejército vestido del rojo kalovaxiano.

—No tiene sentido —digo, más para mí misma que para ellos.

Søren aprieta los dientes.

—El rey Etristo avisó a mi padre —adivina—. Es la única explicación que se me ocurre. Ató cabos, descubrió adónde nos dirigíamos y lo avisó. Tardamos bastante en llegar hasta aquí. Un barco rápido habría podido llegar a la capital en la mitad del tiempo.

Me siento cada vez más desesperanzada mientras observo a las tropas que se acercan, un lazo rojo de aspecto interminable de soldados que avanzan por entre las montañas.

—¿Cuántos crees que hay? —le pregunto a Søren.

Él me mira sin parpadear.

—Demasiados.

Asiento. Ya me lo esperaba, pero al oírlo me entran ganas de vomitar otra vez.

—Tenemos que retirarnos —decido—. Hemos liberado a los esclavos, con eso basta. Sigue siendo una victoria y no tenemos otra opción. Si nos quedamos nos matarán.

Søren asiente, pero Blaise es más rápido y corre al otro lado de la colina, hacia el mar. Se hace sombra en los ojos para protegerse del sol.

—Esperad un momento —ordena—. Vienen barcos en nuestra dirección.

Se me vuelve a caer el alma a los pies.

—¿Barcos kalovaxianos? —pregunto, intentando mantener la calma. Si nos tienen rodeados por todas partes, estamos acabados. No habremos perdido solo una batalla, lo habremos perdido todo.

—No —responde Blaise al cabo de un momento que se me hace eterno. Levanta la voz—. No, esas son banderas gorakíes.

¡Erik! Doy gracias a todos mis dioses y me apunto mentalmente preguntarle a Erik por los suyos, para darles las gracias también.

—Y... —continúa Blaise, mirando en otra dirección—. Y hay más. Algunos barcos tienen banderas vecturianas, y, Theo... Creo que también atisbo a Veneno de Dragón.

Me fallan las piernas; me habría caído al suelo de no ser por Søren, que me sujeta con una mano en el hombro. Tardo un momento en darme cuenta de que me estoy riendo. Es una risa histérica y delirante, pero me río de todos modos.

—¿Serán suficientes? —le pregunto a Søren.

—Con dos campos de refugiados habremos reclutado más o menos cuatro mil,

más los guerreros que todavía tenemos, más los esclavos que acabamos de liberar, unos doscientos vecturianos y la tripulación de Veneno de Dragón... — enumera, mientras calcula mentalmente. Tras unos instantes, asiente—. Es posible.

—Todavía podemos escapar —nos recuerda Blaise—. Podemos irnos todos, reagruparnos y atacar otra mina.

Niego con la cabeza.

—Eso es lo que el káiser espera que hagamos —respondo—. Espera que escapemos de él, está acostumbrado a que la gente huya. Y se asegurará de que no tengamos otra oportunidad de avergonzarlo de este modo. Es ahora o nunca.

Blaise asiente con mirada sombría.

—Voy a avisar a nuestro ejército. Les informaré de lo que está pasando y les diré que armen a los esclavos liberados o que los lleven cuanto antes a un lugar seguro.

Abro la boca para protestar, pero sé que es la mejor opción. Yo no puedo ir, y si Søren aparece por allí con su pinta de kalovaxiano, es probable que acabe muerto antes de que mi ejército se dé cuenta de que no está con el enemigo.

—Vuelve enseguida —le pido.

Blaise se queda mirando la batalla con el semblante serio.

—No —dice, en voz baja pero clara, pese sin mirarme. Siento que la palabra reverbera en la distancia que nos separa, pero creo que solo me lo imagino.

«No. No. No.» De repente, reparo en que Blaise nunca me había dicho eso. A menudo no está de acuerdo conmigo, y suele argumentar su punto de vista hasta que llego a la misma conclusión que él, pero nunca me había negado nada de forma tajante.

—Blaise —digo, y doy un paso hacia él—. Después de lo que acabamos de ver...

—Después de lo que acabamos de ver, sé más que nunca dónde debo estar. — Lo dice en voz baja, pero su tono es de acero—. Me quedaré cerca de Artemisia. Si parece que pierdo el control, confío en que tome la decisión adecuada: matarme o dejar que mate a tantos de ellos como pueda.

Doy un paso más hacia él, le pongo las manos a los lados de la cara y lo obligo a mirarme.

—Blaise, no puedes hacerlo. No lo harás. Te lo ordeno. Te ordeno que te quedes aquí. Como tu reina, te lo ordeno.

No parezco la reina de nadie; me doy cuenta mientras pronuncio las palabras, pero en este momento no lo soy. Solo soy una chica asustada rogándole a un

chico al que ama que no la abandone. Lo odio, pero no puedo parar.

Blaise traga saliva con los ojos clavados en los míos.

—No. —Parece matarlo decir esa palabra.

Se me anegan los ojos en lágrimas y parpadeo para librarme de ellas, furiosa. No pienso permitir que me vea llorar por él.

—Si lo haces no te lo perdonaré jamás —le espeto con rabia.

Él aparta la vista.

—Ya lo sé —admite en voz baja, y mira a Søren, detrás de mí—. Ya sabes qué tienes que hacer si ves que vamos a perder. Aunque la posibilidad sea mínima.

—La llevaré de vuelta al barco —le promete con voz tensa.

Blaise asiente y se libera de mi abrazo con gentileza. Me mira durante un instante que se me hace eterno.

—Te amo, Theo —dice.

—Si me amaras no harías esto —le espeto, cada una de las palabras tan afilada como la punta de una daga.

Él retrocede como si mis palabras le hubieran causado daño físico y entonces me da la espalda.

Mientras baja la montaña no mira atrás ni una sola vez, aunque estoy segura de que me oye gritar su nombre hasta que llega abajo.

Erik y Veneno de Dragón llegan apenas un instante después que los refuerzos kalovaxianos, y cuando las tropas se enfrentan se produce una cacofonía como salida de una pesadilla. El metal repica contra el metal, los alaridos cortan el aire y los gritos de la batalla se mezclan y se confunden hasta que ya no estoy segura de quién los profiere. Todo rebota y reverbera en las montañas, rodeándome. La escena que se despliega ante mis ojos es una nube de cuerpos y sangre que parece no terminar nunca, pero yo solo observo a una figura en particular.

Debería ser difícil dar con Blaise a tanta distancia, sin que tenga nada que lo distinga de los demás, como el pelo de Artemisia, pero no lo es. Pese a lo demencial de la escena, lo encuentro con rapidez, espada en mano, y una fiereza en cada uno de sus movimientos que me resulta aterradora.

No puedo parar de sollozar, pero Søren no media palabra. Parece tenerme algo de miedo; mantiene una cierta distancia y finge que no se da cuenta de que lloro. Una parte remota de mí comprende que no está acostumbrado a ver a mujeres llorar. Cuando por fin paro, se atreve a hablarme.

—Blaise es temerario, pero no estúpido —dice. Aunque su voz suena cortante,

parece intentar mostrarse compasivo—. Estará bien.

—No controla lo que pueda pasar —respondo mientras me seco los ojos. Recuerdo el terremoto de Sta'Crivero, lo cerca que estuvo de perder el control por completo hasta que lo obligué a alejarse del límite. ¿Quién lo traerá de vuelta si ahora le sucede lo mismo? Artemisia le clavará una espada en la espalda si cree que es más peligroso para nuestro ejército que para los kalovaxianos. Incluso creerá que es un acto de piedad.

Søren se encoge de hombros.

—Parece tener más control que ningún otro berserker que yo haya visto. Que haya tenido algunos deslices no significa que usar su poder lo vaya a matar.

Sé que tiene razón, pero no me consuela mucho.

Blaise me ha abandonado, después de todo. Después de todas las personas que he amado y he perdido, no puedo perderlo a él también.

—Theo —me llama Søren.

—Estoy bien —le contesto mientras me seco los ojos de nuevo.

—No es eso —insiste, dubitativo—. Creo... creo que ha venido mi padre.

El impacto me saca de mi ensimismamiento.

—¿Qué? —pregunto, parpadeando para contener las lágrimas que todavía no han salido—. El káiser nunca participa en las batallas.

—No está luchando —comenta, mientras mira a la distancia con los ojos entornados—. Está observando, igual que nosotros. Y creo que Crescentia está con él.

¡Cress! El corazón me da un vuelco y corro al lado de Søren para mirar en la misma dirección que él.

—Allí —dice, señalando—. En aquella cordillera, en la colina. ¿Los ves?

Los veo. No es fácil pasarlos por alto en esas sillas ornamentadas para cuyo transporte habrá hecho falta una buena porción del ejército kalovaxiano. Incluso tienen un toldo de seda roja encima para protegerles del sol, como si estuviesen contemplando alguna festividad en lugar de una batalla. No distingo sus caras, pero tampoco importa.

—¿Por qué han venido hasta aquí? —le pregunto.

Søren piensa unos instantes su respuesta.

—Porque lo pusiste en ridículo al escaparte. Porque quiere verte destruida.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Pues no lo verá —contesto—. Es una pena que no seas más hábil con el arco y la flecha, Søren. Podríamos terminar con esto ahora mismo.

Él niega con la cabeza.

—Aunque pudiera disparar, mi padre no es estúpido. Estoy seguro de que se ha puesto tanta armadura como le haya sido posible. Pero no podemos permitir que nos vea —dice, y se esconde en la sombra de la montaña, llevándome con él—. Mandaría a sus hombres aquí a por nosotros.

Asiento, mientras el corazón me late con fuerza.

—Søren, ¿puedes prometerme una cosa?

Clava la vista en mí perplejo, pero asiente.

—¿Qué?

Trago saliva.

—Si vienen a por nosotros, si ves que nos van a atrapar... Quiero que me mates.

Me mira con unos ojos como platos.

—Theo, no —se niega.

—No pienso volver a ser su prisionera, Søren. Puedes hacerlo tú o me tiraré por las colinas, aunque creo que será más doloroso que si lo haces tú, por eso te lo pido.

Me sostiene la mirada un largo momento, pero al final asiente.

—Si es necesario lo haré —acepta, aunque no sé si creerlo.

Søren y yo nos acurrucamos juntos contra la montaña durante horas hasta que el campo de batalla se queda en silencio.

—¿Ha terminado? —pregunto.

Søren parece confundido.

—No lo creo —contesta—. Espera un momento.

Se tumba en el suelo y se arrastra hasta el borde de la colina para mirar al campo de batalla. Luego me mira a mí.

—Han sacado una bandera y la lucha ha parado —me informa con el ceño fruncido.

—¿Se han rendido? —pregunto, sorprendida. Ni en mis sueños más dulces había imaginado que se rindiesen tan rápido.

Pero él niega con la cabeza.

—Es una bandera amarilla, para pedir un parlamento. El káiser quiere hablar con la líder de nuestro ejército. Quiere hablar contigo.



## El parlamento

Søren vendrá conmigo cuando me reúna con el káiser, aunque ninguno de los dos lo dice en voz alta. Simplemente, lo damos por hecho. Él dice que la reunión tendrá lugar en un lugar cerrado, probablemente en el barracón del comandante de la mina, y que habrá un solo guardia de cada uno de los ejércitos apostado en el exterior. Durante el tiempo que dure la reunión, ninguno de los dos bandos podrá derramar sangre.

Aunque ya sé lo que me espera, no consigo librarme del terror que me invade ante la idea de volver a estar en la misma habitación que el káiser, un terror que me hiela a la sangre. Tendré que estar de nuevo en su presencia, oír su voz y ver cómo me mira.

No sé si soy capaz de hacerlo.

Pero debo hacerlo.

Artemisia será nuestra guardia. Es posible que el soldado kalovaxiano la subestime. Espero que lo haga.

—¿Llevas la daga? —me pregunta Søren en voz baja. Caminamos el uno junto al otro por el campo de batalla ensangrentado, rodeados por un grupo de guardias, por si los kalovaxianos nos atacan por el camino. Los dos bandos de soldados están separados, cada uno a un lado. Ya no luchan porque ha habido un cese de hostilidades, pero no se muestran en absoluto pacíficos. Están tensos como las cuerdas de un arco y nos observan a nuestro paso, con los ojos llenos de odio o esperanza, o vacíos.

Asiento, palpando el lugar donde llevo el arma envainada en la cadera, bajo el vestido.

—Pero no me dejarán pasar con ella —digo. Pensar en estar indefensa ante el

káiser hace que me cueste respirar.

—Técnicamente no —contesta él—. Pero no esperarán que vayas armada, solo me cachearán a mí. Quédatela, pero no la uses a no ser que sea necesario. Si lo atacas sin ser provocada, perderás el derecho a salir con vida.

Asiento y me trago el miedo.

Artemisia me mira, impertérrita.

—Es la hora —anuncia—. ¿Estás preparada?

—No —contesto con sinceridad—. Pero vamos.

En cuanto entramos en los barracones del comandante siento que la presencia del káiser me asfixia. Posa sus fríos ojos azules sobre mí y hace que se me erice la piel. Me afecta tanto que tardo un instante en darme cuenta de que no está solo. Sentada a su lado, con la mano casi escondida bajo la de él, está Crescentia, tal y como la vi la última vez, con la piel cenicienta y el pelo blanco y quebradizo. Lleva una gargantilla con una Gema de Fuego alrededor del cuello chamuscado, pero no esconde lo desfigurado que está, sino que lo acentúa. Sobre su cabeza descansa una corona de oro negro con llamas rubí.

Siento un escalofrío al reparar en que es la corona de mi madre. Verla basta para que me empiecen a arder las puntas de los dedos, así que cierro las manos en dos puños para sofocarlos.

Cuando los ojos de Cress se encuentran con los míos me paro en seco, pero Søren, con una mano sobre mi espalda, me insta a seguir adelante con gentileza, para que no me vean vacilar.

Me siento con cautela en la silla que hay frente a ellos, y Søren, en la que tengo al lado.

Se hace un silencio entre nosotros. Parece que el primero que hable será el primero en perder algo.

Al cabo de unos instantes, Søren se aclara la garganta y se dirige al káiser.

—Tengo entendido que debo felicitaros por vuestra boda, padre —dice con una lúgubre sonrisa antes de volverse hacia Cress—. Y a ti, señorita Crescentia, te doy mi más sentido pésame.

El káiser se pone rojo, pero Cress es la primera en contestar. Su voz áspera corta el aire como un cuchillo de sierra.

—Es kaiserina Crescentia —lo corrige con frialdad— ¿Acaso debo felicitaros también a vosotros?

Quizá Søren haya sido el primero en abrir la boca, pero es Crescentia quien

pierde, porque en ese momento ha mostrado su debilidad. Pese a estar en medio de una batalla, con bajas que se cuentan a miles, sigue siendo una muchacha a quien han dado calabazas, enfadada por haber perdido al chico con quien quería casarse.

Eso puedo utilizarlo.

—Todavía no —respondo con una sonrisa empalagosa—. Cuando nos casemos, será en el palacio astreano, después de recuperarlo.

Cress aprieta la mandíbula, pero aparto la vista de ella y la dirijo al káiser. Me trago el terror y las náuseas que me provoca su presencia.

—Creo que hemos venido a discutir los términos de vuestra rendición —le digo, con cuidado de mantener la voz firme y estable. No pienso dejar que me acobarde.

Él resopla.

—¡Mi rendición! —repite, negando con la cabeza.

—Habéis sido vos quien ha pedido este parlamento; he dado por hecho que era para discutir las condiciones —contesto—. Al fin y al cabo, os superamos en número.

—Las batallas no se ganan solo con números, estoy seguro de que lo sabes bien, Søren —declara. Se dirige solo a su hijo, pese a que soy yo quien está hablando.

—Me sorprende que lo sepáis —responde Søren sin alterarse—. Hace décadas de la última vez que luchasteis, padre. Desde entonces han cambiado mucho las cosas.

El káiser esboza una tensa sonrisa.

—Estoy dispuesto a dejar que vuestros ejércitos abandonen Ástrea en paz —dice, apoyándose en el respaldo de la silla y observándonos—. Lo único que quiero a cambio es a vosotros dos. Me parece un trato más que justo. Dos vidas a cambio de los miles que perecerán si os negáis.

Está intentando apelar a nuestro honor, una táctica inteligente que, como lo conozco bien, ya había previsto.

—No —respondo sin emoción—. Nosotros os permitiremos que vuestros ejércitos se vayan en paz si vosotros y todo vuestro pueblo abandonáis Ástrea.

Es tan falaz como su oferta. El káiser jamás dejaría que mis ejércitos vivieran si yo me rindiera, y, sin duda, yo no aceptaré una rendición que no comprenda su muerte. Ambos lo sabemos, pero fingimos de todos modos.

El káiser se ríe.

—Hemos llegado a un callejón sin salida, entonces —concluye, y mira a

Crescentia—. ¿Lo ves, querida? Te dije que reunirnos con ellos no nos llevaría a ningún sitio.

¿Cress solicitó esta reunión?

Miro a Søren, que parece tan desconcertado como yo. ¿Qué esperaba ganar Cress reuniéndose con nosotros? Puede que haya sido por mera curiosidad, pero, conociéndola como la conozco, no creo que sea el caso. Su padre no la educó para dejarse llevar por algo tan insignificante como la curiosidad. No, aquí hay algo más en juego, pero me siento como si estuviese mirando por una ventana empañada, incapaz de ver más que vagas siluetas.

Me quedo paralizada cuando Cress se pone de pie.

—Supongo que quería verlos por última vez —afirma. Exhala un triste suspiro y da un paso hacia nosotros.

Søren también se pone tenso, como si esperase un ataque. Ella lo nota y sonrío, como un gato que acecha a un ratón.

—¿Me tienes miedo, prinz Søren? —pregunta, ladeando la cabeza con ademán pensativo—. Ahora soy una criatura aterradora, gracias a ella. —Me señala con la cabeza—. Le ofrecí mi amistad y, a cambio, ella me envenenó. ¿Te lo había contado? —le pregunta.

—Me ofreciste un collar —respondo, esforzándome por mantener la voz firme—. Yo no era tu amiga, Cress. Era tu mascota.

Pone los ojos en blanco.

—¡Qué dramática! —me reprende, mientras se pasea por la habitación lánguidamente, deslizando los dedos por el escritorio y dejando un camino de madera quemada a su paso. Siento que se me acelera el corazón y el impulso de huir de la habitación es difícil de ignorar. Cuando ve mi reacción, sonrío, complacida consigo misma.

Es la misma sonrisa que solía dedicarme desde el otro lado de una sala abarrotada de gente, como si compartiéramos un secreto que nos pertenecía solo a nosotras dos. El recuerdo es como un puñetazo en el estómago, pero lo aparto y me concentro en el presente.

—Supongo que debería darte las gracias —me dice en voz baja—. Es digno de ver, ¿no crees? —Se examina los dedos con aire pensativo—. Podría quemaros a los dos solo con tocaros, ¿sabéis? Para cuando tu pequeña guardia entrase, no quedarían más que cenizas. —Se echa a reír. Le brillan los ojos con una alegría malvada—. Sería un final bastante apropiado para ti, princesa de Cenizas, ¿no crees?

Acaricio la daga que llevo escondida bajo la falda, aunque sé que si se presenta

el momento de usarla no me servirá de nada. Cuando consiguiera sacarla ya sería demasiado tarde. Me pican los dedos, y me pregunto qué pasaría si no contuviera mi furia, si dejase que ardiera dentro de mí hasta que de mi cuerpo no quedaran más que llamas, humo y cenizas. Me recuerdo que enfurecería a los dioses; que me arriesgaría a que desplegaran su ira contra Ástrea. Que significaría no volver a ver a mi madre nunca más.

Pero cuando observo que Cress controla el fuego de las puntas de sus dedos con tanta frialdad, sé que ella no se lo pensaría dos veces antes de usarlo contra mí. Y sé que, si lo intentara, haría todo lo necesario para detenerla. Como también sé que, al final, no sería suficiente. Al fin y al cabo, ella conoce su poder, sabe cómo controlarlo. Yo he tenido demasiado miedo del mío para hacer lo mismo.

El káiser sonrío a Cress como si fuese lo más hermoso que ha visto nunca, como si quisiera poseerla. Cress le devuelve la sonrisa, pero en la suya hay algo enfermizo, algo oscuro y pegajoso. Camina por la habitación, se detiene detrás de él y le pone las manos sobre los hombros.

—Qué callada estás, ¿no? —me pregunta—. ¿No tienes ninguna respuesta ingeniosa para eso? Es porque sabes que podría hacerlo, ¿verdad?

Encuentro mi voz y la miro a los ojos, aunque nada me gustaría más que apartarme de ella.

—Podrías. Pero te conozco, Cress —respondo, esperando contra toda esperanza estar en lo cierto—. No eres una asesina.

Entorna los ojos y se estremece. Sin dejar de mirarme, mueve las manos por los hombros del káiser hasta que le rodea el cuello con ellas y presiona los dedos elegantes y blancos como huesos en su garganta rojiza. Echa la cabeza de él hacia atrás con suavidad y lo obliga a mirarla antes de bajar los labios hacia los suyos y darle lo que apenas podría llamarse beso.

El káiser se da cuenta de lo que está ocurriendo un instante demasiado tarde. Cuando se resiste, el tacto de ella ya es de fuego y le quema la boca y la garganta antes siquiera de que pueda gritar. El olor a carne quemada impregna toda la habitación; es tan penetrante que me mareo. Observo horrorizada que el cuerpo del káiser se convierte en cenizas bajo el abrazo de Cress, con el rostro congelado en una expresión de agonía silenciosa.

Un grito muere en mi garganta. No consigo apartar la vista, dejar de mirar como la vida abandona su mirada. Llevaba años esperando esto. Había soñado con ver morir al káiser con mis propios ojos, pero nunca pensé que sería así. Nunca pensé que, cuando por fin sucediera, tendría más miedo que nunca.

El olor a carne quemada se hace más fuerte y hace que la bilis me suba por la garganta. Søren se tapa la nariz con la manga de la camiseta; tiene la cara tan pálida que es casi del mismo color que la prenda, pero Cress no se inmuta, ni por el olor ni por lo que acaba de hacer. En mi fuero interno, me doy cuenta de que no puede ser la primera vez que acaba con una vida, y me pregunto cuán monstruosa se habrá hecho desde que la vi por última vez.

—Listo —me dice cuando por fin quita las manos del cadáver del káiser—. Ahora ¿por qué no volvemos a hablar de esas condiciones?

Va detrás del escritorio del comandante y rebusca en los cajones hasta que saca una botella de vino medio llena. La coloca sobre la mesa, se mete las manos en los bolsillos del vestido y de uno de ellos saca un pequeño cáliz cubierto de Gemas de Fuego y del otro, un frasquito con un líquido opalescente.

Me da un vuelco el corazón al verlo. Es Encatrio, el mismo veneno que usé contra ella y su padre.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto, con la voz apenas más alta que un susurro.

Se encoge de hombros.

—Después de lo que me hizo, no me fue muy difícil deducir que debía de venir de la Mina de Fuego. A partir de ahí, fue cuestión de hacer las preguntas adecuadas y conseguir que la gente estuviese más dispuesta a hablar.

—Los torturaste —digo con la voz rota. Sí, es monstruosa, pero ¿acaso no yo fui quien la empujó en esa dirección? Yo la hice así.

Cress pone los ojos en blanco.

—Si me hubiesen dicho lo que necesitaba saber no habría hecho falta. —Descorcha el frasco de veneno y vierte unas gotitas en el cáliz—. Con eso debería bastar —dice, aunque creo que está hablando consigo misma. Después sirve el vino: llena el cáliz hasta la mitad y lo mueve en círculos para mezclarlo. Lo alza y viene hacia mí, y he de obligarme a mantener la compostura.

Søren se pone delante de mí.

—¿Qué haces con eso? —pregunta alarmado.

Cress, simplemente, le sonrío.

—Te prometo que no se lo voy a dar a la fuerza. Solo se lo ofrezco. Se lo beberá ella solita, hasta la última gota.

—Y ¿por qué haría eso? —pregunto con voz temblorosa.

—Porque si lo haces, ordenaré a mis ejércitos que se retiren. Podrás quedarte con la mina y con los esclavos que has liberado. Bueno, tú no podrás, claro, porque estarás muerta, pero tu gente vivirá.

—Ya estamos vivos —contesta Søren—. La batalla no ha terminado.

—Todavía —apunta Cress, que lo mira fugazmente—. Pero terminará pronto. Da igual que tengáis más hombres. No están entrenados, son débiles. No tienen Gemas del Espíritu. Aunque os las arregléis para ganar esta batalla, vuestro ejército quedará muy mermado y solo controlaríais la mina el tiempo suficiente para que yo trajera más tropas. Volveríamos en una semana y aplastaríamos lo que quedase de vuestro ejército como a un escarabajo de un pisotón. —Hace una pausa y me sonrío. A diferencia de en mis pesadillas, no tiene los dientes puntiagudos, pero su expresión es igual de salvaje—. Es un intercambio muy sencillo, Thora. Tu muerte, o la de los tuyos.

Me la quedo mirando paralizada. Parece una broma de mal gusto, pero no tiene ninguna gracia. Está hablando en serio. Me está ofreciendo mi propia muerte y lo llama «clemencia», y ni siquiera se equivoca. Si el káiser no hubiese venido con refuerzos, habríamos conservado lo suficiente de nuestro ejército para viajar a otra mina y enfrentarnos a otra batalla, pero Cress tiene razón: aunque ganásemos esta, el número de bajas sería demasiado alto. Sería nuestra primera y última batalla.

Pero si me bebo el veneno quedará esperanza. No soy tan estúpida como para creer que Cress dejará que mi ejército conserve el control sobre la Mina de Fuego demasiado tiempo, pero sí que sería suficiente para trazar otro plan, para encontrar otra forma de luchar. Confío en que, en mi ausencia, Artemisia, Heron, Erik y Blaise seguirán luchando. No me necesitan; eso mismo dijo Artemisia en el palacio astreano. Si yo caigo, la rebelión continuará.

Tengo que creer en ello.

Miro a Cress a los ojos, me dirijo a ella rodeando a Søren y cojo el cáliz que tiene en la mano. Nuestros dedos se tocan un instante. Esperaba que los suyos estuvieran calientes, pero están igual que los míos.

—Theo, no —me ruega él—. Hay otros caminos.

—No —respondo sin apartar la vista de Cress—. No los hay.

«Quizá no me mate», pienso; una idea febril y desesperada. Al fin y al cabo, no mató a Cress. La sangre de Houzzah arde en mis venas, he visto las pruebas. Pero lo que parece más probable es que el fuego que ya poseo sea amplificado por el Encatrio y que, como decía Mina, mi olla se desborde.

Debería confiar en mis dioses, debería creer que no permitirían que eso sucediera, que me protegerían. Pero no protegieron a Blaise. No protegieron a mi madre, ni a Ampelio, ni a Elpis, ni a Ástrea. No consigo tener fe en que ahora vayan a protegerme a mí.

Me llevo el cáliz a los labios, pero hago una pausa antes de beber.

—Cress —digo. Solo una palabra. Solo su nombre.

Algo cambia en su expresión, y durante un momento breve y fugaz creo haber alcanzado una parte de ella que creía perdida. Me sonrío igual que lo hacía antaño, cuando éramos dos muchachitas tontas que cotilleaban juntas. Sin embargo, su sonrisa se convierte en una mueca de avidez.

—Bebe —ordena.

Cojo la mano de Søren porque no quiero morir sola, y luego inclino el cáliz y bebo.

El primer trago está caliente, pero es soportable. Los siguientes me abrasan. Bebo tan rápido que el vino me gotea de las comisuras de la boca y me chamusca la piel, pero no me detengo. Me termino hasta la última gota.

El ardor empieza en la garganta. Es un dolor tan agudo que hace que me caiga de rodillas y borra el resto de pensamientos de mi mente. Ya no me importa dónde estoy, o de quién es la mano que tengo cogida, o nada que exista fuera de mi cuerpo. El dolor se extiende y se retuerce a través de mí hasta que empiezo a temblar. El suelo bajo mis pies es como el hielo. Unos brazos me envuelven con fuerza, pero pronto, demasiado pronto, desaparecen y me arrebatan el único consuelo que me queda.

Un grito corta el aire, pero no es mío. No puede ser mío porque ni siquiera puedo abrir la boca.

Se abre una puerta y entran algunas siluetas, demasiado borrosas como para que las reconozca.

Más gritos. Pánico. Se llevan a rastras a mi consuelo, que no deja de patlear y gritar. Lo oigo también cuando ya no puedo verlo. Grita mi nombre. Grita: «¡Theodosia!».

Pelo azul. Se agacha junto a mí; su tacto es frío. Dos manos que son como agua sobre mi piel, pero me hace muchísimo más daño del que jamás podría hacerme el fuego. Si el veneno me ha convertido en llamas, esto me disuelve en la nada, en vapor.

Todo se vuelve negro.



## Las secuelas

Me despierto en una tienda. La brillante luz del sol se filtra entre las costuras del techo. Me siento como si me hubiesen frotado la piel hasta dejarla en carne viva, todos los nervios me arden, pero el dolor ya no me resulta abrumador. Soy capaz pensar pese a sentirlo. Recuerdo que bebí el veneno y que Cress llamó a gritos a su guardia. Recuerdo que este se llevó a Søren a rastras y que Artemisia vino a ayudarme en lugar de salvarlo.

Ruedo en el colchón raído, que me irrita la piel. Gimo y cierro los ojos con fuerza.

—¿Theo? —dice una voz débil y temerosa.

Me obligo a abrir los ojos y encuentro a Artemisia sentada en el suelo al lado del catre. Me mira con ojos solemnes y preocupados. A juzgar por las ojeras que tiene, creo que debe de llevar bastante tiempo sin dormir. Intento sentarme, pero me sobreviene otra oleada de dolor y me vuelvo a tumbar, tapándome la cara con las manos.

La piel que toco con las puntas de los dedos está suave, pero bañada en sudor. No es como la piel chamuscada y seca de Cress. Me toco también el pelo, esperando encontrar las puntas carbonizadas, pero está igual que siempre excepto por un mechón. Cuando me lo llevo ante los ojos veo que es completamente blanco. Me estremezco.

Pero estoy viva, y eso me anima y me desconcierta a la vez. Estoy viva pese a que no debería estarlo. Estoy viva, pero no soy la misma. Quizá la poción no me haya deteriorado como a Cress, pero me ha cambiado. Antes el calor se me concentraba en la punta de los dedos y se extendía poco a poco, pero ahora lo siento en todas partes, es un ardor sordo y constante que fluye por mis venas. Sin

embargo, ya no me asusta. Después de haber bebido Encatrio, no creo que nada pueda asustarme de veras nunca más.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida? —inquiero, aunque la voz suena áspera. Me duele la garganta al pronunciar cada palabra.

—Dos días —responde Art—. Los kalovaxianos se retiraron. Su kaiserina nos entregó un pedazo de papel que dice que ahora la mina es nuestra, aunque no creo que tenga mucho valor.

—No —concierto, aunque me sorprende que Cress haya mantenido su palabra. Debe de pensar que estoy muerta—. ¿Y Søren?

La oigo tragar saliva.

—Se lo llevaron. Dijeron que era un traidor kalovaxiano y que les pertenecía. Erik intentó detenerlos, y también Heron y Blaise, pero Søren decidió ir con ellos para que nadie más saliese herido. Sois un par de idiotas demasiado nobles —dice, pero el cariño que hay en su voz es inconfundible.

—¿Blaise? —pregunto—. Participó en la batalla. ¿Está...? —me interrumpo, incapaz de terminar la frase.

—Está vivo —me informa ella—. Está por aquí cerca, pero dijo que no querrías verlo.

No estoy segura de que se equivoque. Nuestra discusión todavía resuena en mi mente, y lo veo irse sin importar las veces que le supliqué que se quedase. Pero estoy viva y él también lo está, y ambas cosas parecen un milagro, así que ¿cómo voy a estar enfadada?

—Me salvaste —le digo al recordar que usó su don de Agua conmigo. De otro modo, el veneno me habría matado, o al menos me habría desfigurado como a Cress.

—Tú nos salvaste a todos —contesta, encogiéndose de hombros—. Era lo menos que podía hacer. ¿Cómo te sientes?

Me lo pregunta como si no estuviese segura de querer saber la respuesta. Porque no me pregunta por el dolor, esa respuesta ya la tiene: ha visto mis muecas y ha oído mis gruñidos. Me está preguntando por algo más profundo.

—Más o menos igual —contesto, ya que no sé cómo explicar lo diferente que me siento.

Ella me toca la mejilla.

—Sigues teniendo la piel caliente —afirma—. Al principio pensábamos que era fiebre, pero Heron no pudo curarte. Dijo que era otra cosa.

Trago saliva y me miro la palma de la mano con más atención. Vi lo que Cress era capaz de hacer. Si he de enfrentarme a ella no puedo seguir teniendo miedo.

Invoco las llamas, imagino que cobran vida en mis manos, pero algo no anda bien. Puedo sentir el fuego dentro de mí, pero está enterrado a mucha profundidad. He de luchar para sacarlo a la superficie, pero al fin, con esfuerzo, aparece una pequeña llama.

Artemisia no se sobresalta, solo mira el fuego con un ligero aire de curiosidad.

—Ya no es como antes —comenta—. Puedes controlarlo.

—Sí —asiento con el ceño fruncido—. Pero no es como imaginaba. Es más débil.

Asiente.

—Bueno, ahora ya no tienes que esconderlo. Una reina que sacrificó su vida por el pueblo solo para volver a ponerse de pie, más fuerte, como una especie de... —se interrumpe; no da con el término adecuado.

Pero yo lo recuerdo de inmediato.

—Como una especie de *Phirena* —digo. Ella parece confundida, así que se lo explico—. Es un pájaro de la mitología gorakí. Hoa me habló de ella. Se transforma de cenizas a humo y luego en fuego, una y otra vez. —Pensar en Hoa me hace sentir una terrible angustia—. ¿Cómo está Erik? —pregunto.

Pero antes de que pueda responderme la tienda se abre y entra Veneno de Dragón. Al verme sonrío de verdad, aunque sigue habiendo algo salvaje en el gesto que no tiene nada que ver con cómo recuerdo la sonrisa de mi madre. Se parece a la de Art.

—Estás despierta —observa y asiente—. ¿Cómo estás?

En lugar de responder, vuelvo a encenderme la mano. Ver que abre los ojos de miedo y asombro me alegra más de lo que debería.

—Sé que no crees en los dioses, tía —le digo—. Pero parece que ellos siguen creyendo en nosotros.

Se queda en silencio un largo momento.

—¿Duele? —pregunta al fin.

Cierro la mano y el fuego se extingue.

—Me duele todo —contesto—. He de darte las gracias. Sin ti, habríamos perdido muchas más vidas.

—Fue una buena batalla —afirma—. Lo que hiciste es admirable. Fue una estupidez, pero admirable.

Asiento. Sé que es el mayor halago que puedo recibir de Veneno de Dragón.

Artemisia se aclara la garganta.

—Me alegro de que vinieras —comenta en voz baja.

La dureza de la expresión de la pirata se suaviza un poco, pero no parece capaz

de pronunciar palabra. La energía que reina en la habitación es tensa, tan delicada como una telaraña, pero cuando Artemisia y Veneno de Dragón se miran a los ojos mil palabras silenciosas se deslizan entre ellas y me siento como una intrusa.

La pirata me dijo que tenía suerte de que mi madre no hubiese vivido lo suficiente para decepcionarme, pero siento un nudo en la garganta al darme cuenta de que eso también significa que jamás viviré un momento como este. Jamás miraré a mi madre a los ojos y la perdonaré por ser humana, por ser imperfecta.

Erik viene a verme cuando Artemisia y Veneno de Dragón se marchan. Lleva una camiseta interior, unos pantalones y el pelo suelto sobre los hombros, y así parece más joven de lo que es. Ya le dieron la noticia de Hoa, y espero que quien lo hiciera fuese amable.

—Lo siento —me disculpo, aunque sé que las palabras son insuficientes.

Se sienta al lado de mi catre y me coge la mano. Si el calor que desprende mi piel le sorprende, lo disimula. Me pregunto si ya se estará corriendo la voz.

—El káiser ya no podrá hacerle a ninguna otra mujer lo que le hizo a ella. —Su voz es fría como el acero—. No volverá a hacerle daño a nadie. Me habría gustado que hubiera podido vivir en un mundo en el que él no existiera, aunque fuera solo un día.

—A mí también —contesto y respiro hondo—. Maté a la mujer que la mató. Podría decirte que fue en defensa propia y que no tuve elección y no sería una mentira, pero tampoco lo es que la maté por lo que le hizo a Hoa y que nunca me arrepentiré.

Se queda pensativo unos instantes y luego asiente.

—Algún día me gustaría oír los detalles —comenta—. Pero he visto demasiada muerte en los últimos tiempos. Ni siquiera esa me haría sentir alegría.

Me muerdo el labio.

—¿Crees que Søren está muerto?

Erik me mira a los ojos de nuevo.

—No —responde al cabo de un instante—. Es un traidor, y los kalovaxianos no tienen piedad con los traidores, pero en este caso creo que Crescentia lo mantendrá con vida. Su posición como kaiserina es precaria. Nunca han tenido una mujer gobernante y no les gustará mucho la idea. Tiene que casarse con él para conservar el trono.

Pensarlo me pone enferma, pero al menos eso significa que no lo matarán. No todavía. Por feliz que me haga, no puedo evitar pensar que la muerte sería misericordiosa comparada con el infierno por el que ella le estará haciendo pasar ahora.

—Lo recuperaremos antes de que eso suceda —le digo a Erik, como si fuera así de fácil.

Y él debe de saber que no lo es, pero asiente.

—Lo recuperaremos —repite, y me estrecha la mano.

El cuerpo del káiser ya está quemado, pero hacemos una pira para él de todos modos. Ahora estoy junto a ella, lo bastante cerca como para tocar su piel chamuscada. Apenas tengo fuerzas para estar de pie más de unos instantes, pero me obligo a conseguirlo. Recuerdo lo que le dije a Blaise hace lo que me parece una vida entera.

«Cuando el káiser esté muerto, sea cuando sea, quiero quemar su cuerpo. Quiero prenderle fuego yo misma con una antorcha y quedarme a mirar hasta que de él no queden más que cenizas.»

Creía que la muerte del káiser me traería paz, pero incluso ahora, al mirar su cadáver y sus ojos vacíos, siento que la paz está a kilómetros de distancia.

«Mi madre era la reina de la Paz —pienso mientras los hombres que están construyendo la pira acaban y me dejan sola con el cadáver—. Pero yo no soy esa clase de reina.»

Le doy la espalda al káiser y miro a la multitud de refugiados y astreanos liberados que se han reunido para verlo arder. Quizá sea un buen momento para pronunciar otro discurso, pero no han venido a eso. Blaise se me acerca con la mirada gacha y una antorcha en la mano. No me ha mirado desde que desperté y no estoy segura de querer que lo haga.

No cojo la antorcha. Me vuelvo hacia el káiser y levanto la mano. Una vez más, tengo que esforzarme, y, durante unos instantes, reina un silencio profundo y expectante, hasta que la pequeña llama aparece, lamiéndome la palma de la mano. Por débil que sea, basta para que la multitud prorrumpa en murmullos y gritos ahogados.

Acerco la llama a la cama de paja que hay bajo el cadáver y observo cómo prende.

Los gritos ahogados de la multitud se convierten en vítores. Artemisia tenía razón: no me repudian por este nuevo poder; creen que es un nuevo don que

Houzzah me ha dado por mi sacrificio.

Y quizá lo sea, pero no es suficiente. Vi el poder que tenía Cress. Ella no tenía que excavar para encontrarlo; estaba ahí, formaba parte de ella tanto como su piel, sus tendones y sus huesos.

Apenas oigo los vítores. Tengo la mirada fija en el cadáver del káiser y no me permito ni siquiera parpadear mientras las llamas lamen y prenden su ya ennegrecido cuerpo. Solo entonces reparo en el tenue resplandor de la gema roja que lleva en la garganta, inconfundible pese a estar cubierta de cenizas y hollín. Es el colgante con la Gema de Fuego de Ampelio. Meto la mano en el fuego, cojo la gema y la libero.

Blaise intenta apartarme del fuego, que no deja de crecer, pero no se lo permito.

Quiero verlo todo, quiero contemplar el momento en el que el káiser desaparezca, convertido en nada más que en cenizas. Sostengo el colgante de Ampelio con fuerza y siento que su poder invoca el mío.

«Me pondría una corona de esas cenizas», pienso.

Por fin, cuando las llamas son tan densas que ya no puedo verlo, me doy la vuelta y me marcho sin mirar atrás.

Encuentro a Mina en uno de los barracones de los kalovaxianos junto a un muchacho y una muchacha un poco más jóvenes que yo. Han apartado las literas a los lados de la habitación para dejar un gran espacio abierto en medio del suelo de piedra, donde los tres están de pie. Los observo un momento sin ser vista, escondida en las sombras de la puerta.

—Muéstramelo, Laius —dice Mina mientras deja un cuenco en el suelo, entre los dos. Cuando lo deposita, se derrama un poco de agua.

El muchacho traga saliva y se retuerce las manos detrás de la espalda. Primero pienso que debe de ser uno de los esclavos que hemos liberado de la mina, pero luego reparo en las marcas que tiene en los brazos, de donde deben de haberle sacado sangre.

Es un Guardián. Los kalovaxianos debían de estar estudiándolo antes de la batalla. Pensarlo me pone enferma. Echo un vistazo a la chica y enseguida descubro las mismas marcas. ¿Cuántos habrá?

El chico, Laius, levanta las manos con las palmas tendidas hacia el cuenco. El agua asciende de inmediato y flota en el aire a la altura de los ojos en una esfera cristalina perfecta.

Mina asiente.

—¿Puedes convertirla en hielo? —pregunta.

Laius frunce el ceño y se concentra en la esfera. Va cambiando a la luz de las velas hasta que la superficie se endurece y se congela; el hielo se extiende hasta recubrirla en su totalidad.

—Bien —dice Mina— Ahora suéltala.

Laius baja las manos y la esfera cae al suelo de piedra, rompiéndose en pedazos.

—Perdón —musita.

—No pasa nada —responde Mina—. ¿Cómo te sientes?

Da un paso hacia él para tocarle la frente, y cuando lo hace me descubre.

—Majestad —dice, inclinando la cabeza en dirección a mí.

Laius y la muchacha hacen una torpe reverencia cuando entro en la habitación.

—Mina —contesto, mientras sonrío a los chicos—. Has encontrado Guardianes.

Ella aprieta los labios.

—Sí, diez en total. Nueve son de fuego, como Griselda. A Laius lo trajeron de la Mina de Agua para poder estudiarlos juntos. Laius, Griselda, ¿permitiríais que la reina Theodosia os tocara?

—¿Por qué? —inquiero con el ceño fruncido. Sin embargo, ellos parecen entender lo que les pide y asienten. Mina me hace una señal para que me acerque.

—Tocadles la frente —me indica.

Alargo una mano hacia cada uno, recelosa. Su piel está caliente, como la de Blaise. Y ahora que los veo de cerca, reparo en las ojeras que tienen bajo los ojos, como si ambos llevaran tiempo sin dormir.

Mina se da cuenta de que lo comprendo.

—¿Por qué no vais a por el almuerzo? —sugiere a Laius y Griselda—. Luego seguiremos con la lección.

Los muchachos se van corriendo. Espero a que se hayan alejado para hablar.

—Hay más —digo. No sé cómo llamarlos. Berserkers no se alejaría mucho, pero la palabra parece una sentencia de muerte.

Mina asiente.

—Los otros ocho son Guardianes en el sentido tradicional de la palabra, pero jamás había visto habilidades como las de Laius y Griselda. Son como el amigo hipotético que describisteis. ¿Sigue siendo hipotético?

Dudo antes de responder.

—Es Blaise. Es un Guardián de Tierra.

—Me lo figuraba. Vi lo que hizo con aquellos barcos. Ningún Guardián de Tierra debería ser capaz de tanto.

—Casi lo mató —repongo.

—Pero no lo hizo —replica ella—. No esta vez.

No tengo respuesta para eso.

—Les has dicho que estabas dando clase. ¿Es cierto o los estás estudiando? —le pregunto.

—Un poco de ambas cosas, supongo —responde con un fuerte suspiro—. Las historias que yo había oído decían que era muy poco frecuente encontrar Guardianes como ellos. Había informes de uno al siglo, quizá. Ahora tenemos un total de tres y ni siquiera hemos visto las otras minas. ¿Quién sabe cuántos habrá en total?

—¿Qué quiere decir?

Ella se encoge de hombros y echa un vistazo a la puerta por la que el chico y la chica acaban de salir.

—Si le preguntarais a Sandrin, os diría que forma parte del plan de los dioses, y tal vez tenga razón. Pero tal vez sea porque hay un mayor porcentaje de gente que entra en esas cavernas, así que hay más personas que tienen el espacio suficiente para la cantidad exacta de poder que se les da. Quizá los dioses también tengan algo que ver con eso. —Desvía la mirada hacia mí—. Pero no habéis venido por ellos, ¿verdad?

Dudo antes de negar con la cabeza. Tiendo la mano con la palma hacia arriba y, tras unos momentos de concentración, aparece una pequeña llama que no sobresale de la mano. Mina la observa con mirada pensativa.

—No es mucho —dice al cabo de un momento—. Es más que lo mío, eso no puedo negarlo, pero si esto hubiese pasado antes del asedio no habría bastado para convertirnos en una Guardianas.

Cierro la mano y extingo la llama.

—Crescentia... La kaiserina, la muchacha que te dije que bebió el Encatrio... Ella rezuma poder. Lo invoca con tanta facilidad como respira. Ni siquiera tiene que buscarlo, simplemente está ahí.

—Queréis saber si estáis a su altura, si os podéis enfrentar a ella, pero ya sabéis la respuesta —comenta—. Vos sois una olla medio llena y ella está a punto de desbordarse.

Trago saliva, decepcionada. Ya lo sospechaba, pero me duele oírlo de todos modos.



—Toda esa gente me trata como a una *Phirena* que ha resurgido de las cenizas —afirmo con voz temblorosa—. Como si fuese la heroína que estaban esperando. Y no lo soy. No puedo protegerlos de ella, ni de ninguno de los kalovaxianos.

Mina tensa la mandíbula.

—Habéis sobrevivido a una batalla contra los kalovaxianos, pocos pueden decir lo mismo. Los habéis protegido hasta ahora, ¿quién dice que necesitáis un don para seguir haciéndolo?

Le sonrío y le doy las gracias, pero en lo más profundo de mi ser creo que las dos sabemos que se equivoca.

Hemos sobrevivido a esta lucha porque hemos tenido suerte, y poco más. La próxima vez quizá no la tengamos.

## El campo de batalla

Los kalovaxianos siempre hablaron de los campos de batalla con más veneración que de sus templos. Incluso había una balada muy popular en la corte que versaba sobre una, con su «hierba pintada de rojo con la sangre de los enemigos», que hacía que un campo de batalla pareciera hermoso en su violencia.

Al caminar alrededor de la Mina de Fuego y las ruinas del templo que se erigía aquí cuando yo era niña, sé que un campo de batalla no tiene nada de hermoso. Erik y mis Sombras también están en silencio, aunque agradezco su presencia. Ahora mismo lo último que quiero es estar sola. Estoy recuperando las fuerzas, despacio pero con seguridad, y disfruto de cada momento que paso fuera de la cama.

Como en la balada kalovaxiana, la hierba está ahora más roja que verde. Sin embargo, el poema no mencionaba que la mayor parte de ella estaría cubierta de cuerpos, o de partes de ellos, ni que sería imposible discernir a qué bando pertenecerían. La balada no mencionaba el olor a carne en descomposición que flotaría en el aire, volviéndolo pútrido y nauseabundo. La balada no mencionaba que, amigos o enemigos, todos serían llorados por gente de carne y hueso.

—Una pira —dice Erik, que está a mi lado, rompiendo así el silencio—. Es el entierro tradicional para los guerreros kalovaxianos.

—También para los astreanos —intervengo, sorprendida de que dos culturas tan distintas como las nuestras tengan algo en común—. ¿Y los demás?

Él duda y luego niega con la cabeza.

—A los gorakíes los enterramos, pero los demás...

—A los yoxíes también los entierran —apunta Artemisia, que está a mi otro

lado—. Y a los brakkanos. La tradición vecturiana dice que sus guerreros deben ser despedidos en el mar en barcos en llamas.

—No podemos hacer eso —repongo con el estómago en un puño—. Necesitamos todos los barcos que tenemos.

Artemisia asiente.

—No sé cuáles son las costumbres de los demás, pero hay suficientes vivos como para descubrirlo.

—Son muchos —observa Heron, mirando a su alrededor. Además de la pequeña zona delimitada donde hemos montado el campamento, los cadáveres se extienden ante nosotros hasta allá donde alcanza la vista. Hay cientos, quizá incluso miles. No sé cómo vamos a saber a qué país pertenece cada cuerpo.

Trago saliva.

—Volverán, y cuando lo hagan... —me interrumpo, incapaz de dar voz al pensamiento.

—Estaremos preparados —afirma Erik—. Ha sido una victoria para nosotros y tiene un significado más allá de la supervivencia. Nos hemos enfrentado a los kalovaxianos. Ya no somos una mala inversión. Podemos pedir ayuda a otros países, y esta vez quizá consigamos la suficiente.

—Quizá —repito.

—Los dioses te han bendecido, Theo —dice Heron con una media sonrisa—. Y al hacerlo nos han bendecido a todos. Están de nuestro lado.

Aparto la vista de él. Ni siquiera Heron sabe cuánto tiempo hace que tengo este don, cuánto tiempo hace que se lo escondo, o lo débil que es ahora que ha salido a la superficie. Como muchos otros, cree que ha sido una recompensa por mi sacrificio. Es una bonita historia, pero esa no soy yo. Miro a Heron y Artemisia.

—¿Cómo es para vosotros? ¿Cómo os sentís al ser bendecidos?

Intercambian una mirada, pero Art es la primera en hablar.

—Es como beber agua fría cuando hace un calor asfixiante —dice.

—A mí me hace sentir... lleno —añade Heron—. Como si estuviera en paz con todo lo que me rodea.

Se me cae el alma a los pies.

—Yo no me siento así —admito en voz baja—. Yo no me siento aliviada ni en paz. Desde que sucedió, solo me siento... vacía.

Pienso en Cress, en sus ojos de carbón y su tacto ardiente. «Nuestros corazones son hermanos —me dijo en mi pesadilla—. ¿Quieres que veamos si se parecen?»

Quizá lo sean en el fondo. Quizá las dos seamos una abominación, pero no quiero que sea así. Preferiría no tener ningún poder a esto, y esa es la diferencia

entre las dos.

—Yo nací con esto en la sangre —declaro con voz temblorosa—. Me lo metieron dentro. No lo escogí, como hicisteis vosotros. —Miro a Blaise—. Tú tampoco lo escogiste —añado—. Se te metió a la fuerza, como una especie de veneno.

Blaise me aguanta la mirada y, aunque no dice que esté de acuerdo, tampoco protesta.

—Yo pertenezco al poder, pero el poder no me pertenece —continúo, y ya no me tiembla la voz. De repente, es seguro, porque yo estoy segura.

Caminamos un poco más hasta llegar a la entrada de la Mina de Fuego, que ha sido evacuada y acordonada, como si alguien fuese a entrar por su propio pie.

Pero, por supuesto, eso es exactamente lo que voy a hacer.

Cuando me detengo frente a la entrada, los demás me imitan. No dicen nada hasta que no alargo una mano para apartar la cuerda.

Blaise me coge del brazo y tira de mí. Tiene la piel menos caliente desde que entregó sus gemas —de nuevo de forma temporal—, pero sigue estándolo más que la mía.

—No —susurra.

—Es la única manera —le digo—. Lo sabes tan bien como yo. Tú también la sientes, esa desconexión entre la persona que eres y el poder que posees. Porque no lo controlamos. Porque es él quien nos controla a nosotros.

—Entrar en esa mina no te va a curar —repone—. Con todo el veneno que corre por tus venas, podría hacerte rebasar el límite. Podría matarte.

—Sí, podría —concedo, mirando a Heron—. Pero no lo hará. Es la única forma de elegir este poder. Es la única forma de ejercer algo de control sobre él, de comprenderlo. Es la única forma de convertirme en la reina que necesitan.

—Siento haberme ido, Theo —se disculpa Blaise con la voz rota—. Siento haber roto mi promesa, y te juro que jamás volveré a irme de tu lado. Pero no hagas esto. No me abandones.

Durante un instante, vacilo.

—Te fuiste a la batalla porque esa es la persona que eres —le digo—. Y fue una estupidez, pero tú sabías que era lo correcto para ti. Esto es lo correcto para mí.

Blaise no responde, pero se le anegan los ojos en lágrimas. Llevo las manos a sus hombros y me pongo de puntillas para rozarle los labios con los míos. Durante un instante, se queda paralizado de la sorpresa, pero enseguida siento que se derrite contra mí, que me estrecha la cintura entre los brazos como si

podiera anclarme a él y convencerme de que me quedase. Pero no puede, y me obligo a apartarme y a mirar a mis otras Sombras.

—No sé cuánto tiempo estaré ahí dentro. Si los kalovaxianos regresan, me dejaréis y huiréis. ¿De acuerdo?

Heron empieza a negar con la cabeza, pero Artemisia asiente.

—Haré lo que sea necesario —declara con firmeza.

Miro a Erik.

—Y cuando salga encontraremos la manera de rescatar a Søren. Y pienso acabar lo que empecé con Cress.

Erik está más serio que nunca.

—Buena suerte, Theo —me desea en voz baja.

Con el corazón latiendo desbocado, les doy la espalda y entro en la mina.

## Epílogo

La cordura se convierte en algo efímero; viene y se va hasta que ya no estoy segura de qué pensamientos son cuerdos y cuáles no. No sé dónde estoy, ni qué hago aquí. Oigo la risa de Cress, siento su aliento como si fuera humo contra mi nuca, pero siempre está fuera de mi alcance.

Es mi madre quien me encuentra encogida contra una pared de la caverna, con las manos ensangrentadas y la cabeza palpitante por la sed. Tiene el mismo aspecto que hace una década, incluso con el violento corte que le cruza el cuello. No corro hacia ella como siempre imaginé que haría, y ella tampoco parece esperarlo.

Trago saliva. Tengo la garganta en carne viva, como si llevase horas gritando.

—¿Es esto el Después? —le pregunto.

Mi madre dice que no con la cabeza.

—Todavía no, mi amor —contesta, tendiéndome la mano—. Ven, hay mucho que hacer.

Debería sentirme aliviada por no estar muerta, pero no siento casi nada. Le miro la mano, pero no se la doy.

—Podrías haber detenido a los kalovaxianos —le digo.

No se estremece al oír mi acusación, ni tampoco intenta negarlo.

—Morí como la reina de la Paz, y la paz murió conmigo —responde al cabo de un momento—. Pero tú eres la reina de las Llamas y la Furia, Theodosia, y harás que su mundo arda.

Le doy la mano y me lleva a las profundidades de la mina.

## Agradecimientos

Escribir un libro tiene fama de ser una tarea solitaria, pero si ese fuera el caso, solo tendría que dar gracias a mi ordenador y estos agradecimientos serían, por suerte, muy cortos. Pero, ¡ay!, del mismo modo que para criar a un niño hace falta una aldea, para publicar un libro hace falta un escuadrón, y yo he tenido la suerte de contar con el mejor escuadrón de editores del mundo.

Gracias a Krista Marino, mi brillante editora, por ser mi persona de confianza y mi animadora y no solo por hacer de este un mejor libro, sino por hacer de mí una mejor escritora. Y gracias a Beverly Horowitz, Barbara Marcus, Monica Jean y a todo el mundo de Delacorte Press por darme a mí y a mis libros un lugar maravilloso al que llamar «hogar».

Gracias a mis increíbles agentes —Laura Biagi, Jennifer Weltz y John Cusick— por construir y nutrir mi carrera, y por ayudarme a convertirla en un sueño hecho realidad.

Gracias a mi publicista, Jillian Vandall Miao, por su incansable apoyo y su contagiosa positividad. Y a Elizabeth Ward, Kate Keating, Cayla Rasi, Mallory Matney, Janine Perez, Kelly McGauley, Alison Impey, Collen Fellingham, Tamar Schwartz, Stephanie Moss e Isaac Stewart por vuestro entusiasmo, dedicación y amabilidad. Y, por supuesto, a todos los demás en Random House por darle vida a este libro y a esta serie de una forma que supera constantemente mis imaginaciones más salvajes.

Gracias a mi escuadrón de escritores de Nueva York, por todas las quedadas exprés que me daban un empujón de productividad: Patrice Caldwell, Lexi Wangler, Arvin Ahmadi, Zoraida Cordova, Sara Holland, Sarah Smetana, Kamilla Benko, Lauryn Chamberlain, Mark Oshiro, Jeffrey West, Jeremy West,

Kheryn Callender, Emily X. R. Pan, Dhonielle Clayton, Blaize Odu, Christina Arreola, MJ Franking y Adam Silvera.

Gracias a Kiersten White, E. K. Johnson, Karen McManus, Melissa Albert, Jessica Cluess, Amanda Quain, Julie Daly, Tara Sonin, Samira Ahmed, Shveta Thakrar, Claribel Ortega, Kat Cho, Farrah Penn y Lauren Spieller por vuestra amistad y vuestro apoyo.

Gracias a mi padre por hacer que mantenga los pies en la tierra y ayudarme a seguir concentrada, y por animarme siempre a salir de mi zona de confort, y a Denise por sus sabios consejos. Gracias a mi hermano pequeño, Jerry, por inspirarme siempre y por hacerme mejor persona.

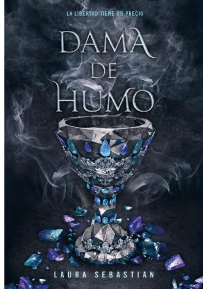
Gracias a Cara Schaeffer y a Emily Hecht por ser mis salvavidas en tiempos de crisis y en tiempos de júbilo. Vosotras hacéis que lo bueno sea mejor y lo malo, un poco menos malo.

Gracias a Jeffrey Pollock, Deborah Brown y Jesse y Eden Polloc por ser mi familia neoyorquina.

Y por último, pero no por ello menos importante, gracias a TI, por embarcarte conmigo en el viaje de Theo. No podría haber conseguido nada de esto sin ti.



**Princesa. Prisionera. Huérfana. Rebelde.  
Un trono arrebatado. Ella deberá luchar para  
devolvérselo a su pueblo.  
Llega la segunda parte de «Princesa de cenizas».**



Theo ya no lleva la corona de cenizas, ha recuperado su título y con él, un rehén: Prinz Soren. El pueblo sigue bajo la terrible dictadura del Kaiser, y ella está a miles de kilómetros de distancia de su trono.

Theo sabe que la libertad tiene un precio, pero está decidida a encontrar un camino para salvar al pueblo sin perderse a sí misma.

**Laura Sebastian** escribe libros para adolescentes sobre chicas que son fuertes en todos los sentidos. Siempre que puede, les añade a sus libros un poco de magia y un puñado de dragones. Es autora de la trilogía fantástica «Princesa de cenizas».

Título original: *Lady Smoke*

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Laura Sebastian

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Elena Macian Masip, por la traducción

© 2018, Isaac Stewart, por las ilustraciones de los mapas

Publicado por acuerdo con Jean V. Naggar Literary Agency, Inc., a través de Intenational Editors'Co, Barcelona

Diseño de portada: Adaptación del diseño original de Alison Impey

Fotografía de portada: Billelis

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17773-86-1

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Dama de humo

Prólogo

Sola

A salvo

La familia

El conflicto

La confesión

Las cadenas

Juntos

El fuego

Søren

La clase

El ataque

Los rehenes

Mattin

Honor

Confianza

Etristo

Sta'Crivero

El palacio

Castidad

El juego

Los pretendientes

A hurtadillas

El campo

Los Ancianos

Marial

Encantadora

Goraki

La *Phirena*

Pícnic

El entrenamiento

El asesinato

Protección

El interrogatorio

La detención

El sueño

La mazmorra

Amor

El disfraz

Osho

Mina

El sacrificio

La máscara

Impotencia

Molo Varu

El trato

Víctima

Bolenzá

Conmoción

Liberación

La huida

Refugio

Navegación

La estrategia

Fantasmal

Preparados

Los berserkers

La batalla

El parlamento

Las secuelas

El campo de batalla

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Laura Sebastian

Créditos